

ALBINO LUCIANI



**ILUSTRÍSIMOS
SEÑORES**

se

Nos complace ofrecer al público de habla castellana un libro excepcional. Se recoge en él una serie de cartas —cuarenta en total— del cardenal Albino Luciani, patriarca de Venecia, dirigidas a los más dispares personajes de la historia y la ficción literaria: Dickens, Mark Twain, Fígaro, Mr. Pickwick, Petrarca, Goethe, San Bernardino de Siena, Hipócrates, Chesterton, Pinocho, Teresa de Ávila, Marconi, Quintiliano, Penélope, María Teresa de Austria...

Ilustrísimos señores ha sido escrito pensando en el hombre común, en doctos e indoctos, próximos y lejanos. En lenguaje periodístico, ágil, lleno de frescura y espontaneidad popular, analiza el autor los problemas de la vida moderna, nos habla de Dios y del hombre, de la esperanza, de la humildad, del amor, de la vida y de la muerte. Siempre con espíritu amigable y conciliador. Y siempre, también, con fidelidad absoluta a la enseñanza del Evangelio.

Respiran estas cartas serena confianza en las fuerzas del bien, optimismo, gracia y donaire de la mejor ley. El desarrollo del tema se anima a cada paso con anécdotas vivas, chispazos de ingenio, observaciones agudas y refranes populares. El Evangelio —ha dicho el papa Juan Pablo I— es alegre noticia, y el humor, virtud cristiana. Y del regocijo nos vemos conducidos, casi sin sentir, a la reflexión seria sobre lo que somos y lo que deberíamos ser. Esto es, al fin y al cabo, lo que persigue el autor.



Albino Luciani

Ilustrísimos Señores

ePub r1.0
jandepora 19.10.14

Título original: *Illustrissimi*

Albino Luciani, 1976

Traducción: José L. Legaza, José L. Zubizarreta, Manuel García Aparisi y Gonzalo Haya

Editor digital: jandepora

ePub base r1.1



PRESENTACION

EL cardenal Luciani, patriarca de Venecia, era poco conocido fuera de Italia. Su elevación a la Cátedra de Pedro produjo una primera impresión de sorpresa. No tenían los fieles elementos de juicio para sentirse satisfechos por su elección. Habían de recurrir a la fe, pensando que el Espíritu Santo había estado presente en esa elección tan rápida que nadie esperaba.

Juan Pablo I se ganó la simpatía, el afecto, el entusiasmo de la multitud que se congregó en la plaza de San Pedro el domingo en que terminó el Cónclave. Su sencillez, su simpatía, su sonrisa, sus palabras claras que todo el mundo entendió, sus esfuerzos para sentirse cercano a todos, hicieron que aquella multitud vibrase de fervor porque se sentía comprendida y querida.

Los italianos, tan finos en la apreciación de las personas y que saben cristalizarla en frases felices, han llamado ya a Juan Pablo I «el Papa de la sonrisa». Que es decir, el Papa de la alegría, el Papa de la esperanza, el Papa que está necesitando esta generación triste y hosca que no sabe sonreír.

* * *

Es natural que los fieles quieran conocer más íntimamente al que va a ser el Padre de todos y va a compartir las inquietudes y las angustias de la humanidad. Y a los que podemos tener un conocimiento más personal de él nos preguntan con ilusión: ¿Cómo es Juan Pablo? ¿Cómo es ese corazón que florece espontáneamente con una sonrisa que produce la paz?

El cardenal Luciani, que sabe de estrecheces y de angustias, pero que se ha distinguido siempre por su serenidad y su paz que comunicaba a quienes se acercaban a él, sentía necesidad de participar esa alegría serena y esperanzada a sus hermanos los hombres. No se contentaba con transfundir esos sentimientos en sus alocuciones pastorales.

Su temperamento de catequista y, hasta me atrevería a decir, de periodista le hacía buscar en la comunicación escrita el cauce para difundir la luz, la alegría, la esperanza, la paz de su alma al mayor número de personas. A este afán se debe su libro de catequesis tan apreciado en Italia, y a ello se debe también este libro que la BAC publica en castellano para satisfacer las ansias de los católicos españoles que quieren conocer mejor a Juan Pablo I.

Porque a las personas se les conoce mejor leyendo sus escritos, ya que en ellos se

vuelcan normalmente intentando una plena comunicación con los lectores. Por eso considero un acierto que este libro —ligero en apariencia, profundo en realidad— se publique ahora en todas las lenguas, no sólo para enseñanza y solaz de muchos —estoy convencido de que puede cumplir esa doble misión—, sino para que todos podamos conocer más profundamente a quien el Espíritu Santo ha puesto al frente de su Iglesia para que sea nuestro amigo y nuestro guía en estos momentos de angustia y confusión.

* * *

No soy yo el llamado a hacer un estudio de este libro que pongo en tus manos. Otros lo han llevado a cabo, haciendo resaltar las bellezas de fondo y de forma que contiene y subrayando el estilo que refleja aquella simplicidad y aquella alegría que el pueblo sencillo ha sabido captar en la persona del Papa.

Yo tan sólo quiero decirte que la BAC ha hecho el esfuerzo de preparar rápidamente esta edición para ayudarte a conocer al Papa, a amar al Papa.

Por la fe sabemos que el Espíritu Santo asiste a su Iglesia. Y la asiste de una manera especial en los problemas más importantes de su vida, como es la elección de un Papa. Por la fe sabemos que es éste el Papa que el Espíritu Santo ha elegido para el momento presente. La misma rapidez de la elección, contra los cálculos de los «enterados», demuestra claramente esa presencia del Espíritu.

Pero es conveniente que la fe esté ayudada por razones y motivaciones humanas, ya que nosotros, hombres al fin y al cabo, que hemos de vivir la fe como hombres, necesitamos también del apoyo natural que haga más fácil nuestra fe. Y estoy convencido de que la lectura de este libro te va a ayudar para formar humanamente un juicio del nuevo Papa que te ayude a confiar en él, a sentirte ganado por su sencillez y por su alegría esperanzada.

* * *

No son nada fáciles los momentos actuales de la Iglesia y del mundo para los que tienen funciones de gobierno. Es una cruz pesada la que el Señor ha puesto sobre los hombros de Juan Pablo I. Pero la sencillez, la humildad, la gozosa alegría, fruto de su confianza absoluta en el Padre, que se manifiestan en la vida del actual Pontífice, son una garantía de que sabrá llevarla con garbo.

Es necesario que nosotros, los católicos concretamente, le ayudemos a llevar su cruz haciéndola más suave y ligera por el calor de nuestro afecto y por la sinceridad de nuestra adhesión.

Juan Pablo 1 se ha comprometido a continuar y completar la obra de sus dos predecesores inmediatos. Y ha pedido la oración y la ayuda de todos para llevarla a cabo con absoluta fidelidad, a fin de que la Iglesiasita pueda cumplir en estas

circunstancias del mundo su misión evangelizadora, que es su principal tarea, como él mismo subrayó.

No es fácil el empeño. Todos sabemos las incomprendiones y recelos que han acompañado a los dos Papas anteriores y que se transformaron algunas veces en auténtica «contestación» que amargó su vida.

Juan Pablo 1, con su sonrisa alegre y esperanzada, ha levantado el ánimo de muchos en los primeros momentos de su pontificado. Es necesario que todos sepamos mantener esa esperanza y que le hagamos fácil, con nuestra docilidad, la tarea ingente que él se ha comprometido a realizar.

Madrid, septiembre 1978.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Cardinal Tarancón'. The signature is fluid and cursive, with a prominent loop at the end.

Cardenal TARANCÓN
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

PREFACIO

AL escribir a Charles Dickens, en una de sus populares cartas cristianas, publicadas en la revista, popular y cristiana, el *Messaggero di San Antonio*, y que ahora se recogen en este libro; al escribir, pues, a Dickens, igual que ha escrito a Marconi, a Péguy, a San Bernardino de Siena, a Penélope y a Pinocho, y a tantos otros personajes históricos y míticos de todos los tiempos y lugares, el autor se presenta de esta manera:

«Querido Dickens, soy un obispo que se ha impuesto la extraña tarea de escribir cada mes una carta a algún ilustre personaje».

Este obispo es el cardenal Albino Luciani, patriarca de Venecia.

Tratándose de un patriarca, uno esperaría cartas que fuesen algo así como encíclicas, con disertaciones filosóficas sobre el gobierno de los pueblos, con ponderadas investigaciones sobre la teología pastoral y sesudos consejos acerca de los problemas del patriarcado, etc. Nada de eso. Nos encontramos, por el contrario, con una prosa periodística y ágil, increíblemente ingeniosa —amén de espiritual—, de irreprimible carácter popular, con la que el autor, sin afectación alguna, analiza los problemas de la vida actual, que interesan a toda clase de gentes en todo el mundo, valiéndose para ello de una participación directa y de una experiencia nada común, y expresándose con una sencillez expositiva en la que sobresalen los aspectos menos espectaculares de personajes de elevada condición social y de amas de casa y obreros, de estudiantes y de ancianos... Analiza, con espíritu abierto, almas y cuerpos, lo divino y lo humano, sin prejuicios, con patriarcal tolerancia, animando continuamente el tema con ocurrencias imprevistas, anécdotas graciosas, agudezas de un típico humour inglés, facilitado por su amplio conocimiento de la literatura inglesa, al que se suma el conocimiento directo del alma popular. De esta forma logra el autor que el lector rompa a reír, en no pocas ocasiones, y tome de esta satisfacción impulsos para continuar la lectura, profundizando con el autor, sin esfuerzos cerebrales, los temas que se exponen y, sobre todo, convenciéndose de los motivos y de los ejemplos aducidos para liberar a los espíritus del aburrimiento, de la estupidez del mal, causa de tantos suicidios.

Por los temas abordados, y por los modos que el autor usa, percibe el lector libre la actualidad del cristianismo, sin el que la sociedad de hoy se deshace, si Dios no la

apoya.

Hoy, por las teorías, muertas o moribundas, de la muerte de Dios y de la supresión del demonio (sobre el que Luciani piensa, como Baudelaire, que «la burla mejor que el diablo logra es la de hacer creer a los hombres que no existe»); hoy, tras la liquidación periodística de los dogmas fundamentales, también el término «apologética» ha caído en desuso. Pero en este epistolario vivo, surgido de una cultura sorprendente y moderna, renace una apologética poderosa, aunque afable, sin reticencias y sin ampulosas citas culturales, rica en episodios de la vida diaria; una apologética que establece la lógica discriminación de la vida y de la muerte, del castigo y del mal, para los avatares de nuestro tiempo. Se presenta, a la luz de la sabiduría eterna, una defensa de la persona y de la sociedad, que tantos organismos infortunados y tantos cerebros desorientados se afanan por exterminar.

De esta forma, el cardenal desciende del solio y se adentra en la masa, haciéndose partícipe de la vida común; y así, mientras lleva a cabo la vocación del concilio Vaticano II, revive, sin oropeles, el comportamiento del propio Jesús, el cual, a pesar de la invitación de Pedro a quedarse en las alturas admirables del Tabor en contemplación estática y extática, bajó sin detenerse al encuentro de las multitudes para instruir las en la ciencia de la vida y para curarlas de los males físicos y morales. Y lo hizo por aquel puro amor que sirve de fundamento a esta nueva presentación de la «buena nueva».

Por este amor, todo interés personal o social lo hace suyo el escritor, siempre comprensivo y crítico, puesto al día y documentado, descubriendo en las distintas crisis del camino las misteriosas instancias de la fe en Dios con la belleza de su realidad. Al proceder así, el patriarca siembra semillas de espiritualidad sobre los terrenos del materialismo y desenmascara las ideologías tumefactas en los distintos ambientes sociológicos y políticos.

Es un magisterio nuevo, atractivo y convincente, hecho para todos, doctos e indoctos, próximos y lejanos; del mismo modo que han sido hechos para todos el aire, el agua, la tierra, al igual que el cielo y la religión.

El autor de estas cartas se muestra siempre libre (libre del mal, se entiende) y siempre comprensivo y paciente. «Habéis proclamado una cruzada —escribe a San Bernardo de Claraval—, cosa muy discutida hoy, pero que entonces encajaba en el cuadro de la época».

Se dirige al hombre común, del que ve un ejemplo en sí mismo; y como admite las propias limitaciones, por eso habla claro y dice la verdad, sin la más mínima sombra de ofensa, de tal forma que induce, aun a los más reacios, a razonar en pro de su propio bien. En el diálogo nunca ve a enemigos, sino siempre a hermanos que tienen derecho a ser informados y, con frecuencia, a ser iluminados.

La enseñanza, repito, vale para todos, profesionales y obreros, buenos y malos,

clérigos y laicos, patriarcas y padres de familia. El autor es el primero en sacar provecho de esa enseñanza para sí y para sus tareas; puesto que, al fin y al cabo, no enseña otra cosa sino a bien vivir y a bien morir. Parece sentir una particular preocupación por los políticos, los gobernantes de las regiones y del municipio, por los empresarios y por los obreros, por los estudiantes y las jóvenes casaderas...; en suma, por todos. La razón es siempre la misma, todos están ligados por la común paternidad.

La enseñanza contribuye de esta manera a educar al pueblo, cuyas modas y modos de convivencia analiza, uniendo a la psicología la polémica burlona, pero penetrante, con los hermanos que, por un abuso de la libertad, don primero de Dios, se han convertido en adversarios de Dios en el cielo y de los hombres en la tierra. Conecta lo divino y lo humano, siguiendo la didáctica del Concilio, y separa por ello continuamente de la existencia los elementos mortíferos. Sabe hacerse comprender así aun de los ateos más distanciados.

Para esto trata los temas más diversos: desde la fe a la educación, desde la santidad a la cultura, desde el sexo al matrimonio, desde el turismo a la ascesis...; uniendo, siempre que pueda servir de ayuda, la terapia al diagnóstico. Continúa la tradición de los grandes forjadores de almas: Felipe Neri, Bernardino de Siena, Francisco de Sales, el papa Juan... Y habla siempre claro, conciso, mostrándonos la actualidad de un obispo que no se atrinchera frente al mundo, sino que se mete dentro del mundo para ayudar a las masas en el esfuerzo, tan fatigoso como complejo, por escalar la pared de la existencia. Por esto traduce su optimismo, firmemente anclado en Cristo, en una hilaridad original, fresca, alborozada, que tiene tanto más valor cuanto mayor es el peso con que nos agobia la presente cultura nebulosa, tan altanera como envanecida.

El cardenal Luciani resulta así un enemigo declarado del tedio: un amigo manifiesto del gozo. Su cultura está inspirada en el Evangelio, en la Iglesia, de los que extrae la universalidad de los deberes del cristiano: universalidad que lo lleva a abrirse a todo el mundo racional, dentro y fuera del cristianismo, como San Justino mártir, por lo que acoge y utiliza incluso máximas y personas de otros sistemas.

Nada humano considera ajeno a sí: postura decisiva para llegar a la unidad humana, fruto de la política del amor.

Y al enseñar este patrimonio de Cristo —el testamento del amor—, Luciani muestra un amor «práctico», hecho de fe y de obras, por medio de una caridad volcada en las pequeñas cosas de cada día, en aras del perdón sin límites ante cualquier tipo de violencia y error.

En otros casos, me habría sentido embarazado al tener que alabar sin reservas a un escritor, aunque sólo sea de epístolas dirigidas a todo el mundo, de todos los tiempos. Pero no es éste el caso del patriarca de Venecia, porque precisamente él, en

estos escritos, hace una divertida y convincente liquidación de los elogios que circulan por las calles (y las casas) de noche y de día.

Esto no me impide confesar que desde hace muchos años no había llegado a mis manos un libro tan atractivo, vivo y útil para mí, y, según creo, para todos.

IGINO GIORDANI

Roma, 10 de enero de 1976.

El breve apunte biográfico de los destinatarios de las cartas ha sido elaborado por la Redacción de la revista *Messaggero di San Antonio*, Padua (Italia), en la que comenzó a publicarse este epistolario a partir de mayo de 1971. El *Messaggero di San Antonio* es un boletín mensual editado por los Frailes Menores Conventuales de la Basílica de San Antonio de Padua. Fundado en 1898, cuenta en la actualidad con más de un millón de suscriptores. Hacia 1950 vieron la luz las ediciones en lengua española, francesa, inglesa, alemana y portuguesa.

Cuando se hallaban ya muy avanzados los trabajos de impresión del presente volumen, nos sobrecogió la noticia de la muerte del Papa Luciani. Con la publicación de estas cartas, la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS quiere rendir testimonio de filial homenaje a la figura entrañable de Juan Pablo I y prolongar su gesto humilde y conciliador, su sonrisa evangélica y, sobre todo, la lección de vida de su breve pontificado.

ILUSTRISIMOS SEÑORES

A Charles Dickens^[1]*

ESTAMOS EN LAS ULTIMAS...

Querido Dickens:

Soy un obispo que se ha impuesto la extraña tarea de escribir todos los meses, para *El Mensajero de San Antonio*, una carta a algún ilustre personaje.

A poco tiempo de la Navidad, no sabía realmente a quién elegir. Cuando he aquí que encuentro en un periódico el anuncio de tus cinco famosos *Libros navideños*. En seguida me dije: los leí de muchacho, me gustaron infinitamente porque estaban transidos de un gran sentido de amor a los pobres y de regeneración social, con calor de fantasía y de humanidad; le voy a escribir a él. Y aquí me tienes dispuesto a distraer tu atención.

* * *

Acabo de recordar tu amor a los pobres. Lo has sentido y expresado maravillosamente, porque de niño viviste entre los pobres.

A los diez años, con papá en la cárcel por deudas, y para ayudar a mamá y a los hermanos, fuiste a trabajar a una fábrica de barnices. De la mañana a la noche tus manecitas embalaban cajas de betún bajo la mirada de un patrón que no conocía la piedad; por la noche tenías que dormir en un desván; el domingo, para acompañar a papá, lo pasabas con toda la familia en la cárcel, en la que tus ojos infantiles se abrían asombrados, conmovidos y atentísimos, sobre decenas y decenas de casos que movían a compasión.

Por esto, todas tus novelas están pobladas de pobre gente que vive en una miseria impresionante: mujeres y niños enrolados en fábricas y almacenes indiscriminadamente, incluso antes de los siete años; ningún sindicato que los defienda; ninguna protección contra la enfermedad o la desgracia; salarios de hambre; trabajo que se prolonga hasta quince horas diarias, que, con desoladora monotonía, encadena a fragilísimas criaturas a la máquina potente y ruidosa, al ambiente física y moralmente malsano, e impulsa con frecuencia a buscar el olvido en el alcohol o a probar de evadirse mediante la prostitución.

Son los oprimidos: para ellos reservas toda tu simpatía. Enfrente están los opresores, que tú estigmatizas con pluma manejada por el genio de la cólera y de la ironía, capaz de esculpir casi en bronce figuras de máscara.

* * *

Una de estas figuras es el usurero Scrooge, protagonista de tu *Canción de Navidad en prosa*.

Dos señores —que llegan a su estudio cuaderno y pluma en ristre— le interpelan:

—Es Navidad, millares de personas carecen de lo necesario, señor.

Respuesta de Scrooge:

—¿Es que no hay prisiones? ¿No funcionan ya los hospicios?

—Ciertamente que existen y funcionan, pero pueden hacer muy poco para alegrar los espíritus y los cuerpos en Navidad. Hemos pensado recoger fondos para entregar a los pobres alimentos, bebida y combustible. ¿Con qué cifra puedo inscribirle?

—Con ninguna. Quiero que me dejen en paz. Yo no festejo la Navidad y no me voy a permitir el lujo de hacerla festejar a los holgazanes. Pagando el impuesto de pobres, doy mi ayuda a las cárceles, a las instituciones de mendicidad; el que esté en la miseria, que se dirija a ellas.

—Muchos no pueden ir, y muchos otros preferirían morir antes que hacerlo.

—Si prefieren morir será mejor que lo hagan pronto para disminuir el exceso de población. Y además, ustedes perdonen, estas cosas no me interesan.

Así habéis descrito al usurero Scrooge: preocupado sólo por el dinero y los negocios. Pero cuando habla de negocios al espectro de su «espíritu gemelo», el difunto socio usurero Marley, éste se lamenta dolorosamente: «¡Los negocios! Tener compasión tendría que haber sido mi negocio: caridad, clemencia y benevolencia, todo esto tendría que haber sido mi negocio. ¿Por qué he andado entre la muchedumbre de mis semejantes con los ojos clavados en tierra, sin levantarlos nunca hacia aquella estrella bendita que condujo a los magos a una choza? ¿Acaso no había otras pobres casas hacía las cuales su luz habría podido guiarme?»

* * *

Desde que escribiste estas palabras (1843) han pasado más de ciento treinta años. Estarás impaciente por saber *si* y *cómo* se ha puesto remedio a las situaciones de miseria y de injusticia que tú denunciaste.

Te lo digo en seguida. En tu Inglaterra y en la Europa industrializada, los trabajadores han mejorado mucho su posición. Tenían a su disposición, como única fuerza, el número. Y han sabido utilizarla.

Los antiguos oradores socialistas contaban: «El camello pasaba a través del desierto; sus pezuñas pisoteaban los granillos de arena mientras que él, soberbio y

triunfante, exclamaba: ‘¡Os aplasto, os aplasto!’ Los granillos se dejaban aplastar, pero se levantó el viento, el terrible simún. ‘Arriba, granitos —dijo—, uníos, haced cuerpo junto a mí, azotaremos juntos a esta bestia y la sepultaremos bajo montañas de arena’».

Los trabajadores se han convertido, de granitos divididos y esparcidos, en nube compacta en los sindicatos y en los distintos socialismos, que tienen el mérito innegable de haber sido casi en todas partes la causa principal de la real promoción de los trabajadores.

De tu tiempo a esta parte, los obreros han realizado avances y conquistas en el plano de la economía, de la seguridad social y de la cultura. Hoy, pues, por medio de los sindicatos, logran con frecuencia hacerse oír allá arriba, en las altas esferas del Estado, donde en realidad se decide su suerte. Todo esto a precio de enormes sacrificios, superando oposiciones y obstáculos.

La unión de los trabajadores para la defensa de los propios derechos fue en un principio declarada ilegal, luego tolerada y, por último, reconocida legalmente. El Estado, al principio, fue un «Estado policía», declaró que el contrato de trabajo era un asunto meramente privado y prohibió los contratos colectivos; el patrón tenía la sartén por el mango; imperaba sin ningún freno la «libre concurrencia».

«¿Corren dos patronos tras un obrero? El salario subirá. ¿Tiran dos obreros de la chaqueta de un patrón? El salario bajará». Esta es la ley, se decía, que lleva automáticamente al equilibrio de las fuerzas. En realidad llevaba a los abusos de un capitalismo que fue y, en ciertos casos, todavía es un «sistema nefasto».

¿Y ahora? ¡Ay! En tu tiempo las injusticias sociales iban en una sola dirección: los obreros señalaban con el dedo a sus patronos. Hoy es incontable la gente que apunta con el dedo: los trabajadores del campo, que se quejan de estar mucho peor que los trabajadores de la industria; aquí en Italia, el sur contra el norte; en África, en Asia, en América latina, las naciones del «Tercer Mundo» contra las naciones del bienestar.

Pero incluso en estas últimas naciones hay infinidad de miserias y de inseguridad. Muchos trabajadores se encuentran en paro o inseguros de su puesto; no en todas partes están suficientemente protegidos contra los accidentes; con frecuencia se sienten tratados sólo como instrumentos de producción y no como protagonistas.

Por si fuera poco, la carrera frenética hacia el bienestar, el uso exagerado e insensato de cosas innecesarias, ha comprometido los bienes indispensables: el aire y el agua pura, el silencio, la paz interior, el reposo.

Se creía que los pozos de petróleo iban a ser pozos sin fondo, como el de San Patricio; de pronto caemos en la cuenta de que estamos casi en las últimas gotas. Se confiaba en que una vez agotado el petróleo, dentro de mucho tiempo, se podría contar con la energía nuclear, pero ahora nos dicen que en la producción de energía

nuclear existe el peligro de escorias radiactivas nocivas para el hombre y su ambiente.

El temor y la preocupación son grandes. Para muchos, la bestia del desierto a la que hay que atacar y sepultar no es ya solamente el capitalismo, sino también el «sistema» actual, al que es preciso abatir con revoluciones convulsivas. Para otros, esa convulsión ha comenzado ya.

El pobre Tercer Mundo de nuestros días —dicen— será pronto rico gracias a los pozos de petróleo, que explotará solamente para sí; el mundo del bienestar consumista, al obtener petróleo sólo con cuentagotas, tendrá que limitar sus industrias, su consumo, y someterse a una recesión.

Ante este cúmulo de problemas, de preocupaciones y tensiones, todavía son válidos —ampliados y adaptados— los principios que tú fomentaste, querido Dickens, aunque un tanto sentimentalmente. Amor al pobre, y no tanto al pobre individual cuanto a los pobres que, rechazados como individuos y como pueblos, se han sentido clase y se han solidarizado entre sí. A ellos, sin vacilación, bajo el ejemplo de Cristo, se ofrece la preferencia sincera y abierta de los cristianos.

Solidaridad: somos una sola barca llena de gentes muy cercanas en el espacio y en las costumbres, pero en un mar muy revuelto. Si no queremos terminar en graves desastres, la regla es ésta: todos para uno y uno para todos; insistir en lo que une y dejar de lado lo que separa.

Confianza en Dios: por boca de tu Marley deseabas que la estrella de los Magos iluminase las casas pobres.

Hoy el mundo entero es una pobre casa, y ¡tiene tanta necesidad de Dios!

Febrero 1974.

TRES JUANES EN UN SOLO JUAN

Querido Mark Twain:

Tú fuiste uno de los autores preferidos de mi adolescencia. Todavía recuerdo las divertidas *Aventuras de Tom Sawyer*, que son, por lo demás, tus propias aventuras de infancia, mi querido Twain. He contado cientos de veces algunas de tus ocurrencias, por ejemplo, aquella sobre el valor de los libros. Es un valor inestimable —le respondiste tú a una pequeña que te había preguntado—, pero en formas distintas. Un libro encuadernado en piel es excelente para afilar la navaja de afeitar; un libro pequeño, conciso —como saben escribirlo los franceses— sirve estupendamente para sostener la pata más corta de una mesita; un libro grueso como un diccionario, es un magnífico proyectil para lanzárselo a los gatos; y, finalmente, un atlas de hojas grandes tiene el papel más adecuado para ajustar las ventanas.

Mis alumnos se entusiasmaban cuando yo les decía: Ahora os voy a contar otra de Mark Twain. Temo, en cambio, que mis diocesanos se escandalicen: «¡Un obispo que cita a Mark Twain!» Quizá fuera necesario explicarles primero que, así como hay muchas clases de libros, hay también muchas clases de obispos. Algunos, en efecto, parecen águilas que planean con documentos magistrales de alto nivel; otros son como ruiseñores que cantan maravillosamente las alabanzas del Señor; otros, por el contrario, son pobres gorriones que, en la última rama del árbol eclesial, no hacen más que piar, tratando de decir algún que otro pensamiento sobre temas vastísimos.

Yo, querido Twain, pertenezco a esta última categoría. Por esto me armo de valor y cuento que una vez tú observaste: «El hombre es más complejo de lo que parece; todo hombre adulto encierra en sí no uno, sino tres hombres distintos». «¿Cómo es eso?», te preguntaron. Y tú contestaste: «Mirad a un Juan cualquiera. En él se da el primer Juan, es decir, el hombre que él cree ser; hay también un segundo Juan, lo que de él piensan los otros; y, finalmente, existe un tercer Juan, lo que él es en realidad».

* * *

¡Cuánta verdad, Twain, se encierra en tu humorada! He aquí, por ejemplo, el

primer Juan. Cuando nos traen la fotografía del grupo en que hemos posado, ¿cuál es la cara simpática y atractiva que vamos a buscar? Duele decirlo, pero es la nuestra. Porque nosotros nos queremos desmesuradamente y nos preferimos a los demás. Por querernos tanto sucede que nos sentimos inclinados a exagerar nuestros méritos, a suavizar nuestras culpas, a usar con el prójimo medidas distintas de las que nos aplicamos a nosotros mismos. ¿Méritos exagerados? Los describe tu colega Trilussa:

*La babosa de la Vanagloria
que se arrastraba sobre un obelisco,
miró la baba y dijo: ahora sé
que dejaré mi impronta en la historia.*

Así somos, querido Twain. ¡Incluso un poco de baba, si es nuestra y por ser nuestra, nos hace gallear y alzar la cabeza!

¿Defectos atenuados? «Bebo un vaso alguna que otra vez», dice él. Los otros, en cambio, afirman que es una especie de esponja, una garganta siempre seca, un auténtico devoto de Santa Bibiana, con el codo siempre empinado. Ella dice: «Soy un poco nerviosilla, y a veces me impresiono». ¡Menuda impresión! La gente comenta que es gruñona, agresiva y vengativa, un carácter imposible, una arpía.

En Homero, los dioses se pasean por el mundo envueltos en una nubecilla que les oculta a los ojos de todos; nosotros tenemos una nube que nos oculta a nuestros propios ojos.

Francisco de Sales, obispo como yo y humorista como tú, escribía: «Acusamos al prójimo por cosas leves, y nos excusamos a nosotros mismos en cosas importantes. Queremos vender a precios elevadísimos y comprar, en cambio, en magníficas condiciones. Queremos que se haga justicia en la casa de los demás, pero que se use misericordia en la nuestra. Queremos que se interpreten bien nuestras palabras, y somos quisquillosos con las de los demás. Si alguno de nuestros subordinados no usa con nosotros de buenas maneras, interpretamos mal cualquier cosa que haga; por el contrario, si alguno nos resulta simpático, lo excusamos, haga lo que haga. Exigimos nuestros derechos con rigor, y, en cambio, pretendemos que los otros sean discretos al exigir los suyos... Lo que hacemos por los demás nos parece siempre demasiado, y lo que los otros hacen por nosotros nos parece cosa de nada».

* * *

Sobre el primer Juan es ya suficiente. Vayamos al *segundo Juan*. Aquí, querido Twain, me parece que las situaciones son dos: Juan desea que la gente le estime y se aflige si la gente le ignora o desprecia. No hay nada de malo en esto; procure tan sólo no exagerar en uno u otro sentido. «¡Ay de vosotros —ha dicho el Señor— que ambicionáis los primeros puestos en las sinagogas y los saludos en las plazas..., que

realizáis todas vuestras obras para ser vistos!». Hoy diríamos... que escaláis los puestos y los títulos a fuerza de codazos, de concesiones, de abdicaciones, que perdéis la cabeza por aparecer en los periódicos.

Pero ¿por qué «¡Ay de vosotros!»? Cuando en 1938 Hitler pasó por Florencia, la ciudad fue cubierta de cruces gamadas y de inscripciones encomiásticas. Bargellini dijo a Dalla Costa: «¿Ve esto, eminencia? ¿Ve esto?» «No tenga miedo, respondió el cardenal, la suerte está ya predicha en el salmo 37: ‘Vi al inicuo enorgullecerse y crecer como árbol frondoso. Pasé de nuevo, y ya no estaba; lo busqué, y no se le pudo encontrar’».

A veces el «¡ay!» no significa castigo divino, sino solamente ridículo humano. Puede que a alguien le ocurra lo que al asno que se cubrió con la piel de un león y todos decían: «¡Qué león!» Hombres y bestias huían. Pero sopló el viento, la piel se levantó, y todo el mundo pudo ver que se trataba de un asno. Y entonces corrieron furiosos y molieron a la bestia a bastonazos.

Ya lo decía Shaw: «¡Qué cómica resulta la verdad!» Y en verdad es para reír cuando se sabe que poca cosa hay bajo ciertos títulos y ciertas celebridades.

¿Y si sucede lo contrario? ¿Si la gente piensa mal de lo que en realidad está bien? Aquí vienen en nuestra ayuda otras palabras de Cristo: «Vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron: Tiene el demonio dentro. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Este es un comilón y un bebedor, amigo de publicanos y pecadores». Ni siquiera Cristo logró contentar a todos. No nos desesperemos si tampoco lo conseguimos nosotros.

* * *

El *tercer Juan* era cocinero. Esto no lo cuentas tú, Twain, sino Tolstoi. A la entrada de la cocina estaban echados los perros. Juan mató un ternero y echó las vísceras al patio. Los perros las cogieron, se las comieron y dijeron: «Es un buen cocinero, guisa muy bien». Poco tiempo después Juan pelaba los guisantes y las cebollas, y arrojó las mondaduras al patio. Los perros se arrojaron sobre ellas, pero torciendo el hocico hacia el otro lado dijeron: «El cocinero se ha echado a perder, ya no vale nada». Sin embargo, Juan no se conmovió lo más mínimo por este juicio y dijo: «Es el amo quien tiene que comer y apreciar mis comidas, no los perros. Me basta con ser apreciado por mi amo».

¡Bravo también por Tolstoi! Pero yo me pregunto: ¿Qué gustos tiene el Señor? ¿Qué es lo que le agrada de nosotros? Un día, mientras predicaba, alguien le dijo: «Tu madre y tus hermanos están ahí afuera, y quieren hablar contigo». Él extendió la mano hacia sus discípulos y respondió: «(He aquí a mi madre y a mis hermanos. En verdad que todo aquel que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre».

He aquí quien le agrada: el que hace la voluntad del Señor. Le agrada la oración, pero le desagrada mucho que las oraciones sean un pretexto para rehuir las fatigas de las buenas obras. «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?» ¡Hacer lo que él dice!

Esto puede dar lugar a una conclusión moralizante. Tú —humorista— no la habrías sacado. He de sacarla yo, que soy obispo y que aconsejo a mis fieles: si alguna vez pensáis en los tres Juanes, los tres Jaimes, o las tres Franciscas que están en cada uno de nosotros, mirad sobre todo al tercero: ¡aquello que agrada a Dios!

Mayo 1971.

EN QUÉ CLASE DE MUNDO...

Querido Chesterton:

En la pantalla de la televisión italiana apareció hace pocos meses el padre Brown, original sacerdote-detective, criatura típicamente tuya. Lástima que no hayan aparecido el profesor Lucifer y el monje Miguel. Los habría visto con sumo agrado, tal como tú los describiste en *La esfera y la cruz*, viajando en avión, sentado uno junto al otro, Cuaresma junto a Carnaval.

Cuando el avión vuela sobre la catedral de Londres, el profesor suelta una blasfemia contra la cruz.

—«Estoy pensando si esta blasfemia te ayuda en algo —le dice el monje—. Escucha esta historia: Conocí a un hombre como tú; él también odiaba al crucifijo; lo eliminó de su casa, del cuello de su mujer, hasta de los cuadros; decía que era feo, símbolo de barbarie, contrario al gozo y a la vida. Pero su furia llegó a más todavía: un día trepó al campanario de una iglesia, arrancó la cruz y la arrojó desde lo alto.

»Este odio acabó transformándose primero en delirio y después en locura furiosa. Una tarde de verano se detuvo, fumando su pipa, ante una larguísima empalizada; no brillaba ninguna luz, no se movía ni una hoja, pero creyó ver la larga empalizada transformada en un ejército de cruces, unidas entre sí colina arriba y valle abajo. Entonces, blandiendo el bastón, arremetió contra la empalizada, como contra un batallón enemigo.

»A lo largo de todo el camino fue destrozando y arrancando los palos que encontraba a su paso. Odiaba la cruz, y cada palo era para él una cruz. Al llegar a casa seguía viendo cruces por todas partes, pateó los muebles, les prendió fuego, y a la mañana siguiente lo encontraron cadáver en el río».

Entonces el profesor Lucifer, mordiéndose los labios, mira al anciano monje y le dice: «Esta historia te la has inventado tú». «Sí, responde Miguel, acabo de inventarla; pero expresa muy bien lo que estáis haciendo tú y tus amigos incrédulos. Comenzáis por despedazar la cruz y termináis por destruir el mundo».

La conclusión del monje, que por supuesto es la tuya, querido Chesterton, es

justa. Suprimid a Dios, y ¿qué es lo que queda? ¿En qué se convierten los hombres?

—Existe el mundo del progreso —oigo decir—, el mundo del bienestar.

—Sí; pero este famoso progreso no es exactamente lo que se esperaba; trae consigo también los misiles, las armas bacteriológicas y atómicas, el proceso actual de contaminación, cosas todas que —si no se pone remedio a tiempo— amenazan con arrastrar a toda la humanidad a una catástrofe.

En otras palabras, el progreso con hombres que se aman, considerándose hermanos e hijos de Dios, Padre común, puede ser una cosa magnífica. El progreso con hombres que no reconocen a Dios como Padre común, constituye un peligro continuo: en efecto, sin un crecimiento paralelo de la dimensión moral, interior y personal, aquel progreso desarrolla las más salvajes y oscuras tendencias del hombre, lo convierte en una máquina dominada por máquinas, un número que maneja números, «un bárbaro delirante —diría Papini— que, en vez de la clava, puede servirse de las fuerzas inmensas de la naturaleza y de la mecánica para satisfacer sus instintos de rapiña, destructores y orgiásticos».

Sé que muchos piensan lo contrario que tú y yo. Piensan que la religión es un sueño consolador: la habrían inventado los oprimidos, imaginando otro mundo inexistente, donde encontrar más tarde lo que hoy les roban los opresores; la habrían organizado, totalmente a su favor, los opresores, para seguir pisoteando a los oprimidos y adormecer en ellos aquel instinto de clase que, sin la religión, los impulsaría a la lucha.

Es inútil recordar que precisamente la religión cristiana ha favorecido el despertar de la conciencia proletaria, exaltando a los pobres y anunciando una justicia futura.

—Sí, responden, el cristianismo despierta la conciencia de los pobres, pero después la paraliza, predicando la paciencia y sustituyendo la lucha de clases con la confianza en Dios y las reformas graduales de la sociedad.

Muchos creen también que Dios y la religión, al canalizar las esperanzas y esfuerzos hacia un paraíso futuro y lejano, *alienan* al hombre, le impiden comprometerse en la construcción de un paraíso cercano que ha de realizarse aquí en la tierra.

Es inútil recordarles que, según el reciente concilio, un cristiano, precisamente porque es cristiano, debe sentirse más que nadie obligado a trabajar por un progreso que sea progreso para todos, y por una promoción social que lo sea de todos.

—En último término, dicen ellos, vosotros pensáis el progreso para un mundo transitorio, en espera de un paraíso definitivo, que nunca llegará. Nosotros queremos el paraíso aquí, final de todas nuestras luchas. Ya podemos vislumbrar su despertar, mientras que vuestro Dios es declarado «muerto» por los teólogos de la *secularización*. Estamos con Heine cuando escribía: «¿Sientes la campana?; ponte de rodillas; le llevan los últimos sacramentos a Dios, que está muriendo».

Querido Chesterton, tú y yo no dudamos en ponernos de rodillas, pero ante un Dios más actual que nunca. Sólo Él, en verdad, puede dar una respuesta satisfactoria a estos tres problemas, que son para todos los más importantes: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? En cuanto al paraíso que se disfrutará en la tierra, y sólo en la tierra, en un futuro próximo, al término de las famosas «luchas», quisiera que se escuchara a alguien que escribe mejor que yo y —sin rebajar tus méritos— también mejor que tú: Dostoyewsky.

Recuerdas al dostoyewskyano Iván Karamasov. Es un ateo, incluso amigo del diablo. Pues bien, él protesta con toda su vehemencia de ateo contra un paraíso obtenido gracias a los esfuerzos, las fatigas, los sufrimientos, el martirio de innumerables generaciones. ¡Nuestros sucesores serán felices gracias a los sufrimientos de sus predecesores! ¡Estos predecesores que «luchan» sin recibir su parte de dicha, a menudo sin tener siquiera el consuelo de vislumbrar el paraíso que seguirá al infierno que atraviesan! ¡Innumerables muchedumbres de infortunados, de sacrificados, que son simplemente la tierra que sirve para hacer crecer los futuros árboles de la vida! ¡Esto es imposible!, dice Iván, ¡esto sería una injusticia despiadada y monstruosa!

Y tiene razón.

El sentido de justicia que existe en todo hombre, de cualquier creencia, exige que el bien realizado y los males sufridos sean premiados, que el hambre de vida, innata en todos, sea satisfecha.

¿Dónde y cómo, si no es en otra vida? ¿Y por quién, sino por Dios? ¿Y de qué Dios, sino de aquel de quien escribía San Francisco de Sales: «No temáis a Dios, que no quiere haceros mal, sino amadle mucho, porque desea haceros mucho bien?»

Lo que muchos combaten no es al verdadero Dios, sino la falsa idea que se han hecho de Dios: un Dios que protege a los ricos, que no hace más que pedir y acuciar, que siente envidia de nuestro progreso, que espía continuamente desde arriba nuestros pecados para darse el placer de castigarlos.

Querido Chesterton, tú lo sabes, Dios no es así: es justo y bueno a la vez; padre también de los hijos pródigos, a los que desea ver no mezquinos y miserables, sino grandes, libres, creadores de su propio destino. Nuestro Dios es tan poco rival del hombre, que ha querido hacerle su amigo, llamándole a participar de su misma naturaleza divina y de su misma eterna felicidad. Ni tampoco es verdad que nos pida demasiado; al contrario, se contenta con poco, porque sabe muy bien que no tenemos gran cosa.

Querido Chesterton, estoy tan convencido como tú: este Dios se hará conocer y amar cada vez más; y de todos, incluidos los que hoy lo rechazan, no porque sean malos (¡son quizás mejores que nosotros dos!), sino porque le miran desde un punto de vista equivocado. ¿Que ellos siguen sin creer en Él? Él les responde: Soy yo el que

cree en vosotros.

Junio 1971.

HERMOSA SIN EXTRAVAGANCIAS

Majestad imperial:

Os conozco solamente por los libros. Soberana típica del «siglo de las luces», también vos fuisteis un tanto paternalista en vuestro gobierno. Os llamabais «madre» de todas vuestras tierras; pero, al parecer, lo que realmente os preocupó fue que vuestras gentes fueran súbditos obedientes de la emperatriz.

No hay que extrañarse; ni siquiera a una reina puede pedirse que se anticipe proféticamente a los tiempos. De todos modos, en el lote de soberanos de la época, representáis quizá el papel más airoso: ¡directora de la orquesta nacional, sin la pretensión de tocar todos los instrumentos!

Mejor aún os desenvolvisteis como esposa y como madre. Esposo amado en vida y sinceramente llorado tras la muerte (aun sabiendo que os había traicionado con otras favoritas). «Casa de cristal» en la que los súbditos podían observar las costumbres intachables de su soberana. Dieciséis hijos, entre los cuales el famoso José II, llamado por vuestro vecino rey de Prusia «Rey sacristán», y la desdichada María Antonieta, primero princesa, después reina de Francia.

Es a esta última a quien, con sensibilidad de mujer y de madre, escribisteis cartas, que todavía hoy se conservan, sobre el modo de vestir.

En París se rumorea que la princesa no se cuida de la elegancia. Os enteráis en Viena e inmediatamente tomáis la pluma, amonestándola: «Me dicen que os vestís mal y que vuestras damas no se atreven a decíroslo».

Ya reina, María Antonieta se excede en el sentido contrario, y os manda un retrato suyo en el que lleva en la cabeza un monumental catafalco hecho de frutas, flores, plumas y sus buenos diez metros de tela. Y vos, a escribirle de nuevo: «No creo que deba vestir así la soberana de una gran nación. Hay que seguir la moda, pero sin exagerar. ¡Una garbosa reina no tiene necesidad de todas estas extravagancias sobre la cabeza!»

He aquí una sabia máxima: la hermosura de la mujer resalta sin necesidad de tantas extravagancias.

* * *

¿Lo creeríais, majestad? Hay un colega mío, obispo, que parece todavía más comprensivo que vos. San Francisco de Sales está en verdad lleno de sonriente indulgencia para las insuperables pequeñas debilidades humanas, que impulsan especialmente a las mujeres a buscar y cambiar ornatos, tocados y vestidos; se muestra tolerante, en particular, con la elegancia graciosa de las jóvenes. «Estas — escribe — sienten como algo innato la necesidad de agradar a los demás». Y continúa: «Les es lícito el deseo de agradar a muchos, con tal de que lo hagan con el único propósito de conquistar a uno por medio del matrimonio».

Como obispo le tocó moderar el celo de la baronesa de Chantal, que montó una vigilancia demasiado austera en torno al vestido de las hijas, y le escribe: «¿Qué quiere? Es preciso que las muchachas sean también un poco bonitas». Pero cuando se tercia sabe reprimir con dulzura las pequeñas (¡entonces eran pequeñas!) audacias de las jóvenes de su parentela: un día que Francisca de Rabutin se le presentó un poco demasiado escotada, él le ofreció sonriendo ¡unos imperdibles!

La misma moderación respecto a la moda de los hombres y de las señoras. La señora Charmoisy tiene un hijo joven que se siente a disgusto porque todos sus amigos *sont beaucoup mieux que lui*, es decir, se visten mucho mejor que él. Esto no está bien, escribe el santo, porque, «cuando se vive en el mundo, hay que seguir las leyes del mundo en todo lo que no es pecado». La señora Le Blanc de Mions tiene, por el contrario, un escrúpulo: ¿podrá ella, siendo tan devota, empolvase los cabellos según la moda? «¡Por Dios, responde Francisco, que se empolve *hardiment* (sin reparo alguno) la cabeza: también los faisanes se limpian las plumas!»

Francisco de Sales quería, al escribir así, dar consejos cristianamente sensatos, dejando a la vida devota todas sus rosas sin quitarle ninguna espina. Pero se le tomó a mal, majestad. El gran Bossuet escribió de él que de esa manera no hacía más que «colocar almohadones bajo los codos de los pecadores». Un religioso incluso predicó desde el púlpito contra la *Introducción a la vida devota*, libro en el que el santo había desarrollado los conceptos que acabamos de citar; al final del sermón se hizo traer con gran solemnidad una candela encendida, sacó de la manga el libro y le prendió fuego, dispersando las cenizas a los cuatro vientos.

* * *

Majestad, quede bien claro que yo no comparto la opinión de aquel religioso. Estoy con vos y con Francisco de Sales en la postura moderada y justa de quien comprende y alienta todo lo que es sanamente bello, aun en la moda.

Pero también estoy con vos al condenar las excentricidades. ¡Y vaya si hay excentricidades en nuestros días! En el vestido y en lo que está relacionado con él: gastos, modo de comportarse, diversiones. Y no hablo ya de la playa y del modo en

que algunos la frecuentan.

Vuestra María Antonieta llevaba en la cabeza diez metros de tela, mientras que otros metros se repartían entre el vestido y la cola. Ahora sucede todo lo contrario: hay mujeres que apenas se cubren y andan así por doquiera, pretendiendo entrar de esa guisa incluso en las iglesias.

En vuestra corte, Pedro Metastasio, que se movía entre caballeros con peluca y damas empolvadas, compuso algunos melodramas. En uno de ellos escribió:

*Es la fe de los amantes
como el ave fénix:
que existe, lo dicen todos,
dónde está, nadie lo sabe.*

Es lo más que osó decir sentimentalmente hablando. Ahora se atreven a todo; en el vestir, en el cantar, en el escribir, en la fotografía, en los espectáculos, en el modo de comportarse.

En vuestros tiempos decía la Margarita del *Campello* de Goldoni: «Mi madre me llevaba a la ópera, o si no, a la comedia, y adquiría un palco cerrado, Y en ello gastaba su buen dinero. Ella procuraba ir a donde sabía que se representaban comedias buenas, de las que se podía fiar, y venía con nosotras, Y nos divertíamos. Íbamos a veces de paseo: un poco por el Listón, un poco por la plaza de los astrólogos, de los títeres, y un par de veces a los tenderetes. Cuando nos quedábamos en casa, teníamos allí siempre nuestra tertulia. Venían los parientes, los amigos, y algún que otro joven: pero allí nunca había peligro».

¿Y ahora? Se dan casos de hijas de buena familia que se ausentan días enteros. ¿Adónde van? Con «su» chico, solas en el coche, solas en el hotel con él, por los caminos del mundo.

Suele ocurrir a veces que se recibe una invitación para un baile y en la tarjeta viene la sigla Sam (sin acompañantes molestos, es decir, ¡sin los padres!).

A veces también podemos leer en los diarios que los empleados de ciertas empresas bajan notablemente el ritmo y la calidad de la producción porque se entregan a prolongadas «meditaciones» sobre el tamaño liliputiense de la ropa interior de sus compañeras de trabajo. O leemos también que tal gobierno, para impedir el aumento de accidentes de tráfico, avisa con carteles a los conductores para que no se dejen distraer por las chicas en minifalda que ven a través del espejo retrovisor o de la ventanilla.

Majestad, vos habéis escrito la palabra justa: la mujer no necesita mucho para agradar a otros. Se trata solamente de saber a qué personas se quiere agradar y con qué fin. ¿Agradar a todos? No tiene nada de malo; lo malo puede estar en querer *agradar en determinada forma*. Creo, sin embargo, que una mujer debe tratar de

agradar, ante todo, a sus padres, hermanos, hermanas, y, sobre todo, al marido, al hombre que la elegirá como esposa y será el padre de sus hijos.

Ahora bien, todos éstos desean que la mujer sea elegante y bella, pero en un marco de modestia que la haga más bella aún y moralmente atractiva.

* * *

Majestad, perdonad que me haya sincerado y desahogado con vos, que aprobáis estas ideas. No es, ciertamente, que falten hoy mujeres que las aprecien. Pero hay algunas que las consideran anticuadas y obsoletas. Vos sabéis, por el contrario, que son irrenunciables y siempre frescas, porque reflejan el pensamiento de Dios, que hizo escribir a San Pablo: «Las mujeres vístanse con decoro, adornadas con modestia y pudor».

Julio 1971.

SOMOS EL ESTUPOR DE DIOS

Querido Péguy:

Tu espíritu entusiasta, la pasión de alentador y conductor de almas, siempre me han agradado; menos algunas de tus redundancias literarias, unas veces amargas, otras irónicas, otras excesivamente apasionadas en la batalla librada contra los hombres extraviados de tu época.

En tus páginas religiosas hay algunos pasajes poéticamente (no digo teológicamente) felices; por ejemplo, aquel que presenta a Dios hablando de la esperanza:

La fe de los hombres no me admira —dice Dios— no es nada sorprendente: resplandezco de tal manera en mi creación, que, para no verme, esta pobre gente tendría que estar ciega. La caridad de los hombres no me admira —dice Dios—; no es nada sorprendente: estas pobres criaturas son tan desgraciadas, que, si no tienen un corazón de piedra, no pueden menos de sentir amor unas por otras. La esperanza, ¡esto sí que me admira!

Estoy de acuerdo contigo, mi querido Péguy: la esperanza produce verdadera admiración. De acuerdo con Dante en que ésta es una *espera cierta*. De acuerdo con lo que la Biblia dice de aquellos que esperan.

Abraham no sabía bien por qué Dios le había mandado matar a su hijo único; no veía cómo, muerto Isaac, podía venirle la posteridad numerosa que le había sido prometida, y, sin embargo, esperaba con certeza.

David, avanzando contra Goliat, sabía muy bien que cinco guijarros, aun lanzados por una mano muy experta en el manejo de la honda, eran demasiado poco contra un gigante cubierto de hierro. Y, con todo, esperaba con certeza e intimaba al coloso blindado: *Vengo de parte de Dios. Pronto te arrancaré la cabeza del tronco.*

Orando con los Salmos, también yo, querido Péguy, me siento transformado en hombre que espera con certeza: *Dios es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? ...*

Aunque acampe contra mí un ejército, no temerá mi corazón. Aunque se alce la guerra contra mí, ¡aun entonces confiaré!

* * *

¡Cómo se equivocan, Péguy, aquellos que no tienen esperanza! Judas hizo un gran disparate el día en que vendió a Cristo por treinta monedas, pero cometió otro mucho mayor cuando pensó que su pecado era demasiado grande para ser perdonado. Ningún pecado es demasiado grande: una miseria finita, por muy enorme que sea, podrá siempre ser cubierta por una misericordia infinita.

Ni tampoco nunca es demasiado tarde: Dios no sólo se llama Padre, sino Padre del hijo pródigo, que nos divisa cuando aún estamos lejos, que se entenece y, corriendo, viene a arrojarse a nuestro cuello y a besarnos tiernamente.

Y no debe hacernos temer un pasado quizá borrascoso. Las borrascas que fueron males en el pasado se convierten en bienes en el presente si nos impulsan a poner remedio, a cambiar; se convierten en una joya si se ofrecen a Dios para procurarle el consuelo de perdonarlas.

El Evangelio recuerda entre los antepasados de Jesús a cuatro mujeres, de las cuales tres no fueron muy recomendables: Rahab había sido una mujer pública; Tamar había tenido a su hijo Phares de su suegro Judas, y Betsabé había cometido adulterio con David. ¡Misterio de humildad que estas parientes hayan sido aceptadas por Cristo, que hayan sido incluidas en su genealogía, pero también —opino— un medio, en manos de Dios, para infundimos confianza: podéis llegar a ser santos, sea cual sea la historia de vuestra familia, el temperamento y la sangre heredada, vuestra situación pasada!

Sin embargo, querido Péguy, sería una equivocación esperar, pero dejándolo siempre para más adelante. Quien se mete en el camino del *después* desemboca en el del *nunca*. Conozco a alguno que parece haber convertido la vida en una perpetua «sala de espera». Llegan y parten los trenes y él dice: «¡Saldré otro día! ¡Me confesaré al final de mi vida!» Del «valiente Anselmo» decía Visconti Venosta:

*Pasa un día, pasa otro,
nunca vuelve el valiente Anselmo.*

Aquí tenemos todo lo contrario: un Anselmo que *no parte nunca*.

La cosa no deja de tener su riesgo. Supón, querido Péguy, que los bárbaros estuvieran invadiendo Italia y avanzaran destruyendo y asesinando en masa. Todos escapan: los aviones, los autos, los trenes son tomados al asalto.

—¡Ven —le grito yo a Anselmo—, todavía queda un puesto en el tren, sube rápido!

Y él:

—Pero ¿es cierto que los bárbaros me harán papilla si me quedo aquí?

—¡Cierto no, podrían perdonarte, podría suceder también que antes de su llegada pasase otro tren. Pero son posibilidades lejanas y se trata de la vida. Esperar todavía más es una imprudencia imperdonable!

—¿No podré convertirme también más tarde?

—¡Ciertamente, pero será quizá más difícil que ahora. Los pecados repetidos se convierten en hábitos y en cadenas, que son más difíciles de romper. Ahora, corre, por favor!

* * *

Tú lo sabes, Péguy. La esperanza se basa en la bondad de Dios, que se trasluce especialmente en el comportamiento de Cristo, llamado en el Evangelio «amigo de los pecadores». Conocemos bien la dimensión de esta amistad: perdida una oveja, el Señor va en su busca hasta que la encuentra; una vez encontrada, se la pone alegre sobre sus espaldas, la lleva a casa y les dice a todas: *Habrá mayor alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.*

La samaritana, la adúltera, Zaqueo, el ladrón crucificado a su derecha, el paralítico y nosotros mismos, hemos sido buscados, encontrados, tratados de esta manera. Y ésta es otra cosa digna de admiración.

* * *

Pero todavía hay algo más: la *espera cierta de la gloria futura*, como dice Dante. Causa admiración aquella certeza puesta junto a lo *futuro*, es decir, a la lejanía difusa. Y, sin embargo, ésta es, querido Péguy, la situación de los que esperamos.

Nos encontramos en la línea de Abraham, quien, habiendo obtenido de Dios la promesa de un país fertilísimo, obedeció y «partió —dice la Biblia— sin saber adónde iba», pero, a pesar de todo, seguro y abandonado en Dios. Nos encontramos en la situación descrita por San Juan evangelista: «Ya desde ahora somos hijos de Dios, pero lo que llegaremos a ser, todavía no se nos ha manifestado». Nos encontramos, como el Napoleón de Manzoni, «encaminados por los floridos senderos de la esperanza», aunque no conozcamos muy bien la región a donde los senderos conducen.

¿La conocemos, al menos, vagamente? ¿O deliraba Dante cuando intentó describirla como luz, amor y alegría? «Luz intelectual», porque nuestra mente verá allá arriba clarísimamente lo que aquí abajo apenas había entrevisto: a Dios. «Amor de verdadero bien», porque los bienes que amamos aquí son *un* bien, gotitas, briznas, fragmentos de bien, mientras que Dios es *el* bien. «Alegría que trasciende toda dulzura», porque no hay comparación entre aquélla y las dulzuras de este mundo.

Concuerta con esto Agustín, que llama a Dios «hermosura siempre antigua y siempre nueva». Concuerta Manzoni: allá arriba... «es silencio y tiniebla la gloria que pasó». Concuerta Isaías en el famoso diálogo: «¡Grita!» «¿Qué gritaré?» «¡Grita así: todo hombre es como hierba y toda su gloria es como la flor del campo. Se seca la hierba y se marchita la flor!»

Con estas celebridades nos hallamos de acuerdo también nosotros, querido Péguy. Alguno nos llamará «alienados», poetas y no prácticos. Pero nosotros responderemos: ¡Somos los hijos de la esperanza, el estupor de Dios!

Agosto 1971.

EN EL CORAZON DEL MISTERIO

Querido Trilussa:

He vuelto a leer la poesía melancólicamente autobiográfica en la que cuentas cómo te perdiste una noche en el bosque y encontraste a una viejecita ciega que te dijo: «*Si no sabes el camino, te acompañaré yo, que lo conozco*». Y tu sorpresa: «*Me sorprende que me pueda guiar quien ni siquiera ve*». Pero la viejecita corta por lo sano, te toma de la mano y te intima: «*Camina*». Es la fe.

En parte, estoy de acuerdo contigo: La fe es una excelente guía, una querida y sabia viejecita que nos dice: pon aquí tu pie, toma el sendero que sube. Pero esto sucede en un segundo momento, cuando la fe ha echado ya raíces como convicción en la mente, Y desde ella conduce y dirige las acciones de la vida.

Pero ante todo, tiene que formarse y arraigar en la mente la convicción. Y aquí, querido Trilussa, reside hoy la dificultad; aquí el viaje de la fe se nos revela no como una patética caminata por los senderos del bosque, sino como un viaje a veces difícil, en ocasiones dramático y siempre misterioso.

Es difícil ya tener fe en los otros, aceptando, bajo palabra, sus afirmaciones. El estudiante oye decir al profesor que la tierra dista del sol 148 millones de kilómetros. Querría comprobarlo, pero ¿cómo? Se lanza y lo acepta con un acto volitivo de confianza:

«El profesor es honesto y está bien informado, confiemos en él».

Una madre cuenta a su hijo cosas pasadas, los sacrificios arrostrados para protegerlo y curarlo, y concluye: «¿Me crees? ¿Te acordarás de todo lo que he hecho porque te quiero?» «¿Cómo puedo no creerte! —responde el hijo—. Haré todo lo que pueda para no ser indigno de tu amor». Este hijo, además de confianza, debe también suscitar en sí sentimientos de ternura y amor hacia su madre; sólo de esta manera puede surgir un impulso de entrega y un compromiso de vida.

La fe en Dios es algo parecido: es un *sí* filial dicho a Dios, que nos cuenta algo de su propia vida íntima; *sí* a las cosas narradas y juntamente a aquel que las narra. Quien lo pronuncia debe tener no sólo confianza, sino también ternura y amor, y

sentirse hijito, admitiendo: Yo no soy uno de esos que lo saben todo, que dicen la última palabra sobre todo, que todo lo comprueban. Es verdad que estoy acostumbrado a llegar a la certeza científica a través de la más rigurosa verificación en el laboratorio; aquí, en cambio, debo contentarme con una certeza no física, no matemática, sino de buen sentido o de sentido común. No solo y por mi cuenta: al confiar en Dios, sé que debo aceptar que El puede invadir, dirigir y cambiar mi vida.

En las *Confesiones*, querido Trilussa, Agustín se muestra más agitado que tú al describir su viaje a 1:1 fe. Antes de decir su *sí* total a Dios, su alma siente escalofríos y se retuerce en conflictos penosos. De una parte, está Dios que le invita; de la otra, los hábitos antiguos, «las viejas amigas» que le «tiran dulcemente de sus vestiduras de carne» y le susurran: «¿Nos dices adiós? ¡Piensa que desde el momento en que te hayamos dejado, aquello no te sed ya permitido, ni tampoco aquello otro, y así para siempre!»

Dios le impulsa a decidirse en seguida, y Agustín implora: «¡Todavía no, un momento más!» Y sigue semanas enteras en la indecisión, en las contorsiones internas, hasta que, ayudado por un impulso poderoso de Dios, reúne todas sus fuerzas y se decide.

Como ves, Trilussa, en el drama humano de la fe se da un elemento misterioso: la intervención de Dios. Pablo de Tarso la experimentó en el camino de Damasco y la describe así:

Aquel día, Señor, «me arrebataste», «por tu gracia soy lo que soy».

Aquí estamos en el corazón del misterio. ¿Qué es y cómo actúa la gracia de Dios? ¡Qué difícil es decirlo!

Supón, Trilussa, que el incrédulo sea como uno que duerme; Dios le despierta y le dice: «¡Abandona el lecho!» Suponte que es un enfermo; Dios le pone en la mano la medicina y le dice: «¡Tómala!»

De hecho, el que no cree, y de improviso, sin haber pensado en ello, se encuentra en cierto momento reflexionando sobre los problemas del alma y de la religión, éste se halla potencialmente dispuesto para la fe.

Tras esta intervención, hecha «sin nosotros», Dios realiza todavía otras, pero «con nosotros», es decir, con nuestra cooperación libre. Despertar a los que dormían ha sido obra exclusiva suya; descender del lecho es cosa nuestra, aunque necesitemos para descender de otras ayudas suyas. La gracia de Dios tiene la fuerza, pero no pretende forzar; encierra una santa violencia, pero orientada a hacernos enamorar de la verdad, no a violar la libertad. Puede suceder que, ya despierto, invitado a levantarse, e incluso tomado ya de un brazo, uno se dé la vuelta hacia el otro lado diciendo: «¡Déjame dormir!»

En el Evangelio se leen casos de todo tipo. «Ve y sígueme», dice Cristo, y Leví se levanta del banquillo y le sigue; otro, por el contrario, habiendo sido invitado,

responde: «Déjame que vaya antes a enterrar a mi padre», y ya no vuelve más. Son gentes —comenta tristemente Cristo— que ponen la mano en el arado y después se vuelven atrás. Se explica así cómo, en la fe, se da toda una gama que va desde quien no ha tenido nunca fe a quien la tiene en medida insuficiente; de los tibios y raquíuticos en la fe, hasta aquellos que tienen una fe ferviente y operante.

Pero se explica sólo hasta cierto punto, querido Trilussa. ¿Por qué algunos de nosotros no creen? Porque Dios no nos ha dado esa gracia. ¿Pero por qué no nos la ha dado? Porque no correspondemos a sus inspiraciones. ¿Por qué no correspondemos?

Porque, al ser libres, abusamos de la libertad. ¿Por qué abusamos de la libertad? Aquí está lo duro, querido Trilussa; aquí renuncio a comprender. Aquí, en vez de mirar al pasado, prefiero pensar en el futuro y decido seguir la invitación de Pablo: «Os exhortamos a no recibir en vano (en el futuro) la gracia de Dios».

* * *

¡Querido Trilussa! Manzoni define «gozoso prodigio y banquete de gracia» la vuelta del desconocido a la fe. Se desprendía fácilmente que también él había «vuelto».

Se trata de un banquete siempre dispuesto y abierto a todos. Por lo que a mí toca, yo trato de aprovecharlo todos los días, volviendo a levantar hoy la vida de fe echada por tierra con los pecados de ayer. ¡Quién sabe si los cristianos que, como yo, se sienten unas veces buenos y otras pecadores, aceptarán conmigo ser «invitados agradecidos»!

Septiembre 1971.

A San Bernardo, abad de Claraval^[7]

SI GOBIERNAS, SE PRUDENTE

Al abad de Claraval:

Has sido un gran monje y, de forma totalmente original, un gran hombre de Estado. Hubo un tiempo en que Claraval fue más importante que Roma; recurrían a ti emperadores, papas, reyes, señores feudales y vasallos. Impulsaste una cruzada, cosa muy *discutida* hoy, pero que *entonces encajaba* en el cuadro de la época.

En cambio, te manifestaste proféticamente contra el antisemitismo de tu tiempo con una franca defensa de los judíos. ¡Sin pelos en la lengua! Escribiste a un papa: «No temo para ti ni hierro ni veneno, sino el orgullo del poder». Y al rey de Francia que había nombrado senescal, es decir, generalísimo, a un abad: «¿Qué pasará ahora? ¿El nuevo senescal celebrará la misa con yelmo, coraza, perneras de hierro, o conducirá a las tropas con roquete y estola?»

Otros, en la Edad Media, habían guiado a Europa a golpes de espada. Tú, a golpes de pluma, con cartas que partían en todas direcciones y que, desgraciadamente, sólo en parte se han conservado: alrededor de unas quinientas.

Tratan, por lo general, temas de ascética. Sin embargo, queda una, la número 24 del *Epistolario*, que contiene en esencia tu visión cristiana del gobierno, y se convirtió en texto clásico en una circunstancia extraordinaria.

Fue en un cónclave. Los cardenales andaban dudosos entre tres candidatos que se significaban uno por la santidad, otro por su elevada cultura y el tercero por el sentido práctico.

A la indecisión puso fin un cardenal citando precisamente tu carta. «Es inútil titubear más —dijo—: nuestro caso está ya considerado en la carta 24 del Doctor Melifluo. Basta aplicarla y todo saldrá a las mil maravillas. ¿Que el primer candidato es santo? Pues bien, *oret pro nobis*, que diga algún padre nuestro por nosotros, pobres pecadores. ¿Es docto el segundo? Nos alegramos mucho, *doceat nos*, que escriba cualquier libro de erudición. ¿Es prudente el tercero? *Iste regat nos*, que éste nos gobierne y sea designado papa».

Teniendo todo esto en cuenta, ¿por qué no continúas, querido abad, tu antiguo

oficio y me escribes una carta llena de buenos consejos, a mí, pobre obispo, y a cuantos cristianos luchan con infinidad de dificultades en el servicio a los demás? ¡Una voz monacal que desde el fondo del Medievo repercute en el intrincado dinamismo de la vida moderna! Es una posibilidad de hacer el bien. ¡Aprovéchala, por favor, padre abad!

Tuyo,

ALBINO LUCIANI

* * *

Al patriarca de Venecia:

Acepto, y comienzo por invertir mi propia afirmación.

«Si eres prudente, gobierna», escribí entonces. «Si gobiernas, sé prudente», escribo ahora. Es decir: ten muy metido en la cabeza algunos principios básicos y trata de adaptarlos a las circunstancias de la vida.

¿Qué principios? Mencionaré alguno de ellos. Un éxito aparente, aunque clamoroso, es en realidad un fracaso si se ha conseguido pisoteando la verdad, la justicia y la caridad. El que está por encima, está al servicio de quien está por debajo: tanto valen los señores como los súbditos. Cuanto mayor es la responsabilidad, tanto mayor es la necesidad de recibir ayuda de Dios; lo dice también vuestro Metastasio:

*Para llevar a cabo grandes empresas,
el arte ayuda y el buen sentido tiene también su parte,
pero de nada sirven el buen sentido y el arte
cuando el cielo no está de nuestro lado.*

Pero los grandes principios tienen que aplicarse a la vida de los hombres, y los hombres son como las hojas de un árbol: todas semejantes, pero ninguna completamente igual a otra. Se nos presentan como diferentes unos de otros, en cultura, temperamento, procedencia, circunstancias y estado de ánimo.

Ojo, pues, a las circunstancias, a los estados de ánimo: si cambian, cambia también tú, no los principios, sino la aplicación de los principios a la realidad del momento. En cierta ocasión, Cristo huyó de la muchedumbre que había venido para «llevarlo a la fuerza y proclamarlo rey». En otras circunstancias, la víspera de la pasión, por el contrario, se preparó él mismo el modesto triunfo de la entrada en Jerusalén.

Sin embargo, no llamo prudencia a la excesiva desenvoltura en el cambiar. La verdadera táctica de una justa dosificación y adaptación no es el oportunismo, la adulación, el volver la espalda a quien llega a su ocaso, el jugar a la esgrima con la

propia alma y con los principios. Cae el ministro, cae el alcalde —cuántas veces sucede a nuestro alrededor—, e inmediatamente se produce el vacío. ¡Y cuántas veces cambia la gente de chaqueta!

Cito el caso ya muy lejano, pero clásico, del *Moniteur*, diario oficial francés. En 1815, sus páginas presentaban así a sus lectores la trayectoria de Napoleón: El *bandido* ha huido de la isla de Elba; *el usurpador* ha llegado a Grenoble; *Napoleón* entra en Lyón; *el emperador* llega esta tarde a París. ¡Desenfadado *crescendo*, sin duda! ¡Como para confundirlo con la prudencia! Como tampoco es prudencia la actitud de quien se obstina en no darse cuenta de la realidad evidente, y cae en la rigidez excesiva, en el integrismo, haciéndose más papista que el papa.

Sucede realmente. Hay quienes habiéndose aferrado a una idea, la entierran y siguen custodiándola y defendiéndola durante toda la vida, sin volver a repensada, sin molestarse en comprobar qué le ha sucedido después de tantas lluvias, vientos y tempestades de acontecimientos y cambios.

Corren el riesgo de no ser prudentes los que se andan por las nubes y, ahítos de ciencia puramente libresca, no saben separarse ni un momento de lo escrito, siempre cortando pelos en el aire, metidos en interminables y sutiles análisis, siempre dispuestos a analizar, a sutilizar, buscándole siempre cinco pies al gato.

La vida es muy distinta. Lord Palmerston observaba justamente que, para cortar las páginas de un libro, un abrecartas de hueso le servía mejor que una navaja afilada. Clemenceau, el tigre, era de la misma opinión cuando, al dar su juicio sobre dos ministros del gabinete presidido por él, afirmaba: Poincaré lo sabe todo, pero no comprende nada. Briand no sabe nada, pero lo comprende todo.

Yo diría: tratad de saber y al mismo tiempo de comprender. Como decía antes: poseer los principios y aplicarlos a la realidad. ¡He ahí el fundamento de la prudencia!

Tuyo,

BERNARDO DE CLARAVAL

* * *

Al abad de Claraval:

Gracias por tu carta. Aprecio especialmente tu exhortación a comprobar, a revisar, a no dejar estancarse las situaciones, a emprender las reformas necesarias. Es cosa que vale para la Iglesia, para el Estado y para el Ayuntamiento.

¿Sabes una cosa?, me decía en cierta ocasión un alcalde. Un concejal, recién nombrado, observa que un guardia municipal vigila a diario los asientos de un parque público. Qué despilfarro, piensa. Si se tratase de proteger el banco de Italia, me lo explicaría. Pero ¡para una docena de asientos corrientes! Quiere investigar la cuestión

a fondo y se encuentra con lo siguiente: años atrás los asientos del jardín habían sido pintados de nuevo. Para que nadie se manchase con la pintura fresca, se puso allí un guardia, echando mano de la correspondiente ordenanza municipal. Alguien se olvidó después de retirar la orden. La pintura se secó, y el guardia continuó vigilando... nada.

Volviendo a la prudencia del que gobierna, ¿no te parece, padre abad, que ha de ser algo dinámico? Platón llamaba a la prudencia el cochero de las virtudes; pues bien, el cochero trata de llegar a su meta salvando, si puede, la vida del caballo; pero, si es preciso, maneja el látigo y agota al caballo con tal de llegar y de llegar a tiempo. En otras palabras: no quisiera que se confundiese la prudencia con la inercia, la pereza, la somnolencia, la pasividad. La prudencia excluye el celo ciego y la audacia temeraria, pero se decide por la acción franca, decidida y audaz cuando es necesario. Unas veces hace de freno, y otras de acelerador; unas veces mueve a reservarse, y otras a prodigarse; unas veces reprime la lengua, las esperanzas, la cólera; otras las deja explotar cuando hay razón para ello.

En los años en que los emisarios de Cavour trabajaban por la Romagna, vino a Turín Paolo Perrati, el comediógrafo, y le dijo: «Conde, por allá no sabemos ya a quién creer: Buoncompagni predica la prudencia; La Farina predica la audacia. ¿Cuál de los dos interpreta vuestro pensamiento y es vuestro verdadero enviado?» «Los dos —respondió Cavour—, ¡porque se da una audacia prudente y una prudencia audaz!».

En espera de mayores precisiones, tuyo,

ALBINO LUCIANI

* * *

Al patriarca de Venecia:

Con algunas reservas sobre la seriedad de la respuesta de Cavour, me parece justo que la prudencia sea dinámica, es decir, que mueva a la acción. Sin embargo, hay que distinguir tres momentos: la deliberación, la decisión y la ejecución.

Deliberar quiere decir buscar medios que conduzcan al fin; se hace a base de reflexión, de consultas, de un examen detenido. Pío XI decía con frecuencia: «Dejadme pensar primero». La Biblia aconseja: «Hijo, no hagas nada sin aconsejarte». Los proverbios populares ponen en todo esto una nota de color. «Cuatro ojos ven más que dos». «Quien pronto se determina, pronto se arrepiente». «Rápido y bueno, raras veces». «Gata apresurada pare gatos ciegos».

Decidir quiere decir: después de examinar los distintos medios posibles, quedarse con uno: «Elijo éste; es el más adecuado o el único posible». No es prudencia el eterno vacilar, que todo lo deja en suspenso y sume al alma en la incertidumbre; tampoco es prudente esperar, para decidir, la presencia de condiciones ideales. Se

dice que «la política: es el arte de lo posible»; en cierto sentido, esto es verdad.

La *ejecución* es el más importante de los tres momentos; la prudencia se asocia aquí a la fortaleza para hacer frente al desaliento ante las dificultades o los impedimentos. Es el momento en que uno se revela jefe y guía. A este momento aludía Filipo de Macedonia cuando afirmaba: «Es preferible un ejército de tímidos ciervos conducidos por un león, que un ejército de feroces leones conducidos por un ciervo».

Como monje que soy, me urge destacar que la prudencia es, ante todo, una virtud; por lo tanto sirve únicamente a causas nobles y adopta tan sólo medios lícitos.

Según Plutarco, Alcibíades vivía obsesionado por la necesidad de popularidad; quería a toda costa que la gente se ocupase de él. Al darse cuenta de que el público comenzaba a perder interés por sus cosas, ¿qué es lo que hizo? Tenía un perro precioso, que le había costado la bonita suma de setenta minas; pues le cortó la cola. Y de esta forma toda Atenas tuvo ocasión de hablar de Alcibíades de sus riquezas, de sus costosas originalidades.

He aquí un caso no de prudencia, sino de picardía, que veo repetido entre vosotros, aunque con otros medios: fotografías que se procura aparezcan en los diarios, servicios de prensa, discursos mañosamente contruidos, habladurías divulgadas con habilidad. Si, además, la astucia echa mano de medios deshonestos, os veo de aprendices en la escuela de la zorra, de Ulises y Maquiavelo.

El astuto habla y sus palabras no son vehículo, sino velo del pensamiento, haciendo que parezca verdadero lo falso y falso lo verdadero. A veces obtiene resultados. Por lo general, sin embargo, la cosa no dura mucho. En las peleterías vemos más pieles de zorra que pieles de asno. Cuando los bribones van en procesión, es el diablo quien lleva la cruz por delante.

Y perdona mi franqueza,

BERNARDO DE CLARAVAL

* * *

Al abad de Claraval:

Según tu última carta, se darían ciertas pseudoprudencias, como la picardía y la astucia mentirosa que me describes. A veces, sin embargo, no se puede negar que en la vida de los hombres públicos se hace difícil no recurrir a algún tipo de astucia. Piensa, por ejemplo, en los candidatos políticos, que tienen que persuadir a los electores para que los elijan entre decenas de opositores; piensa en los elegidos, que deben cultivar su parcela electoral de cara a una futura reelección.

¿Sabes que precisamente en Francia, tu país, acaba de aparecer un librito (*Vuela pichón*) que intenta hacer frente a esta necesidad? En primer lugar, hallamos en él un

tratado sobre el *bla-bla-bla*, es decir, el arte de hablar, hablar y hablar hasta que se encuentra algo que decir. En segundo lugar, se explica la técnica de presentar estadísticas, tantos por cientos y números, útiles especialmente para interpretar los resultados de las elecciones. A propósito de números, se dice: «La democracia no se rige solamente por la ley del número, sino también por la ley de la *cifra*». En tercer lugar, se hace la autopsia de las frases bonitas que nada significan.

Pero también es verdad que, para evitar estos inconvenientes, se ha publicado otro libro, verdadero *vademécum*, para discursos y alocuciones de hombres políticos. ¡Imagínate! Treinta y dos fórmulas distintas, hermosas y bien compuestas para honrar la memoria de hombres desaparecidos, diecisiete para dar el pésame a los familiares, dieciocho para comenzar un brindis y catorce para terminarlo. Para los brindis se sugieren ciertas reglas: se pronuncian vaso en mano y la duración del discurso debe variar según el grado de inspiración del orador, la importancia de la persona homenajeada y la calidad del licor. Hay también normas para los elogios: no alabar demasiado, alabar lo suficiente, alabar con gracia, no alabar con ironía.

En suma, un manual que enseña pequeñas y casi inocuas astucias semejantes a las «ingeniosas ocurrencias» del Lelio goldoniano. Será necesario admitirlas, ¿no te parece?

Tuyo,

ALBINO LUCIANI

* * *

Al patriarca de Venecia:

Creo que bromeas en los últimos párrafos de tu carta. Yo soy partidario de la línea recta y coherente de los hombres públicos. Tanto más que, con su ejemplo, determinan la educación o deseducación de los jóvenes. Por otra parte, pueden servirse de medios lícitos mucho más eficaces que aquellos que mencionas. La *sagacidad*, por ejemplo. El sagaz no se deja deslumbrar por las apariencias ni por las adulaciones: adivina el temperamento y las ambiciones de la gente por la expresión de la cara, por los gestos; le impulsan a intervenir en seguida, pero él sabe que no ha llegado el momento; le dicen que lo mejor es esperar, y él, con un sexto sentido, olfatea que, por el contrario, es necesario actuar inmediatamente, y los hechos vienen a darle más tarde la razón.

Otro medio es el *método*, que nos hace poner el fin antes que los medios, coordinar los medios entre sí y dar a cada uno la importancia que merece. Las normas que el método sugiere son mejores que las de *Vuela pichón*, citadas en tu carta. Helas aquí:

1) Al deliberar ten en cuenta únicamente los hechos comprobados. Digo *hechos*, y

no opiniones ni habladurías; digo *comprobados*, y no meramente *ciertos*, porque, si soy un administrador público, no basta que existan pruebas válidas para mí; se necesitan pruebas válidas para todos, que mañana puedan mostrarse y se mantengan a prueba de bomba. Los ingleses dicen: Un hecho es como el alcalde de Londres; sólo él tiene verdadera e indiscutida dignidad.

2) Ten presente un epifonema muy usado de nuestros medievales: *¡Distingue frequenter!* En la corte del Rey Sol, una dama era capaz de saludar con una sola reverencia a sus buenas diez personas; la reverencia era única, pero la mirada enviaba fulgores distintos y múltiples para dar a cada uno —fuese duque, conde o marqués— lo que él esperaba. Distinguiendo se dice: este asunto es muy importante, le daré precedencia absoluta; este otro es menos importante, le doy un puesto secundario. ¡Las famosas «Opciones prioritarias»!

3) Puede servirte también el *divide et impera* de los romanos. Aquí, sin embargo, se trata de dividir las acciones en diversos momentos y no a las personas entre sí. ¿El motivo? No puede hacerse bien más de una cosa al mismo tiempo.

El *divide*, por lo tanto, debe aplicarse también al trabajo; dividir, distribuyendo las tareas entre los distintos colaboradores. Pero luego, ¡servirse de estos colaboradores! No vaya a suceder lo que en tiempos de la Triple Alianza, cuando se decía: La triple alianza es la doble, es decir, Bismarck. Parece, por el aire democrático que me llega de vosotros, que los Bismarck, ahora, no gustan demasiado.

¿Otra ayuda todavía? *La previsión*. Napoleón, en 1800, antes de partir de París para Italia, había clavado un alfiler en el mapa entre Alejandría y Tortona, diciendo: Aquí probablemente se concentrarán los austríacos. Y acertó: se concentraron precisamente allí, en Marengo.

No todos poseerán un dedo tan certeramente fatídico; pero todos tenemos que tratar de descubrir desde lejos los resultados de nuestras acciones y calcular anticipadamente los esfuerzos y los gastos que serán necesarios para llevar a cabo determinada iniciativa. Vuestro ministro Sonnino sentaba cátedra en materia de prudencia incluso con su silencio; un día se le acercó un amigo y, al verle pensativo y meditabundo, le dijo: «¡Apuesto a que estáis pensando en lo que tenéis que decir mañana en la Cámara!» «¡Oh, no! —respondió—. ¡Estoy pensando en lo que no debo decir!» De él decía Luzzatti: en Versalles, Orlando habla todas las lenguas que no sabe, y Sonnino se calla en todas las lenguas que sabe.

Puede suceder, sin embargo, que, a pesar de todas las precauciones tomadas, el asunto vaya mal. El hombre público se prepara también para esta eventualidad con medidas adecuadas. El campesino piensa que puede venir el pedrisco y se asegura. El general se prepara para la victoria; pero también tiene su plan trazado para el caso malhadado de una derrota o de una retirada.

Dice Plutarco que Diógenes se puso un día a pedir limosna a una estatua de

mármol. Naturalmente, no obtuvo ni un solo céntimo, pero él continuaba pidiendo. «¿No es tiempo perdido?», le preguntó alguien. «No es tiempo perdido —respondió—; estoy acostumbrándome a recibir negativas». También esto es prudencia.

Un último consejo. No te desanimes demasiado. «Hace años que sudo y trabajo por el Ayuntamiento. Me he metido hasta el cuello, he dejado de lado incluso intereses y familia, acortando mi vida con preocupaciones graves y continuas. Y ¿qué pasa? Me hacen el vacío, me ponen la zancadilla, me atacan y despedazan. ¡Que lo hagan ellos si tanto saben: yo me retiro y se acabó!» La tentación es fuerte, pero no siempre es prudente ceder. Es verdad que es necesario dejar paso a los relevos, pero también es cierto que el bien público exige a veces que quien ha comenzado aguante hasta el final, que quien tiene cualidades y experiencia permanezca en su puesto. Si es un deber prestar atención a las críticas justas (¡nadie es infalible!), hay que recordar también que ni siquiera Cristo pudo contentar a todos. Cuando se trabaja para el público, es preciso no soñar con demasiados reconocimientos y aplausos, sino prepararse para la indiferencia y las críticas de los mismos ciudadanos, que tienen una psicología realmente curiosa.

Nos la ha descrito Arístides Briand, varias veces primer ministro de Francia. En una tienda —dijo— entra un loco con un garrote en la mano; la emprende a bastonazo limpio con jarros, vasos y platos, y lo reduce todo a pedazos. La gente se detiene, acude de todas partes, admira la proeza. Poco tiempo después entra en la tienda un viejecito con un bote de goma bajo el brazo; se quita el gabán, se pone los lentes y, con una paciencia de cartujo, comienza —en medio de aquel destrozo— a reparar los vasos rotos. ¡Tened por seguro que ninguno de los transeúntes se detendrá a mirarlo!

Tuyo,

BERNARDO DE CLARVAL

Octubre 1971.

NOBLEZA OBLIGA

Ilustre poeta:

El último festival de cine (1971), comentado centenares de veces y en cien maneras distinta, me ha hecho pensar en usted, no sé por qué. Se trata quizá de impresiones que surgen de mi subconsciente bajo el estímulo de algunas palabras leídas en los periódicos de aquellos días, palabras que le recuerdan como esteta, artista y crítico de arte.

Fue usted un gran esteta, capaz de percibir en seguida, intensamente y con toda amplitud la «belleza natural» esparcida por el mundo, desde los fenómenos de la naturaleza a las intensas pasiones del alma humana. Fue usted gran artista, capaz de expresar vigorosamente para los demás tanto la belleza percibida como los estados de ánimo con que la percibió. Fue insigne crítico de arte, porque se acercó con inteligencia y pasión a las creaciones artísticas de los demás.

¿No le admiró Alemania entera como director durante veinticinco años del teatro de Weimar? ¿No llamó usted «segundo nacimiento» al día en que puso los pies en la Roma de los monumentos antiguos? ¿No estuvo casi a punto de desmayarse de felicidad cuando contempló el Apolo de Belvedere? Lástima que no haya podido «contemplar» los filmes del festival, ni yo haya podido observar sus reacciones; trataré de imaginarlas.

* * *

Como esteta habría usted encontrado en el festival muchas cosas bellas, nuevas para usted. El mismo cinematógrafo, hecho de luz, movimiento, colores, música y acción, es algo bello.

Se sienta usted ante la pantalla. Si el montaje del filme es acertado, se sentirá arrastrado por el ritmo acelerado de los acontecimientos y las horas se le harán minutos. Los «primeros planos», llenando la pantalla con un solo rostro, le acercarán extraordinariamente los personajes, mostrándole almas agitadas por profundas emociones y creando entre usted y los actores una gran intimidad. Los vigorosos

escorzos que ha admirado en Mantegna y en Caravaggio, podría usted verlos agigantados gracias a la «angulación», que tomando —supongamos— a un bribón desde abajo, lo deforma con sombras siniestras y se lo presenta amenazador y terrible. Esto sea dicho sólo a modo de ejemplo.

¿Podrá encontrar también «belleza artística» en el cine? Creo que sí. Sin embargo, el «crítico de arte» que hay en usted puede prepararse para las sorpresas. Estaba acostumbrado a las contemplaciones trascendentes, a los fervores clásicos, a escuchar el lenguaje de la arquitectura, de los mármoles y frescos, de las miniaturas de códices. Juzgaba usted a cada uno en particular: al arquitecto, al pintor, al actor-intérprete.

En el cine, en cambio, los artistas pueden ser muchos: productor, escenificador, director, actor, y cada uno actúa en entendimiento y armonía con los otros para producir un único filme. Resulta difícil, sin embargo, individualizar cuál ha sido el verdadero «momento creativo» de la obra: depende del filme. Puede haber arte —repito— y de gran calidad, pero, si existe, no se deja encasillar en este o aquel compartimiento; se complace, por el contrario, en vagar y en escurrirse de un compartimiento a otro. Arte «sui generis»; lo llaman «Décima Musa».

En cuanto a influencia, se ha convertido en «quinto poder» después del Parlamento, el Consejo de Ministros, la Magistratura y la Prensa. Pero en cuanto a difusión, podría tal vez considerarse como «primer poder». En efecto, se ha calculado que alguna película —con el paso de los años— ha llegado a influir sobre millones de espectadores. ¡Tan enorme puede llegar a ser su influencia!

Pero, a su vez, el cine se halla condicionado por su vinculación a la industria, al comercio, y, por lo tanto, al dinero. El director, los actores, desean con frecuencia producir obras de alto nivel artístico, que les permitan revelarse.

Pero el productor, que tiene que aportar el dinero, razona de forma distinta y quiere películas de éxito o de «taquilla». Si hubiera un brujo —su doctor Fausto o quizá el mismo Mefistófeles en persona— que, a golpes de batuta mágica, o con filtros y encantamientos, garantizase *a priori* el éxito de las películas artísticas, el productor realizaría películas artísticas.

Al no existir este brujo, el productor trata de ingeniárselas por otros caminos. ¿Cuáles? Terencio tuvo, en sus tiempos, la amarga sorpresa de ver a los espectadores abandonar sus comedias artísticas para ir a reírse a carcajadas con los saltimbanquis y los mimos, que habían venido a instalarse en los alrededores del teatro.

El fenómeno se repite: los productores tienden a sacar a luz filmes que hacen eco a las tendencias menos nobles de los espectadores, que, por lo general, acuden a las salas de cine no para enriquecerse, sino para divertirse.

He aquí algo que probablemente habría entristecido al Goethe crítico de arte en el festival: comprobar que existían los medios y las personas para realizar verdaderas

obras maestras, y encontrarse únicamente con algunos logros mediocres por culpa de la prioridad de las preocupaciones económicas.

* * *

Podría también haberle ocurrido otra cosa: encontrar en un filme auténtico arte, pero mezclado con una inmoralidad no menos auténtica. Quizá le sorprenda que yo admita la existencia de obras inmorales que son, al mismo tiempo, artísticamente bellas.

La verdad es que el adjetivo «artística» se refiere a 1obra, y el adjetivo «inmoral», en cambio, se refiere a la actuación del artista-hombre y cristiano. Algunas novelas inmorales de Boccaccio son artísticamente bellas; sin embargo, Boccaccio ha cometido al escribirlas una acción moralmente baja, que repercute perjudicialmente en algunos lectores.

Usted mismo sabe algo de esto. Después de haber escrito *Las desdichas del joven Werther*, se sintió inquieto y turbado al darse cuenta de la acción corrosiva que el libro había ejercido sobre los más débiles y los más exaltados jóvenes alemanes.

* * *

Me estoy atreviendo a criticar a aquel Goethe que escribió a propósito de uno de sus críticos:

«¡Como cada rosa, también cada artista tiene su insecto; yo tengo a Tieck!» Pues bien, ahora me tiene usted también a mí, que admiro su genio, pero no acepto algunas de sus ideas. Esta, por ejemplo: que, teniendo el arte como campo propio toda la realidad, el artista puede legítima y libérrimamente narrar, pintar, describirlo todo, incluso el mal.

El artista puede ciertamente representar el mal, con tal que el mal aparezca como un mal, no sea tomado como bien, no se presente embellecido, no incite a otros a repetirlo e imitarlo.

En el *Edipo Rey*, de Sófocles, el tema central es el incesto; el autor lo describe con expresiones muy crudas, pero es tan evidente su reprobación desde el comienzo hasta el fin, son tan terribles los castigos que caen sobre los culpables, que el lector, al volver la última página, está muy lejos de entusiasmarse con el incesto.

He dicho: «Desde el comienzo hasta el fin». *Pour cause*: hay, en efecto, directores y críticos que creen poder redimir un filme pornográfico introduciendo al final de la película una secuencia o golpe moralizante, como si trataran de rociarlo todo con agua bendita.

¡Se necesita mucho más que eso!

* * *

Otra idea que rechazo: que el genio sea casi un semidiós —«¡divo!»—, por encima de la moral común. Expresó usted este pensamiento especialmente en el tiempo en que, estudiando a Spinoza con la señora Von Stein, buscaba a Dios en el «Gran Todo», pensando que el hombre inteligente puede, elevándose cada vez más a través de la cultura, ser absorbido por Dios, confundirse con Él y convertirse en ley para sí mismo.

Hoy más de uno participa de esta manera de pensar, al menos en la práctica. ¡Malo! Grandes son, ciertamente, el destino y las posibilidades del hombre, pero de todo hombre, incluso del pobre, del ignorante y del que sufre. Dios ha querido que todos seamos hijos suyos y que todos tengamos, en cierto sentido, su mismo destino. Pero se trata de una elevación que se realiza con su ayuda y con la observancia de su ley, la cual obliga a todos, grandes y pequeños, artistas incluidos.

Usted, gran poeta, los artistas que en el festival presentaron sus trabajos, y nosotros, gente de la calle, menos dotada de cualidades naturales, somos bajo este aspecto iguales ante Dios. Si alguno ha recibido el don del arte, de la fama y de la riqueza, éste tiene, en todo caso, una obligación mayor de manifestar su gratitud a Dios mediante una vida buena.

Ser de los «grandes» es también un don de Dios que no debe «subirse a la cabeza», sino más bien impulsar a modestia y virtud.

Una vez más, *noblesse oblige!* ¡Nobleza obliga!

Diciembre 1971.

LOS FUNERALES DE MI SOBERBIA

Ilustre soberano, además de poeta y músico:

La gente os ve bajo mil aspectos distintos. Desde hace siglos, los artistas os representan unas veces con la cítara, otras con la honda frente a Goliat, otras con el cetro sobre el trono, otras en la gruta de Engaddi, en el momento de cortar el manto de Saúl.

Los muchachos admiran la lucha que librasteis con Goliat y vuestras empresas de caudillo valiente y generoso.

La liturgia os recuerda, sobre todo, como antepasado de Cristo.

La Biblia presenta los diversos componentes de vuestra personalidad: poeta y músico; capitán brillante; rey prudente, implicado —¡ay!, no siempre felizmente— en historias de mujeres y en intrigas de harén con las consiguientes tragedias familiares; y, no obstante, amigo de Dios gracias a la insigne piedad que os mantuvo siempre consciente de vuestra pequeñez ante Dios.

Esta última característica me es particularmente simpática y me alegra cuando la encuentro, por ejemplo, en el breve salmo 130, escrito por vos.

Decís en aquel salmo: *Señor, mi corazón no se ensoberbece*. Yo trato de seguir vuestro paso, pero por desgracia, he de limitarme a pedir: ¡Señor, de seo que mi corazón no corra tras pensamientos soberbios...!

¡Demasiado poco para un obispo!, diréis. Lo comprendo, pero la verdad es que cien veces he celebrado los funerales de mi soberbia, creyendo haberla enterrado a dos metros bajo tierra con tanto *requiescat*, y cien veces la he visto levantarse de nuevo más despierta que antes: me he dado cuenta de que todavía me desagradaban las críticas, que las alabanzas, por el contrario, me halagaban, que me preocupaba el juicio de los demás sobre mí.

Cuando me hacen un cumplido, tengo necesidad de compararme con el jumento *que* llevaba a Cristo el día de los Ramos. Y me digo: ¡Cómo se habrían reído del burro si, al escuchar los aplausos de la muchedumbre, se hubiese ensoberbecido y hubiese comenzado —asno como era— a dar las gracias a diestra y siniestra con

reverencias de *prima donna*! ¡No vayas tú a hacer un ridículo semejante...!

En cambio, cuando llegan las críticas, necesito ponerme en la situación del fray Cristóforo de Manzoni, que, al ser objeto de ironías y mofas, se mantenía sereno diciéndose: «¡Hermano, recuerda que no estás aquí por ti mismo!»

El mismo fray Cristóforo, en otro contexto, «dando dos pasos atrás, poniendo la mano derecha sobre la cadera, levanta la izquierda con el dedo índice apuntando a don Rodrigo» y le *mira fijamente con ojos inflamados*. Este gesto agrada mucho a los cristianos de hoy, que reclaman «profecías», denuncias clamorosas, «ojos inflamados», «rayos fulminantes» a lo Napoleón.

A mí me gusta más lo que decíais vos, rey David: «mis ojos no se han alterado». Me gustaría poder sentir como Francisco de Sales cuando escribía: Si un enemigo me sacara el ojo derecho, le sonreiría con el izquierdo; y si me saltase los dos ojos, todavía me quedaría el corazón para amarle.

Y vos continuáis vuestro salmo: «No corro en busca de cosas grandes ni de cosas demasiado elevadas para mí». Postura muy noble si se compara con lo que decía don Abbondio: «Los hombres son así: siempre desean subir, siempre subir». Desgraciadamente, temo que don Abbondio tenía razón: tendemos a alcanzar a los que están más arriba que nosotros, a empujar hacia abajo a nuestros iguales, y a hundir todavía más a quienes están por debajo.

¿Y nosotros? Nosotros tendemos a sobresalir, a encumbrarnos mediante distinciones, ascensos y nombramientos. No es malo mientras se trate de sana emulación, de deseos moderados y razonables, que estimulan el trabajo y la búsqueda.

Pero ¿qué pasa si se convierte en una especie de enfermedad? ¿Qué pasa si, para avanzar, pisoteamos a los demás a golpe de injusticias y difamación?

¿Si, siempre por progresar, se nos reúne en «rebaños», con los pretextos más sutiles, pero en realidad para cerrar el paso a otros «rebaños», dotados incluso de «apetitos» más «avanzados»?

Y, después de todo, ¿qué satisfacciones logramos? Una es la impresión que causan a distancia los cargos, antes de ser conseguidos, y otra es la que producen de cerca, después de haberlos conseguido. Lo ha dicho muy bien uno que era más loco que vos, pero también poeta como vos: Jacopone da Todi. Cuando oyó que el hermano Pier di Morone había sido elegido papa, escribió:

*¿Qué hará Pier di Morone?...
¡Si no sabe defenderse,
cantará mala canción!*

Yo me lo digo a mí mismo con frecuencia en medio de las preocupaciones del ministerio episcopal: «¡Ahora, querido, estás cantando la mala canción de Jacopone!»

También vos lo dijisteis en el salmo 51 «contra las malas lenguas». Estas, según vuestro parecer, son «como navajas afiladas» que, en lugar de la barba, acuchillan el buen nombre.

Bien. Pero poco tiempo después del afeitado, la barba vuelve a crecer espontánea y florida. También el honor vejado y la fama despedazada crecen de nuevo. Por esta razón puede que a veces sea prudente callar, tener paciencia: ¡a su tiempo todo vuelve espontáneamente a su sitio!

* * *

Hay que ser optimistas, a pesar de todo. Es esto lo que queréis decir al escribir: «Como niño de pecho en brazos de su madre..., así en mí está mi alma». La confianza en Dios debe ser el eje de nuestros pensamientos y de nuestras acciones. Si bien lo miramos, en realidad, los principales personajes de nuestra vida son dos: Dios y nosotros.

Mirando a estos dos, veremos siempre bondad en Dios y miseria en nosotros. Veremos la bondad divina bien dispuesta hacia nuestra miseria, y a nuestra miseria como objeto de la bondad divina. Los juicios de los hombres se quedan un poco fuera de juego: no pueden curar una conciencia culpable ni herir una conciencia recta.

Vuestro optimismo al final del pequeño salmo estalla en un grito de gozo: Me abandono en el Señor, desde ahora y para siempre. Al leeros no me parecéis ciertamente un amedrentado, sino un valiente, un hombre fuerte, que se vacía el alma de confianza en sí mismo para llenarla de la confianza y de la fuerza de Dios.

La humildad —en otras palabras— corre pareja con la magnanimidad. Ser buenos es algo grande y hermoso, pero difícil y arduo. Para que el ánimo no aspire a cosas grandes de forma desmesurada, he ahí la humildad. Para que no se acobarde ante las dificultades, he ahí la magnanimidad.

Pienso en San Pablo: desprecios, azotes, presiones, no deprimen a este magnánimo; éxtasis, revelaciones, aplausos, no exaltan a este humilde. Humilde cuando escribe: «Soy el más pequeño de los apóstoles». Magnánimo y dispuesto a enfrentarse con cualquier riesgo cuando afirma: «Todo lo puedo en aquel que me conforta». Humilde, pero en su momento y lugar sabe luchar: «¿Son judíos? También yo... ¿Son ministros de Cristo? Digo locuras, más lo soy yo». Se pone por debajo de todos, pero en sus obligaciones no se deja doblegar por nada ni por nadie.

Las olas arrojan contra los escollos la nave en que viaja; las serpientes le muerden; paganos, judíos, falsos cristianos le expulsan y persiguen; es azotado con varas y arrojado a la cárcel, se le hace morir cada día, creen que le han atemorizado, aniquilado, y él vuelve a aparecer fresco y lleno de vigor para asegurarnos: «Estoy convencido de que ni la muerte ni la vida..., ni lo presente ni lo futuro, ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra criatura, podrán separarme del amor de Dios que está

en Cristo Jesús».

Este es el término de la humildad cristiana. ¡Esta no desemboca en la pusilanimidad, sino en el valor, en el trabajo emprendedor y en el abandono en Dios!

Febrero 1972.

EN LA PROSPERIDAD Y EN LA DESGRACIA

Princesa:

La televisión nos ha hecho revivir las aventuras de Dido, que reinó en Cartago en los años en que vuestra alteza era esposa de Ulises, rey de la rocosa Ítaca. Sucesos patéticamente humanos.

A San Agustín, que fue obispo precisamente muy cerca de Cartago, esos sucesos le arrancaron lágrimas, de muchacho. También a nosotros nos ha conmovido profundamente su recuerdo.

¡Pobre Dido! Jura fidelidad a las cenizas de Siqueo, se esfuerza por resistir la inclinación que siente despertar en ella hacia Eneas, y después se abandona confiadamente al amor.

Pero sobreviene la tragedia: la enamorada se da cuenta de que Eneas se dispone a partir de Cartago; inútilmente conjura al amado héroe a permanecer, inútilmente le acusa de ingratitud y de traición. Eneas parte, y la abandonada no sabe aguantar su dolor. Las llamas de la hoguera, a la que se entrega, se ven desde las naves troyanas, camino de Italia.

¡Vuestra alteza fue más afortunada y ejemplar!

El sagaz Ulises, de inagotable ingenio, os llevó a su palacio después de haber consolidado el lecho matrimonial sobre el más robusto olivo. Tuvisteis de él a Telémaco, un tesoro de hijo.

Es verdad que Ulises partió como de improviso para la larga guerra de Troya, acabada la cual (gracias, sobre todo, al famoso caballo fabricado por él) se vio obligado a vagar por los mares de medio mundo.

Pero, a pesar de las mil peripecias de su viaje, tuvo la suerte de regresar a su Ítaca y a vuestro amor, que se había conservado fragante e intacto. Aquellos agobiantes pretendientes, los Procos, asentados en vuestra casa y banqueteados alegremente a vuestras expensas, os incitaban a elegir de entre ellos un nuevo marido, pero vos permanecisteis incommovible. Ellos banquetearon abajo, y vos, en las estancias superiores, con vuestras esclavas, tejáis de día y deshacéis de noche aquella famosa

tela para mantenerlos a raya y defender la fidelidad de vuestro amor.

El corazón, los sueños de cada noche, os decían que vuestro marido regresaría. ¿Quién, pues, sería el valiente que pretendiese dormir sobre la almohada de Ulises, beber en su copa, mandar a su hijo, ya para entonces crecido, montar su caballo, llamar a su perro?

Los Procos fueron todos asaetados, la fidelidad fue recompensada, la familia reunida y el amor conyugal reverdeció.

* * *

Un amor, princesa, sagrado para vos. Y más sagrado todavía para nosotros, los católicos. Y duele que se le haga objeto de burla.

Montaigne, por ejemplo, presenta el matrimonio como una especie de jaula dorada: los pajarillos de afuera se afanan por entrar; los de dentro hacen todo lo posible por salir.

El concilio Vaticano II, en cambio, observa con satisfacción que «muchos hombres de nuestro tiempo conceden gran valor al verdadero amor entre marido y mujer».

Entre los pasajes bíblicos que cita al margen está el siguiente, que parece haber sido escrito pensando en el regreso de vuestro Ulises: «¡Encuentra el gozo en la mujer de tu juventud; cierva cariñosa, gacela graciosa!» (Prov. 5,18), y no pienses más en la maga Circe, que en su palacio te ha detenido un año entero con fiestas y banquetes; no pienses más en las gracias de Nausica, la joven vislumbrada apenas a las orillas del río; ¡si preciso fuera, haz que te amarren de nuevo al fondo de la nave para no dejarte fascinar por el canto de las sirenas!

A vuestra alteza se dirige, en cambio, el pasaje del concilio que habla de un amor conyugal «indisolublemente fiel en la prosperidad y en la desgracia, en cuerpo y en espíritu, ajeno a cualquier adulterio o divorcio». Una meta a la que llegasteis practicando «la virtud heroica», «la grandeza de ánimo y el espíritu de sacrificio» indicados por el concilio, y superando los no pocos obstáculos que se interponen en el camino del amor conyugal.

Y, ante todo, este *pobre corazón* nuestro, tan versátil e imprevisible. El cónyuge prudente sabe que es preciso mantenerlo bajo control. A veces, sin embargo, hay quien se engaña: cree poder descuidar un tanto la vigilancia y permitirse alguna «distracción». Y se dice: «¡Es sólo un momento! ¡No saldré de mis casillas; sólo una ojeada por encima de la reja, para ver cómo va la vida por allá afuera!» Pero puede que, por casualidad, las rejas se hallen abiertas, el momento se convierta en una hora y la hora en traición.

«¿Qué pensáis hacer? —escribía San Francisco de Sales—; inspirar amor, ¿no es así? Pues bien: nadie despierta voluntariamente el amor sin hacerse su prisionero; en

este juego, el que atrapa es atrapado...

Quiero atraparlo —me dirá alguno—, pero no demasiado. ¡Ay!, el fuego del amor es más activo y poderoso de lo que parece; creéis que os ha tocado solamente una chispa, y os quedáis estupefactos viendo que, como un rayo, ha incendiado vuestro corazón, reducido a cenizas vuestros propósitos y en humo vuestra reputación».

* * *

Segundo obstáculo, la *monotonía*. Los cónyuges se hallan sometidos a la rutina diaria, a las necesidades prosaicas de la casa y del trabajo. Él teme que sus amigos le crean débil si renuncia a la partida por acompañar a su esposa; ella piensa que pierde el tiempo si deja sus quehaceres para charlar un poco con él. Y así llegan a admitir que, en su vida afectiva, todo, o poco menos, ya está dicho, que basta con referir al pasado y a los recuerdos las manifestaciones propias de su amor. Esta situación no deja de tener sus riesgos: los de los cuarenta años, que Paul Bourget ha analizado con tanta profundidad en su novela *El demonio del mediodía*.

Venus o Adonis se presentan en la persona del compañero o de la compañera de trabajo, con quien se encuentran más puntos de vista en común que con el cónyuge.

O bien sobreviene una vana curiosidad: «Quiero comprobar si el encanto de entonces funciona todavía»; una vez averiguado que sí funciona, resulta casi imposible no dejarse arrastrar.

O quizá, mientras las sanas convicciones caen a pedazos, se deja uno atrapar por la moda del día: «¡Todos lo hacen!». «¿Traicionar a la mujer, al marido? Son frases de melodrama; la cosa es mucho más sencilla: de lo único que se trata es de aprovechar una ocasión, ¡de cortar una rosa!». «¿Vocación del cónyuge a la fidelidad? Sí, pero a una multifidelidad: el hecho de que yo ande con ésta en nada disminuye la ternura que me inspira la madre de mis hijos, que me los educa y cuida de mi casa, haciendo cada día la compra, la cocina...»

¿Hay remedios contra esta clase de peligros? Sí, el sentido de nuestra dependencia de Dios, la oración que suple lo que falta a nuestra debilidad y el arte de rejuvenecer el amor: que nunca deje el marido de cortejar un poco a su mujer; que la mujer trate siempre de atraerse al marido, con atenciones y delicadezas.

Escribe Francisco de Sales: «La unión del amor y la fidelidad engendran siempre intimidad y confianza; por esta razón, los santos y las santas casados se prodigaban mutuamente infinidad de caricias en el estado conyugal.

Isaac y Rebeca (la más casta pareja conyugal de los tiempos antiguos) fueron observados a través de la ventana acariciarse de tal modo, que, aunque no hubiese en ello nada indecoroso, Abimelech comprendió que no podían ser sino marido y mujer.

El gran rey San Luis fue casi reprendido por excederse en estas... pequeñas atenciones, tan necesarias para la conservación del amor conyugal».

* * *

Tercer obstáculo, *los celos*, que no ennoblecen el amor —como a veces se cree—, sino que lo humillan y corrompen. «Es un modo gracioso de jactarse del amor el querer exaltarlo con los celos; los celos son ciertamente indicio de la magnitud y de la fuerza del afecto, pero no de su calidad, pureza y perfección. De hecho, quien posee un amor perfecto está seguro de que la persona amada es virtuosa y fiel; quien está celoso, duda de la fidelidad de la persona amada». Así habla San Francisco de Sales. Y prosigue: «Los celos terminan por destrozar la sustancia del amor, porque producen disputas y discrepancias».

Estas *disputas y discrepancias* constituyen el cuarto obstáculo del amor conyugal. Aun los mejores esposos tienen sus momentos de cansancio y de mal humor, a los que hay que poner remedio sin romper la paz. ¿Está él enojado y sombrío? Es el momento de que ella se ilumine de dulzura. ¿Está ella cansada y nerviosa? Le toca a él mantenerse en calma, esperando que pase la tormenta. Lo importante es que el nerviosismo de él y el de ella no coincidan y se superpongan, porque entonces se produce un cortocircuito, estallan las lámparas, escapan palabras, a veces demasiado verdaderas, con aquella triste verdad que produce desencantos, rencores, heridas secretas.

Lo justo sería que —si no pueden evitarse los malos momentos— cada uno de los cónyuges tuviese por turno riguroso sus días de malhumor. Por desgracia, sucede a veces que uno de los dos detenta el monopolio. En tal caso..., al otro no le queda más remedio que armarse de valor y tratar de tener ¡el monopolio de la paciencia!

* * *

Princesa, me doy perfecta cuenta de haber acercado y hecho coincidir la práctica y la teoría, superponiendo lo que vos, no cristiana, realizasteis con un sentido innato de honestidad y delicadeza, con lo que enseñó el obispo Francisco de Sales iluminado por la Escritura y dotado de gran introspección psicológica.

¿Podrán mis palabras ser de alguna utilidad a los esposos de hoy, que se encuentran en medio de innegables dificultades?

Así lo espero.

Marzo 1972.

A Fígaro, el barbero^[11]

LA REVOLUCION POR LA REVOLUCION

Querido Fígaro:

¡Has vuelto! En la pequeña pantalla he visto tus *Bodas*. Eras el hijo del pueblo, que trataba de igual a igual y con el sombrero puesto a los privilegiados de antaño. Junto a tu Susana, representabas la juventud que lucha para que le sea reconocido el derecho a la vida, al amor, a la familia, a una justa libertad.

Ante tu dinámico «aire de artista», ante tus bríos agresiva y juvenilmente endiablados, la nobleza representaba el triste papel de una clase frívola, decrepita y en vías de descomposición.

He vuelto a escuchar tu célebre monólogo. Desde el escenario decías poco más o menos: «Pues bien, ¿quién y qué cosa soy yo, Fígaro, ante todos estos nobles de alcurnia, de estos burgueses togados, que lo son todo y lo hacen todo, mientras que, en realidad, no son ni mejores ni peores que yo? Barbero, casamentero, consejero de pseudodiplomáticos, sí, señores, ¡todo lo que quieran! Pero además yo soy, siento que soy, ante todos ellos, algo nuevo, algo fuerte. Creen ellos que sólo soy honesto en un mundo de tahúres y rufianes. No lo acepto, me rebelo; ¡soy un *ciudadano!*»

Aquella tarde, en París, se formó un verdadero tumulto en el teatro. El patio aplaudió, pero la nobleza, escandalizada, se tapó los oídos. A su vez, el rey te tapó la boca metiéndote en prisión. Todo en vano. Desde las tablas y desde la cárcel has saltado a la plaza gritando: «¡Señores!, la comedia ha terminado. ¡La revolución se pone en marcha!»

Y estalló, en efecto, la Revolución francesa.

* * *

Al retornar ahora, descubrirás que millones de jóvenes hacen por todas partes lo que tú hiciste hace ya dos siglos: se comparan con la sociedad y, encontrándola decrepita, se rebelan y se echan a la calle.

Allá en Liverpool, en los muros de un sótano, se hallan escritas estas palabras: «Aquí nacieron los Beatles. ¡Aquí comenzó todo!» Por si no lo sabes, se trata de

cuatro desmelenados jóvenes cantantes, con tu mismo «aire de artista», a los que la reina de Inglaterra no sólo no ha cerrado la boca, sino que ha conferido un alto título nobiliario.

Han vendido millones de discos y amasado una fortuna. Se han hecho aplaudir de salas mucho más amplias que la tuya; han provocado en todo el mundo la aparición de «conjuntos», en los cuales, acompañados de baterías y guitarras eléctricas, jóvenes cantantes se agitan bajo la luz violenta de potentes lámparas, enloquecen a los espectadores, enardeciéndoles psicológicamente y llevándoles a posturas colectivas de frenética participación.

* * *

¡Mira a tu alrededor! Muchos de estos muchachos llevan coleta como tú, y cuidan la melena con preocupación casi femenina: «shampoo» de todas clases, «ondas», rizos, incluso «permanente» en peluquerías de señora. ¡Y cuántas barbas! ¡Cuántos bigotes y patillas!

¡Y variedad de vestidos! ¡Una verdadera mezcolanza de lo viejo y lo nuevo, de lo femenino y lo masculino, de oriente y occidente! A veces, sólo un par de *blue-jeans* con una camisa o camiseta o con un chaquetón de piel. Otras, calcetas renacentistas, chaquetas parecidas a las que usaban los oficiales napoleónicos, con encajes dieciochescos y zapatos con hebillas eclesiásticas. A veces, pantalones y camisas de colorido chillón y fantasías florales, y, además, «galanes» gitanos. En ocasiones, trajes voluntariamente rasgados, que hacen pensar en una mítica ciudad de Barbonia. Para las chicas, minifalda, *shorts* con maxi y mini abrigo y otros aderezos.

¿Qué piensas de este fenómeno? Yo me siento ante él incompetente y profano, y también algo divertido y curioso, sin dejar de ser crítico.

La llaman «música de jóvenes»; pero observo que el mercado discográfico proporciona montones de dinero a una serie de viejos avispados. Invocan la espontaneidad, el anticonformismo y la originalidad; de hecho, astutos «industriales del vestido» manipulan el sector, tranquilos y soberanos. Se declaran revolucionarios, pero los cuidados en exceso minuciosos dedicados a la melena y al vestido amenazan convertirles únicamente en afeminados. Las jóvenes, al vestirse de manera tan atrevida, piensan en la elegancia y en la moda. No quiero ser ni maniquero ni jansenista, pero pienso tristemente que con ello no favorecen en nada a la virtud de los jóvenes.

Naturalmente, estos jóvenes simpatizan con la «revolución», entendida como medio para terminar con la explotación del hombre por el hombre.

Algunos consideran inadecuadas y contraproducentes las reformas, y justifican la revolución como el único camino que conduce a la justicia social.

Otros, en cambio, desean reformas sociales rápidas y profundas. Sólo como

medida extrema y en casos gravísimos y excepcionales, aceptan la violencia.

Hay otros que se despojan de todo escrúpulo. «La violencia —dicen— se justifica por sí misma y hay que hacer ¡la revolución por la revolución!»

Mao-Tse-Tung ha dicho a los chinos: «¡Plantemos la *revolución cultural*, haciendo tabla rasa de la ideología burguesa que todavía queda en el marxismo!»

El francés Régis Debray ha dicho a los sudamericanos: «Vuestra revolución no puede ser como la que se ha llevado a cabo en otros países, con un partido a la cabeza; la *guerrilla* de todo el pueblo, ¡ésta es la verdadera revolución!»

Desde Mao y Debray se ha pasado a Fidel Castro, a Giap y a los estudiantes del mayo francés: «El objetivo de la revolución estudiantil —decía Cohn Bendit— no es transformar la sociedad, sino destruirla».

Evidentemente, querido Fígaro, han ido más lejos que tú; siguen a tus epígonos: Castro, Che Guevara, Ho-Chi-Min, Giap, y sueñan con ser *guerrilleros* y *desesperados*. Con buenas intenciones, entendámonos; pero, mientras tanto, son instrumentalizados por otros; no se dan cuenta de que es una utopía querer dividir, radicalmente y sin apelación, los buenos de los malos, la lealtad de la superchería, el «progreso» del «estancamiento»; no comprenden que el desorden que trae consigo la «espiral de la violencia», retarda el progreso y siembra el descontento y el odio.

* * *

Y, sin embargo, tanto de ti como de ellos podemos aprender algo. Esto, por ejemplo: que padres, educadores, patronos, autoridades, sacerdotes, debemos admitir que hemos cometido errores de método y que no hemos prestado suficiente atención a los jóvenes. Que hay que volver a comenzar con espíritu de humildad y de verdadero servicio, disponiéndonos a un trabajo minucioso, largo y sin brillo.

En cierta ocasión un individuo medio loco rompió a golpes de bastón la vitrina y los objetos de una tienda. La calle se llenó en seguida de curiosos, que miraban y comentaban. Poco después llegó a la tienda un viejecito con una caja bajo el brazo se quitó la chaqueta, sacó de la caja pegamento y herramientas, y con paciencia infinita se puso a componer tuestos y vidrios rotos. Terminó después de muchas horas. Pero esta vez nadie se detuvo a mirar, a ningún curioso le interesó este trabajo.

Algo semejante ocurre con los jóvenes. Arman griterío y manifestaciones; todos miran y hablan. Poco a poco, con fatiga y paciencia, padres y educadores *les* van preparando, llenan lagunas, rectifican ideas; nadie lo ve ni lo aplaude.

* * *

Será preciso mostrarnos muy abiertos y comprensivos hacia los jóvenes y hacia sus fallos. A los fallos, sin embargo, hay que llamarlos por su nombre y hay que presentar el Evangelio «sin glosas», sin recortarlo por deseo de popularidad. Ciertas

aprobaciones no producen satisfacción: «¡Ay de vosotros! —dice el Señor— cuando todos los hombres os alaben, porque esto hicieron sus padres con los falsos profetas» (Lc. 6,26). Los jóvenes, por lo demás, desean que se les diga la verdad e intuyen el amor tras la palabra cordialmente franca y amonestadora.

Tendremos también que aceptar que los jóvenes son distintos de nosotros, los adultos, en el modo de juzgar, de comportarse, de amar y de orar. También ellos tienen —como la tenías tú, Fígaro— una palabra que decir al mundo, una palabra digna de ser oída con respeto.

Será preciso compartir con ellos la tarea de conducir a la sociedad por caminos de progreso. Con una advertencia: que ellos aprieten más el acelerador, y nosotros, en cambio, apretamos más el freno. Que, en todo caso, el problema de los jóvenes no puede separarse del problema de la sociedad; su crisis es, en parte, crisis de la sociedad.

* * *

¡Fígaro! Supiste atacar con agudeza abusos y debilidades, pero no fuiste tan agudo al proponer soluciones. Hallo acertada —prescindiendo de exageraciones— tu crítica de la sociedad; pero falta la terapia.

Ahora bien, para los jóvenes de hoy y de todos los tiempos, la terapia existe: hacerles ver que la respuesta justa a los interrogantes que les asaltan la ha dado Cristo, más que Marcuse, o Debray, o Mao.

¿Desean la fraternidad? Cristo dijo: todos vosotros sois hermanos. ¿Tienen sed de autenticidad? Cristo fustigó con fuerza toda hipocresía. ¿Están contra el autoritarismo y el despotismo? Cristo dijo que la autoridad es servicio. ¿Se oponen al formalismo? Cristo reprobó las oraciones recitadas mecánicamente, la limosna hecha para hacerse notar, la caridad interesada. ¿Quieren la libertad religiosa? Cristo, por una parte, quiso que «todos los hombres... lleguen al conocimiento de la verdad», y, por otra, no impuso nada por la fuerza, no impidió la propaganda contraria, permitió el abandono de los apóstoles, las negaciones de Pedro, la duda de Tomás. Pidió y pide ser aceptado como hombre y como Dios, es verdad, pero no antes de que hayamos visto y comprobado que merece nuestra aceptación, no sin una elección libre.

* * *

¿Qué dices a todo esto? La *protesta* de Fígaro, más la *protesta* de Cristo, ¿no podrán, unidas, ayudar tanto a los jóvenes como a la sociedad? Así lo creo lleno de esperanza.

Abril 1972.

A los cuatro del Club Pickwick^[12]

LAS METEDURAS DE PATA Y LA ESCALA DE MOHS

¡Siempre me habéis caído simpáticos, queridos señores!

Tú, presidente Pickwick, caballeresco como otro don Quijote, siempre acompañado de ese alegre y leal muchacho de Sam Weller, ocurrente y sabio como Sancho Panza. Y vosotros, Tupman, Snodgrass y Winkle, con vuestras simpáticas extravagancias. ¡Todos me habéis caído simpáticos!

Cuando os leía, vuestras figuras saltaban llenas de vida de las páginas de Dickens y me hacían sonreír. Casi, casi llegué a comprender por qué aquel lector agonizante pidió a Dios que le concediera diez días más de vida para poder así recibir y leer el último fascículo del libro que os ha hecho inmortales.

Pero ahí estás ahora, presidente Pickwick, de rodillas ante una piedra desgastada, que sobresale de la tierra junto al umbral de una casa.

—¡Santo cielo! —exclamas, mientras restregas la piedra con el pañuelo. Vislumbras en la superficie unas letras, tienes la pronta y clara sensación de que se trata de una antiquísima pieza arqueológica, se la compras al dueño de la casa por diez chelines y te la llevas, como una reliquia, para mostrársela a tus tres amigos.

La pones sobre la mesa, y la «devoráis» entre todos con unos ojos brillantes de emoción. Transportada ceremoniosamente a la sede del club, ante la asamblea general convocada al efecto, diversos oráculos comienzan a abrir la boca sobre ella, avanzando las conjeturas más ingeniosas y sutiles.

Tú mismo, presidente, con la erudición que te distingue, escribes un opúsculo con veintisiete posibles interpretaciones. Trabajo que viene merecidamente recompensado: dieciséis asociaciones científicas, nacionales y extranjeras, te nombran miembro honorario en reconocimiento del hallazgo.

Pero en seguida surge un contradictor envidioso en la persona de Blotton, miembro también del club. Lleva a cabo una investigación, interroga al hombre que había vendido la piedra y expone los resultados de su trabajo: «La piedra es, sin duda, muy antigua, pero la inscripción es reciente, realizada por el mismo que la ha vendido. Este asegura que su intención sólo era escribir: BILL STUMP, MI FIRMA.

Cualquiera puede verlo».

La reacción del club no se hace esperar: expulsión de Blotton por infamia y presunción; donación de unas gafas de oro, por unánime voto, al presidente Pickwick, en señal de reconocimiento y estima; moción de censura de Blotton por parte de las dieciséis asociaciones.

Pero ahora, entre nosotros, podemos confesarlo: no se trataba de una «pieza arqueológica», sino de una «piedra» común y corriente. Metiste la pata hasta el fondo, presidente. Y, con toda buena fe, se la hiciste meter también a tus tres amigos, a todo el club y a las dieciséis asociaciones.

Estas cosas ocurren. Y precisamente porque ocurren y para que ocurran lo menos posible, Santo Tomás, un doctor de la Iglesia, escribió una obrita sobre las «meteduras de pata» y la tituló *De fallaciis*. ¿Te importa que examinemos juntos algunos capítulos? ¿No? ¡Gracias!

* * *

Tu metedura de pata, presidente, sería para Santo Tomás un «paralogismo», es decir, una argumentación falsa, pero hecha de buena fe.

Las hay también hoy. Con frecuencia he tenido que escuchar, por ejemplo, los paralogismos de quienes atacan, de buena fe, a la Iglesia. Por una parte, me duelen, por amor a la verdad, pues la Iglesia es totalmente distinta de lo que esas gentes piensan. Pero, por otra, me sirven de consuelo: veo que, a menudo, más que a la Iglesia, se oponen a la idea que ellos mismos se han formado de ella.

Por lo general, estas meteduras de pata de buena fe o «paralogismos» son fruto de ciertos prejuicios que pululan en el ambiente y que la propaganda pone en circulación a base de *slogans* efectistas. Así, por ejemplo, «Iglesia de los pobres», «tesoros del Vaticano», «Iglesia aliada con el poder», son conceptos que actualmente enemistan con la Iglesia a no poca gente que hasta ayer la amaba y apreciaba sin reservas.

Si se pregunta a esa gente qué entiende por «Iglesia de los pobres», quizá no sepan responder. Si se les explica que los famosos «tesoros» no tienen un valor comercial, que una Santa Sede que debe hacer frente a mil problemas y necesidades, también y sobre todo de los pobres, necesita una renta anual incluso abundante, esa misma gente se rinde en parte y lo acepta.

Pero no importa: la propaganda continúa, los prejuicios penetran, las «meteduras de pata» no se evitan. Afortunadamente, Dios juzgará un día a los hombres tras sopesar sus cabezas y los salvará —así lo espero— a pesar de sus ideas involuntariamente equivocadas.

* * *

Pero no todos tienen la misma buena fe que tú, presidente, cuando se equivocan.

Los hay que pretenden engañar intencionadamente con sus palabras. No se trata ya del paralogismo, sino del «sofisma», y aquí entran en juego bajas pasiones humanas. ¿Cuáles?

Pongo en primer lugar el espíritu de contradicción, típico del testarudo. Si tú afirmas, él siente la necesidad de negar. Que niegas, él tiene que afirmar. Dialogas con él; pues bien, mientras hablas, él sólo piensa en cómo contradecirte, refutarte, afirmarse.

En un puente estrecho, colgado entre las dos orillas de un torrente, se paró una vez un mulo, afincándose firmemente en sus cascos. Intentaron arrastrarlo por la cabeza, molerle a palos las costillas: no había modo de moverlo. A uno y otro extremo del puente la gente esperaba impaciente.

—¡Dejádmelo a mí! —dijo uno, que merecía ser miembro del club Pickwick. Se acercó, cogió al mulo por el rabo y le dio un estirón. Al sentir que lo querían arrastrar hacia atrás, el animal salió como una flecha hacia adelante, dejando libre el paso.

Así somos nosotros a veces, querido presidente. Hacemos lo que los demás no quieren; no hacemos lo que los demás esperan de nosotros. Y, al comportarnos así, no somos ni serenos ni rectos al pensar y al hablar.

* * *

¿Has oído hablar alguna vez de Mohs, presidente? Era un científico que murió en 1839, justo dos años después de la publicación de las «actas» de vuestro club. Es el inventor de la «escala de Mohs», que indica, mediante diez peldaños ascendentes, la dureza de los minerales: del *talco* y del *yeso* va subiendo, de dureza en dureza, hasta el *diamante*. Pues bien, presidente, deberías decirle a Mohs que algunas cabezas parecen ser más duras que el diamante: no ceden jamás, se obstinan en una opinión equivocada, y ya puedes darles todas las pruebas en contra que quieras. «Dale un clavo al testarudo —dice el refrán— y lo clavará con la cabeza». En otras cabezas, en cambio, ha entrado la hipercrítica. Hombres que cortan pelos en el aire, que examinan los dientes a todos, que no se dan por satisfechos con nada ni con nadie.

Otros son dogmáticos: como han leído una revista, han viajado o han tenido una cierta experiencia, creen que pueden dar lecciones a todos y meter las narices en el centro del universo. Uno de éstos decía:

*¿El municipio? Yo le di principio.
¿El Parlamento? Yo lo fundamento.
¿El Señor Dios? ¡A ése lo hice yo!*

Es evidente: los testarudos, los hipercríticos y los dogmáticos están más que expuestos e inclinados al sofisma. Y, a la inversa, la opinión modesta de sí mismo, el deseo de escuchar también a los demás, inclina a decir la verdad.

En esta buena disposición de ánimo se encontraba Machi, nuestro etnólogo florentino y tu contemporáneo, presidente, un hombre muy viajero, que solía decir: «¿París? Sí, ya lo he visto: es como Florencia, pero en grande. Cuando se acaba Florencia, comienza otra Florencia, y luego otra... Unas cuantas Florencias juntas hacen París. ¿Massaua? Sí, también lo he visto: es como una Florencia en pequeño, sin monumentos, sin el Viale dei Colli y sin el 'Nuovo Giornale'». Muy modesto, como ves, y con razón, pues cuanto menos soberbio se es, mejor defendido está uno contra la falsedad y el error.

* * *

Sólo que, además de la soberbia personal, interviene también la soberbia de grupo, que provoca otros sofismas. Piensa, por ejemplo, en el partido, la clase, la ciudad natal: se corre el riesgo de abrazar una idea, no porque se la tenga por verdadera, sino porque es la idea del grupo, del partido. Los errores del racismo, del nacionalismo, del patriotismo, del imperialismo, abrazados por millones de hombres, se deben precisamente a esto.

De aquí vienen también los sofismas producidos por el oportunismo. Por pereza, por interés, se va, sin reaccionar, adonde van los demás, plumas llevadas por el viento, troncos arrastrados por la corriente. También tú caíste, presidente, cuando asististe a los famosos mítines electorales en que se enfrentaban los candidatos y electores «azules» y «amarillos» de la ciudad de «Come y bebe».

Al apearte de la diligencia con tus amigos, te viste rodeado de un excitado grupo de «azules», que en seguida te pidieron que simpatizaras con su candidato Slumkey. Transcribo de las «Actas del club»:

—¡Viva Slumkey! —rugieron los «azules».

—¡Viva Slumkey! —repitió el señor Pickwick, quitándose el sombrero.

—¡Abajo Fizkin! —rugieron los «azules».

—¡Abajo! —repitió el señor Pickwick.

—¡Viva! —y 9.quí se oyó un griterío semejante al de un campamento cuando se toca la campana para el rancho.

—¿Quién es Slumkey? —susurró Tupman.

—No sé —respondió Pickwick en el mismo tono—. Pero calla y no interrumpas. Hay momentos en que es mejor hacer lo que hace la multitud.

—Pero ¿y si hay dos multitudes? —sugirió el señor Snodgrass.

—Entonces, hay que gritar con la más numerosa —replicó Pickwick.

¡Ay, presidente! Has dicho más con esta frase que con todo un volumen. ¡Ay! Cuando se llega al extremo de gritar con quien grita más fuerte, todos los errores son posibles. Y no siempre fácilmente reparables. Tú lo sabes: basta un loco para tirar al pozo una joya; quizá no basten veinte sabios para sacarla.

¡Tú lo sabes, y quiera Dios que todos lo sepan y que nadie haga el «loco»!

Mayo 1972.

CUANDO TE ENAMORES...

Querido Pinocho:

Tenía siete años cuando leí por vez primera tus *Aventuras*. No podría decirte cuánto me gustaron ni cuántas veces he vuelto a leerlas desde entonces. La verdad es que en ti, niño, me reconocía a mí mismo; en tu ambiente, mi ambiente.

¡Cuántas veces corrías por el bosque, a través de los campos, por la playa, por las calles! Y contigo corrían la Zorra y el Gato, el perro Medoro, los niños de la batalla de los libros. Parecían mis carreras, mis compañeros, las calles y los campos de mi aldea.

Corrías a ver los carromatos que llegaban a la plaza; también yo. Te quejabas, retorcías la boca, metías la cabeza bajo las sábanas antes de beber la amarga medicina; también yo. La rebanada de pan con mantequilla por los dos lados, el pastel de canela, el azucarillo y, en algunos casos, hasta un huevo, una pera, o incluso sus mondaduras, representaban un manjar delicioso para ti, glotón y hambriento como estabas; lo mismo me pasaba a mí.

También yo, al ir y venir de la escuela, me veía enzarzado en «batallas»: con bolas de nieve en invierno; a puñetazos y patadas en todas las estaciones del año; unas veces «encajaba»; otras, daba, tratando siempre de equilibrar el «haber» con el «debe» y de no lloriquear en casa, donde, si me hubiera quejado, me habrían quizá dado «el resto».

Y ahora has vuelto. Ya no hablas desde las páginas del libro, sino desde la pantalla de la TV. Pero sigues siendo el mismo niño de otro tiempo.

Yo, en cambio, he envejecido. Me encuentro va si se puede hablar así, al otro lado de la barricada: Ya no me reconozco en ti, sino en tus consejeros: el maestro Gepeto, Pepito Grillo, el Mirlo, el Papagayo, la Luciérnaga, el cangrejo, la Marmota.

Todos ellos intentaron —¡ay!, sin éxito, excepto en el caso del Atún— darte consejos para tu vida de niño.

Yo intento dártelos para tu futuro de muchacho y de joven. ¡Mucho cuidado! ¡Ni se te ocurra tirarme a mí también el martillo, porque no estoy dispuesto a acabar

como el pobre Pepito Grillo!

* * *

¿Te has dado cuenta de que no he nombrado al Hada entre tus «consejeros»? No me gusta su sistema. Cuando te persiguen los asesinos, llamas desesperado a su puerta; ella se asoma a la ventana con su rostro blanco, como una figura de cera, se niega a abrirte y deja que te cuelguen de un árbol.

Te libra, sí, más tarde, de la encina, pero luego te gasta la pesada broma de meter en tu cuarto de enfermo a aquellos cuatro conejos, negros como el betún, con un pequeño ataúd a sus espaldas.

Aún más. Escapado por milagro de la sartén del Pescador verde, vuelves a casa aterido de frío cuando la noche está ya entrada y el agua cae a cántaros sobre tus espaldas. El Hada hace que te encuentres con la puerta cerrada y, tras muchas llamadas desesperadas, te envía al Caracol, que tarda nueve horas en bajar desde el cuarto piso y en llevarte —medio muerto como estás de hambre— un pan de yeso, un pollo de cartón y cuatro melocotones de alabastro pintados al natural.

¡No! No se trata así a los niños que se equivocan, sobre todo si están entrando, o han entrado ya, en la edad llamada *preciosa* o, también, *difícil*, que va de los trece a los dieciséis años, y que de ahora en adelante será la tuya, Pinocho.

Lo verás tú mismo: edad *difícil*, tanto para ti como para tus educadores. Ya no eres un niño, y rechazarás la compañía, las lecturas, los juegos de los pequeños; pero tampoco eres un hombre, y te sentirás incomprendido y casi rechazado por los adultos.

Y mientras pasas por la extraña experiencia de un rápido crecimiento físico, tendrás la impresión de encontrarte de improviso con unas piernas kilométricas, unos brazos de Briareo y una voz extrañamente cambiada, insólita, irreconocible.

Sentirás una fuerte necesidad de afirmar tu *yo*: por una parte, entrarás en conflicto con el ambiente de la familia y del colegio; por otra, entrarás a velas desplegadas en la solidaridad de las «pandillas». Por un lado, exiges independencia de la familia; por otro, tienes hambre y sed de ser aceptado por tus compañeros y de depender de ellos.

¡Cuánto miedo a ser distinto a los demás! Adonde va la pandilla, allí quieres ir también tú. Los chistes, el lenguaje y los pasatiempos de los demás los haces tuyos. Vistes como ellos visten: un mes, todos en niki y vaqueros; al siguiente, todos con cazadoras de cuero, pantalones de color, cordones blancos sobre botas negras. En unas cosas, anticonformistas; en otras, sin daros siquiera cuenta, conformistas al cien por cien.

¡Y de humor mudable! Hoy, tranquilo y dócil, como cuando tenías diez años; mañana, arisco como un ulceroso de setenta. Hoy quieres ser aviador, mañana estás decidido a ser actor de teatro. Hoy, audaz y despreocupado; mañana, tímido y casi

ansioso. ¡Cuánta paciencia, cuánta indulgencia, cuánto amor y comprensión deberá tener contigo el maestro Gepeto!

Pero hay más: te volverás introspectivo, es decir, comenzarás a mirar dentro de ti y descubrirás cosas nuevas. Aflorará en ti la melancolía, la necesidad de soñar con los ojos abiertos, el sentimiento e incluso el sentimentalismo. Y hasta podrá ocurrir que, en séptimo u octavo de EGB, te «enamores», como el joven David Copperfield, que decía:

«Adoro a miss Shepherd. Es una chica de chaquetilla corta, cara redonda y cabellos rizados. Cuando estoy en la iglesia, no puedo leer el misal porque tengo que mirar a miss Shepherd. Pongo a miss Shepherd entre los miembros de la familia real..., en mi cuarto a veces me siento impulsado a exclamar: ‘¡Oh, miss Shepherd!’ ... Me gustaría saber por qué he regalado secretamente a miss Shepherd doce nueces. No son un símbolo de afecto... y, sin embargo, siento que es un regalo que le va bien. También doy a miss Shepherd insípidas galletas e innumerables naranjas... Miss Shepherd es la única visión que invade mi alma».

«¿Cómo es posible que, en el espacio de unas pocas semanas, rompa con ella? Se dice por ahí que prefiere al señorito Jones... Un día miss Shepherd hace un gesto al pasar a mi lado y se ríe con su amiga. Todo ha terminado. La devoción de toda una vida ha desaparecido. Miss Shepherd sale de la función religiosa de la mañana dominical, y la familia real ya no la reconoce».

Le pasó a Copperfield. Les pasa a todos. Te pasará también a ti, Pinocho.

* * *

Pero ¿cómo te ayudarán tus «consejeros»?

Durante el «fenómeno del crecimiento», tu nuevo Pepito Grillo debería ser el viejo Vittorino da Peltre, un pedagogo que quiso mucho a los niños de tu edad y que dio gran importancia en la educación a los ejercicios al aire libre.

La equitación, el salto, la natación, la esgrima, la caza, la pesca, el tiro al arco, el canto. Pretendía, con estos medios, crear un ambiente sereno en su «Casa alegre» y dar una salida útil a la exuberancia física de sus jóvenes alumnos. De muy buen grado habría hecho suyo lo que más tarde diría Parini: «¿Qué no podrá hacer un alma audaz si vive en un cuerpo fuerte?»

Además, tu amigo el Atún, que te llevó sano y salvo a la orilla cuando saliste del vientre del tiburón, podrá ayudarte, con su calma y fuerza persuasiva, en la próxima crisis de la autoafirmación de que te he hablado.

Vuestro sueño, jóvenes de hoy, no es sólo el *automóvil*. Vosotros soñáis con todo un garaje de *autos* morales: *autoelección*, *autodecisión*, *autogobierno*, *autonomía*. Hace muy poco, unos muchachos de Bolzano comenzaron una *autoescuela* dirigida por ellos mismos.

«Eso de llegar a la autodecisión —diría el sabio Atún con su típica calma— está muy bien. Pero poco a poco, paso a paso. No se puede pasar de repente de la total obediencia de niño a la plena *autonomía* de adulto». Ni se puede usar hoy, para todo, el método duro de un tiempo. A medida que vayas creciendo en edad, Pinocho, crecerá en ti el deseo de autonomía. Pues bien, haz que crezca también —con la ayuda externa de buenos educadores— la recta conciencia de tus derechos y deberes; haz que crezca el sentido de la responsabilidad, para usar bien de la tan deseada autonomía.

Escucha cómo eran educados, hace más de un siglo, los hermanos Visconti-Venosta. Uno de ellos, Giovanni, era escritor; el otro, Emilio, un político de nuestro *Risorgimento*: «Uno de los métodos de educación de mi padre consistía en estar con sus hijos el mayor tiempo posible, en exigirnos una confianza ilimitada, devolviéndonos mucha por su parte, y en considerarnos como personas un poco superiores a nuestra edad. Así inculcaba en nosotros el sentido de responsabilidad y del deber. Nos trataba como a hombres pequeños, cosa que nos halagaba bastante. Por ello nos esforzábamos también por estar a la altura».

* * *

En tu viaje hacia la autonomía, chocarás quizá, querido Pinocho, como casi todos los jóvenes entre los diecisiete y los veinte años, con un difícil escollo: el problema de la fe.

Sí, respirarás objeciones antirreligiosas como se respira el aire, en el colegio, en la fábrica, en el cine, etc. Si tu fe es un montón de buen trigo, vendrá todo un ejército de ratones a tomarlo por asalto. Si es un traje, cien manos tratarán de desgarrártelo. Si es una casa, el pico querrá derribarla piedra a piedra. Tendrás que defenderte: hoy, de la fe sólo se conserva lo que se defiende.

Para muchas objeciones hay una respuesta convincente. Para otras, no se ha encontrado aún una solución definitiva. ¿Qué hacer? No tires la fe por la borda. «Diez mil dificultades —decía Newman— no constituyen todavía una duda».

Y recuerda siempre dos cosas.

Primera: toda certeza merece estima, aunque no comparta la evidencia de las matemáticas. La existencia de Napoleón, César o Carlomagno no goza de la certeza del $2 + 2 = 4$, pero no por ello deja de ser cierta con una certeza humana, histórica. Del mismo modo es también cierto que existió Cristo, que los apóstoles le vieron muerto y luego resucitado.

Segunda: al hombre le es necesario el sentido del misterio. *De nada sabemos todo*, decía Pascal. Sé muchas cosas de mí mismo, pero no todo. No sé exactamente qué es mi vida, mi inteligencia, el grado de mi salud, etc. ¿Cómo puedo entonces pretender comprender y saber todo de Dios?

Las objeciones más frecuentes que oirás irán dirigidas contra la Iglesia. Podrá quizá ayudarte una anécdota contada por Pitigrilli. En Londres, en Hyde Park, un predicador está hablando al aire libre. De cuando en cuando le interrumpe un individuo despeinado y sucio. «La Iglesia existe desde hace ya dos mil años —salta de repente el individuo— y el mundo está todavía lleno de ladrones, de adúlteros, de asesinos». «Tiene usted razón —responde el predicador—. Pero hace también dos millones de siglos que existe el agua en el mundo y mire cómo tiene usted el cuello».

En otras palabras: ha habido malos papas, malos sacerdotes, malos católicos. Pero ¿qué significa eso? ¿Que se ha aplicado el Evangelio? No, todo lo contrario, en esos casos no se ha aplicado el Evangelio.

Pinocho mío, sobre los jóvenes hay dos frases famosas. Te recomiendo la primera, de Lacordaire: «Ten una opinión y hazla valer». La segunda es de Clemenceau, y no te la recomiendo en absoluto: «No tiene ideas, pero las defiende con ardor».

* * *

¿Puedo volver a David Copperfield? El recuerdo de miss Shepherd se ha alejado de él desde hace algún tiempo, y David, ahora con diecisiete años, se vuelve a enamorar. Esta vez adora a la señorita Larkins. Se siente feliz con tal de poder hacerle una reverencia cada día. Sólo encuentra alivio si se pone los mejores trajes y se limpia continuamente los zapatos. Sueña: «¡Ay!, si mañana viniera Larkins padre y me dijera: ‘Mi hija me ha contado todo. Toma veinte mil libras esterlinas. Sed felices’». Sueña con su tía, que se emociona y bendice su matrimonio. Pero, mientras él sueña, la chica se casa con un cultivador de lúpulo.

David pasa dos semanas hundido: se quita el anillo, se pone los peores trajes, deja de darse brillantina, no se limpia ya los zapatos.

Más tarde viene el flechazo de Dora: «Era un ser sobrehumano para mí. Era un hada, una sílfide... no sé qué era ... todo lo que nadie ha visto jamás ... Quedé engullido por un abismo de amor en un instante ... precipitado, de cabeza, antes de haberle dicho una sola palabra».

Son citas transparentes: a través de ellas se vislumbran los problemas del amor y del noviazgo, para el que deberás también prepararte, querido Pinocho.

Sobre este punto, algunos defienden hoy una moral muy permisiva. Pero, aun admitiendo que en el pasado se ha sido un poco demasiado rígidos en este tema, los jóvenes no deben aceptar esa permisividad. Su amor debe ser con A mayúscula, hermoso como una flor, precioso como una joya, y no vulgar como un fondo de vaso.

Conviene que acepten imponerse algún sacrificio y mantenerse alejados de personas, lugares y diversiones que les sirvan de ocasión de mal. «No tenéis confianza en mí», dices. «Sí, la tenemos, pero no es desconfianza recordar que todos

estamos expuestos a tentaciones. Y sí es, en cambio, amor quitar del camino, al menos, las tentaciones innecesarias».

Mira a los conductores de coche: encuentran policías de tráfico, semáforos, pasos de cebra, sentidos únicos, prohibiciones de aparcamiento, cosas todas que, a primera vista, parecen fastidios y límites *contra* el conductor, cuando en realidad están ahí *en su favor*, porque le ayudan a conducir con mayor seguridad.

Y si un día tienes novia —Shepherd o Larkins o Dora—, respétala. Defiéndela de ti mismo. ¿Quieres que se conserve intacta para ti? Muy bien, pero tú consérvate del mismo modo para ella y no hagas caso de ciertos amigos que cuentan sus «hazañas», alardeando y creyéndose «unos machotes» por sus aventuras con mujeres. El verdadero «machote», el hombre fuerte, es el que sabe conquistarse a sí mismo y toma su puesto en las filas de los jóvenes, que son la aristocracia de las almas. Mientras se es novio, el amor debe procurar no tanto el placer sensual cuanto la alegría espiritual y sensible; ha de manifestarse de manera afectuosa, sí, pero correcta y digna.

Consejos parecidos han de impartirse también a la otra parte, con tal que sepa aguantar los «sermones».

«Querida Dora (o señorita Larkins o Shepherd) —le dice su madre—, déjame que te recuerde una ley biológica. La chica, por lo general, tiene mayor dominio de sí que el chico en el aspecto sexual. Si el hombre es más fuerte físicamente, la mujer lo es espiritualmente. Podría casi decirse que Dios decidió hacer depender la bondad de los hombres de la de la mujer. Mañana dependerán un poco de ti el alma de tu marido y las de tus hijos. Hoy, la de tus amigos y la de tu novio. Debes, pues, tener sentido común por dos y saber decir que no en ciertas cosas, incluso cuando todo parecería invitar a decir que sí. El novio mismo, si es bueno, te lo agradecerá en sus mejores momentos y se dirá: ‘Mi Dora tiene razón. Tiene una conciencia y la obedece. Mañana me será fiel’. La novia demasiado fácil, en cambio, no ofrece las mismas garantías y corre el riesgo de sembrar desde ahora, con su condescendencia demasiado despreocupada, semillas peligrosas, de las que brotarán en un futuro celos y sospechas por parte del marido».

No sigo, Pinocho, pero no me salgas ahora con que no venía a cuento hablar de Dora. Cuando eras niño, tenías al Hada, primero como hermana y luego como madre. Ahora eres adolescente y joven, la única Hada que puede hacerte compañía es una novia o una esposa. ¡A no ser que quieras meterte a cura!

¡Pero no te veo la vocación!

Junio 1972.

LA MANIA DE LAS VACACIONES

Ilustre escritor e historiador:

El inminente Congreso Eucarístico Nacional que va a celebrarse en Friuli (agosto de 1972) me ha hecho acordarme de ti, que, aunque de origen longobardo, naciste en Friuli y escribiste de tu gente con afecto filial.

Los longobardos que vienen a Italia —han pasado ya doce siglos— ascienden a algunos cientos de miles. Tú los describes avanzando por la vía Postumia y te parecen un hormiguero en marcha.

¿Si volvieras ahora? ¿Si un sábado o un domingo de julio o agosto te sentaras en el paso de Faldato y te pusieras a contar los coches, extranjeros e italianos, que bajan hacia Caorle, Jesolo y Venecia, o que suben hacia el Cadore? ¿Si te sentases en el Brénnero o junto a otros pasos alpinos aún más congestionados de turistas?

¿Si yo te dijera que, sólo en los días del «ferragosto», serán un millón los milaneses que abandonan Milán, un millón los romanos que salen de Roma, una procesión interminable los coches que circulan en todas las direcciones, a todas las horas, por todas las carreteras de Italia?

Me imagino tu asombro y tu pregunta: «Pero ¿adónde va toda esta gente?»

«Va al mar, a la montaña, a visitar monumentos y curiosidades naturales; va en busca de fresco, de verde, de arena, de aire yódico o resinoso, de evasión».

«¿Y dónde podrán acomodarse?»

«En todas partes: en hoteles, en pensiones, en aldeas turísticas, en ‘casas de vacaciones’, en *moteles*, en *campings*. ¿Ves esa cosa de cuatro ruedas, remolcada por un coche? Es una *roulotte*, una casita móvil».

En tu tiempo, deteníais el caballo y lo atabais a un árbol; en el nuestro, paran el coche o la *roulotte* donde haya un grupo de árboles y corra un arroyo, sacan una bombona de gas, un hornillo y un frigorífico portátil, preparan la comida y se la comen sentados en la hierba, gozando del rumor de las hojas movidas por el viento, del zumbido de las abejas y de los abejorros, del perfume de la hierba y de las flores, del color del cielo, del contacto directo con la naturaleza, que les embriaga y les

relaja al mismo tiempo. En la *roulotte*, entre otras muchas cosas, están ya preparadas las literas plegables, con colchones de espuma. Al anoecer, las sacan y duermen en ellas toda la noche, esperando que los despierte el canto de los pájaros. En una palabra, quieren darse un baño, aunque sea corto, en medio de la naturaleza, ahogar sus habituales penas y olvidarse de la ciudad de cemento y ladrillo, que los ha tragado y los volverá a tragar durante largos meses.

Me parece verte, con las manos en la cabeza, diciendo: «Aquí cambia todo. Hay más alboroto que en las antiguas invasiones. Los hombres se han vuelto como caracoles y se llevan la casa a cuestas: unas veces es la casa de ruedas; otras, una pequeña tela blanca, enrollada tras el asiento de la moto, desplegada luego y plantada a modo de habitación; otras, esa otra tienda azul, enorme, panorámica, iluminada con luz eléctrica, provista de radio y televisión, y alineada con otras tiendas, habitadas por gentes de todas las razas y lenguas. Es una segunda Babel. No escribo más».

¡Dichoso de ti! Yo, en cambio, pastor de almas, no puedo renunciar a escribir. Debo decir al menos una palabra sobre alguno de los problemas de conciencia que plantea este moverse, vagabundear o viajar, que llamamos, según los casos, fin de semana, vacaciones, turismo, veraneo. Ten la bondad de seguirme con el rabillo del ojo mientras me dirijo a los lectores.

* * *

Para nosotros, los italianos, un caso antiguo y clásico de turismo es Petrarca, que fue también alpinista y viajó todo lo viajable en aquellos tiempos, dentro y fuera de Italia, «en busca de lugares queridos, amigos queridos y libros queridos». Viajar le iba bien a su curiosidad y sed de conocimientos, aunque no tanto a sus finanzas. Su administrador Monte, solía refunfuñar a menudo y le decía: «Tú no haces más que andar por el mundo, pero tendrás siempre los bolsillos vacíos».

Ya tenemos la primera reflexión: ¿no se da, a veces, un despilfarro injustificado de dinero al viajar de un determinado modo, sin los debidos límites? No se trata de casos raros. La «manía del veraneo», que obliga a la gente a un «quiero y no puedo», tiene hoy características semejantes a las del tiempo de Goldoni. Con frecuencia, las pagan los deberes de conciencia y las virtudes familiares, así como el sentido de la economía, el saber controlarse, el ahorro.

* * *

Otra reflexión. Se dice que se viaja para aprender, para ampliar la propia cultura, para poder mantener a su tiempo una conversación culta, para ensanchar el alma con las bellezas artísticas y naturales del extranjero. Todo verdad, con tal que se haga el viaje con calma, con paradas oportunas, con la necesaria preparación, con los ojos abiertos para descubrir los elementos útiles y esenciales. Puede servir incluso para

mejorar moralmente, para sentirse más pequeños en un mundo tan grande y bello, para estar más agradecidos a Dios, más unidos a nuestros hermanos los hombres.

Pero hay quien en los viajes se entusiasma por cosas de nada, como aquellos que, vueltos de Roma, sólo saben hablar de cierto vino de los Castelli y de los platos de la cocina del Trastévere...

Hay quien parece estar negado para la historia local, como el guía que acompañó a Fucini a visitar Sorrento: «Y ahora —dijo el escritor—, mientras como algo, vete a enterarte dónde está la casa de Tasso». El guía marchó, volvió y relató: «Señor, ese señor no vive aquí». Está también el turista fanfarrón, que aumenta, exagera y asombra, describiendo incidentes y maravillas, como si fuera otro Marco Polo, Pigafetta o Caboto...

* * *

Vacación quiere decir descanso, relajación. Pero hay algunos que no saben descansar. Es como quitar el polvo: algunas amas de casa creen estar quitando el polvo, cuando en realidad no hacen sino cambiarlo de lugar.

La familia que —para seguir la moda— llega a un sitio de vacaciones muy frecuentado en pleno agosto, cuando los hoteles están hasta los topes, y tiene que alojarse en una habitación con camas improvisadas que pueden ser un billar o una tumbona, no descansa en absoluto, sino que cambia un cansancio por otro, un aburrimiento por otro.

Uno recorre el domingo ciento cincuenta kilómetros para llegar a Cortina o a Jesolo, a lo largo de una carretera embotellada; después de la misa, un paseo, la comida y un rato de charla; luego, vuelta a casa, al volante, metiéndose en una fila interminable de coches, intentando o realizando continuamente adelantamientos difíciles, esquivando parachoques, tomando curvas peligrosas; si llega a casa sano y salvo, ya puede dar gracias a Dios y decir que ha hecho algo distinto de lo habitual, pero que no ha descansado.

¡Cuántos vuelven de vacaciones cansados y aburridos, porque han elegido un sitio demasiado mundano o ruidoso, o no han sabido controlarse en las excursiones, o han entrado en el «ambiente», dejándose arrastrar por la gente a diversiones, conversaciones y discusiones excitantes y agotadoras!

He aludido a carreteras embotelladas, a coches, a curvas y a adelantamientos. También éste es un gran problema de conciencia. No deja de ser curioso que ningún conductor diga en el confesonario: «Padre, me acuso de haber puesto en peligro mi vida y la de los demás». Nadie que diga: «He sido imprudente, alocado, al conducir».

Y, sin embargo, son muchos los que, apenas ven un coche de lejos, se dicen inmediatamente y casi se juran a sí mismos: «Lo voy a adelantar». ¡Incluso si conducen un seiscientos y cuesta arriba! Tienen que adelantar siempre, a todos, pasar

a la historia por sus adelantamientos. O, si no, se ponen al volante tras haber bebido demasiado, o cansados, deprimidos y con graves preocupaciones familiares o personales. Está en juego el quinto mandamiento. Nunca se insistirá demasiado en la grave responsabilidad de quienes conducen los potentes coches de hoy por las pobres, estrechas, tortuosas y atascadas carreteras de ayer.

El quinto mandamiento no sólo contempla los daños que se hace al cuerpo, sino también los que se cometen contra el alma con el mal ejemplo. Al veraneante y al turista le miran todos con ojos asombrados o, al menos, curiosos, especialmente los más pobres y los más jóvenes. Por lo general, el turista se hace el siguiente razonamiento: «Ahora que estoy fuera de mi ambiente, me tomaré mayores libertades morales».

En realidad, el razonamiento debería ser el contrario: «Fuera de mi ambiente, me observan más y, por ello, me comportaré mejor que en casa».

Que los ojos de la gente se fijan en los turistas lo pudo comprobar Renato Fucini cuando visitó Sorrento. El guía, de quien ya hemos hablado, alardeaba con él de poder identificar el lugar de origen de los forasteros: «Usted, por ejemplo, en seguida he visto que es piemontés». «Pues no, soy toscano. ¿Cómo no te habías dado cuenta?» «Pero, excelencia, usted no dice palabrotas ni blasfemias contra el santo nombre de Dios. ¿Cómo podía pensar que usted fuera toscano?»

En este punto me gustaría que los turistas fueran todos «piemonteses». Y, a la inversa, me agradaría que los turistas eligieran los pueblo de veraneo tan cristianos — en espíritu, tradiciones y costumbres— que pudieran decir de ellos lo que escribió la primera santa norteamericana, Isabel Seton, de una aldea toscana en la que había pasado algún tiempo:

«Os aseguro que mi conversión al catolicismo (antes era protestante) fue una simple consecuencia de haber pasado un tiempo en una aldea católica».

Además del quinto, está también en juego el sexto mandamiento del Señor. Me refiero al modo de vestir, al turismo juvenil mixto, a las diversiones inconvenientes de bastantes centros de veraneo, a las largas excursiones en coche en parejas, sean o no, novios.

Dicen, refiriéndose al vestido: «Ahora todos van así». No es verdad, no todos van así, aunque hemos de admitir, con amargura, que familias en apariencia buenas están cediendo inexplicablemente en este punto. Y aun cuando fuera verdad que muchos o todos hacen lo mismo, una cosa mala sigue siendo mala aunque la hagan todos.

Dicen también: «Hace calor». Pero existen en el mercado telas tan ligeras que permiten defenderse muy bien del calor, aunque haya que añadir un par de palmos al vestido. En cuanto a las compañías y a las excursiones solitarias en coche, a nadie se le oculta que son una ocasión de mal. «Mi hija es buena, sabe comportarse», me decía una señora. «Su hija, señora, es débil, como todos, y hay que defenderla de su propia

debilidad e inexperiencia manteniéndola alejada del peligro. El pecado original, por desgracia, no es un mito, sino una dolorosa realidad».

Después del sexto, viene el séptimo mandamiento. Hace algunos años, un obispo alemán recomendaba a sus fieles no explotar a los turistas. La recomendación no está fuera de lugar. Me han dicho que una oficina de turismo de un paraje de montaña completó el paisaje con una vaca de goma hinchada. Vista de lejos, blanca sobre un prado verde, con un gran cencerro —también falso— colgado del cuello, la vaca ponía una nota de colorido y servía de reclamo.

El hecho, si de verdad ocurrió, sería más ingenioso que fraudulento. Lo que sí es verdad, en cambio, es que los precios se ponen por las nubes en la «temporada alta». Y también es verdad que algunos consideran a los veraneantes como huéspedes sólo bajo el aspecto comercial: son los que «traen dinero», los que «tienen cuartos» o «pueden dejar pasta». No siempre se tiene en cuenta, en cambio, que son gente que ha trabajado todo el año en fábricas y oficinas, en ciudades húmedas y frías; gente que apenas dispone de quince o veinte días de descanso, con verdadera necesidad de reposo, de aire, de sol. No siempre se tiene suficientemente en cuenta que son hermanos nuestros, hacia los que tenemos la obligación de una caridad sentida y de una hospitalidad cordial.

A nosotros, cristianos, San Pedro nos recomienda con insistencia ser *hospitales invicem*, y añade: *sine murmuratione*: «Sed hospitalarios unos con otros, sin refunfuñar». Podríamos completar la recomendación, en este caso, diciendo: «Sin refunfuñar y sin... *tímar*».

* * *

Un último pensamiento: si nosotros vamos de vacaciones, el Señor no se las toma.

Su día, el domingo, lo quiere íntegro, no profanado, tanto por su propio honor externo como por nuestro interés. Cuando digo «su día», no me refiero sólo a ese trocito de día que corresponde a la misa. El domingo cristiano es un día entero, que entraña un conjunto de cosas: es misa o sacrificio divino activamente participado (no sólo oído pasivamente); es atención a la propia alma en el reposo, en la reflexión, en la frecuencia de los sacramentos; es instrucción religiosa, que se hace escuchando la palabra del sacerdote o leyendo el Evangelio u otro libro piadoso; es toma de contacto con toda la familia parroquial; es ejercicio de caridad hacia los pobres, enfermos y niños; es buen ejemplo, dado y recibido; es el premio y la garantía de nuestra buena vida.

Si somos capaces de vivir bien el domingo, podemos estar casi seguros de que viviremos bien durante el resto de la semana. Por eso le importa tanto al Señor, y por eso debemos nosotros hacer todo lo posible porque el domingo no nos pase inadvertido. Turismo o no turismo, en vacaciones o fuera de ellas, lo primero y por

encima de todo, nuestra alma.

* * *

Vuelvo de nuevo a ti, Pablo Diácono. ¿Qué te parece mi conclusión? ¿Vieja?
Sí, es vieja, pero verdadera y sabia; nos ayuda a ser y a permanecer buenos. Y
esto es lo que importa.

Agosto 1972.

LAS CAMPANAS DE LOS GUERRILLEROS

Querido don Gonzalo:

Sólo sé de ti lo que escribe Manzoni en *Los novios*.

Fuiste gobernador español del Estado de Milán; el de la guerra de Casale, el de la peste de 1630. En tu escudo destacaba un rey moro encadenado por el cuello. Fue delante de ese escudo donde Renzo, en la hostería de la Luna Llena, se atrevió a decir: «Ya sé lo que quiere decir esa cara de hereje con la cuerda al cuello. Esa cara quiere decir que manda el que puede y obedece el que quiere».

¡Pobre Renzo! ¡Bien le costó el comentario! Pocas horas después, tus soldados le detenían y, cuando logró escapar, ordenaste buscarlo con gran alarde de fuerzas como a malandrín, ladrón público, incitador al saqueo; en una palabra, como sedicioso y revolucionario.

Hoy sería muy distinto. Por la misma frase Renzo hubiera sido calificado de profeta, de carismático, de teólogo. Mientras que tú, querido don Gonzalo, hubieras sido tachado de represor, dominado por la ambición de poder y pisoteador de la dignidad y libertad humanas. La sedición milanesa contra tu legado no fue más que una insignificante revolución abortada, una cosa de poca monta en comparación con la verdadera revolución que pretende liquidar todo el *sistema*.

Las campanas de cierta «filosofía» y «teología» parecen tocar hoy a muerto por la autoridad, y a fiesta por la libertad y la revolución. Tales campanas harían exclamar a Bossuet, un genio casi contemporáneo tuyo: «Donde todos hacen lo que quieren, nadie hace lo que quiere; donde nadie manda, todos mandan; donde todos mandan, no manda nadie».

Pero ¿quién se acuerda hoy de Bossuet? El astro hacia el que miran grupos especialmente nutridos de estudiantes es Mao, que les ha dicho: «Liquidad con la revolución cultural todo lo que sea burgués. La cultura tradicional sólo sirve para crear divisiones. ‘Hacer la revolución’ es la única cultura digna de tal nombre». Los estudiantes se lo han tomado en serio también entre nosotros. Los «nuevos estudiantes» proclaman: «Seamos nosotros la mecha que haga saltar por los aires a la

sociedad actual. ¡Fuera la educación selectiva y de clase, que sólo favorece a los burgueses, que han tenido ya en su familia un cierto tipo de educación! ¡Fuera la meritocracia clasista, que pretende medir en la escuela con el mismo patrón a quién puede ir en coche y a quien debe andar a pie!»

Y van en serio: ocupan las escuelas, niegan que exista diferencia alguna entre Dante Alighieri y un Juan Lanús cualquiera, han aprendido el método de la guerrilla urbana, el análisis marxista de la sociedad burguesa, el uso de la droga, paralizan con el ridículo a los no revolucionarios, dominan por el terrorismo a las mayorías silenciosas estudiantiles y se infiltran incluso en los ambientes educativos católicos.

¡Curioso fenómeno este de las «quintas columnas» aceptadas, aplaudidas y teologizadas! Mao es el nuevo Moisés que introduce a los pueblos en una nueva tierra prometida. La llamada democracia occidental es un montón de escombros. Incluso el comunismo soviético está ya superado.

La tercera vía, la de Mao, es la que liberará al mundo, porque-así dicen-es la del Evangelio. Pero ¿cómo así? Hay que tener en cuenta —dicen— que Palestina, en tiempos de Jesús, era un escenario de guerrillas: los guerrilleros —los zelotas— se batían a muerte contra Roma. Su castigo era la crucifixión, de modo que la cruz, aun antes de convertirse en símbolo cristiano, era ya un signo vinculado a la guerrilla. Jesús, privado de sus derechos de ciudadanía por los dominadores blancos de Roma, judío ofendido, sólo podía estar de parte de los revolucionarios.

Todo esto no aparece muy claro en los evangelios —siguen diciendo—, que se escribieron cuando ya había terminado la rebelión contra Roma.

San Marcos, además, al escribir para los romanos, inclinó a su favor el contenido de su evangelio. También San Pablo, ciudadano romano, se dejó influenciar por Roma.

Por lo tanto, los evangelios y Pablo, como están actualmente, no son del todo dignos de crédito, hay que reinterpretarlos.

Está escrito: «Dad al César lo que es del César». Hay que leer: «Prohibido dar nada al César, porque en Palestina todo es de Dios». Está escrito: «Bienaventurados los pacíficos»; «vete a reconciliarte con tu hermano»; «perdonad»; «quien a hierro mata a hierro muere»; «pon la otra mejilla»; «ama a tus enemigos». Podrían parecer textos pacifistas, pero no lo son: entendidos en sentido pacifista, habrían sonado absurdos y cobardes a un pueblo que se encontraba bajo la opresión romana y que aspiraba a la independencia política. Hay, pues, que reinterpretarlos como sigue: «No debes tener enemigos. Esto sólo será posible cuando hayas liquidado el poder con la revolución y destruido a los demonios de la negación de la dignidad humana, de la desigualdad económica, de la disparidad del poder, que significa opresión». El verdadero Cristo —concluyen— es un revolucionario y guerrillero; es el que armó su mano contra los mercaderes del templo, el que entró en conflicto con la Sinagoga.

Quien quiera seguirle, deberá hacerse revolucionario frente al poder, tanto estatal como eclesiástico, en nombre de la libertad, de la corresponsabilidad, del diálogo, de los carismas.

* * *

¿Qué decir a esto? Cristo, aun no siendo inferior a nadie, ni siquiera al Padre, fue un modelo de respeto hacia la autoridad humana. En Nazareth estaba sometido a María y a José; en Cafarnaúm llega incluso a hacer una pequeña pesca milagrosa para obtener la moneda necesaria para pagar el tributo del templo (Mt. 17).

La actitud de Cristo frente a la Sinagoga no puede compararse, ni de lejos, con la que algunos de nosotros muestran frente a la autoridad civil y eclesiástica. Cristo era «el dueño de la ley» y el Hijo del Padre, superior a la ley; la Sinagoga apenas si era destinataria de la ley. Al enfrentarse con la Sinagoga, Cristo no apeló a un derecho suyo a rebelarse, sino, por el contrario, a su obligación de obedecer al Padre. La misma expulsión de los mercaderes del templo es un acto religioso bien calculado y meditado. Efectivamente, en el templo, Cristo no hiere ni mata a nadie, no incendia el templo; sólo echa por tierra las mesas de los cambistas y ahuyenta los animales de los comerciantes, a los que, más que daño, causa una molestia momentánea con miras a un fin ulterior: enseñar el respeto a la casa del Padre.

El concilio ha subrayado que la Iglesia es Pueblo de Dios, comunitario antes que jerárquico. Al fundarla, Cristo había tenido presente, por encima de todo, al pueblo, la salvación de las almas. Al servicio del pueblo quiso que hubiera apóstoles y obispos dotados de poderes especiales. Para que los obispos se mantuvieran unidos, quiso al papa. El papa y los obispos, por ello, no están por encima, sino dentro y al servicio del Pueblo de Dios.

Pero este servicio sólo lo pueden prestar ejerciendo los poderes recibidos. Poderes que, por ende, no pueden eliminarse. Dice el concilio: «Los obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad..., en virtud de la cual tienen el sagrado derecho, y ante Dios el deber, de legislar sobre sus súbditos, de juzgarlos y de regular todo cuanto pertenece a la organización del culto y del apostolado» (LG 27).

Es verdad que es difícil ejercer esta autoridad de manera justa. Es también verdad que la jerarquía ha faltado y que puede seguir faltando. Cuando los padres hablan de una «Iglesia leprosa» y de una «Iglesia lisiada», están poniendo el dedo en la llaga.

Pero es una llaga inherente a la finitud humana: puede curarse, sanarse incluso, pero nunca eliminarse del todo. Los seglares y los sacerdotes que, a veces por sincero amor a la Iglesia, contestan, deberían tenerlo presente. Hay que saber construir sobre lo que existe. A menudo es de sabios contentarse con lo que se tiene, mirando

siempre a ulteriores conquistas, sin destruir con la contestación los gérmenes de una posible evolución futura.

¿Respeto a las personas? Naturalmente, pero los obispos no pueden, por respeto a las personas particulares, descuidar el bien común permitiendo que se instauren la indisciplina y la anarquía. Decía San Agustín: «Los obispos sólo presidimos cuando servimos». Y añadía: «El obispo que no sirve al pueblo no es más que un espantapájaros, puesto en la viña para que los pájaros no piquen las uvas».

¿Más espíritu, más carismas, menos instituciones? Pero algunas instituciones arrancan de Cristo y no se las puede tocar sin que cambie la misma esencia de la Iglesia. Así, el primado del papa, el Colegio episcopal, el episcopado, el sacerdocio ministerial.

Otras instituciones, en cambio, son humanas, y habrá que cambiarlas cuando se demuestren superadas y contraproducentes, pero siempre siguiendo la ley de la historia. Esta dice a los obispos: Nada humano es inmutable, ni siquiera el modo de obedecer de los católicos. Pero añade: No piensen los súbditos que el curso de la historia puede acelerarse con una impaciente rebeldía. También el tonto del pueblo tenía prisa de que nacieran los polluelos: despachó a la clueca y la sustituyó, incubando él mismo los huevos, pero lo único que salió fue una tortilla en sus calzones.

¿Más libertad y menos legalismo? De acuerdo. Cristo proclamó la interioridad y condenó el legalismo farisaico. También San Pablo exaltó la libertad del espíritu y el código del amor. Pero la moneda tiene también otra cara: Cristo prescribió normas, obligando a sus seguidores a observarlas, y quiso que en la Iglesia hubiera autoridad. Y Pablo, por su parte, amonestaba: «Habéis sido llamados a la libertad; cuidado con que esta libertad no sirva de pretexto para la carne».

¿Corresponsabilidad? Recuerden los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir en solitario el peso de la misión salvadora de la Iglesia; en las batallas decisivas, las iniciativas más inspiradas nacen a menudo del frente. Y, a su vez, los seglares tengan cuidado de no reducir su corresponsabilidad a la demasiado cómoda protesta: añadan a ésta propuestas realistas y prácticas, y, sobre todo, colaboren en la puesta en práctica de tales propuestas. Más aún: recuerden que su contribución al bien de la Iglesia no debe ser desorganizada, sino que ha de producirse bajo la guía del magisterio, al que compete reconocer y autenticar los carismas.

¿Diálogo? Los documentos conciliares hablan de él más de cincuenta veces. Hay que practicarlo, pues, con buena voluntad por ambas partes. Los obispos no se escuchen sólo a sí mismos; consulten, examinen junto con otros antes de decidir. Y «los fieles hablen con esa libertad y confianza que es propia de los hijos de Dios y de los hermanos en Cristo... siempre con verdad, fortaleza y prudencia, con reverencia y

caridad».

Pero ni siquiera el diálogo podrá funcionar como una varita mágica que todo lo sana, resuelve y pone en orden. El diálogo sólo es útil en la medida en que los dialogantes tienen confianza en él y observan sus justas reglas.

* * *

Querido don Gonzalo: Esta gente que pretende interpretar el Evangelio está buscando la libertad. Por desgracia, no es la libertad que entendía Cristo cuando nos enseñó a decir: «Padre... líbranos del mal».

No es tampoco la otra de que hablaba San Agustín: «Serás libre si te haces siervo: libre del pecado, siervo de la justicia».

Agosto 1972.

“SIETE REGLAS” QUE AÚN SIRVEN

Querido santo sonriente:

El papa Juan apreciaba tanto tus sermones escritos, que quiso proclamarte doctor de la Iglesia. Pero murió y, hasta el momento, nada se ha hecho. ¡Una pena!

Pero lo que el buen papa apreciaba no eran tus sermones en latín, estudiados, pulidos, bien divididos, sino tus sermones en italiano, tomados de viva voz, rebosantes de vida, fervor religioso, sentido del humor y sabiduría práctica. Acariciaba quizá el propósito de nombrarte «Doctor sonriente», junto al «Melifluo» Bernardo, al «Angélico» Tomás, al «Seráfico» Buenaventura, al «Consolador» Francisco de Sales.

Pensaba que en un tiempo en que se emplean palabras difíciles, erizadas de *ismos* nebulosos, para expresar hasta las cosas más fáciles del mundo, sería oportuno poner de relieve al fraile que había enseñado: «Habla claro, de modo que quien te escuche marche contento e iluminado, y no deslumbrado».

Y todo menos «deslumbrados» se quedaron ante tu sermón los profesores y estudiantes de la Universidad de Siena en junio de 1427. Les hablaste del «modo de estudiar», les propusiste «siete reglas» y concluiste: «Las cuales siete reglas, si las observas fielmente, en poco tiempo te volverás un hombre o una mujer de provecho».

Con tu permiso, abreviándolas y... domesticándolas, intento ahora evocar tus «siete reglas» para los estudiantes de hoy.

Los cuales son gente buena y simpática, pero no corren ningún peligro de quedar «deslumbrados», por la sencilla razón de que quieren hacer por sí mismos su propia experiencia de las cosas. No quieren recibir, ni de ti ni de mí, «modelos de comportamiento», que huelen a moralismo a un kilómetro de distancia. Y, probablemente, no leerán estas líneas, pero yo las escribo igualmente. Te escribo a ti.

También Einaudi escribió los «Sermones inútiles» y, sin embargo, a alguien le habrán resultado útiles.

* * *

Primera regla, el *aprecio*. Uno no llega nunca a estudiar en serio si primero no aprecia el estudio. No llega a formarse una cultura si antes no estima la cultura.

Un estudiante dobla la espalda sobre el libro. Tú escribes: Muy bien, así «no te hierve el cerebro, como a esos otros jovenzuelos, que, en vez de leer libros, no hacen sino frotar el asiento». Ama los libros, así entrarás en contacto con los grandes hombres del pasado: «les hablarás y ellos te responderán; te escucharán y tú les escucharás, y obtendrás de ello gran placer».

¿Qué será, en cambio, del estudiante en paro? Será «como un cerdo en la pocilga, que come, bebe y duerme». Será un «don nadie», que no hará nada en la vida.

Entendámonos: para una auténtica cultura hay que apreciar también, además de los libros, la conversación, el trabajo en grupo, el intercambio de experiencias. Todas estas cosas nos estimulan a ser activos y no sólo receptivos. Nos ayudan a ser nosotros mismos en el estudio, a comunicar a los otros nuestras ideas de manera original; favorecen la atención respetuosa hacia el prójimo.

Pero que no disminuya nunca nuestra estima por los grandes «maestros». Ser confidentes de grandes ideas vale más que ser inventores de mediocres. Decía Pascal: «Quien sube sobre los hombros de otro ve más lejos que él, aunque sea más pequeño».

* * *

Segunda regla, la *separación*. Separarse al menos un poco. De lo contrario, no se estudia en serio. También los atletas deben abstenerse de muchas cosas. El estudiante tiene algo de atleta, y tú, querido fray Bernardino, le has presentado toda una lista de cosas «prohibidas».

Extraigo aquí sólo dos: malas compañías y malas lecturas. «Un libertino echa a perder a todos. Una manzana podrida, puesta junto a las sanas, corrompe a todas las demás». ¡Ojo —escribes— con los libros de Ovidio y con «otros libros de amoríos»! Dejando en paz a Ovidio, hoy hablarías explícitamente de libros y fotonovelas indecentes, de películas y droga. Pero conservarías intacto el siguiente apóstrofe: «Cuando tú, padre, tienes un hijo estudiando en Bolonia, o donde sea, y oyes que se ha enamorado, no le mandes más dinero. Llámale a casa, que no aprenderá nada, como no sean cancioncillas y sonetos..., y será luego un parásito en tu casa».

¡Eficaz remedio éste de «cortar las provisiones»! Pero hoy ya no resulta: el Estado sustituye, si es necesario, a los padres, dando al universitario un «préstamo al honor» o un salario adelantado.

Queda aún una esperanza: que el estudiante se aplique, por propia iniciativa, el «remedio del saltimbanqui».

Lo conoces: subido en una silla, el saltimbanqui enseña una caja cerrada a los campesinos que le rodean, atónitos y con la boca abierta, un día de mercado: «Aquí

dentro —dice— está el remedio más eficaz contra las coces de mulo. Cuesta poco, muy poco, y supone una fortuna». Muchos lo compran. Pero a uno de los compradores le entran ganas de abrir la caja: con gran sorpresa no encuentra sino dos metros de cuerda. Levanta la voz para protestar: «Esto es un timo». «Nada de timo — responde el charlatán—, tú aléjate del mulo la distancia de esa cuerda y verás cómo no puede darte una coz».

Es el remedio clásico y radical que proponéis los predicadores. Vale para todos, especialmente para los estudiantes que se encuentran hoy expuestos a mil peligros. ¡Separación! De todos los «mulos» que dan coces morales.

* * *

Tercera regla, *tranquilidad*. «Nuestra alma es como el agua. Cuando está tranquila, es como el agua remansada; pero, cuando está removida, se enturbia». Por lo tanto, si se quiere aprender, profundizar y recordar, hay que tranquilizar y dejar reposar la mente. ¿Cómo es posible llenar la cabeza de todos esos personajes de las novelas del cine de la televisión, de los deportes, tan vivos, entrometidos y, a veces, envilecedores y contaminantes, y luego pretender que recuerde las nociones de los libros de texto, que en comparación con aquéllos carecen de vida e interés?

La mente del estudiante requiere un vacío de silencio a su alrededor, para que pueda mantenerse tranquila y limpia. Tú, fray Bernardino, sugieres pedírselo al Señor. Llegas incluso a sugerirnos la jaculatoria adecuada: «Da, Señor, reposo a nuestra mente». Nuestros estudiantes sonreirán al oírlo suelen estar acostumbrados a otro tipo de *jaculatorias*. Pero no importa: un poco de silencio y de oración en medio de tanto barullo cotidiano no hace daño a nadie.

* * *

Cuarta regla, *orden*, equilibrio, justo medio, tanto en las cosas del cuerpo como en las del espíritu. ¿Comer? Sí —escribes—, pero «ni poco ni mucho. Todos los extremos son malos, la vía del medio es la mejor. No pueden llevarse dos cargas: el estudio y el poco comer, el demasiado comer y el estudio, porque lo primero te consumirá y lo segundo te embotará el cerebro». ¿Dormir? También, pero «ni poco ni mucho..., es mejor levantarse a tiempo... con la mente sobria».

El espíritu tiene necesidad de orden, por ello continúas: «No pongas el carro delante de los bueyes..., mejor es aprender poca ciencia, y aprenderla bien, que mucha y mal». Salvator Rosa está de acuerdo contigo cuando escribe: *Si estás enharinado, que te frían*. El «enharinamiento», la superficialidad, el «poco más o menos», no son cosas serias. Tú aconsejas también tener simpatías personales entre los diversos autores y materias: «Inclínate por un doctor más que por otro, por un libro más que por otro..., pero no desprecies a ninguno».

* * *

Quinta regla, *perseverancia*. La mosca, apenas se posa sobre una flor, pasa, voluble y agitada, a otra; el abejorro se detiene un poco más, pero le gusta hacer ruido con las alas; la abeja, en cambio, silenciosa y trabajadora, se detiene, liba a fondo el néctar, lo lleva a casa y nos regala la miel. Así escribía San Francisco de Sales, y me parece que tú estarías totalmente de acuerdo con él: nada de estudiantes-mosca, nada de estudiantes-abejorro; te gusta la fuerza de voluntad, tenaz y operativa, y no te falta razón.

En la escuela y en la vida, no basta desear, hace falta querer. No basta comenzar a querer, sino que hay que seguir queriendo. Y no basta siquiera seguir, sino que es necesario saber comenzar a querer de nuevo, cada vez que uno se ha parado por pereza, fracasos o caídas. La mayor desgracia de un joven estudiante, más que la poca memoria, es una voluntad débil. Su mayor fortuna, más que un gran talento, es una voluntad firme y tenaz. Pero ésta sólo se temple al sol de la gracia de Dios, sólo se calienta al fuego de las grandes ideas y de los grandes ejemplos.

* * *

Sexta regla, *discreción*. Lo cual quiere decir: no correr más de lo que te permitan tus piernas; no coger tortícolis de tanto mirar a metas demasiado altas; no comenzar demasiadas cosas a la vez; no pretender resultados de la noche a la mañana.

Ser el primero de la clase es interesante, pero no lo es para mí, si mi talento es limitado. Trabajaré con empeño y me daré por satisfecho si llego a ser cuarto o quinto. Me gustaría aprender a tocar el violín, pero no lo hago porque perjudica a mis estudios y la gente diría de mí: «quien mucho abarca poco aprieta».

* * *

Séptima regla, *delectación*, es decir, estudiar con gusto. No se puede perseverar en el estudio si no se le saca un poco de gusto. El gusto no se tiene al principio, sino que va llegando poco a poco. Al comenzar siempre hay algún obstáculo: la pereza que hay que superar, ocupaciones agradables que nos atraen más, la dificultad de la materia. El gusto llega más tarde, como un premio por el esfuerzo hecho.

Tú escribes: «Sin necesidad de ir a estudiar a París, aprende del animal que tiene las uñas partidas (es decir, del buey), el cual primero come y traga y luego rumia poco a poco». El buey va saboreando el heno poco a poco, mientras sea sabroso y agradable, hasta el fin. Lo mismo deberíamos hacer con los libros de texto, alimento de nuestra mente.

* * *

¡Querido San Bernardino! Eneas Silvio Piccolomini, paisano tuyo y papa con el nombre de Pío II, escribió que, a tu muerte, los señores más poderosos de Italia se repartieron tus reliquias. A los pobres de Siena, que tanto te querían, no les quedó nada de ti. Les dejaron sólo el asno sobre el que montaste en ocasiones, cuando te sentías cansado de tanto viajar en los últimos años de tu vida. Las mujeres de Siena vieron un día pasar al pobre animal, lo pararon, lo esquilaron y se quedaron con aquellos pelos como reliquia.

En vez del asno, yo he esquilado y «desplumado», echándolo a perder, uno de tus bellísimos sermones. Estas plumas, ¿las llevará todas el viento? ¿No habrá quizá alguien que recoja alguna?

Septiembre 1972.

NAVEGAR EN LA NAVE DE DIOS

Dulcísimo santo:

He vuelto a leer un libro sobre ti: *San Francisco de Sales y nuestro corazón de carne*. Lo escribió, en su tiempo, Henry Bordeaux, de la Academia de Francia.

Pero, ya antes, tú mismo habías escrito que tenías un «corazón de carne», que se enternecía, comprendía, que tenía en cuenta la realidad y sabía que los hombres no son espíritus puros, sino seres de carne y hueso. Con ese corazón humano amaste los libros y el arte, escribiste con finísima sensibilidad, animando incluso a tu amigo, el obispo Camus, a escribir novelas. Te inclinaste hacia todos para dar a todos algo.

Ya cuando eras estudiante universitario en Padua, te habías propuesto no evitar ni abreviar jamás ninguna conversación con nadie por antipático y aburrido que fuera. Te habías propuesto, asimismo, ser modesto sin insolencia, libre sin hosquedad, dulce sin afectación, complaciente sin debilidad.

Mantuviste la palabra. A tu padre, que te había elegido como esposa a una rica y graciosa heredera, le respondiste amablemente: «Papá, he visto a *mademoiselle*, pero creo que merece algo mejor que yo».

Sacerdote, misionero y obispo, entregaste tu tiempo a los demás: niños, pobres, enfermos, pecadores, herejes, burgueses, nobles, prelados, príncipes.

Encontraste, como todos, incomprendimientos y contradicciones: «El corazón de carne» sufría, pero seguía amando a sus contradictores. «Si una persona me sacase por odio el ojo izquierdo —escribiste—, creo que la seguiría mirando amablemente con el derecho. Si me sacara también éste, todavía me quedaría el corazón para amarla».

Para muchos, esto es la cima de la perfección. Pero, para ti, la cima es otra, pues, como escribiste, «el hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la perfección del espíritu; el amor de Dios es la perfección del amor». Por eso, para ti, la cima, la perfección y la excelencia del universo es amar a Dios.

* * *

Estás, pues, a favor del primado del amor divino. ¿Se trata de hacer buena a la gente? Que comiencen por amar a Dios. Una vez que este amor se haya encendido y afirmado en el corazón, todo lo demás vendrá por añadidura.

La medicina moderna dice: no se puede curar una enfermedad local si no se intenta recuperar la salud de todo el cuerpo mediante una higiene general y fuertes reconstituyentes, tales como la transfusión de sangre. En esta misma línea escribiste:

«El león es un animal poderoso, lleno de recursos. Por lo mismo, puede dormir sin temor tanto en una guarida escondida como al borde de una senda transitada por otros animales». Y concluiste: «Sed, pues, leones espirituales. Llenos de fuerza, de amor de Dios, y no tendréis que temer a esos animales que son los defectos».

Este es, según tú, el método de Santa Isabel de Hungría. Esta princesa tuvo que frecuentar, por deber de *Estado*, *bailes* y *diversiones cortesanas*, pero sacó de ellas ventajas espirituales en vez de daños. ¿Por qué? Porque «al viento (de las tentaciones), los grandes fuegos (del amor divino) se extienden, mientras que los pequeños se apagan».

Los novios de este mundo dicen: «contigo pan y cebolla». Más tarde ven que el pan y la cebolla, ¡ay!, no bastan y que ya no quieren vivir juntos, porque el corazón se ha enfriado.

Escribiste también: «En cuanto la reina de las abejas sale al campo, todo su pequeño pueblo la rodea. Así, el amor de Dios no entra en un corazón sin que todo el cortejo de las demás virtudes se aposente en él». Para ti, prescribir las virtudes a un alma carente del amor de Dios es como recetar de repente el atletismo a un organismo débil. Reforzar el organismo con el amor de Dios significa, en cambio, preparar al campeón y lanzarlo con garantías hacia las cotas más altas de la santidad.

* * *

Pero ¿qué amor de Dios? Hay uno hecho de suspiros, de píos gemidos, de lánguidas miradas al cielo. Hay otro viril, franco, hermano gemelo del que poseía Cristo cuando decía en el huerto: «Hágase tu voluntad y no la mía». Este es el único amor de Dios que tú recomiendas.

En tu opinión, quien ama a Dios debe embarcarse en su nave, resuelto a seguir la ruta señalada por sus mandamientos, por las directrices de quien lo representa y por las situaciones y circunstancias de la vida que El permite.

Una vez imaginaste que entrevistabas a Margarita cuando estaba para embarcarse hacia el Oriente con su marido San Luis IX, rey de Francia:

—¿A dónde va, señora?

—Adonde vaya el rey.

—Pero ¿sabe exactamente a dónde va el rey?

—Me lo ha dicho de un modo vago. Sin embargo, no me preocupa saber a dónde

va; lo único que me apremia es ir con él.

—Pero, entonces, señora, ¿no sabe de qué viaje se trata?

—No; sólo sé que voy en compañía de mi querido señor y marido.

—Su marido va a Egipto, se detendrá en Damietta, en Acre y en otros muchos lugares. ¿No tiene también usted, señora, la intención de ir allí?

—Realmente, no. No tengo otra intención que la de estar junto a mi rey. Los lugares adonde vaya me tienen sin cuidado. Lo único que me importa es que él estará allí. Más que ir a ningún sitio, yo le sigo. No quiero el viaje, sino que me basta la presencia del rey.

Ese rey es Dios, y Margarita somos nosotros si de veras amarnos a Dios. ¡Y cuántas veces y de cuántos modos volviste sobre esta idea! «Sentirse con Dios como un niño en los brazos de la madre que nos lleve en el brazo derecho o en el brazo izquierdo da lo mismo, dejémoslo a su voluntad».

¿Y si la Virgen confiase el Niño Jesús a una monja? Te lo preguntaste una vez y respondiste: «La monja no querría soltarlo, pero haría mal. El viejo Simeón recibió en brazos al Niño Jesús con mucha alegría, pero con la misma alegría lo devolvió en seguida. Así, nosotros no debemos lamentar demasiado restituir el cargo, el puesto, el oficio, cuando caduca el plazo y nos lo reclaman».

En el castillo de Dios tratemos de aceptar cualquier puesto: cocineros o fregones de cocina, camareros, mozos de cuadra, panaderos. Si al Rey le place llamarnos a su Consejo privado, allí iremos, pero sin entusiasmarnos demasiado, sabiendo que la recompensa no depende del puesto, sino de la fidelidad con que sirvamos.

Este es tu pensamiento. A algunos les parecerá una especie de fatalismo oriental. Pero no lo es. «La voluntad humana —escribiste— es dueña de sus amores, como una doncella es dueña de sus enamorados, que la piden por esposa. Eso antes de que escoja. Pero, una vez hecha la elección y convertida en mujer casada, la situación se invierte: de dueña que era se convierte en súbdita y queda a la merced de quien en otro tiempo fue su presa».

«También la voluntad puede elegir el amor a su gusto, pero, una vez que se declara por uno, queda sometida a él. Con todo, en la voluntad existe siempre una libertad que no se da en la mujer casada, pues la voluntad puede rechazar su amor siempre que quiere», incluso el amor de Dios, eliminando así todo fatalismo.

* * *

¡Si te oyeran los políticos! Estos miden las acciones por su éxito. «¿Tiene éxito? Entonces, vale». Tú, en cambio, dices: «La acción, incluso si no tiene éxito, vale con tal que esté hecha por amor de Dios. El mérito de llevar la cruz no está en el peso de ésta, sino en el modo de llevarla. Puede haber más mérito en llevar una pequeña cruz de paja que una grande de hierro. El comer, el beber, el pasear, si se hacen por amor

de Dios, pueden valer más que el ayuno y los golpes de disciplina».

Pero tú fuiste aún más allá al decir que, en cierto sentido, el amor de Dios puede incluso cambiar las cosas, haciendo buenas las acciones de por sí indiferentes o peligrosas. Tal es el caso del juego de azar y del baile (el de tus tiempos, naturalmente), si se hace «por distracción y no por afición, por poco tiempo y no hasta cansarse y aturdirse, y ocasionalmente, de modo que no se vuelva ocupación lo que debe ser diversión».

Así, pues, hay que fijarse en la calidad de las acciones, no en su grandeza y número. ¿Has leído lo que escribió Rabelais, casi contemporáneo tuyo, sobre las devociones que le habían enseñado al joven Gargantúa? «Veintiséis o treinta misas oídas al día, una serie de *Kyrie eleison*, que hubiera sido suficiente para dieciséis ermitaños». Si lo leíste, diste también tu respuesta, enseñando a tus monjas: «Está bien avanzar, pero no multiplicando las prácticas de piedad, sino perfeccionándolas. El año pasado ayunasteis tres veces a la semana; este año queréis ayunar el doble, y aún os quedan días en la semana. Pero ¿qué vais a hacer el año que viene? ¿Vais a ayunar nueve días a la semana o dos veces al día? Tened cuidado. Es una locura desear morir mártir en las Indias y, mientras tanto, descuidar los deberes cotidianos».

En otras palabras: menos devociones y más devoción. El alma no es tanto un pozo que hay que llenar cuanto una fuente que hay que hacer brotar.

Y no sólo el alma de las monjas. Con estos principios, la santidad deja de ser un privilegio de los conventos y se hace poder y deber de todos. No se torna empresa fácil (¡es la vía de la cruz!), pero sí ordinaria: unos pocos la llevan a cabo con acciones y deseos heroicos, al modo de las águilas, que planean en los altos cielos; la mayoría la realiza con el cumplimiento de los deberes comunes de cada día, pero no de una manera común, al modo de las palomas que vuelan de tejado en tejado.

¿Por qué desear el vuelo del águila, los desiertos, los claustros severos, si no estás llamado a ello? No hagamos como las enfermas neuróticas, que quieren cerezas en otoño y uvas en primavera. Apliquémonos a lo que Dios nos pide según el estado en que estemos. «Señora —escribiste—, hay que acortar un poco las oraciones, para no comprometer los quehaceres de la casa. Estáis casada; pues sed esposa totalmente, sin excesiva verecundia. No aburráis a los vuestros quedándoos demasiado tiempo en la iglesia. Tened una devoción tal que incluso vuestro marido pueda llegar a amarla, pero esto sólo sucederá si siente que sois suya».

* * *

Y, para concluir, he aquí el ideal del amor de Dios vivido en medio del mundo: que estos hombres y mujeres tengan alas para volar hacia Dios con la oración amorosa; que tengan también pies para caminar amablemente con los demás hombres; y que no tengan un «ceño fruncido», sino caras sonrientes, conscientes de

que se dirigen a la alegre casa del Señor.

Noviembre 1972.

BOCA SUCIA

Querido Oso de San Romedio:

Todo buen ladrón tiene su devoción.

Este es el motivo por el que, hace un mes, al pasar por Sanzeno en Val di Non, me dije: «A dos kilómetros de aquí, al fondo de un corto valle, incrustado entre altísimas rocas que hacen pensar en el Cañón del Colorado, está el santuario de San Romedio. Allí peregrinaron, recorriendo a pie docenas de kilómetros, tus abuelos. ¿Por qué no vas también tú, que tienes coche?». Y allí me fui.

Interesante el santuario, con sus seis iglesias superpuestas y el balcón que domina el impresionante precipicio. Interesantes la figura y los recuerdos del santo ermitaño. ¡Pero simpático también tú, querido Oso!

La estatua de Perathoner te representa sujeto al santo por una cadena, todo manso y domesticado.

Me explicaron la historia: según la leyenda, a su vuelta de una peregrinación a Roma, Romedio se había detenido a descansar con sus dos fieles compañeros, Abrahán y David. «Ya es hora de ponernos otra vez en camino. Vete a coger los caballos, que están pastando ahí al lado». El compañero vuelve aterrorizado: un oso está devorando el caballo de Romedio. Este corre, lo ve y, sin turbarse, te dice: «¿Tenías hambre, eh? No me parece mal que me comas el caballo, pero has de saber que yo no puedo volver a casa a pie. Hazme tú de caballo». Dicho y hecho: te pone la silla, los arneses y las alforjas del animal devorado, monta a tu grupa como si fueras la mula más pacífica del mundo y os ponéis en camino hacia Trento. Al volver del santuario —no sé si me creerás—, mi oración fue la siguiente: «Señor, domesticame también a mí, hazme más servicial y menos oso».

No te enfades por esta última expresión. Para nosotros, los hombres, vosotros, los osos, oscuros y negros, con vuestro enorme cuerpo, patas anchas y cortas, y vuestro tupido pelaje, sois unos seres torpes y desmañados. En comparación, nosotros nos consideraríamos infinitamente gráciles, ágiles y elegantes. Si te pones a bailar, resultas ridículo, mientras que nuestras danzas son un milagro de gracia y de música,

y las sílfides de nuestro *ballet* son tan graciosas y ligeras que pueden bailar sobre las flores del campo sin doblarlas.

* * *

Y, sin embargo... Sin embargo, ayer me sentí tentado de invertir la oración de hace un mes en la siguiente: «Señor, haz que todos seamos osos».

Porque he tenido que escuchar una serie de feas blasfemias. «Entonces —me he dicho—, ¿de qué vale vestir con tanta elegancia, calzar zapatos finísimos, llevar corbata a la última moda, peinarse con tanto refinamiento, si de nuestra boca salen palabras tan vulgares? Mejor ser desmañados como un oso, pero no tener la boca sucia».

Tanto más cuanto que se trata de un fenómeno extendidísimo; en Italia, de una verdadera epidemia: quince millones de blasfemos habituales con unos mil millones de blasfemias al día.

Parte de ellos se asemejan psicológicamente al «despechado y torvo» Capaneo de Dante, que lanza a Dios orgullosas frases de desafío y despecho. Otros suavizan un poco sus expresiones blasfemas. «¿Es que aún existe Dios?» —dicen—, «Deja de hablarme de un Dios bueno y justo», «La religión no es más que un gran negocio», «El diablo sabe más que Dios».

Por fortuna, el corazón de quien pronuncia estas frases no suele estar de acuerdo con la boca, y diversas circunstancias excluyen una verdadera y profunda intención de ofender a Dios.

A veces, la gravedad de la expresión queda atenuada por la irreflexión, la preocupación, la ignorancia. Como en el caso de Irene Papovna, que había acudido a Moscú para una oposición. El tema que le pusieron para desarrollar era: «Analice la inscripción de la tumba de Lenin». La joven maestra no se acuerda muy bien, tiene una vaga idea de que la inscripción suena algo así como «la religión es el opio del pueblo». ¿Cómo salir del paso? Se arriesga, hace el análisis que puede y, entregado el examen, corre a la plaza Roja, frente al mausoleo de Lenin, para verificar. Al ver que ha acertado, exclama entusiasmada: «¡Santo Dios! ¡Y vos, Virgen de Kazán, gracias por haberme hecho recordar la inscripción!».

* * *

¡Querido Oso! Tú no lo sabes, pero sobre la blasfemia y el turpiloquio existe hoy todo un vocabulario reconocido y aceptado, realista y espontáneo, aunque no siempre acertado.

Por ejemplo, a las blasfemias las llaman, a veces, «rayos». Pero el rayo es algo luminoso; la blasfemia es negra, acequia muerta, agua estancada, gas asfixiante.

«Lenguaje de verduleras», llaman al turpiloquio femenino. Pero la expresión sólo

es acertada si se toma la parte por el todo, es decir, sí, gracias a esa figura retórica que se llama «sinécdoque», verdulera significa también profesora, estudiante, trabajadora, empleada, mecanógrafa, etc. De todas estas personas se solía decir en un tiempo: «Se sonrojan porque se avergüenzan». De algunas de ellas debería decirse hoy: «Se avergüenzan porque se sonrojan».

Se dice también: «Blasfema como un turco». Pero es una calumnia: los turcos no blasfeman. En Francia, en Suiza y en Alemania se dice, en cambio, por desgracia con fundamento: «Blasfema como un italiano».

Se trata, pues, de una enfermedad muy extendida. ¿Diagnóstico?

Primer síntoma: la gran superficialidad. Quien razona no blasfema, y quien blasfema no razona. Porque este Dios contra quien se blasfema, ¿existe o no existe? Si no existe, de nada vale blasfemar su nombre; si existe, blasfemar es una locura, porque «rebuzno de asno no llega al cielo». Otros pecados pueden entenderse (no excusarse): el ladrón, al fin y al cabo, mete la mano en una cartera llena de dinero; el borracho la extiende a una botella llena de buen vino. Pero el blasfemo, ¿a qué echa mano?

Segundo síntoma: el escaso sentido de la responsabilidad. Porque, además de Dios, está el prójimo. Tú, querido Oso, famoso por tu ternura hacia tus crías, deberías decir a los padres de familia: blasfemando, apenas a tu mujer y a tu hija, escandalizas a tu hijo, que se ve empujado a seguir el ejemplo del padre. ¿Qué ganas con ello?

«Pues gano —he oído decir a veces—, porque, blasfemando, protesto contra las cosas que no funcionan, doy más fuerza a mis palabras, desahogo mi ira».

¿Protestas? Las protestas se hacen cuando son útiles y razonables. Pero, el motor del coche que se ha parado, ¿es que se pone a andar en cuanto comienzas a meterte con Dios?

¿Das fuerza a tus palabras? De acuerdo, con tal que lo hagas con expresiones respetuosas. Y las hay abundantes que son, a la vez, inocentes y dinámicas. Así se lo demostró a sus feligreses un buen párroco australiano, que un día se presentó en el campo, cogió la empuñadura del arado y, chasqueando el látigo, gritó a los bueyes con voz estentórea: «¡Venga, dulcísimos arcángeles! ¡Vamos, sublimes querubines! ¡Adelante, fulgurantes serafines!». A estas órdenes místico-celestiales, los bueyes se levantaron lentamente y, aunque un tanto perplejos, comenzaron a tirar del arado.

En cuanto a desahogarse de la ira, es mejor reprimirla que dejarla explotar, si es verdad que debemos ser los señores, y no los siervos, de nuestras pasiones.

* * *

Todo diagnóstico debe ir seguido de un tratamiento. En nuestro caso, la moderada y apropiada reacción de los «biempensantes» puede servir de pequeña y útil cataplasma o «emplasto».

Un fraile, muy semejante a tu San Romedio, estaba sentado en un compartimiento del tren escuchando, impotente y apenado, las blasfemias pronunciadas a porfía por dos jóvenes mal educados, cuando uno de éstos, bromeando, dijo: «Padre, tengo que darle una mala noticia: ha muerto el diablo». «Lo siento mucho y os doy mi más sentido pésame», respondió el fraile. «¿El pésame? Y ¿por qué?», replicaron a coro los dos jóvenes. «Por la pena que me dais, que os habéis quedado huérfanos».

El fraile se dejó llevar un poco de la ironía. Lo que hemos de sentir por los blasfemos, especialmente si son jóvenes, no es precisamente ironía, sino interés, comprensión, deseo y ofrecimiento de ayuda. Los que somos sus compañeros, amigos, superiores, padres, les debemos —con tacto, delicadeza y respeto a su personalidad— un consejo de amigo, una cortés protesta, un reproche, a veces incluso un castigo.

Pero el verdadero remedio es que ellos mismos se empeñen en quitarse de encima la mala costumbre, con resolución firme y perseverante, haciendo lo contrario del hortelano de Trilussa, a quien

*«en cuanto algo le salía mal,
comenzaba al punto a blasfemar».*

Pero un día, mientras blasfemaba,

*«... se le apareció el diablo
y le agarró por donde el empleado
tiene sus pantalones más lustrados».*

Sintiéndose transportado por el aire, lleno de miedo,

*«el hortelano decía la oración:
'Santo Cristo, Señor, Virgen María,
líbrame de este trance, Madre mía'.
A tales nombres, el diablo, es natural,
abandonó la presa, abrió su mano,
y en un pajar cayóse el hortelano,
que, por tanto, no se hizo ningún mal.
'Suerte he tenido', dijo al golpear,
y comenzó de nuevo a blasfemar».*

¡Querido Oso de San Romedio! Trilussa bromeaba y quería decir que hay que hacer precisamente todo lo contrario: prometer no blasfemar y mantener la promesa.

¡Abre de par en par tus fauces y, desde el santuario, dilo a voz en grito a todos los italianos!

Diciembre 1972.

EL TIEMPO DE LOS IMPOSTORES

Señor Cicikov:

La tarjeta de visita que, al entrar en el hotel, dejaste a la recepcionista te califica como «Consejero», rango parecido al de coronel del ejército zarista.

No guapo, dice de ti Gogol, pero tampoco feo; ni demasiado gordo ni demasiado flaco; no viejo, pero tampoco muy joven.

En cambio, eso sí, te anda dando vueltas por la cabeza un negocio magnífico que te dispones a poner en práctica. Te has dicho: «El gobierno concede tierras colonizables allá en Cherson, a todo el que demuestre poseer un buen número de siervos de la gleba o ‘almas’. Hace poco ha habido una epidemia y los siervos han muerto, gracias a Dios, en buen número, pero siguen figurando como vivos en los registros. Aprovecharé esta circunstancia: los compraré a sus amos como ‘almas vivas’, aunque en realidad estén ‘muertas’, y presentaré su lista al gobierno. Así conseguiré las tierras y me haré rico».

Dejas las maletas en el hotel y comienzas en seguida a hacer las visitas pertinentes en la ciudad. Al gobernador le insinúas —de pasada, claro— que entrar en su provincia es como entrar en el paraíso, que las calles de la ciudad parecen de terciopelo, que a los gobiernos que nombran funcionarios tan inteligentes habría que levantarles un monumento.

Al jefe de policía le dices algo muy halagador a propósito de los guardias urbanos.

Al hablar con el vicegobernador y con el presidente del tribunal, dejas caer el título de Excelencia. Sabes que es un error, pero a los dos les vuelve locos.

Conclusión: el gobernador te invita hoy mismo a una *soirée* en familia, mientras los demás funcionarios te esperan mañana o pasado, uno a comer, otro para una partida de cartas, otro para una taza de té. Has caído bien, Cicikov, tu mayúscula mentira promete, estás a punto de comenzar un gran negocio a expensas-naturalmente-de los demás.

Y aquí está tu punto flaco. Eres, no cabe duda, un tipo simpático, tu invento es

original, pero... eres un bribón. Y, lo que es peor, como eres un ladrón de guante blanco y tus mentiras son graciosas, la sociedad se inclina ante ti y te rinde pleitesía.

¡Si fueras el único! Pero se cuentan por millares. Ahí está Talleyrand, que define la palabra como un don de Dios para «ocultar el propio pensamiento»; o Byron, que llama a la mentira nada menos que «verdad enmascarada»; o Ibsen, que en su *Pato salvaje* defiende la «mentira vital», afirmando que los hombres comunes necesitan la mentira para vivir; o Andreev, que en su *Mentira* afirma con dolor que no existe ya la verdad, y llegamos así a la conclusión práctica de tanta gente que piensa que el fraude y el engaño son pruebas de inteligencia y de astucia en los negocios.

* * *

Hoy día llegamos, ¡ay!, a casos todavía más macroscópicos, hechos posibles por nuevas técnicas de comunicación, que tú, Cicikov, ni siquiera podías imaginar y que actualmente aprovechan a unos pocos en perjuicio de muchos.

Gilbert Cesbron acaba de sacar una nueva novela psicológica. Podría interesarte, gran impostor, saber que la ha titulado: *Llega el tiempo de los impostores*. Impostores serían —según Cesbron— los hombres de la gran prensa, que, divulgando indiscreciones sensacionalistas e insinuaciones calumniosas, se aprovechan de los más bajos instintos de la gente y van destruyendo poco a poco el sentido moral.

A la «gran prensa» Cesbron podría añadir el cine, la radio, la televisión. Estos nuevos instrumentos, en sí mismos muy útiles, si los manipula gente astuta, a fuerza de bombardear los receptores con colores sonorizados y de una persuasión tanto más eficaz cuanto más oculta, son capaces de hacer que los hijos acaben odiando al mejor de los padres y que la gente vea blanco lo que es negro.

Tus mentiras, Cicikov, adobadas con sutiles sonrisas y cumplidos seductores, pueden elevarse hoy a la milésima potencia y convertirse en mentiras corales, nacionales, internacionales y cósmicas, haciendo del nuestro «el tiempo por excelencia de los impostores». Justo lo que ha escrito Cesbron.

Pero hay más. A través de la prensa, la radio y la televisión, no se entra en contacto con los hechos en sí, sino con una versión de los hechos, que cada uno interpreta a su modo. Y así va penetrando en las mentes la perniciosa idea de que nunca se puede llegar a la verdad, sino sólo a la opinión. «En un tiempo había certezas —se dice—; hoy no estamos ya en la era de las creencias, sino de lo opinable».

Los filósofos echan leña al fuego: «El lenguaje —dicen— no es capaz de reflejar fielmente el pensamiento. La verdad es relativa, es decir, cambia a tenor de los tiempos y de los hombres». De aquí la desconfianza que muchos abrigan hacia la verdad, la razón humana, la fuerza de la lógica. De aquí el darse por satisfechos y abandonarse a las solas impresiones alógicas y acrílicas.

Lo que es falso para uno es verdadero para otro. La mentira y la verdad se aceptan con igual derecho de ciudadanía. ¡Una auténtica bofetada a la dignidad del hombre y a la bondad de Dios, que creó al hombre capaz de certezas!

* * *

Y no estaría del todo mal si nos detuviéramos en el campo de lo natural. Pero no, se pasa también al campo religioso-divino.

Se dice: «Todos estamos tarados frente a la verdad. Antes existía en la Iglesia el magisterio normativo ahora todos nos encontramos en un proceso de búsqueda. Es la era del pluralismo en la fe».

Sólo que la fe no es pluralista: se puede admitir un sano pluralismo en la teología, en la liturgia, en otras cosas, pero nunca en la fe. En cuanto nos consta que Dios ha revelado una verdad, la única respuesta posible es *sí*. Para todos y en todos los tiempos: *sí* con convicción y valentía, sin dudas ni vacilaciones.

Y hemos de rechazar con toda energía la idea de que las verdades de la fe no son sino la expresión de un momento de la conciencia y de la vida de la Iglesia. Las verdades de la fe valen siempre, aunque es posible comprenderlas cada vez mejor y expresarlas con fórmulas nuevas, más acertadas y más adecuadas a los tiempos modernos.

En cuanto al magisterio normativo —siempre dentro de los debidos límites—, existía ayer y existe hoy. De otro modo, la Iglesia dejaría de ser «apostólica» y no sería ya verdad que «Cristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13,8).

En contraste con estos inseguros y escépticos, tú, Cicikov, te mantienes firme en la conducción de tu negocio. Sin pestañear, disparas cifras, ofreces garantías, eliminas obstáculos. Pero también hay quienes se te asemejan en tu impertérrita seguridad: los que, creyéndose investidos por el viento de la profecía, señalan con el dedo y denuncian continuamente a hombres e instituciones.

La «denuncia profética» es el género literario propagado por algunos en la Iglesia católica de hoy. No niego que quien lo emplea tenga a menudo buena intención y amor a la Iglesia. El escándalo que provoca la denuncia es con frecuencia pretendido e intencionado: «Hace falta un trueno, un cañonazo, para despertar a cierta gente», se dice. San Pablo prefería decir: «Si un alimento escandaliza a mi hermano, no comeré carne el resto de mi vida».

Los santos, también los venerados en tu Rusia, como San Nicolás, solían proceder de otro modo: se «contestaban» a sí mismos, más bien que a los demás, siempre temerosos de ofender a la caridad.

Magdalena de Lamoignon, noble y culta Hermana de la Caridad del siglo xvii, leyó las sátiras del poeta Boileau, las encontró demasiado hirientes y se lo dijo abiertamente al autor. «Intentaré tenerlo en cuenta en otra ocasión —respondió

Boileau—, pero permitidme, al menos, escribir contra el Turco, enemigo acérrimo de la Iglesia». «De ningún modo —replicó la monja—, es un soberano y hay que respetarlo por la autoridad que reviste». «Me dejaréis, al menos, hacer una sátira contra el diablo —sonrió Boileau—, no negaréis que se la merece».

«El diablo ya está bastante castigado. Tratemos de no hablar mal de nadie; para no correr el riesgo de acabar como él».

¿Sería quizá para no correr tal riesgo por lo que todos te creyeron, Cicikov? Pero no todos tienen tu misma suerte: a algunos no les creen ni cuando dicen la verdad.

Un soldado herido en una pierna, rogó a su compañero que lo llevase a la enfermería. Pero sucedió que, en el camino, una bala de canon arrancó de raíz la cabeza del herido, sin que se diera cuenta el caritativo socorredor, que, llegado hasta el médico con la carga, se encontró con la pregunta: «¿Y qué quieres que haga con un hombre sin cabeza?» Sólo entonces se volvió a mirar el cuerpo de su compañero y exclamó: «¡Ah mentiroso! Y me había dicho que estaba herido en una pierna».

Es mejor elegir el término medio: ni la credulidad ciega e ilimitada hacia cada palabra y acción de la gente, ni la desconfianza exagerada, que, aun sin motivos, sospecha siempre mentiras en todos.

Evitó la credulidad ciega el policía que arrestó a dos jóvenes que, vestidos con monos, cargaban tubos de plomo en un camión: «¿Qué te ha hecho pensar que fueran ladrones y no obreros?», le preguntó el jefe. «Trabajaban demasiado de prisa para ser obreros».

No evitó, en cambio, la desconfianza exagerada el médico que dijo a su colega: «No te doy el préstamo, porque yo no me fío de nadie. Si viniera del cielo San Pedro a pedirme diez mil liras y presentándome como garantía la firma de la Santísima Trinidad no le daría ni un céntimo». Desconfiado también Mark Twain, que, apremiado por la molesta insistencia de una señorita, escribió en su álbum:

«No digas nunca mentiras», y añadió, tras reflexionar un poco: «... como no sea para mantenerte en forma».

* * *

¡Consejero Cicikov! Dice Gogol que no comenzaste a poner en práctica tu macroscópico fraude sin antes hacer el signo de la cruz según la costumbre rusa. Antes de dar inicio a la mentira invocaste a aquel que «vino a dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37), que es la Verdad, que dijo: «Sea vuestro modo de hablar: sí, sí; no, no» (Mt 5,37). Pusiste juntas mentira y verdad, con una incongruencia inconcebible. Este es el aspecto más doloroso de tu engaño.

Como buscadores de un cristianismo auténtico, intentaremos hacer lo contrario de lo que tú hiciste. Nosotros estamos a favor de una vida sin fingimientos ni dobleces. ¡Lo decimos sin ningún rencor!

Enero 1973.

EL REY LEMUEL Y LA MUJER IDEAL

Querido Lemuel:

La Biblia te menciona como autor del célebre poema en alabanza de la mujer ideal. Es lo único que sabemos de ti.

Pero puedo decir que eres como la contrafigura de Cornelia, madre de los Gracos. Esta mostraba sus hijos a las amigas y les decía: *Mirad mis joyas*. Tú inviertes la situación y muestras a tu madre, diciendo: *Sus hijos se levantan para felicitarla, su marido proclama su alabanza*.

Otra cosa es cierta: que tu magnífico poema alfabético encaja perfectamente en nuestros días; cuando la promoción de la mujer se ha convertido en un problema muy sentido.

¿Quieres oír a una? El otro día, una niña de octavo de EGB me puso en un gran aprieto al preguntarme: «¿Es justo que Jesús instituyera siete sacramentos y que sólo seis estén a disposición de las mujeres?» Se refería, naturalmente, al sacramento del orden, al que, por Tradición, sólo se admite a los hombres.

¿Qué podía responder? Tras mirar a mi alrededor, dije: «En esta clase veo niños y niñas. Vosotros, los niños, ¿podéis decir que uno de entre todos los hombres del mundo es padre de Jesús?» Respuesta de los niños: «No, porque San José sólo era padre putativo». «Y vosotras, chicas, ¿no podéis decir: ‘una de nosotras, mujeres, es madre de Jesús?’» Respuesta: «SÍ». Y yo: «Muy bien. Pero reflexionad: si ninguna mujer es papa, obispo o sacerdote, eso queda mil veces compensado con la maternidad divina, que honra extraordinariamente tanto a la mujer como a la maternidad».

La pequeña contestataria pareció quedar convencida.

* * *

A las magníficas alabanzas de tu poema, algunos contraponen la «tacañería» de San Pablo, que ordenó: «Las mujeres guarden silencio en la asamblea» (1 Cor. 14,34).

Yo creo que esa prohibición de hablar la impuso San Pablo sólo a las mujeres de Corinto y sólo para aquel momento dado. Porque en Corinto se estaba registrando un extraordinario florecimiento de carismas y carismáticos. Muchos, hombres y mujeres, se levantaban en las asambleas a hablar o a rezar, inspirados por el Espíritu del Señor. Alguna mujer se levantaba quizá sin tener un verdadero carisma, provocando confusión y malestar. Para que la situación no se repitiera, Pablo creyó oportuno — para aquella asamblea—quitar la palabra a todas.

Un poco antes, en la misma carta a los Corintios, el Apóstol había reconocido que las mujeres pueden «profetizar», con tal que lo hagan con la cabeza descubierta.

Una vez, encontrándose en Cesarea, permaneció algunos días, con San Lucas, en casa de Felipe, diácono y misionero, y no puso ninguna objeción a que las cuatro hijas de Felipe «profetizaran» (Act. 21,8-9). Finalmente, en los últimos años de su vida, recomendaba a Tito que instruyera a mujeres avanzadas en edad para que «fueran maestras en el bien y... supieran enseñar a los jóvenes» (Tit 2,3-4).

Por otra parte, ¿no había anunciado solemnemente el profeta Joel que en los tiempos mesiánicos profetizarían tanto los hijos como las hijas de Israel? (Joel 2,28-29). ¿Y no había declarado San Pedro el día de Pentecostés que la profecía de Joel se estaba cumpliendo y que el Señor derramaba su Espíritu sobre sus siervos y sobre sus siervas? (Act. 2,18).

Tampoco antes de la venida de Cristo había faltado un profetismo femenino. Sacerdotes habían sido siempre y exclusivamente los hombres, pero el manto profético se había posado algunas veces sobre los hombros de ciertas mujeres.

María, hermana de Moisés y Aarón, dirige durante una celebración religiosa, tímpano en mano y con el título de profetisa, los cantos de las mujeres (Ex. 15,20) y, más tarde, pone como testigo al pueblo de que «Dios había hablado con ella» (Núm. 12,2). Débora, en tiempos del juez Barac, es una especie de Juana de Arco o, mejor, un Pedro el Ermitaño con faldas, que predica la guerra santa y anuncia la infalible victoria. Concede audiencia en el monte Efraím, bajo la «palmera de Débora», y a ella acuden dos hijos de Israel para que decida sus asuntos» (Jue. 4,4-5). El sumo sacerdote Beldas, 621 años antes de Cristo, va, por orden del rey Josías, junto con otros insignes personajes, a consultar a «la profetisa Julda..., que vivía en Jerusalén, en el barrio Nuevo». Y la profetisa abre su boca de la misma manera que los profetas: «Así dice el Señor» (2 Re. 22,14-20). También Ana, viuda de ochenta y cuatro años, que se encuentra con Jesús en el templo y comienza a hablar de él por todas partes, recibe el título de profetisa (Le. 2,36-39).

* * *

Tu mujer ideal, Lemuel, es hacendosa, una abeja incansable, una verdadera Marta: «Se ciñe la cintura con firmeza y despliega la fuerza de sus brazos... Todavía

de noche se levanta... y aun de noche no se apaga su lámpara».

Y su trabajo lo perfuma de alegría: «Adquiere lana y lino, sus manos trabajan a gusto..., aprecia el valor de sus mercancías..., sonrío ante el día de mañana». Demuestra así otra cualidad: la alegría, dada como hermana a la bondad, a la ternura, al trabajo y al amor.

Su marido tiene necesidad de esa alegre serenidad cuando vuelve cansado del trabajo. También los hijos la necesitan, al ser la alegría el clima necesario de cualquier sistema eficaz de educación. Mantener esa alegría a toda costa, incluso en los días difíciles, mostrarla incluso cuando las cargas materiales ininterrumpidas, pequeñas y monótonas, parecen doblarle a una la espalda, despertando quejas y llenando los ojos de lágrimas, es una gran virtud, es fortaleza cristiana, es penitencia y, bajo ciertas condiciones, puede equivaler a las renunciaciones y a las oraciones prolongadas de las monjas.

Pero la alegría no impide ver claro y lejos: «Examina un terreno y lo compra; con lo que ganan sus manos planta un huerto... Teje sábanas y las vende, provee de cinturones a los comerciantes». De su casa no puede decirse: «casa sin administración, nave sin timón». Y se comprende que su marido le haya puesto en las manos, con toda confianza, las llaves de la despensa y de los armarios, seguro de que todo iba a marchar bien. Marido semejante al rey Malcom de Escocia, quien, analfabeto, besaba el libro, de oraciones de su santa esposa Margarita: el libro —decía— gracias al cual Margarita es tan sabia y tan buena.

* * *

Tu mujer ideal es también socialmente abierta: «Abre sus manos al necesitado y extiende el brazo al pobre». Hace trabajar a siervos y siervas, pero les precede en las labores y no permite que les falte nada. Cuando el invierno es duro, saca de los cajones vestidos calientes, porque «todos los criados llevan trajes forrados».

Hoy, ilustre Lemuel, se cultiva de otro modo la justicia y la caridad social. Nuestras mujeres, más que patronas, son hoy día empleadas y trabajadoras dependientes. Ellas, lanzadas a todos los puestos de la política, de la administración y del trabajo, no consideran ya un elogio el *domi mansit, lanam fecit*.

En tus tiempos, la mujer defendía a los hijos y a la familia desde el umbral de la casa; hoy los defiende también desde lejos de casa: en los mítines electorales, en el sindicato, en las asociaciones. Incluso las monjas deben disfrutar, hasta el fondo, de las nuevas libertades cívicas, y las seglares, que ocupan puestos públicos, deben saber desempeñar sus funciones como los hombres, inyectando además en ellas diligencia, tacto, finura, perfeccionismo, que son virtudes propias de la mujer.

Si el pequeño general Bonaparte volviera a sentenciar hoy —como entonces, en pleno *Terror*— que no le gusta oír a las mujeres hablar de política, saltarían, no una,

sino mil mujeres y le replicarían con las palabras de madame de Staël: «¡Mi general! La república, hoy, corta también cabezas de mujeres. No me parece, pues, extraño que éstas se pregunten, al menos, el porqué de esos cortes».

* * *

Tu poema —se ha dicho— apenas si alude de pasada al amor conyugal. Ciertos escritores católicos modernos, al hablar de la mujer ideal, concederían mucho más espacio a este tema. Pero es preferible tu método, que es el de la prudencia cristiana, de la que tan buen ejemplo nos dio Manzoni.

El amor de los novios Renzo y Lucía es puro, legítimo, virtuoso, pero ¡cuánta delicadeza hay en él! Lucía, en casa de doña Práxedes, evita hablar de sus problemas, porque en ellos «se hallaba siempre mezclado un sentimiento, una palabra, que no le parecía posible pronunciar al hablar de sí y que no hubiera podido sustituir por una perífrasis que no le resultara insolente: el amor». La misma Lucía «se asombra y se sonroja» y experimenta un «confuso sobresalto» ante las inquisitivas preguntas de sor Gertrudis. Se sonroja también en otras ocasiones, y su prometido, en la cabaña del Lazareto, busca en vano sus ojos.

El mismo Renzo, la noche de la fuga, al desembarcar del bote, da, sí, la mano a Inés, pero, por pudor, no se la extiende a Lucía. Poco antes, mientras caminaban campo a través, había ofrecido su ayuda, en los pasos difíciles, a su prometida, pero ésta la había rechazado «dulcemente y con habilidad..., avergonzándose en su interior, incluso en tal situación, de haber estado tan a solas con él y tan familiarmente, cuando en breve iba a convertirse en su esposa».

La misma delicada prudencia volvemos a encontrar en las novelas del protestante Walter Scott. El novio de Catalina de Perth, por ejemplo, se lamenta con su futuro suegro de la extrema reserva de su amada: «Esa —dice— se imagina que todo el mundo es un gran monasterio y que todos los habitantes del mundo tienen que estar como si asistieran a una eterna misa cantada».

La «hermosa muchacha de Perth» exageraba quizá un poco. Pero nuestra «sociedad permisiva» exagera por el otro extremo. ¡Y cuánto!

* * *

Tu mujer ideal está totalmente consagrada a la familia, respira y difunde bondad: «Abre la boca juiciosamente y su lengua enseña con bondad...; su marido se fía de ella»; gracias a ella, «su marido es respetado en la plaza cuando se sienta entre los ancianos del pueblo».

Recuerdo, a este propósito, una anécdota del papa Sixto V: «Dadme —refieren que dijo en una ocasión— una mujer que nunca haya dado motivo de queja a su marido, y la canonizo ahora mismo». Tal mujer no sólo se santifica en la familia, sino

junto a la familia, arrastrando consigo al marido y a los hijos.

Cuando me enteré de que se había introducido la causa de beatificación de los padres de Santa Teresa del Niño Jesús, me dije: «¡Por fin una causa de una pareja! San Luis IX es santo sin su Margarita; Santa Mónica sin su Patricio. Celia Guérin, en cambio, será santa con Luis Martín, su esposo, y con Teresa, su hija».

* * *

La mujer ideal —dices— se preocupa por la elegancia, por la gracia, por la comodidad: «Confecciona mantas para su uso; se viste de lino y holanda..., está vestida de fuerza y dignidad». Pero añades en seguida: «... fugaz es la hermosura, la que teme al Señor merece alabanza».

También la belleza es un don de Dios. El arte de vestir con buen gusto y elegancia es laudable, especialmente en la mujer. Ni siquiera los cosméticos son, en muchos casos, reprobables. Pero se trata de cosas pasajeras. Ser amigos de Dios, estar unidos a El por una vida buena y una sincera piedad, es más seguro y duradero, y por lo mismo se ha de cultivar junto con esas cosas y más que ellas.

Lo decía María Cristina de Saboya, joven, graciosa y culta reina de Nápoles, en un pequeño poema que escribió:

*Soy rica, sana y hermosa... ¿Y después?
Poseo oro y plata... ¿Y después?
La fortuna me ha ensalzado... ¿Y después?
Casi única en espíritu y saber... ¿Y después?
¡Si gozara del mundo mil años! ... ¿Y después?
Pronto se muere y nada queda.
Sirve a tu Dios y después lo tendrás todo.*

Este pensamiento de la joven reina podría parecer un poco triste. Pero es irrefutable, rey Lemuel.

Febrero 1973.

NOSTALGIA DE LO LIMPIO

Sir Walter:

¿Cuántas novelas escribiste? En tu tiempo tuvieron mucho éxito. Hoy no se leen tanto, aunque a mí me encantaban cuando era pequeño.

Tu manera sencilla y libre de escribir, tu capacidad para esculpir caracteres, tu arte para insertarlos en el contexto de la trama histórica, unas veces en la Edad Media, otras en los siglos XVI y XVII, tanto en Inglaterra como en el continente, me fascinaba.

¿Cuántos torneos y asedios de ciudades describiste? ¿A cuántos caballeros hiciste cabalgar por landas y bosques? ¿A cuántas damas hiciste defender, liberar y proteger por corazones generosos? ¿A cuántos buenos artesanos y hombres del pueblo ensalzaste junto a los nobles? ¿Cuántas cosas extravagantes y maravillosas mezclaste con las triviales y comunes, enanos y horóscopos, brujas y hechiceros, pitonisas y gitanos? ¡Y cuántos sortilegios, misteriosos mensajes, horóscopos, cuántas tramas complicadas y cuántas soluciones inesperadas!

Y todo limpio. Libros que exaltan siempre el valor y la lealtad y pueden dejarse sin peligro en manos de los niños. En medio del actual aluvión de «mala prensa», esto es lo que más me asombra y me hace exclamar: «¡Gloria al escocés, al padre de la novela histórica y limpia!»

* * *

Me han entrado ganas de volver a leer tu *Carlos el Temerario*, y mira por qué página lo he abierto.

Uno de los protagonistas, el joven y valeroso Arturo, cabalga hacia las costas de Provenza, en compañía de Tebaldo. Este, descendiente de trovadores y muy aficionado a las baladas, le canta una con gran gracia y maestría a su compañero de viaje.

He aquí el argumento: el trovador Guillermo Cabestaing ama a Margarita, esposa del barón Raimundo de Rosellón. El marido descubre el *affaire*, mata a Cabestaing, le

arranca el corazón y, cocinado como si fuera el de un animal, lo hace servir a la mesa de su esposa. Cuando ésta termina de comer el plato, el barón le revela cuáles eran sus ingredientes. Ella, flemáticamente trágica, le dice: «La comida me ha parecido tan deliciosa, que mi paladar no volverá jamás a gustar otro alimento». Persiste en la decisión y se deja morir de hambre.

En torno a este argumento, el autor de la balada elabora un compasivo comentario, en el que lamenta poéticamente la suerte de los dos amantes, descarga, terribles insultos sólo sobre el cruel marido y concluye con vengativo placer: «Todos los amantes 1 caballeros de la Francia meridional, unidos, atacaron el castillo del barón, lo expugnaron, lo arrasaron y sometieron al tirano a una muerte ignominiosa».

Tu héroe Arturo escucha la historia e interviene con severidad:

«Tebaldo, deja de cantarme esos lamentos. Nada corrompe tanto el corazón cristiano como otorgar al vicio la piedad y los elogios que sólo la virtud merece. Tu barón es un monstruo de crueldad, es cierto, pero tus desdichados amantes no son por ello menos culpables. Poniendo bellos nombres a las malas acciones, incluso quienes se asustarían ante el vicio desnudo aprenden a poner en práctica sus lecciones si lo ven bajo la máscara de la virtud».

«Pero la balada es una obra maestra de la gaya ciencia —insiste Tebaldo—; y, si ya de joven sois rígido, no sé cómo seréis de viejo».

«Una cabeza que escucha las locuras de la juventud —responde Arturo— difícilmente será respetable en edad avanzada».

Parecen palabras de un santo padre, pero es que tú fuiste, en cierto sentido, más eficaz que los santos padres.

Primero, porque los santos padres son predicadores, y los predicadores parecen casi siempre estar, con razón o sin ella, *contra* el auditorio.

Luego, porque tuviste la gran astucia de poner la «moraleja» en boca del héroe, hacia quien se dirige toda la simpatía y el entusiasmo incondicional de los lectores.

Es la vieja táctica de Horado: mezclar lo útil con lo agradable.

* * *

Pero, hoy, la táctica de Horado y tuya no parece surtir tanto efecto. En los «tebeos» que leen nuestros niños, así como en las fotonovelas de los mayores, raramente se encuentran héroes que, a pesar de repartir a diestro y siniestro mandobles, puñetazos y bofetadas, porque no tienen otro remedio, acuden volando a ayudar a los débiles y oprimidos, como suele ocurrir con tus protagonistas. Es más corriente lo contrario, el héroe del mal que siempre queda bien y alcanza la victoria definitiva.

En los libros de hoy cuesta trabajo encontrar gentiles doncellas, alegres y sentimentales, pero pudorosas y reservadas, a cuyos pies corren a deponer los

caballeros, con corazón palpitante, todo su ser y poseer. Tus heroínas tienen sentimientos delicados y se sonrojan con facilidad; los protagonistas de hoy no se sonrojan jamás: fuman, beben, ríen a carcajadas y no son más que un fenómeno biológico o una diversión. El matrimonio no es nunca el desenlace normal de una novela. Con mucha frecuencia, además de corrompidas, son cínicas y sanguinarias.

En una novela «verde», el amante de una chica da una tremenda paliza al padre de esta última y lo arroja al suelo con la cara chorreando sangre, mientras ella no deja de incitar a su amante: «Dale fuerte, más fuerte aún».

En una fotonovela, otra chica sentencia: «Hay que robar, pero a los pobres, porque robar a los ricos es un aburrimiento».

Me preguntarás: pero ¿por qué escriben estas cosas? También yo me lo pregunto y no sé qué responder. ¿Tratan quizá de protestar, con tales actitudes paradójicamente inmorales, contra una sociedad que ellos creen, a veces no sin razón, hipócritamente moralista? Lo malo es que los jóvenes —en este caso— no son capaces de entender la ironía ni la caricatura y van absorbiendo poco a poco el mal y envenenándose moralmente.

¿O será quizá que la lectura les sirve de excitante evasión con que compensar la monotonía y vulgaridad de la vida cotidiana? El remedio sería peor que la enfermedad. Actuaría como una especie de droga, que empuja a buscar emociones cada vez más fuertes, placeres y ganancias cada vez más fáciles, a odiar el estudio y el trabajo.

¿No será quizá que los editores quieren ganar un dinero fácil especulando con la fragilidad de los jóvenes y con nuestros bajos instintos? Me temo que, por desgracia, éste sea el motivo principal. Pero, si es así, ¡qué absurdo dejarse manipular por gente tan vil! Decía un predicador: «Sois más tontos que los ratones. Estos caen en la trampa, pero, al menos, no pagan. Vosotros, al leer, caéis en otra trampa y encima pagáis a quien os la ha tendido».

¡Sir Walter! En *Waverley*, la primera novela que escribiste, se lee la siguiente descripción: «El correo sólo llegaba al castillo de Waverley una vez a la semana, y el único periódico iba a parar en seguida a manos del barón. Este se lo daba a su respetable hermana y, luego, a un viejo y venerable mayordomo. Llegaba así, de antecámara en antecámara a manos del portero, quien se lo pasaba al párroco. Después lo veían los caballeros y los ricos arrendatarios de los alrededores y, finalmente, manoseado, sobado y arrugado, terminaba el recorrido en manos del señor canciller».

¡Si vieras hoy! Los periódicos salen cada día a toneladas de las rotativas. Cada mañana, transportados en trenes y furgonetas, se reparten a los quioscos y a las reventas.

En el autobús, mientras van al trabajo o al colegio, muchos viajeros, sentados o de

pie, llevan el periódico desplegado ante sus ojos y lo leen con avidez, sin darse cuenta de lo que sucede a su alrededor.

En las oficinas, los empleados se pasan el artículo interesante, lo comentan, se cuentan los chistes recién leídos. En el restaurante, muchos comen con el plato a la derecha y el periódico a la izquierda. En el colegio, los chicos lo leen y se lo pasan a escondidas durante la clase, y no suelen ser los periódicos más limpios.

El otro día, al apearme del tren en Roma, observé que subía a él un grupo de ferroviarios para arramblar con los periódicos abandonados en los asientos por los viajeros. Se los llevaban, gozando anticipadamente con la idea de leérselos luego en casa con mayor tranquilidad. La gente está ávida de prensa. Y mañana será aún peor, porque el periódico nos llegará a casa proyectado en una especie de telepantalla, de la que podremos copiarlo o arrancarlo para leerlo.

Añade a todo esto la radio y la televisión, y verás que problemas se les plantean a los padres, a los educadores, a los pastores de almas y a las autoridades públicas.

Problemas tanto más acuciantes cuanto que la gente se ha hecho más celosa de su libertad individual y es más difícil recurrir a la censura y a las prohibiciones. ¿Encontrará el Estado el modo de limitar la libertad individual cuando esté en evidente contraste con el bien común?

¿Aceptarán, al menos, los jóvenes las indicaciones y sugerencias de sus mayores? Los conductores de coches no se sienten en absoluto ofendidos porque exista una señalización viaria. Nadie protesta diciendo que él es una persona inteligente y madura y que no necesita de nadie que le dé lecciones. ¿Por qué, entonces, no aceptar también, humildemente, una *señalización moral*?

Un día tú también te sentiste un poco preocupado. Paseabas con tu señora por un prado en el que, en torno a un rebaño de ovejas, retozaban unos graciosos corderillos. «¡Qué hermosos!», comentaste. «Sí —respondió tu señora—, son de verdad deliciosos, sobre todo en salsa». En aquel momento no os entendíais.

* * *

¡Gloria al escocés! Lo repito sinceramente, aunque hago una pequeña salvedad con esas pullas que se encuentran salpicadas en tu obra contra la Iglesia católica. Cosa muy explicable en ti, por otra parte, presbiteriano de indudable buena fe. Pero esto no impidió que a mí, niño enamorado de mi Iglesia, esas pullas me causaran cierto malestar. Queda, con todo, el bien que has hecho; queda tu vida ejemplar; ¡queden, pues, también la alabanza y la gloria!

¡Sir Walter! Mi deseo sería que los cristianos, especialmente los jóvenes, te entiendan y te sigan a las regiones serenas del espíritu y de la fantasía en que quisiste vivir y hacer vivir a tus lectores.

Marzo 1973.

Al pintor anónimo del castillo

CUATRO CUADROS DEL VIEJO CASTILLO

Anónimo pintor:

No sé cómo te llamas, pero puedo decirte que esos cuatro cuadros tuyos, colgados en aquella sala angular del viejo castillo, iluminada por pequeñas ventanas góticas, me han gustado. Y, si bien considero que su valor artístico es modesto, no digo lo mismo de su elocuente contenido moral, que me ha hecho meditar.

El primer cuadro representa la *infancia*. Una barca de vela acaba de dejar el puerto. En medio de la barca hay un niño sentado, contemplando despreocupadamente cómo juegan las olas. Bien puede estar sentado y despreocuparse de todo, porque delante lleva el timón, incommovible, un ángel y, aunque detrás, a popa, aparece un sombrío personaje, está profundamente dormido y no da señales de que se vaya a despertar.

El segundo cuadro representa la *adolescencia*. El niño que vimos en el primer cuadro es ya un jovencito que, en pie, desde la barca dirige una mirada de curiosidad hacia inexploradas lontananzas donde imagina existen bellezas infinitas. El timón sigue en manos del ángel, pero las olas se encrespan airadas y el sombrío personaje ha dejado de dormir; su torva mirada nada bueno promete, con esos ojos que ambicionan el timón, dispuestos al asalto.

El tercer cuadro representa la *edad madura*. Ahora en el barco va un hombre, que lucha denodadamente contra la furia del huracán en una estampa de aquelarre; el cielo está sombrío, sombrío el hombre y el timón en manos del sombrío personaje; el ángel ha sido relegado al fondo.

En el cuarto cuadro es un *viejo* el que está sentado en la barca. La tempestad se ha aplacado, está a la vista el puerto y el sol dora las olas. Guía el ángel y el sombrío personaje está sólidamente encadenado.

* * *

Estoy de acuerdo contigo, querido pintor, en que nuestra vida es un viaje con un punto de partida y de arribada y nuestros vigésimo, quincuagésimo, y sexagésimo año

no son más que un tramo intermedio entre ambos extremos.

Ahora bien, es el caso que, mientras sabemos la distancia que media exactamente desde el punto de partida, desconocemos por completo la distancia a que estamos del punto de llegada. ¿Cuántos años quedan? Conocemos a personas buenísimas expertas en dibujo y mecánica, lengua inglesa y trigonometría, pero ese conocimiento insignificante, ese pequeño detalle de los años que nos faltan, eso nadie lo sabe. Nuestro ánimo, decaído, siente que lo sacude un estremecimiento y exclama: «¡Qué pocos años pueden quedarnos, tal vez sólo unos meses o unos días! ¡Señor, no desperdiciaré ni un solo instante!»

Pero hay otro problema peor. Y es que los puertos de atraque son dos: Paraíso e infierno. Sólo el primero es deseable, pues representa la suerte de las suertes. ¿Llegaremos a él? Este es el problema. Todos los demás problemas, comparados con éste, no son nada. «Fui rico, fui famoso, hice una brillante carrera, mas todo esto no sirve para nada si no logro llegar. ¡Por eso arrumbo a ese bendito primer puerto!»

Sí, estoy de acuerdo contigo en que para ser buenos hemos de luchar, sobre todo en determinados momentos especialmente arduos. Y es cierto que dos fuerzas se disputan el timón, quiero decir el gobernalle de nuestra vida. Y es cierto que la santidad es fruto de unas conquistas y victorias que hay que alcanzar día a día a punta de espada.

Es verdad. Pablo escribió: «No luchamos contra seres humanos débiles y frágiles, sino contra... los dominadores cósmicos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que vagan por el espacio». Y el Papa, hace poco, rememoró también esta verdad.

Estoy de acuerdo contigo en que se emplea una táctica: la táctica de las pasiones humanas. La describe Dante cuando, al emprender su viaje, encuentra interceptado el camino por tres fieras: una pantera, un león y una loba.

La pantera que, ágil y esbelta, no da tregua, es la sensualidad. Se vale de todo para apagar en nosotros el sabor y los gozos del espíritu y para encender los apetitos no buenos; la sentimos por doquier pisándonos los talones y llegaría a desanimarnos y envilecernos, si no contásemos con la ayuda y protección de Dios.

El león, «con la testa alta» (alta la cabeza) representa el orgullo, cuyo punto de mira son esas cabezas que vemos ir por ahí altas y derechas, mientras, debajo, se yergue el cuerpo, pecho afuera y la barriga, al andar, prominente. Pero en realidad no hay motivos para tanta arrogancia.

En tiempos de Giuseppe Giusti había un presidente que rebosaba de satisfacción cuando presidía y que, durante las sesiones, colocaba la chistera en una butaca. Pero cierto día, por error, se sentó encima y va el poeta y le lanza este dardo:

*Le han destrozado la chistera a un Presidente,
¡dentro no había nada, afortunadamente!*

¡Ay, esos tipos, que van y vienen con la chistera en la cabeza, incluso delante de Dios, y lo son todo, y lo saben todo, tan autónomos, tan anticonformistas, tan autosuficientes y tan contestatarios! Y después, ¿qué? Y debajo, qué? ¿En qué termina toda su arrogancia?

La loba, delgada y ávida, puede ser la mundanidad, que nos devora con el chorro continuo de sus obligaciones: visitas, exámenes, concursos, negocios, competiciones deportivas, espectáculos. Y nosotros dejándonos tragar por estas cosas como por un abismo.

¿Y Dios? ¿Y nuestra alma? Pasan a ser cosillas secundarias, que vislumbramos de vez en cuando como puntitos lejanos y a los que concedemos pocos instantes de atención, rara vez y como de pasada, en insensata y absurda inversión de valores.

Estoy de acuerdo contigo en que las fuerzas del bien entablan la contraofensiva con tácticas opuestas a las de las fieras. ¡Gracias a Dios!

A la *sensualidad* le va la táctica del vacío. Sí, hay momentos en los que Dios hace en nosotros el vacío. Notamos que ciertas cosas no son dignas de nosotros, no nos bastan, no nos sacian.

Ahora en 1973 se cumple el centenario del nacimiento de Trilussa, que dijo:

*Una abeja se posa
en un botón de rosa:
liba y luego se va ...
A fin de cuentas la felicidad
es bien poca cosa.*

Con muchísima frecuencia no se trata de felicidad, sino de un placer pasajero. Frecuentemente, una molestia. Se tiene una especie de dolor de muelas, mientras nos grita una voz: «¡Ve al dentista!»

San Agustín, aludiendo a los diecisiete años de su vida de disipación, confiesa: *rodebar, cruciabar*, me roía por dentro, fueron una tortura aquellos años; ¡aquella no era vida, Señor! *Talis vita, nunquid vita eral?* San Camilo se amonestaba a sí mismo y a los demás: «Haciendo el mal se experimenta placer, mas el placer pasa en seguida y el mal permanece; ¡hacer el bien cuesta fatigas, pero la fatiga pasa en seguida y el bien permanece!»

Para la *soberbia* hace falta el Evangelio, que en este sentido es clarísimo: «Ponte en el último lugar»: el Señor estuvo en medio de sus apóstoles «como quien sirve»; y enseñó que «Debéis lavaros los pies los unos a los otros... dichosos vosotros si lo hacéis».

Para la *mundanidad* puede bastarnos este breve pensamiento, siempre del Evangelio: «¿De qué sirve ganar todo el mundo, si al fin se pierde el alma? ¿Qué puede dar el hombre a cambio de su alma?»

Amigo pintor, con tus pinturas has logrado tocar algunas fibras de mi corazón. Ha sido un placer para mí.

Lástima que ahora tenga que dar paso a un displacer. ¿Cuál?, dirás. Yo te lo digo confidencialmente: me asalta la duda de si habré fastidiado a los lectores, pues algunos me habrán encontrado romántico, ingenuo y evocador desfasado de castillos, mientras otros habrán interrumpido la lectura apenas les haya dado en la nariz cierto tufillo a «moralismo».

Son gajes del oficio.

Abril 1973.

LOS CUATRO TEMPERAMENTOS

Señor Hipócrates:

Fue usted contemporáneo de Sócrates y fue también filósofo y fue médico. Lo que pasa es que sus méritos en el campo de la medicina son mayores que en el de la filosofía.

Primer mérito: tras haber recorrido medio mundo, observando y tomando notas muy minuciosamente, escribió usted un montón de libros que han sido durante muchos siglos alimento de la medicina.

Segundo mérito: es usted el autor del célebre «juramento de Hipócrates», código moral de inmarcesible valor. A tenor de él los médicos tenían que jurar que prescribirían a los enfermos la dieta apropiada, defendiéndolos de cuanto fuera injusto o nocivo; que no interrumpirían ningún embarazo; que —al entrar en una casa— no tendrían más propósito que el de curar al enfermo, absteniéndose de toda corrupción para con hombres o mujeres, aunque fueran esclavos, y que guardarían el secreto profesional como cosa sagrada.

Tercer mérito: ha sido usted el primero en clasificar los cuatro temperamentos fundamentales del hombre en *impulsivo*, *flemático*, *irascible* y *melancólico*. Ya sabemos que vinieron después un Nicolás Pende y otros que intentaron y propusieron nuevas clasificaciones, más científicas, pero a su vez más complicadas. En cambio, la clasificación de usted, puntual y correcta, veinticinco siglos después, sigue en pie todavía.

* * *

Pero pongamos a prueba los cuatro temperamentos. Y sea la prueba una pared rocosa que hay que escalar.

Llega primero el *impulsivo*.

Echa una ojeada y exclama: «¡Esto no es nada! ¡Allá voy!» Y, desde luego, ataca rápidamente la pared con ardor y entusiasmo. Pero ni ha previsto casi nada, ni se ha provisto de los útiles más elementales. Surgen rápidamente serias dificultades ante las

que nuestro impetuoso alpinista comprueba que no bastan el ardor y la fuerza muscular.

Pasa entonces del entusiasmo desbordante al extremo contrario: «Me vuelvo atrás. ¡Esta roca no está hecha para mí!» Se parece a Tartarín de Tarascón, que pasa de los ardores caballerescos de un don Quijote a la medianía de un Sancho Panza.

«¡Me voy —dice— al África de los leones y panteras!» Pero media hora después: «¡Ah, no, me quedo! ¿A santo de qué África?» «¡Cúbrete de gloria, Tartarín!» Pero después: «¡Deja la gloria de Egipto y abrígate con una buena franela!»

«¡Viva la caza de África! ¡Vengan escopetas de repetición, dagas, *lazos* y mocasines!» Y en seguida: «¡Prefiero el chaleco de franela, los almohadones calentitos y el gorro blando con orejeras! ¡Y que Juanita me traiga el chocolate!» Agita la campanilla y aparece Juanita trayendo el chocolate caliente, oscuro, humeante ¡y con unos bizcochos que provocan la sonrisa del Tartarín-Panza y sofocan el llanto del Tartarín-Quijote!

Así es el impulsivo: fácil al entusiasmo, pero inconstante; optimista, si se trata de sí mismo y de su propia capacidad, pero irreflexivo, dado excesivamente al sentimiento y la imaginación. Tiene *cosas buenas, pero, si quiere hacer algo más* en la vida, deberá acostumbrarse a reflexionar, a trazarse planes detallados y ponderados, a seguir el consejo de aquel obispo que le decía al párroco novel:

«Ya lo sabe: ¡Lo primero, ver; después, prever, y luego proveer!»

* * *

Llega ahora ante la pared el *flemático*.

Levanta la vista una, dos, muchas veces. Hace sus cálculos. «Aquí se trata de una ascensión en arista; luego un descenso a doble cuerda y después una subida sobre hielo».

Consulta mapas, toma apuntes, prepara la lista de los objetos que va a necesitar y se hace con ellos: cuerda y cordino, piolet y martillo de hielo, clavos de roca y de hielo, tacos de madera y martillo, mochila y botas con crampones. Todo ello sin pérdida de tiempo, pero sin precipitación. Y mientras trabaja y hace sus preparativos, mastica chicle y dice para sus adentros: «¡A lo mejor lo consigo!» Y vaya si lo consigue, pese a todas las dificultades.

Este era el estilo del general De Gaulle, frío y glacial desde pequeño, hasta el punto que sus hermanos decían de él: «¡Carlos debe de haberse metido en una nevera!»

En el curso de una batalla, un suboficial, portador de un mensaje, buscaba al general De Gaulle, pero no daba con él. «Vaya al frente —le dijo un conductor— y si no le encuentra en seguida, mire al suelo y ya verá qué pronto lo halla siguiendo la traza de sus colillas». Hízolo así el suboficial y llegó hasta el general que, en calma y

bajo un árbol, fumaba como una locomotora. Leyó el mensaje, dio ciertas órdenes a los oficiales que estaban a su lado y, sin perder la calma, siguió fumando y dijo solamente: «Ya veréis cómo ahora todo saldrá mejor». Y así fue.

Temperamento feliz, por un lado; pero, por otro, con riesgo de hacer a las personas apáticas, insensibles, poco sociables y poco comunicativas. Algo más de entusiasmo, un mayor y manifiesto interés

por los demás los haría más amables y simpáticos.

* * *

Y aquí está el *colérico-irascible*.

Resopla. «¿Obstáculos en esta pared? Los obstáculos se han hecho justo para superarlos, ¡qué caramba!», y se dirige con vehemencia a la pared, como quien sale al encuentro del enemigo. No ahorra fuerzas, pone a contribución toda su combatividad; con frecuencia obtiene brillantes resultados parciales, mas no siempre alcanza la cima.

El colérico tiene una sensibilidad viva y profunda; es rápido en sus decisiones, tenaz en la ejecución, pero le vendría bien una mayor reflexión y más calma y habría de guardarse tanto del entusiasmo como del pesimismo excesivo. El abisinio Ras Tafari le diría: «Cierto que tienes dos piernas, ¡pero sólo puedes trepar a un árbol cada vez!» ¡Si por él fuera, claro está, escalaría cada vez un bosque entero!

También en este caso, pues, junto a lo bueno hay lastre del que debe liberarse. Entre otros males, el colérico, mientras elimina impetuosamente unos obstáculos, corre el peligro de crearse otros, acumulando enemistad sobre enemistad. A menos que, a pesar de ser un cascarrabias como Xantipa, tenga la suerte de tropezar solamente con gentes armadas de la paciencia de un Sócrates.

Este, marido de la referida Xantipa, decía: «¡Me casé con ella, pese a ser tan arisca, porque, si soy capaz de aguantarla, es seguro que podré aguantar ya a quién sea!» Mas un día, para no oírla refunfuñar más, salió de casa y se sentó a la puerta. Irritada, aquella mujer le arrojó por la ventana un barreño de agua. «Debí imaginármelo —comentó plácidamente Sócrates—. ¡Después de tantos truenos, la lluvia!»

* * *

El *melancólico*, al revés del iracundo, se deprime e infravalora. «¿No veis que es imposible escalar una pared de esta clase? ¿Queréis que me haga pedazos?» Pesimista nato, se deja arredrar por las dificultades desde el primer momento.

Es de esos que ante una botella de vino mediada, gimotea: «¡Vaya, para ser la primera vez en la vida en que se me antoja beber, tropiezo con una botella medio vacía! ¡Esto sí que es mala sombra!» Lo que tenía que haber dicho era esto: «¡Pero

hombre!, ¿queda todavía para beber una media botella? ¡Qué bicoca!»

El cristiano debería distinguirse por su afán de ver el lado bueno de las cosas. Si de verdad *Evangelio* quiere decir alegre nueva, cristiano significa alegre y repartidor de alegría. «Los ceños huraños —decía San Felipe Neri— no se han hecho para la casa feliz del paraíso».

* * *

Como ve usted, ilustre Hipócrates, de la biotipología he saltado hasta el paraíso. Allí es donde tenemos que tratar de ir, aceptando el temperamento que nos hayan transmitido nuestros padres, eso sí, mejorándolo y tratando de sacar de él un buen carácter.

Allá arriba está Santo Tomás de Aquino, un santo tan flemático que, de haber entrado un buey en su aposento, él habría seguido estudiando. Y está también San Juan Eudes, al que encendía la cólera apenas veía un hereje. Y San Francisco de Sales el santo de la cortesía, artista en el hablar y el escribir. Y el Cura de Ars, campeón de las disciplinas contra sus espaldas y de comer patatas con mohó, después de llevar una semana cocidas.

¡San Pedro, el gran portero, al sopesar nuestros méritos, tendrá en cuenta nuestras buenas obras, pero tendrá también que echar en el platillo las dificultades, las rémoras, los escollos hijos de nuestro mejor o peor temperamento! No sé si utilizará la clasificación de usted o la de Pende, o si se apoyará en la caracteriología científica de Spranger o de Kretschmer o de Jung o de Künkel o si, a lo mejor, prefiere seguir el *test* de Don Cojazzi. Este último *test*, como no es científico, sino totalmente empírico, seguramente no lo conoce usted. Voy a exponérselo ahora mismo, tal y como se lo he oído al propio Don Cojazzi.

Decía Cojazzi que el mejor sitio para conocer los temperamentos es la taberna. Más exactamente, una taberna donde un caballero sediento, que ha pedido una jarra de cerveza, ve que se la traen con una hermosa mosca dentro pataleando.

¿Será dicho caballero un inglés? Flemático, posa sobre la mesa el vaso; agita calmadamente la campanilla y pide calmadamente: «¡Por favor, otra jarra de cerveza fresca y limpia!» Bebe, paga y se va sin alterarse lo más mínimo. Si alguien lo está es el camarero, ¡no por la mosca, sino porque ha volado la propina!

Ahora la jarra de cerveza es un francés el que la tiene. La ve y muda de color. Deja el vaso con violencia y arremete, con denuestos, contra patrón y camareros; sale dando un portazo y sigue denostando a la taberna, a la cerveza y a las moscas.

Llega un italiano, ve la mosca, la saca riendo, a base de golpecitos con el dedo y bromea con el camarero: «Yo pido de beber y tú me traes de comer». No obstante, bebe ¡y se va sin acordarse de pagar!

Ahora le toca al alemán. Ve la mosca, mantiene la jarra a la altura de la nariz,

frunce el ceño, cierra los ojos, echa ligeramente la cabeza atrás y, sumamente disciplinado, saca fuera de un soplido ¡cerveza y mosca!

Ya tenemos delante al danés. Le divierten horrores los aspavientos de la mosca en la espuma de la cerveza; saca la lupa; está prendado del espectáculo. ¡Hasta se habría olvidado de beber, si no fuera porque el camarero, pidiéndole mil perdones, le cambia la primera jarra de cerveza por otra segunda!

Llega por último el esquimal. Como no ha visto en su vida una mosca, cree que la que tiene delante es un bocado exquisito, una especialidad local, ¡y se come la mosca y tira la cerveza!

Y ahora, ilustre Hipócrates, perdóneme si puede parecer una profanación arrimar a la alta ciencia, de la que es usted exponente, estas pequeñeces.

¿Pero verdad que son útiles? ¿Verdad que demuestran cómo hasta el sentido común popular descubre y flagela el ridículo que anida en un temperamento primitivo, sin controlar ni enmendar?

Mayo 1973.

LA ALEGRÍA, CARIDAD EXQUISITA

Querida Teresita:

Tenía yo diecisiete años cuando leí tu autobiografía.

Fue como si me hubiera caído un rayo. «Historia de una florecilla de mayo», la definiste tú, pero a mí me pareció la historia de una «barra de acero» por la fuerza de voluntad, la valentía y la decisión que se desprende de ella. Una vez elegido el camino de la entrega total a Dios, nada pudo cortarte el paso: ni la enfermedad, ni las contradicciones externas, ni las nieblas y tinieblas interiores.

Me acordé de ella cuando me llevaron enfermo al sanatorio. Eran aquéllos unos años en los que no se habían descubierto todavía la penicilina y los antibióticos y la perspectiva que se le presentaba al paciente era una muerte, más o menos próxima.

Me avergoncé de haber pasado un poco de miedo. «Teresa a sus veintitrés años, hasta entonces sana y rebosando vitalidad —me dije—, se inundó de alegría y esperanza cuando sintió que le venía a la boca la primera hemoptisis. Por si esto fuera poco, y quitándole importancia a su mal, consiguió llevar hasta el final el ayuno a pan y agua. ¿Y tú te vas a echar a temblar? Eres sacerdote, ¡despierta, no hagas el tonto!»

* * *

Releyéndote, con ocasión del centenario de tu nacimiento (1873-1973), me conmovió tu modo de amar a Dios y al prójimo. San Agustín ha escrito: «Vamos hacia Dios no caminando, sino amando». También tú llamas a tu camino «senda de amor». Cristo dice: *Nadie viene a mí, si el Padre no le atrae*. En línea exacta con estas palabras, tú te sentías como un «pajarillo débil y sin alas»; en cambio, viste en Dios al águila que desciende para llevarte sobre sus alas a las alturas. A la gracia divina la llamabas «ascensor», porque te levanta hasta Dios rápidamente y sin fatiga, siendo tú «demasiado pequeña para subir por la empinada escalera de la perfección».

Dije arriba «sin fatiga». Entendámonos: esto, desde un punto de vista; en cambio, desde otro... Estamos en tus últimos meses; tu alma avanza por una especie de oscura galería, sin ver nada de aquello que antes veía con claridad. «La fe —escribís te— ¡ya

no es un velo, sino un muro!» Los padecimientos físicos son tales que te hacen exclamar:

«Si no hubiera tenido la fe, me hubiera quitado la vida». Pese a todo, seguías diciendo al Señor, con la voluntad, que lo amabas: «Canto la felicidad del paraíso, pero sin experimentar alegría; canto simplemente que *quiero creer*». Tus últimas palabras fueron: «¡Dios mío, te amo!»

Te habías ofrecido como víctima al amor misericordioso de Dios. Pero ello no te impedía gozar de lo hermoso y bueno. Antes de tu última enfermedad, alegre, pintaste, escribiste poesías y dramitas sacros, algunas de cuyas partes interpretas con fino arte de actriz. Durante tu última enfermedad, en un momento de mejoría, pediste unos pastelillos de chocolate. No te asustaban tus propias imperfecciones, ni aun cuando alguna vez te quedaras dormida de cansancio durante la meditación («¡los niños pequeños agradan a sus madres incluso dormidos!»).

Amando al prójimo, te esforzaste por prestar pequeños servicios que, siendo útiles, pasaran inadvertidos y preferir en todo caso a personas molestas y que congeniaban menos contigo. Detrás de aquel rostro nada simpático sabías encontrar el rostro simpatiquísimo de Cristo. Y nadie se daba cuenta de tanto esfuerzo y de esta búsqueda: «Qué misticismo el suyo en la capilla o el trabajo —escribió de ti la priora — y, al mismo tiempo, qué bromista y ocurrente en la recreación, hasta el punto de hacernos desternillar de risa».

Estas breves líneas, trazadas por mí, cuán lejos están de contener todo tu mensaje a los cristianos. Sin embargo, bastan para trazamos algunas directrices.

* * *

El verdadero amor a Dios casa perfectamente con la decisión firme que se toma y que, dado el caso, se renueva.

El vacilante Eneas de Metastasio, al decir: *Pasto de confusión, saber no puedo — ¡oh, funesta duda!— si me voy o me quedo*, demostraba no tener madera de verdadero amante de Dios.

Mucho más razonable era tu compatriota, el mariscal Foch, quien durante la batalla del Marne, telegrafió: «¡El centro de nuestro ejército cede, el ala izquierda se retira, pero yo sigo atacando!» Un poquito de combatividad y de amor al peligro en el amor al Señor no es una catástrofe. Tú eres de éstas y, por lo mismo, viste en Juana de Arco una «hermana de armas».

En el *Elixir de amor*, de Donizzetti, basta la «furtiva lágrima», despuntando en las pestañas de Adina, para devolver la tranquilidad y la felicidad al enamorado Nemorino. Dios, sin embargo, no se contenta con meras lágrimas furtivas. Una lágrima externa le complace en tanto en cuanto manifiesta que dentro, en la voluntad, hay una decisión. Lo mismo ocurre con las obras externas; le gustan al Señor sólo si

van acompañadas de un amor interior. El ayuno religioso había hecho estragos en el rostro de los fariseos, pero a Cristo no le agradaban aquellas facciones demacradas, porque sabía que el corazón de los fariseos estaba lejos de Dios. Tú has escrito: «El amor no consiste en los sentimientos, sino en las obras». Pero añadiste: «Dios no tiene necesidad de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor». ¡Perfecto!

Con Dios podemos amar no sé cuántas cosas. Pero con una condición: que nadie sea amado contra o por encima de la propia medida de Dios. En otros términos: el amor de Dios no debe ser exclusivo, sino prevalente, al menos en la estimación.

Jacob enamoróse un día de Raquel y, para hacerla suya, sirvió nada menos que siete años, que «le parecieron —dice la Biblia— unos cuantos días, dada la fuerza con que la amaba» y Dios no sólo no tuvo nada que decir, sino que dio su aprobación y bendición.

Otra cosa muy distinta es hisopear y bendecir todos los amores de este mundo. Desgraciadamente, está tratando de hacerlo cierto teólogo que, influenciado por Freud, Kinsey y Marcuse, exalta la «nueva moral sexual». Si no quieren caer en la confusión y el marasmo, en lugar de prestar oídos a estos teólogos, los cristianos deberán dirigirse al Magisterio de la Iglesia, que goza de especial asistencia tanto para conservar intacta la doctrina de Cristo como para adaptarla convenientemente a los nuevos tiempos.

* * *

Ver el rostro de Cristo en el del prójimo es el único criterio que nos garantiza un amor serio a todos, más allá de antipatías, ideologías y simples filantropías.

Un jovencito —escribe el viejo arzobispo Perini— llama una tarde a la puerta de una casa. Se ha puesto el traje de fiesta y lleva una flor en el ojal. En su interior, el corazón late insistente. ¿Quién sabe cómo van a recibir su chica y la familia de ella la proposición de matrimonio que tímidamente piensa hacerles?

Abre la puerta ella en persona. Una ojeada y ¡a ruborizarse tocan!, pero la manifiesta complacencia (no hay tal «furtiva lágrima») de la señorita le tranquiliza y se le ensancha el corazón. Entra. Está la madre. Se le hace una señora simpatiquísima; le gustaría abrazarla. Ahí está el padre, a quien ha visto mil veces, pero esta tarde lo ve transfigurado de una luz nueva. Después llegan los dos hermanos; brazos al cuello, saludos calurosos.

Perini se pregunta: ¿Qué le ha pasado a este jovencito? ¿Qué clase de amores son estos que han brotado de repente como si fueran hongos? Respuesta: no se trata de amores, sino de un solo amor; ama a la chica y el amor que le tiene lo difunde sobre todos sus parientes. Quien ama seriamente a Cristo no puede negarse a amar a los hombres, que son hermanos de Cristo. Sean feos, malos o pesados, debe el amor transfigurarlos un poquilla.

Amor corriente. Frecuentemente es el único posible. Nunca he tenido ocasión de lanzarme a un torrente para salvar a un hombre en peligro; en cambio, muchísimas veces me han pedido que preste algo, que escriba unas cartas, que facilite unas modestas y nada complicadas indicaciones. Nunca me he encontrado en la calle con un perro rabioso; sí, en cambio, muchas y molestas moscas y mosquitos. No he tenido jamás enemigos que me golpearan; sí, en cambio, muchas personas que me molestan hablando a gritos en la calle, poniendo la televisión a todo volumen o, a veces, también haciendo cierto ruido cuando comen.

Ayudar en lo que esté en nuestras manos, no llevarse mal, ser comprensivos, mantenerse serenos y sonrientes (¡todo lo que se pueda!); en estas ocasiones, eso es amar al prójimo sin retórica y con sentido práctico. Cristo ejerció mucho este tipo de caridad. ¡Cuánta paciencia al tener que soportar las rivalidades que se traían entre ellos los apóstoles! ¡Cuán atento estaba siempre a animar y encomiar!: «No encontré nunca tanta fe en Israel», dijo del centurión y de la cananea. «Vosotros permanecisteis conmigo incluso en los momentos difíciles», les dice a los apóstoles. Y una vez le pidió por favor la barca a Pedro.

«Señor de toda cortesía» le llamó Dante. Sabía meterse en el pellejo de los demás, sufrir con ellos. Protegía, defendía, además de perdonar, a los pecadores; así hizo con Zaqueo, con la adúltera, con la Magdalena.

Tú, en Lisieux, seguiste sus ejemplos; nosotros en el mundo hagamos otro tanto.

Cuenta Carnegie de una señora que un día sorprendió a los hombres de la casa, marido e hijos, con la mesa bien puesta y adornada de flores, pero con un puñado de heno en cada plato. «¿Esto qué es? ¿Hoy nos vas a poner heno?», le dijeron. «No es eso —respondió—; en seguida os traigo la comida, pero dejadme que os diga una cosa. Llevo años cocinando, tratando de variar; un día, un arroz; otro, una sopa; hoy, un asado; mañana, una salsa, etcétera. Pero a vosotros nunca se os ha ocurrido decir: ¡Qué rico está esto! ¡Has estado estupenda! Haced el favor de decirme algo; no soy de piedra. ¡No se puede trabajar sin que a uno le reconozcan lo que hace o le animen, sólo por amor al arte!»

Puede ser corriente también la caridad desprivatizada o social. Se produce una huelga justa; puede ocurrir que a mí, que nada tengo que ver con el conflicto, me sirva de molestia. Aceptar esta molestia, no despotricar, sentirse solidarios con unos hermanos que luchan por la defensa de sus derechos, es también caridad cristiana. Poco ostentosa, mas no por ello menos exquisita.

Gozo mezclado con el amor cristiano. Aparece ya en el canto de los ángeles en Belén. Forma parte de la esencia del Evangelio, que es «nueva alegría». Es característico de los grandes santos: «Un santo triste es un triste santo», decía Santa Teresa de Ávila. «Entre nosotros —apostillaba Santo Domingo Savio— se hace uno santo a base de alegría».

La alegría puede convertirse en caridad exquisita cuando, precisamente como tú hacías en las recreaciones del Carmelo, se comunica a los demás.

El irlandés del cuento que muere repentinamente y comparece ante el tribunal divino, estaba muy preocupado, pues el balance de su vida era más bien deficitario. Como había cola, se puso a observar y escuchar. Tras haber consultado el gran fichero, Cristo le dice al primero: «Veo que tuve hambre y me diste de comer. ¡Muy bien!, ¡entra en el paraíso!» Al siguiente: «Tuve sed y me diste de beber». A un tercero: «Estuve preso y me visitaste». Y así sucesivamente.

Por cada uno que era destinado al paraíso, el irlandés hacía examen y hallaba algo de qué temer; ni había dado de comer, ni de beber, no había visitado ni a presos ni a enfermos. Llegado su turno, temblaba, viendo a Cristo examinar el fichero. Pero, mira por dónde, Cristo levanta la vista y dice: «No hay mucho escrito. Sin embargo, también tú hiciste algo: estaba triste, decaído, postrado y tú viniste y contaste unos cuantos chistes que me hicieron reír y me devolvieron el ánimo. ¡Al paraíso!»

De acuerdo, es broma, pero subraya bien que ninguna forma de caridad deja de tenerse en cuenta o se minimiza.

* * *

Teresa, el amor que tuviste a Dios (y al prójimo por amor a Dios) fue verdaderamente digno de Dios. Así ha de ser nuestro amor: llama, que se alimente de cuanto haya en nosotros de grande y de hermoso y que renuncie a cuanto haya en nosotros de rebelde; victoria, que montándonos en sus alas nos lleve como un obsequio hasta los pies de Dios.

Junio 1973.

LA UNICA ARISTOCRACIA

Querido don Lisander:

Cuando murió usted, hace ya un siglo, sus amigos, reunidos en el humilde aposento mortuorio, exclamaron a coro: «Hoy ha entrado en el cielo un nuevo santo».

Más tarde, en favor de la proclamación oficial por la Iglesia de vuestra santidad, escribió y luchó esa alma pura y generosa llamada Antonio Cojazzi. Exageraban un poco.

En sentido contrario exageraron recientemente María Luisa Astaldi y otros, quienes, en páginas novelescas y desacralizadoras, haciendo gala de gran ligereza, le presentaron a usted como víctima de un mal hereditario, como un neurótico incurable, presa de tormentosas y alucinantes dudas de fe.

La verdad es muy otra. Pese a los condicionamientos de algún complejo, del temperamento y de dolorosos problemas familiares, fue usted sincero, convencido y gran católico. Incluso en la vejez se acercaba usted diariamente a la eucaristía.

Cuál fuera su vida, lo dejan vislumbrar los pensamientos, evangélicos de arriba abajo, que pueblan sus escritos. Por ejemplo: «La vida ya no está destinada a ser una carga para muchos y una fiesta para unos cuantos, sino un compromiso para todos, del que cada uno habrá de rendir cuentas»; «la desgracia no está en sufrir, en ser pobre, la desgracia consiste en hacer el mal»; «la sola idea de provocar disputas me entristece»; «Dios no turba jamás la alegría de sus hijos, si no es para prepararles otra mayor más auténtica».

Allí donde se posa vuestra pluma, brotan centellas de fe religiosa, cosa que no sería posible si mente y corazón, dirigiendo vuestra mano de escritor, no estuvieran saturados de religiosidad. *I promessi sposi* dan testimonio en este sentido desde el principio al fin. Y no deja de ser sintomático que de ellos, de una novela, de una historia de amor, el santo fraile Ludovico de Casoria haya llegado a decir: «Se trata de un libro que podría leerse en un coro de vírgenes presidido por Nuestra Señora».

* * *

«Historia de gentes humildes», vuestra novela. Humilde el ambiente: montaña, campo, lago. Humildes los protagonistas: Renzo y Lucía, dos jóvenes estupendos, que lo único que buscan es quererse. Renzo ha preparado un nido para aquella que ama, la cual, a su vez, cuando pasa, mira una y otra vez a ese nido, de estampía y no sin ruborizarse, haciéndosele la boca agua al pensar en una dulce y perpetua vida de esposa. Pero, en cambio, he aquí que sobre el nido sobreviene la tempestad, que separa y dispersa a los dos prometidos. «Dios no nos olvidará», dice Lucía en el momento más difícil. «Que sea lo que Dios quiera», dice Renzo, sin renunciar por eso a un honesto y audaz desquite.

En torno a ambos se mueven gentes igualmente simpáticas y honradas. Una Inés, sin letras ningunas, pero con mucha práctica de la vida, que aconseja decididamente: «Hay que obrar de este modo».

«Pero —objeta Lucía— ¿no estará mal imponer al cura un matrimonio-sorpresa?» «Es como dejar que a un cristiano le den un puñetazo —responde Inés—; no está bien, pero si os lo dan, ni el papa os lo podrá quitar».

Y con Inés, otros muchos: un cura pusilánime, egoísta, tímido, cuya mayor preocupación es salvar el pellejo; Perpetua, la *serva-patrona*, que da sus buenos «pareceres» al cura; Ambrosio el sacristán; un huésped muy práctico; «Paolín de los muertos», el sepulturero; «un tal Tonio» con el simplón de su hermano Gervasio y con una mujer a la que le debe no sé cuántas mentiras; la muchacha esquelética, que le disputa la hierba a la vaquilla flaca; Bettina, la pequeña que grita con júbilo: «¡El novio, el novio!»; Menico, un mozalbete espabiladísimo en eso de saltar de un sitio en otro, y el cónsul del lugar^[25].

¿Pero quién es ese que repiquetea con los nudillos en la puerta y dice: «Deo gradas?» Es fray Giraldino que, con el talego colgando del hombro izquierdo, viene a buscar nueces y, entre parrafada y parrafada, cuenta un milagro acaecido allá en un convento de la Romaña.

Y ese otro capuchino que se asoma a la puerta de Inés y se queda clavado en el umbral, ¿quién es? «Un religioso —dice Renzo— del que, sin querer haceros de menos, vale más un pelo de su barba que toda la vuestra», un enemigo declarado de los tiranos, de palabra y, cuando puede, de hecho. Es fray Cristóbal, director espiritual de Lucía, cuya conciencia ha puesto a punto, haciendo de una pobre aldeana, sola en el mundo con su madre, una mujer íntegra y fuerte, rebosante de fe y esperanza.

* * *

Todos éstos se mueven en el lugar. Pero dentro y fuera del lugar usted ha creado hasta 155 personajes, todos ellos trazados al vivo, pese a emplear pocas palabras, como ocurre con la mujer «puchero de asas», el gordinflón tieso en la puerta de su

tienda con aire más de preguntar que de responder, el corneta de don Gonzalo, don Pedro, cochero de Ferrer, que, en medio de la muchedumbre tumultuosa, sonrío a la multitud con gracia inefable, rogando melifluo: «Háganme el favor... un poquito de sitio»; pero una vez apartada la gente, renace en su pecho la antigua energía y, dejando aparte el protocolo, arrea briosamente a los caballos y grita: «¡Paso, paso!»

¿Y de los grandes de este mundo, qué? Tienen también un sitio en vuestra novela, pero al servicio de los humildes o, en contraposición a los humildes, a fin de que éstos cobren una buena imagen.

Aristocrático por su cuna, no admite usted más aristocracia que la de estar al servicio de los humildes. Para usted «no existe superioridad de unos hombres sobre otros más que en el servicio del prójimo».

El cardenal Federigo, el padre Cristóbal, el anónimo convertido, el marqués heredero de don Rodrigo, la comerciante bien situada, pertenecen a la aristocracia del espíritu, porque se ocupan de las necesidades de los pobres. Los demás personajes de alcurnia, especialmente los violentos y opresores, no os gustan ¡y qué bien lo dais a entender! «Son de esos que tienen siempre razón». «Descienden de la pata del Cid». Despachan a los hijos menores al claustro, para que quede intacta la fortuna en favor del primogénito, «destinado a procrear hijos para atormentarse y atormentarlos». Don Rodrigo es un hombre poderoso, no teme a Dios, pero sí al mundo y al desprecio de los villanos con quienes convive; es capaz de insultar y echar de casa a un pobre fraile, pero tiembla de miedo ante la Orden («¿queríais que me echara encima a todos los capuchinos de Italia?»)

Del príncipe, que obliga a su hija a hacerse monja, decís: «Se resiste uno a darle el título de padre». Marcados sin piedad aparecen el conde Zio, del consejo secreto, petulante e hipócrita («el habla, ambigua; el silencio, significativo; un ofrecer y no dar; un entornar los ojos; un halagar sin prometer»); el conde Atilio, gran mantenedor de la metodología de las palizas lo mismo contra los portadores de desafíos («el palo no le mancha las manos a nadie») que contra los frailes capuchinos («hay que saber redoblar a tiempo las cortesías a todo el cuerpo, porque así se puede impunemente darle una paliza a un miembro»), y el doctor Tramoya («ese abogado de causas perdidas»), oportunista calculador, «cubiletero», es decir, charlatán, un fante en manos de los poderosos, aliado de las faenas que les hacían a los pobres.

* * *

Todo hay que decirlo: ninguna clase de violencia le agrada a usted, ni siquiera la que intentan los pobres cuando son injustamente pisoteados. Renzo, al tomarse la justicia por su mano, exclama: «Por fin en este mundo va a hacerse justicia», frase duramente fulminada por usted con esta apostilla: «¡Qué verdad tan grande es la de que un hombre, cuando ya no puede más, no sabe lo que dice!»

¿Pero qué aconseja usted contra la violencia en lugar de la violencia? El perdón. Perdón le pide fray Cristóbal al hermano del hombre al que él mató, y todo el resto de su vida se lo pasó haciendo propaganda del perdón. Lleva en la bolsa el famoso «pan del perdón» que, antes de morir, entrega como herencia a Renzo y Luda, con estas palabras: «Enseñádselo a vuestros hijos... diciéndoles que perdonen ¡siempre, siempre, siempre y todo, todo, todo!» Un año antes le había dicho a Renzo descompuesto y enfurecido: «Yo también he odiado... y al hombre que odiaba con todas mis fuerzas, que odiaba desde hacía mucho tiempo, le maté... ¿Crees tú que si eso hubiera sido un acto razonable habría tardado treinta años en darme cuenta? ¡Ah, si yo pudiera ahora meter en tu corazón lo que después he sentido siempre... por el hombre que odié!»

La lección no es inútil. Renzo perdona a don Rodrigo, pero con un perdón asaltado por ramalazos de rabia y venganza renovada en su fuga de Monza a Milán, en la que «mató en espíritu a don Rodrigo y lo volvió a resucitar, por lo menos, veinte veces»; un perdón «de todo corazón» tras las nuevas reconveniones de fray Cristóbal en el Lazareto; perdón repetido en la cabaña de Lucía y, renovado cuando se supo la muerte de don Rodrigo, siempre lo mismo: «de corazón, de corazón».

* * *

Hay también otro sentimiento de no violencia del que están empapadas las páginas de vuestra novela: la confianza en la Providencia.

Lucía, diciendo adiós a sus montes, llora en el fondo de la barca, pero el pensamiento final que le queda grabado en el alma es éste: «Dios, que ha sabido proporcionar tanto contento, está en todas partes». Rechazando un matrimonio por sorpresa, dice: «... sigamos adelante con fe, que Dios nos ayudará...; dejemos hacer al de arriba. ¿No preferís que sepa El encontrar el camino de ayudarnos, mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros con todo este embrollo?»

Renzo en la espesura, «antes de acostarse en aquel lecho que la Providencia le había preparado, se arrodilla para darle gracias por este beneficio y por la asistencia que le ha prestado en aquella terrible jornada». Una vez que sus ojos se cierran, los pensamientos acuden en tumulto a su mente, pero termina por predominar este último: «Dios sabe bien lo que hace. Está de nuestra parte. Todo sea por la remisión de mis pecados. ¡Lucía es tan buena que no permitirá que sufra ni tanto así!»

Todavía medio derrengado y hecho polvo tras la carrera y el salto con el que se salvó subiendo al carro de los nomatos^[26] «da gracias en su corazón, de la mejor manera, a la Providencia, por haber podido salir de semejante estropicio sin recibir mal alguno ni tampoco causarlo».

Siempre sabe mantenerse en este clima de confianza. «¡He ahí a la Providencia!», exclama, antes de desprenderse en favor de los pobres de las últimas monedas en las

puertas de Bérghamo. «¡Ya os dije que la Providencia no faltaría!», exclama cuando su primo Bartola le promete ayuda. «¡Tengo que dar gracias a la Virgen toda la vida!», dice a su amigo, al volver del Lazareto.

Y, finalmente, comentando con Lucía, halla el meollo de toda esta historia, resumiéndolo así: a los males, «vengan por o sin culpa nuestra, la confianza en Dios los suaviza y hace que sirvan para mejorar de vida».

De acuerdo, en esto, con el cardenal Federigo: «Hacer lo que se pueda, ingeniárselas, ayudarse y después ¡quedarse tranquilos!»

De acuerdo también, querido don Lisander, con todos los verdaderos seguidores del Evangelio.

Julio 1973.

LA MUSICA DE LA RECONCILIACION

Querido músico y amigo de Dante:

Aquello que le contaste a Dante en la falda de la montaña del purgatorio está a punto de repetirse. Dante te vio desembarcar en la playa del antepurgatorio, en la Pascua de 1300, y se quedó de una pieza: «Mi buen Casella, hace ya tiempo que has muerto, ¿cómo es que sigues aquí, sin admitirte aún en el purgatorio, pese a que allí habías sido destinado?»

Y tú: «Es una larga historia. Has de saber que las almas en pena, apenas abandonan el cuerpo, se estacionan reunidas en un «prepurgatorio», exactamente en Ostia, en la desembocadura del Tíber. Allí arriba con su bote un ángel barquero y sube a bordo a los que quiere y cuando quiere, cumpliendo los decretos de Dios. Muchas veces me he presentado a él, pero como si no. Gracias a Dios, desde hace tres meses —es decir, desde que el papa Bonifacio VIII anunció el jubileo—, el ángel admite a cuantos quieren embarcarse. Es ésta una oportunidad, un tiempo de largueza y de misericordia grande y, como yo me he aprovechado de ella, aquí me tienes».

* * *

En el puesto del papa Bonifacio está hoy el papa Pablo.

Él también, querido Casella, ha convocado un jubileo, aunque en circunstancias algo diferentes de las del de 1300. Tu papa Bonifacio tenía sobre sus espaldas una tradición no muy definida; había oído hablar, sí, de otros jubileos anteriores, pero las investigaciones que encargó hacer no fueron muy lejos.

Un viejo saboyano de ciento siete años contaba que, siendo muchacho, había venido a Roma en 1200 con su padre, quien hizo prometer a su hijo que volvería a la Ciudad Eterna, para lucrar las indulgencias extraordinarias, si cien años después (!) viviera todavía. Otros dos viejecitos de Beauvms dijeron que un siglo antes se había otorgado una indulgencia plenaria.

Fuera o no fuera una tradición, el papa Bonifacio, accediendo a los deseos de muchos, firmó su célebre bula y se celebró un jubileo espléndido: la Europa entera

del 1300 parecía haberse dado cita en Roma.

Se acudía en masa; a pie, a caballo; llevando en carros a enfermos y a ancianos. Las basílicas de los santos Pedro y Pablo permanecían abiertas día y noche. Los propios cardenales, muy de mañana, hacían las treinta visitas prescritas para los romanos de Roma. Las muchachas —que en aquellos tiempos estaban siempre encerradas en casa— cumplimentaban las visitas de noche, escoltadas por personas de confianza.

Entre los peregrinos ilustres, querido Casella, se encontraban tus paisanos toscanos Dante, Giotto y Giovanni Villani. A este último en la peregrinación le vino la idea —él mismo lo dice— de escribir la historia de su Florencia y volvió a casa con la imaginación poblada de las cosas que había visto en Roma. «Fue —escribe— lo más maravilloso que verse pueda; continuamente, durante todo el año, había en Roma doscientos mil peregrinos, además del pueblo romano, y sin contar los que iban y venían por los caminos, y todos estaban abastecidos a satisfacción de vituallas, tanto caballos como personas, haciendo todos gala de paciencia, sin ruidos ni peleas. Y yo puedo testimoniarlo, porque estuve allí y lo vi. La Iglesia vio acrecentarse mucho sus tesoros con las ofrendas de los peregrinos, y los romanos, con los productos del campo, se hicieron ricos» (*Cronaca VIII*, 36).

A diferencia de Bonifacio VIII, Pablo VI tiene sobre sus espaldas toda una ya dilatada «tradición jubilar». El ciclo establecido por el papa Bonifacio y plasmado en el dicho «*Annus centenus-Romae semper est iubilenus*» (en Roma el año centésimo es siempre jubilar), fue rectificado en seguida: Jubileo cada cincuenta años y después cada veinticinco, a fin de que el que lo quisiera, pudiera al menos una vez en la vida disfrutar de esta inmensa gracia.

A medida que avanzaron los siglos, se hicieron progresos en los medios de transporte y en el número de romeros: trenes, automóviles y aviones han podido traer hasta Roma bastante más de los dos millones de peregrinos de 1300.

No sé si lo creerás, pero en el jubileo de 1950 fueron más de 10 000 los peregrinos sueltos, venidos a Roma a pie, en bicicleta, a caballo, en canoa, en sillas de inválidos o remolcados por perros, en camillas de enfermos provistas de ruedas.

Silvia Nero cita al joven Kurt Herming Drake, estudiante finlandés, que salió de Helsinki en julio y llegó a Roma en noviembre. El barón Tritz von Gumpenberg, de veintinueve años, medio ciego, vino solo, a pie, desde su castillo de Poltmes, cerca de Munich, y se volvió también a pie, pasando esta vez por Padua, por ser devoto de San Antonio.

Al referido jubileo Pío XII le asignó un lema: «Gran perdón-gran retorno». Pablo VI, por su parte, lanza el jubileo con esta consigna: «¡Reconciliación!» Reconciliación con Dios; entre nosotros y nuestros hermanos; en el plano personal y en el plano social.

Un lema, una consigna, que es todo música; una música que tú, Casella, de haber estado, hubieras cantado dulcemente como cantaste a Dante, quien guardó de tu canto un recuerdo nostálgico; tanto que decía: «sigue en mí resonando esa dulzura».

* * *

Música de la buena es el reconciliarse con Dios y abandonar el camino torcido, ancho y espacioso, que conduce a la perdición. Por este camino galopan todas las pasiones humanas a la grupa de aquellos caballos del Apocalipsis, que tienen su nombre: ansia y avidez extrema, insaciable de placeres, de riquezas y de honores. El que va por ahí no puede sentirse bien.

El gran Tolstoi habla de un caballo que, en una cuesta abajo, se planta y se rebela, diciendo: «¡Ya estoy harto de tirar del coche y obedecer al cochero; no doy un paso más!» Es muy dueño de hacerlo, pero lo va a pagar caro. Desde ese instante todos están contra él: el cochero, que lo fustiga; el coche, que se le viene encima; los pasajeros, que, dentro del coche, protestan y le insultan.

Así son las cosas. Cuando tomamos el camino torcido y enfilamos contra Dios, subvertimos el orden, rompemos el pacto de alianza con el Señor, renunciamos a su amor y nos enfadamos con nosotros mismos, defraudados de lo que hemos tramado y roídos por los remordimientos.

Mi querido Casella, es verdad que hay quien dice que la música se canta y se toca muy bien incluso en los caminos torcidos, desprecia la anécdota de Tolstoi y asegura que él en el pecado se siente más libre que nunca. Me permito llevarle la contraria con estas solas dos palabras: «amo» y «enfermedad».

Sí; quiérase o no, el pecado se convierte en el amo del Pecador. Puede que, en un primer momento, le haga reverencias y caricias, pero el pecador sigue siendo su esclavo y tarde o temprano probará su látigo.

En cuanto a «enfermedad», hay dos clases: oculta y patente. Una herida viva y lacerante hace daño, pero sabemos que existe y tratamos de curarla. Piensa, en cambio, en un tumor escondido: se desarrolla, se propaga; tú no lo sabes y te diviertes y aseguras a tus amigos que estás estupendamente; pero, de pronto, la metástasis, y ya no hay remedio. Es el caso de quien, cargado de pecados, afirma que no los tiene ni los siente. En cambio, tener un montón de pecados, pero sentir su peso, decidir cambiar seriamente de camino, convertirse seriamente, echarse seriamente en brazos de Cristo, ¡qué música tan maravillosa, mi buen Casella!

* * *

Buena música es también la reconciliación con nuestros hermanos.

En tu época había luchas entre güelfos y gibelinos, entre blancos y negros, entre montescos y capuletos, monaldos y filipescos y no sé cuántas facciones más.

Desconsolado y amargado, tu amigo Dante escribe:

*¡Ven a ver a montescos y capuletos,
a monaldos y filipescos...
ven a ver cuánto se ama la gente!...
Que las ciudades de Italia llenas todas están
de tiranos y se convierte en un Marcelo
cualquier villano que entra en un partido.*

Hoy, querido Casella, ocurre otro tanto: tiranos aparte, vemos bloques contra bloques, naciones contra naciones, partidos contra partidos, corrientes contra corrientes, particulares contra particulares.

Leemos todos los días noticias de atentados de aviones secuestrados, de bancos asaltados, de bombas lanzadas intencionadamente para hacer estragos entre gentes inermes o inocentes. Focos de desorden surgen un poco por doquier; se proclama la revolución como único remedio de los males de la sociedad y se educa a la juventud en la violencia.

En medio de toda esta confusión anarcoide y alocada, no cabe duda de que la reconciliación reinstaurada entre los hombres sería la música más apetecida y necesaria. A ella quiere contribuir intensamente el jubileo con esta dinámica: «Reconciliaos primero con Dios, renovando vuestro corazón, poniendo amor donde haya odio, serenidad donde haya ira, moderación y honestidad donde haya desenfreno. Una vez renovados y transformados por dentro, mirad fuera con otros ojos y hallaréis un mundo distinto».

* * *

Es curioso, querido Casella, cómo el propio mundo, con sus mismísimas cosas, con sus mismos ambientes y sus mismos habitantes, puede aparecer totalmente distinto sólo con que, gracias a la reconciliación, se le agreguen el amor y la paz, que antes faltaban.

Lo dice el caso de aquel general coreano que, tú, experto en armonías, entenderás muy bien. Muerto y juzgado, fue destinado al paraíso, pero cuando llega ante San Pedro, le viene un deseo y lo expone: meter antes la nariz en la puerta del infierno sólo para hacerse una idea de aquel lugar de tristeza. «De acuerdo, concedido», responde San Pedro.

Se asomó entonces a la puerta del infierno y vio una sala inmensa, llena de largas mesas. Había en ellas muchas escudillas con arroz cocido, bien condimentado, aromático y apetitoso. Los comensales estaban sentados, hambrientos, dos para cada escudilla, uno enfrente del otro. ¿Y qué? Pues que para llevarse el arroz a la boca disponían —al estilo chino— de dos palillos, pero tan largos que, por muchos

esfuerzos que hicieran, no llegaba ni un grano a la boca. Este era su suplicio, éste su infierno. «¡Me basta con lo que he visto!», exclamó el general; regresó a la puerta del paraíso y entró.

La misma sala, las mismas mesas, el mismo arroz, los mismos palillos largos. Pero esta vez los comensales estaban alegres, sonriendo y comiendo. ¿Por qué? Porque cada uno, tomando la comida con los palillos, la llevaba a la boca del compañero de enfrente y todo salía a la perfección.

Pensar en los demás, en vez de en sí mismo, resolvía el problema, transformando el infierno en paraíso.

Fábula verdadera, querido Casella. Más que en *pasarlo bien* —decía Manzoni—, habría que pensar en *hacer el bien*. ¡Cuánto mejor íbamos a estar todos entonces!

Septiembre 1973.

¿SOMOS VIEJOS, ESTAMOS PARA EL ARRASTRE?

Querido veneciano supernonagenario:

¿Por qué le escribo? Porque fue usted un simpático veneciano de hace cuatrocientos años. Porque a través de un librito —leidísimo en virtud de su *deliciosa ingenuidad*— hizo usted *propaganda de la vida sobria*. Y, sobre todo, porque fue usted un modelo de ancianito tranquilo.

Hasta los cuarenta años sufrió usted de estómago «frigidísimo y humidísimo», de «dolor de costado», de «principio de gota» y otros mil males. Pero un buen día tiró por la borda todas las medicinas. Había descubierto que «quien quiere comer bastante, debe comer poco», y se entregó a la sobriedad.

Recuperada la salud, pudo entonces usted dedicarse al estudio, a la «santa agricultura», a la hidráulica, a la mejora del suelo, al mecenazgo, a la arquitectura, siempre haciendo gala de buen humor, siempre poniendo buena cara y escribiendo, entre los ochenta y noventa años, sus *Discorsi intorno alla vita sobria*, dedicados a animar y convencer de que nosotros, los ancianos, podemos sacarle jugo a la vida serena y útilmente empleada.

En su tiempo no eran muchos los que podían alcanzar la vejez. No se conocían muchas normas higiénicas; no existían los adelantos y comodidades modernas; no estaban, como lo están hoy, casi vencidas determinadas enfermedades; la cirugía no contaba con los medios tan efectivos y de tan prodigiosos resultados con que cuenta hoy; las gentes no alcanzaban la media de setenta años de vida, como hoy sucede en algunos Estados.

Hoy, nosotros, los viejos, estamos avanzando numéricamente en toda la línea.

En Italia, los de sesenta años para arriba somos casi la quinta parte de toda la población. Nos llaman la «tercera edad». Sólo con contar cuántos somos, tendríamos que animarnos.

Y, sin embargo, ¿qué pasa? Lo que sucede es que a veces nos dejamos invadir por el decaimiento. Nos da la impresión de estar arrinconados, como tornillos viejos, como ciclistas abandonados por el pelotón. Cuando nos jubilamos o cuando los hijos

se casan y se van a vivir a otra parte, sentimos bajo nuestros pies el vacío afectivo y no sabemos dónde agarrarnos. Cuando llegan los achaques y los signos de decadencia física, ponemos cara de pocos amigos. En lugar de acordarnos, sobre todo, de las alegrías que Dios nos sigue concediendo, cedemos a la melancolía del dicho veneciano, que usted nunca quiso hacer suyo: *Somos viejos, estamos «para el arrastre», esto es lo malo.*

El fenómeno se agrava si, tras pasados los sesenta, tenemos que dejar la casa, que fue la nuestra y con la que ya estábamos identificados, para convertirnos en huéspedes de una «Casa de reposo». Muchos se adaptan a ella y están a gusto, pero algunos, en cambio, se sienten como pez fuera del agua. «No dejan que me falte nada —me decía uno—, esto podría ser muy bien la antesala del paraíso, ¡pero para mí es un purgatorio anticipado!»

* * *

Los problemas de los ancianos son hoy más complicados que en la época de usted y, tal vez, humanamente más profundos, pero el remedio clave, querido Cornaro, sigue siendo el de usted: reaccionar contra todo pesimismo o egoísmo. «Me pueden quedar todavía decenas de años de vida; he de utilizarlos para recuperar el tiempo perdido, para ayudar a los demás; quiero hacer de la vida que me queda una llamarada de amor a Dios y al prójimo.

»¿Que tengo pocas fuerzas? Puedo, al menos, rezar. Soy cristiano, creo en la eficacia de las oraciones que las monjas de clausura elevan a Dios en sus conventos, creo también con Donoso Cortés que el mundo necesita más oraciones que batallas. Además, nosotros, los ancianos, ofreciendo a Dios nuestras penas y esforzándonos por soportarlas serenamente, podemos también influir grandemente en los problemas de los hombres que luchan en el mundo».

Exposición razonada y razonable. Si luego nos quedan energías y disponibilidad de tiempo, podemos hacer otras cosas. En efecto, ¿por qué no ponernos a disposición de las obras buenas? En cierta parroquia, maestras jubiladas y empleados ancianos están constituyendo una ayuda preciosísima.

En Francia, para no dejarse marginar de la vida, los ancianos se han organizado decididamente. «Por todas partes —se dijeron— surgen grupos espontáneos de jóvenes. ¡Hagamos grupos espontáneos de ancianos!» Y se produjo un movimiento muy considerable, que cuenta con un obispo como consiliario, y promueve la amistad y la espiritualidad de los militantes y la asistencia y apostolado en favor de otros ancianos, que arranca a muchos de ellos del aislamiento y de la desesperanza y hace brotar energías dormidas e insospechadas.

No fue usted el único que escribió libros después de los ochenta años, querido Alvise Cornaro. Goethe acabó *Fausto* a los ochenta y un años. Tiziano pintó su

Autorretrato después de los noventa. Por lo demás, somos viejos para los que vienen detrás de nosotros; en cambio, para aquellos que envejecen junto a nosotros somos siempre jóvenes. Luego, con una pizca de malicia, podemos decir que el cómputo de los años se hace un poco al tuntún. Cuando Gounod —a sus cuarenta años— compuso su *Fausto*, le preguntaron: «Exactamente, ¿qué edad debe tener Fausto en el primer acto?» «¡Pero, Dios santo —respondió Gounod—, la edad normal de la vejez: sesenta años!» Veinte años después era Gounod el que tenía sesenta años; entonces le volvieron a preguntar lo mismo, e ingenuamente respondió: «¡Pero, por Dios, Fausto debe tener la edad normal de la vejez: ochenta años!»

* * *

Llegado a este punto, me es fácil hacer una profecía. Esta carta que le escribo a usted, pero para que la lean otros, no interesará a los lectores jóvenes, que dirán fastidiados: «¡Esto es para viejos!»

¿Pero acaso no llegarán ellos también a viejos? Y si de verdad existe un arte, una metodología para ser «buenos ancianos», ¿no será conveniente aprenderla a tiempo? Cuando yo era joven estudiante, me ocurrió que el profesor de Derecho canónico, al llegar a los cánones del Código que hablan de los deberes de los cardenales, de los metropolitanos y de los obispos, dijo: «Estas cosas son poco corrientes, las saltamos; si alguno de ustedes, por casualidad, llega a esos cargos, ¡ya las estudiará por su cuenta!» Y por eso cuando me vi convertido en obispo y metropolitano, tuve que partir de cero.

Ahora bien, si entre los jóvenes teólogos son pocos los que llegan a cardenales, casi todos los jóvenes de hoy, en cambio, llegarán mañana a la vejez con el deber de aprender sobre la marcha ese arte y de aplicarlo después. A la edad primaveral de los veinte años uno es gruñón al 20 por 100; ¡pues a los sesenta años lo somos al 60 por 100, si no nos corregimos! Así que es mejor suavizar nuestro carácter lo antes posible.

Aparte de esto, no es malo que los jóvenes sepan que, además de los suyos, están los problemas delicados y complicados de aquellos con quienes se codean. Un joven obispo, San Pablo, recomendaba a Timoteo: «No reprendas con aspereza a un viejo, sino exórtalo como se exhorta a un padre».

Es cierto, sin embargo, que, al escribirle a usted, he pensado, sobre todo, en nosotros, los ancianos, que tenemos necesidad de comprensión y aliento. Siempre en línea —querido y noble Cornaro— con cuanto escribió usted. En línea también con lo que el director de un diario solía recomendar a sus colaboradores: «Escribid con frecuencia cosas para los ancianos. Si dais con algún caso de longevidad (por ejemplo, un hombre que se acerca a los cien años en plena lucidez y con fuerzas todavía vigorosas y frescas), que no se os escape la noticia; que no deje de entrar,

ponedla en la sección de notas de sociedad. Hay un público de ancianos a los que les gustará leerla, y exclamarán: ¡Este es un periódico bien informado!»

¡Qué contento me pondría yo si se dijera: «¡Qué bien informado está el *Messaggero di San Antonio!*»

Octubre 1973.

AQUELLOS TIEMPOS DEL “GOBO DE RIALTO”

Ilustre humanista tipógrafo:

Regreso de una rápida visita a la exposición «Venecia, ciudad del libro». He visto cosas muy interesantes, pero donde he dejado correr el tiempo más a gusto ha sido ante la caseta dedicada a los libros salidos de tus celebérrimas prensas a comienzos del Cinquecento.

He admirado una vez más tus caracteres esbeltos, claros, inclinados hacia la derecha. He vuelto a ver tu escudo con el ancla y el delfín y el mote *festina lente* («daos prisa, pero lentamente»).

En la Venecia del Cinquecento, entre Rialto y San Marcos, había ciento cincuenta imprentas y librerías, pero la tuya superó a todas. Trabajando por amor a la cultura y por el bien del arte, moriste casi en la pobreza, mientras tus colegas amasaban fortunas, como aquel Nicolo Janson, del que Marin Sanudo escribe que «amasó una fortuna con su imprenta».

No me hizo gracia ver lomo con lomo un libro tuyo y un libro «pirata» del impresor florentino Giunta, que en Lyon te copiaba toscamente, perjudicándote con el plagio y la competencia desleal. Incluso examinando libros de hace cuatrocientos años, saltan a la vista negocios sucios y la maldita sed de oro.

Descubrimos también las tendencias de los lectores antiguos. Mientras estaba ocupado en los libros del Setecento de otro célebre tipógrafo, Remondini, la guía me explicó: éste imprimió una traducción del *Gil Blas*, novela de Lesage, que se la quitaron de las manos en un abrir y cerrar de ojos; en cambio, imprimió el *Nuovo fior di virtù* y la *Giornata del cristiano* y los libreros le escribieron diciendo: «no hay quien se lleve uno».

¡Ni que estuviéramos en el siglo xx! ¡Verdaderamente, cuánto les cuesta cambiar a los hombres y a los cristianos!

* * *

Querido Manuzio, daría cualquier cosa por verte hoy en una de nuestras

imprentas.

Tus tórculos estampaban trescientos folios en una jornada; las rotativas de hoy tiran decenas de millares de diarios en una hora. En tu tiempo los libros eran cosa de tal precio, que había que fijarlos con cadenas en los estantes de las bibliotecas, pocos podían adquirirlos y los papas fulminaban excomuniones contra los que se atreviesen a robarlos.

Hoy, los periódicos, una vez *leídos*, se desechan a toneladas. En América los jóvenes lectores no se dignan conservar los libros, sino que los compran y, a medida que avanzan en su lectura, arrancan las páginas leídas y las tiran; llegados al final, sólo queda del libro la cubierta, que corre, a su vez, la misma suerte.

Dirás: «¡Lo que pasa es que se tratará de libros de poco valor!» Yo te respondo: Los hay con contenido, los hay vacíos y algunos tan nefastos que el *Polifilo* —el libro más hermoso del mundo, desde el punto de vista editorial—, impreso por ti, parecería a su lado un devocionario de monjas.

A fuer de humanista, recordarás, sin duda, el capítulo tercero del libro octavo de *La república*, de Platón, donde se enumeran los signos de la decadencia democrática: los gobernantes son aceptados por los súbditos sólo a condición de que autoricen los peores excesos; al que obedece a las leyes le llaman estúpido; los padres no se atreven a corregir a sus hijos; los hijos ultrajan a sus padres («para ser libres», escribe irónicamente Platón); el maestro teme al alumno, y el alumno desprecia al maestro; los jóvenes adoptan aire de ancianos, y los ancianos se hartan de gastar bromas para imitar a los jóvenes; las mujeres, en el vestir, se parecen a los hombres, etc.; ya conoces el capítulo.

Pues bien, resulta que lo que Platón escribía para reconvenido o ridiculizarlo, en algunos de nuestros libros se escribe en plan serio, a veces incluso como si fueran tesis de teología.

¿Que los muchachos están impacientes por desarrollar su vida sexual? Se afirma que la castidad es represión favorable al capitalismo, medievalismo desfasado, y que hay que hacer la «revolución sexual».

¿En el cuerpo de una mujer despunta «por mala suerte» una vida? Adelantando una curiosa distinción teológica entre «vida humana» y «vida humanizada», se afirma que la vida humana, todavía no humanizada, puede interrumpirse sin escrúpulo alguno.

¿Que los hijos no obedecen? ¡Pues que los padres dejen de dar órdenes y de torturar a sus queridos pequeños! ¿Que en clase los alumnos ya no se aprenden la lección? Muy sencillo: fuera lecciones; basta con la escuela que imparte la sociedad, sin la mediación de los maestros, porque ya no se trata tanto de hacer aprender las materias, cuanto de que los muchachos sepan discutir los problemas *sociales*,

¿Que los estudiantes están hartos de notas y calificaciones? Pues fuera las

calificaciones, que son discriminantes e indignas de una sociedad igualitaria. ¿Alguien quiere ejercer la medicina? ¿Quién puede impedirlo habiéndose matriculado —se haya o no examinado, haya o no haya estudiado— durante seis años en la Universidad?

Y me callo otras preciosas afirmaciones que a un humanista como tú le pondrían los pelos de punta.

* * *

En cambio, me gustaría que vieras un poco los periódicos y rotograbados, cosas estas que en tus tiempos estaban en mantillas. Existía, y sigue existiendo, en el campillo de San Giacomo, el «Gobo de Rialto», estatua de enano, en la que se pegaban hojas volantes llenas de chistes y chismorreos, que la gente leía con curiosidad. ¡Diario en miniatura con mini-lectores!

¡Si vieras hoy la procesión de gente que acude a los puestos de periódicos; si leyeras algunos de los semanarios ilustrados, a veces plagados de indecencias, y si te enfrascaras en la lectura de los diarios, verías cuánto hemos avanzado desde los tiempos del «Gobo de Rialto»! Nada de hojitas esporádicas; las noticias se abalanzan cada día sobre las gentes, sin hacerse esperar.

La República de Venecia se vanagloriaba de poder conocer en el plazo de tres meses lo que ocurría en todo el Mediterráneo; nosotros hemos visto a los astronautas en el preciso instante de desembarcar en la luna, a un metro de distancia.

Desgraciadamente, las noticias casi nos ahogan por su frecuencia y abundancia, no nos dan tiempo para reflexionar. A fuerza de tanta sorpresa, terminamos un poco por no asombrarnos ya de nada y por no apreciar nada por hermoso que sea.

Tenemos también que tener en cuenta las presiones. Trato de que te hagas una idea. Funcionan en América cátedras universitarias de «publicidad» que enseñan a apuntar a la psicología del consumidor, actuando directamente sobre el sistema nervioso del individuo y su complejo de inferioridad, hasta plantearle el dilema siguiente: o adquiero tal producto o me condeno inapelablemente a ser un desgraciado.

En el rotograbado, por ejemplo, te ponen delante a la simpática señorita Raquel. Es bella y atractiva, pero en las fiestas nadie la invita a bailar. ¿Por qué? Lo descubre ella misma, escuchando casualmente una conversación: «¡Raquel debería consultar a un dentista lo de su aliento!» Y el dentista, consultado en seguida, sentencia: «Señorita, su problema no es tal, le basta usar el dentífrico tal de la casa cual». Raquel lo usa ¡y vuelve a ser feliz, cortejada y admirada! Es un caso típico de la sociedad de consumo; se refiere a la publicidad, pero podría citar otros casos tomados de la política o el sindicalismo, donde obran la propaganda ideológica y el persuasor oculto.

* * *

Así es que hoy, querido Manuzio, nosotros miramos menos a los impresores y más a los responsables de la prensa periódica. ¡Ah, si éstos tuvieran tu delicadeza profesional! El «culto de la noticia» no debería hacerles olvidar el deber de la caridad y de la justicia hacia los particulares, indefensos, por lo general, ante la prensa, y hacia la sociedad. No todos están en disposición de reaccionar frente al diario que ataca, como el estadista Thiers, que decía: «¡Dejadles que escriban! Soy un viejo paraguas sobre el que llueven injurias desde hace más de cuarenta años. ¡Gota más, gota menos, da igual!» Tú en Venecia tenías la censura, que controlaba tus libros. Hoy la censura podemos decir que no existe. ¡Ojalá funcionara, por lo menos, algo de autocensura! Es cierto que mucho depende también de los lectores, pues si éstos dieran muestras de gustos más serios, la autocensura funcionaría inmediatamente e incluso los diarios se harían más serios, porque es archisabido que la gente tiene el periódico que se merece y que desea.

¿Sucederá así? Esperémoslo.

De momento, si estuvieras aquí, se te encogería el corazón al ver una montaña gigantesca de mala prensa frente a un modesto montoncillo de buena prensa. Es éste un problema que los católicos, si lo son de verdad, deben resolver con esfuerzos sinceros.

Dicen los alemanes: «Si la vaca es flaca, ¿cómo queréis que dé mucha leche? ¡Dadle más heno!» Mark Twain, en la época en que dirigía un periódico, no se limitaba a escribir y a hacer escribir, sino que hacía propaganda con todos los medios posibles. Un día apareció en primera página una viñeta con un asno en el fondo de un pozo. La «leyenda» preguntaba: «¿Quién sabrá decir por qué este pobre burro ha muerto en el fondo de un pozo?» Pocos días después, reaparecía la viñeta y la «leyenda» decía: «¡El pobre burro se ha muerto por no pedir ayuda!»

¡Querido Manuzio! Yo soy ese borriquito. ¡Y pido ayuda para la buena prensa!

Noviembre 1973.

¿UN “DESPOTA” ÉL TAMBIÉN?

Doctísimo santo:

Tus hermanos de religión preparan una brillante celebración del séptimo centenario de tu muerte (1274-1974).

¿Qué aspecto de tu personalidad es el que piensan destacar?

Primero fuiste estudiante y luego profesor, en la Universidad de París; general de la Orden franciscana, obispo y cardenal; orador autorizadísimo en el concilio ecuménico de Lyon y escritor de materias teológicas y místicas, con amplísimo eco incluso en siglos posteriores al tuyo.

¿Qué subrayarán o acentuarán tus hermanos? No lo sé. Si de mí dependiese; de entre todas tus obras escogería la *Vida de San Francisco* y la daría a conocer a diestro y siniestro. Se trata de una obra maestra, incluso desde el punto de vista literario. La escribiste con el alma estremecida y con un estilo a la vez elevado y pintorescamente imaginativo. Cuando la estabas preparando, tu amigo Santo Tomás: presagiaba ya sus bellezas, diciendo: «¡Dejemos: que un santo escriba acerca de otro santo!» Presagiaba, me gusta también pensarlo, sus grandes frutos espirituales.

Doy, sin embargo, por descontado que ni tú ni él presagiabais lo más mínimo la interpretación que el otro día hizo un estudiante universitario que hablaba conmigo. «Nosotros, los jóvenes de hoy —dijo—, estamos con San Francisco». «Estupendo», le respondí. «¡Sí —añadió—, del mismo modo que San Francisco se enfrentó con su padre, arrojándole a la cara sus vestidos, también nosotros le arrojamos a la cara a esta sociedad de sucio consumo todo lo que nos ha dado, o mejor dicho, impuesto!»

En la época en la que estudiabas, como simple seglar, había en París diez mil estudiantes universitarios, que discutían, alborotaban, se manifestaban tumultuosamente y frecuentemente también se rebelaban, pero de otra manera.

El estilo y los problemas de nuestros jóvenes contestatarios son distintos. Permíteme que te diga algo de ellos.

* * *

También en tus tiempos los jóvenes querían, con ánimo innovador, desentenderse del pasado. Hoy ellos —o mejor, muchos de ellos— predicán la ruptura total con el pasado, desechando en bloque sociedad, familia, matrimonio, escuela, moral y religión.

«Pretendéis echar abajo todo —dije a mi interlocutor—, pero ¿y después? ¿Qué vais a poner en el sitio de las instituciones que queréis derribar?»

Me respondió: «¡Esa es una pregunta burguesa!»

Así, pues, nuestros jóvenes plantean la *protesta*, pero no formulan la *propuesta*.

Dirás: «Se trata tal vez de jóvenes pobres, desheredados; ¡por eso la tienen tomada con los *burgueses*!» ¡Nada de eso! Se trata precisamente de los hijos de la burguesía, de jóvenes a los que frecuentemente no les falta nada. Tienen medios para vivir, pero carecen de ideales por los que vivir.

Insistirás: «Por lo menos, habrá razones, habrá excusas para explicar esta situación». Ciertamente, y voy a tratar de señalar algunas.

Hoy las puertas de las Escuelas Superiores y de las Universidades han sido abiertas de par en par y en ellas entran, en Italia, los jóvenes a cientos de miles todos los años. No se encuentran allí, sin embargo, todos los que deberían encontrarse y, encima, no existe proporción entre accesos a los estudios y accesos a los puestos de trabajo.

Jóvenes provistos de licenciaturas y diplomas no encuentran ocupaciones adecuadas y el número de intelectuales en paro aumentará mucho en los próximos años. La sociedad no ha sabido prever este gravísimo inconveniente, y los jóvenes arremeten contra la sociedad.

No acaba ahí la cosa. En esta sociedad se ha creado un tremendo vacío moral y religioso. Todos parecen espasmódicamente lanzados hacia conquistas materiales: ganar, invertir, rodearse de nuevas comodidades, pasarlo bien. Pocos son los que se acuerdan de «hacer el bien».

Dios —que debería invadir nuestra vida— se ha convertido, en cambio, en una estrella lejanísima, a la que sólo se mira en determinados momentos. Creemos ser religiosos, porque vamos a la iglesia, tratando después de llevar fuera de la iglesia una vida semejante a la de tantos otros, entretejida de pequeñas o grandes trampas, de injusticias, de ataques a la caridad, con una falta absoluta de coherencia.

En cambio, los jóvenes que buscan la coherencia no perseveran. Hallan en seguida incoherencias, verdaderas o aparentes, en la propia Iglesia y se apartan también de ella. Y como de algo hay que hacerse, se adhieren a pésimas ideologías de moda y al culto espasmódico del sexo, que es el reverso de una religión, bajo el nombre de «liberación sexual o erótica».

Pero hay más todavía. Existe el culto a la libertad. Pero no de la libertad clásica de poder hacer lo que se debe hacer sin ser molestados o de poder elegir entre una

cosa u otra. No, se trata de la independencia absoluta. «Yo soy el único que decide lo que está bien y lo que está mal. Quiero realizarme a mí mismo sin depender de ley alguna que venga de fuera. Quien se opone a mis deseos, atenta contra mi personalidad. Toda autoridad es represión. Toda estructura es prisión. Todo superior es un policía».

Tú, dulcísimo y doctísimo santo, enseñaste durante muchos años y el magisterio te parecía servicio a la verdad, a los estudiantes y a las familias.

¡Si vinieras hoy! Lo digo porque, siendo un maestro, te mirarían como un «dictador» o un «déspota»^[31] que pretende imponer su cultura para encadenar a los alumnos al «sistema».

Oirías hablar de «desescolarización». «Si de escuela se trata, los alumnos no deben aprender *materias*, sino que deben acostumbrarse, a discutir problemas políticos de actualidad». Tendrías que aceptar una «gestión social» de la escuela y tendrías que vértelas no sólo con los alumnos y sus padres, sino también con los partidos políticos; el tiempo destinado a preparar las clases se lo llevarían, en parte, prolongadas asambleas y discusiones.

Nadie dice que todo esto sea: malo; el diálogo con los jóvenes está dentro de lo debido y es justo que las diversas componentes sociales se interesen por la escuela, y que ésta sea algo vivo; que huya de un exagerado y pasado teorismo y abstractismo. Son sólo las demasías lo que lo estropean todo.

* * *

¿Son entonces despiadados estos muchachos para con sus maestros? Yo diría que sí. Y, sin embargo, por otra parte, se muestran compasivos, y esto es bueno, hacia los pobres, los marginados, los excluidos. Y se declaran contrarios a todas las barreras sociales, a todas las discriminaciones de clase o de raza. Es ésta una maravillosa generosidad, pero, desgraciadamente, aquí también se encuentran ante gravísimas injusticias, contra las que se rebelan.

Oyen hablar de naciones que se dicen cristianas y que, sin embargo, toleran casos de tortura para la represión ideológica. Ven a familias de obreros obligadas a vivir con 100 000 liras al mes, mientras hay algunos que se enriquecen extraordinariamente, no sabemos cómo.

Una cantante gana en una sola velada dos millones de liras y se hace millonaria con la venta de los discos de sus canciones. Leen que se conceden ayudas al Tercer Mundo, pero luego se dan cuenta de que se trata de unas cuantas gotas. El dinero gastado en armamento es extraordinariamente mucho más y, mientras, en el Tercer Mundo se sigue la gente muriendo de hambre.

Hay verdaderamente motivos para indignarse, pero resulta también que este justo desencanto juvenil se explota intencionadamente, pintando con tintas más negras y

más pesimistas todavía algunas de nuestras sociedades y callando las monstruosas enormidades de otras que se presentan como modelo y como «paraísos ideales».

* * *

No querría yo, por mi parte, haber cargado un poco las tintas. No todos nuestros jóvenes son así. Muchos se preocupan de trabajar duramente, son respetuosos y se preparan para la vida con toda seriedad; desgraciadamente, lo que pasa es que mientras los otros hablan y escriben, éstos callan. Los mismos que adoptan actitudes contestatarias, frecuentemente esperan mucho de los adultos contra quienes contestan y se desilusionan cuando se les responde vagamente diciendo «estamos tratando de encontrar arreglo».

Habría que hacerles propuestas concretas. ¿*Libertad*? Ciertamente, pero, sin Dios, ¿qué clase de libertad cabe? El progreso, las ciencias nos ayudan cada día a conocer mejor *cómo* se ha hecho este mundo, pero sólo la doctrina de Cristo nos dice *por qué* estáis en el mundo.

¿Un *modelo*? Cristo es una alternativa válida, para siempre y para todos. Él ha recorrido un camino trazado y ha dicho: ¡seguidme! Camino, sí, un poco estrecho, pero camino de lealtad, de amor a todos, con pequeños y pobres privilegiados, que desemboca en la «gloria del Padre». En la cruz Él se ofrece al Padre; resucitándolo, el Padre manifiesta que acepta la ofrenda, glorifica la humanidad de Él y de cuantos son de Él y anuncia jubilosamente que el mundo entero será un día transformado en «cielos nuevos y tierra nueva».

¿Un *mundo que mejorar*, luchando por la justicia, por evitar las causas del mal? De acuerdo, pero que cada uno empiece por mejorarse a sí mismo. Y tratemos de no caer en ingenuas utopías. Imperfecciones las habrá siempre en cualquier sistema; no juzguemos a los hombres sin apelación; no hagamos divisiones tajantes: aquí, los buenos; allí, los malos; aquí, sólo lealtad; allí, sólo abuso; éste es progresista; aquél, conservador. La vida es siempre mucho más compleja; los buenos tienen también sus faltas, y los malos, sus virtudes.

¿*Iglesia infiel*? Así la han llamado también los Santos Padres, quienes, no obstante, especificaban: la *santa* Iglesia infiel. Constituida por pecadores, forzosamente también la Iglesia es pecadora, pero sigue suministrando ayudas válidas y ejemplos de santidad a cuantos se fían de ella. Además hay que ver también si son verdaderas todas las infidelidades que se le achacan. Una cosa es la Iglesia que se imagina determinado escritor (seguramente de buena fe), y otra, la Iglesia real, tal cual es, fuera de la imaginación de ese escritor.

* * *

¡Dulcísimo San Buenaventura! Tus contemporáneos, que tuvieron la dicha de

escucharte, quedaron embriagados con tu palabra. Escribieron, «hablaba con lenguaje angélico». Desearía que siguieras hablando como un ángel, sobre todo a los padres, a los educadores, a los políticos, a cuantos son responsables de los jóvenes. Y querría que dijeras: «No temáis ni a la fatiga, ni a las justas reformas, ni a los sacrificios, ni al diálogo, con tal de ayudar a estas criaturas. Y esto, por su bien y también por el vuestro. El que hoy teme a las fatigas y a los sacrificios, lo puede pagar caro mañana».

Tolstoi estaría dispuesto a subrayar tus últimas palabras con uno de sus ejemplos.

En el pequeño principado de Mónaco los jueces hacía muchos años que habían condenado a la guillotina a un malhechor, pero se dieron cuenta de que no había ni guillotina ni verdugo. ¡Tan pequeño era el principado de Mónaco! Pidieron ambas cosas prestadas a la vecina Francia, pero, enterados del precio, se asustaron: «¡Cuesta demasiado!» Dieron un paso análogo junto al rey de Cerdeña. Pero también allí «costaba demasiado».

Mantuvieron entonces al malhechor en la cárcel, pero el carcelero, el cocinero y la comida del preso también costaban lo suyo, con lo que dijeron los jueces: «¡Dejemos abierta la puerta de la cárcel y que se vaya por su cuenta!»

En cuanto vio la puerta abierta, el preso salió a dar un paseo por la orilla del mar. Pero a mediodía acudió a la cocina del príncipe a exigir su comida. Así uno, dos, tres, muchos días..., de forma que aquello amenazaba con pesar lo suyo sobre el presupuesto del principado. Así es que los magnates decidieron llamar a aquel hombre: «¿Es que no te has dado cuenta de que te tienes que ir?» Y él:

«Sí, sí, me voy, pero ¡pagadme!» Tuvieron que pagarle. Y así, con el pretexto de que «Costaba demasiado» y con el aplazamiento indefinido, un bribón más se fue por esos mundos tramando fechorías.

No digamos nunca «¡cuesta demasiado!», si no queremos que el bribón de la contestación salvaje y revolucionaria siga viajando por el mundo. No le demos largas a la solución de los problemas, a los sacrificios y al diálogo. Hablemos con estos jóvenes y tratemos de ayudarles con ayudas y métodos nuevos, adaptados a los tiempos, pero con el mismo apasionado amor con que en tu tiempo, querido santo, les ayudaste tú.

Diciembre 1973.

LA BURLA MÁS LOGRADA DEL DIABLO

Ilustre poeta:

Me encontré por vez primera contigo leyendo a Carducci.

Este se imagina que va en carroza, viajando a lo largo del Chiarone, riachuelo de la Marisma toscana. Las «macilentas mulas» trotan, la oscuridad aumenta, cae una lluvia tenue y el poeta va leyendo precisamente un libro tuyo. Alucinantes visiones debe de proporcionarle tu lectura, porque escribe:

*Malvado verso torvo,
como el hombre que sueña
hundido en pesadilla,
beodo de cerveza...
vapor ácido exhalas
de una tristeza horrenda.*

En un momento dado, no puede más y arroja de sí tu libro:

Y tú, Marlowe, ¡al agua!

Era yo entonces un muchacho; nada tiene de particular que me hiciera esta pregunta: «¿Qué tendrá de horrible ese libro? No puedo rescatarlo de las aguas del Chiarone, pero ¿y si doy con él en una biblioteca?»

Di con él, era la *Trágica historia del doctor Fausto*.

Ya lo creo que es trágica y sombría. En las primeras páginas leemos los términos en que se formula el contrato entre Fausto y el diablo: «*Primero*: el doctor Fausto podrá hacerse espíritu en forma y sustancia. *Segundo*: el diablo Mefistófeles será su criado y se pondrá a sus órdenes. *Tercero*: Mefistófeles hará o proporcionará a Fausto lo que fuere. *Cuarto*: Mefistófeles permanecerá invisible en el aposento o en la casa de Fausto. *Quinto*: se le aparecerá al dicho Juan Fausto en cualquier momento y en la forma o bajo el aspecto que quiera».

«Yo, Juan Fausto, de Wittemberg, doctor, por la presente cedo mi alma y mi cuerpo a Lucifer, príncipe del Este, y a su ministro Mefistófeles, y además le otorgo pleno derecho, transcurridos veinticuatro años, a llevarse al supradicho Juan Fausto, en cuerpo y alma, carne, sangre y bienes, a su morada, esté donde estuviere. De mi puño y letra. Juan Fausto».

Llegado al final del drama, me pregunté: «Es genial este Marlowe como poeta tremendista, pero ¿no es una estupidez la del diablo y una locura la del doctor llevando adelante semejante contrato?» Hoy estoy en disposición de contestar: «¡Sí, desde luego, el diablo, un estúpido, y el doctor, un loco! ¡Menos mal que no existió tal contrato!» Pero, mira por dónde, sale otro y dice: «¡No, menos mal que quien no existe es el diablo!»

Pienso que a ti, Marlowe, esta moderna negación del diablo te interesa muy poco; ya hace cuatrocientos cincuenta años que tú, si te he entendido bien, te inclinabas por ella. En cambio, a mí no me hace ninguna gracia.

Pienso con Carlos Baudelaire, poeta, como tú, y que, como tú, no era ningún angelito, que «la burla más lograda del diablo es la siguiente: hacer creer a los hombres que él no existe». Él, el diablo, uno de los protagonistas de la historia, trata de pasar de incógnito en el mundo y de que le nieguen los hombres para conseguir de ellos que promuevan contra Dios la rebelión que un día él emprendió. Y, en parte, lo ha logrado.

Prueba de ello ha sido lo que ocurrió hace unos meses, cuando el papa hizo una severa advertencia sobre el diablo, diciendo que existe no sólo como mal impersonal, sino como auténtica persona, invisible, sí, pero incansablemente activa en perjuicio del hombre.

Hubo enérgicas reacciones. Algunos, desde lo alto de los periódicos y revistas, como improvisados teólogos, sentenciaron con aplomo que aquélla no era forma de hablar de un papa, resucitando mitos medievales e interrumpiendo el «progreso» de una teología que estaba ya confinando al diablo en un mínimo reducto impuesto por la «cultura».

Salió incluso un libro titulado *El papa y el diablo*. Tú, Marlowe, lo habrías definido como *malígnantis naturae*. En ese libro, en efecto, el diablo es un mero pretexto, pues el servicio de Pablo VI a la Iglesia y al mundo es el tema verdadero, tratado con la apariencia de un riguroso aparato de datos de investigación objetiva, mientras que, en realidad, en el trasfondo lo que hay es o una congénita incapacidad de entender lo que es la Iglesia, o la ingenuidad del que habla de oídas, o una desagradable tendenciosidad.

Mucho más positiva es la reacción de algunos teólogos de «manga ancha». Interpelados, respondieron a regañadientes que un católico no puede correctamente negar la existencia del diablo, dado lo abiertamente que de él habla la Biblia.

Aquí está el quid: la Biblia y la correcta lectura de la misma. Llama la atención una cosa y es que, mientras las religiones del antiguo Oriente contaban con una demonología desarrolladísima y pintoresca, el Antiguo Testamento concede al demonio un puesto restringido. El temor de lesionar el monoteísmo, de perjudicar al culto hebraico oficial o de falsear el problema del mal explican seguramente esta reserva de los escritores sagrados.

El Nuevo Testamento es mucho más explícito. Con frecuencia nos encontramos con nombres tales como «demonios», «espíritus», «espíritus malignos», «espíritus impuros», «el maligno», «el tentador».

Estos «espíritus» —según el Evangelio— tratan de oponerse a la venida del Reino y pueden tentar a los hombres, como tentaron a Jesús en el desierto.

Para San Juan, la pasión de Jesús es una lucha contra el demonio; en los Hechos se dice que la predicación de los apóstoles será la prosecución de la lucha entre el Reino de Dios y el reino del demonio.

Tanto Jesús como sus oyentes le echan muchas veces al demonio la culpa de las enfermedades: ceguera, mudez, sordera, convulsiones, trastornos mentales. Jesús curó aquellas enfermedades, pero nunca valiéndose de fórmulas mágicas o exorcismos, sino dando una orden o haciendo un simple gesto.

San Pablo habla a menudo de la potencia del diablo y de la tentación, a la que ve frecuente, variada y dañina: el diablo llega a transformarse en ángel de luz para mejor engañar a los cristianos. El propio Pablo se siente abofeteado por un «ángel de Satanás» con agresiones sin especificar. No obstante, no se arredra, pues el poder de las tinieblas no será capaz de apartarle de la caridad de Cristo. Jesús —dice— nos ha liberado de la potencia del demonio y son los cristianos los que, al final, juzgaremos a los ángeles.

Más colorido tiene el libro del Apocalipsis. A decir verdad, su demonología, con su trasfondo de luchas y victorias de ángeles sobre demonios, no es fácil de interpretar. La demonología de los primeros siglos cristianos estaba influenciada por el Apocalipsis. Allí aparece con frecuencia el «tema de la astucia». Dios habría escondido su divinidad bajo la naturaleza humana de Cristo, pero el diablo se habría echado encima, de improviso. Cogido como un pez atontado en el anzuelo, dice San Gregorio papa. Preso como un ratón goloso en la trampa de la cruz, dice San Agustín. San Cirilo de Jerusalén habla, en cambio, de un veneno que, al ingerirlo, le obliga al diablo a escupir las almas que tenía prisioneras.

Este tema del diablo engañador engañado, abandonado en seguida por los teólogos, fue recogido por los artistas. No te agradó a ti, Marlowe, que hiciste que el pobre Fausto acabara para siempre bajo las garras de Mefistófeles; pero sí agradó a Dante y agradó a Goethe.

En Dante tenemos a Buonconte de Montefeltro excomulgado y víctima segura del diablo, que le está esperando como presa segura. Pero Buonconte, antes de morir, tiene la feliz idea de invocar a la Virgen. El ángel del Señor se hace con su alma y al diablo, corrido y burlado, no le queda más que salir detrás de él gritándole:

¡Oh tú, el del Cielo!, ¿por qué me lo quitas?

En Goethe, el pobre Mefistófeles, tras haberse fatigado largos años en satisfacer todos los deseos de Fausto joven y viejo, se queda con un palmo de narices. En el último momento bajan del cielo coros enteros de ángeles para neutralizar las malicias diabólicas y salvar a Fausto. Despechado, Mefistófeles grita:

*El alma que me había prometido...
me la han quitado con engaños.*

Dios, sin embargo, no engaña a nadie, diga lo que diga Mefistófeles. Este, con todos los suyos, sí que es un tramposo.

* * *

Tal es el tema predominante en la demonología de los Padres que se refugiaron en el desierto en los primeros siglos de la Iglesia. Este desierto no lo conciben como un refugio opuesto a la corrupción del mundo, lugar donde en la soledad habla Dios privilegiadamente al corazón del hombre. Al revés, es el campo de batalla donde los solitarios van a medirse con el diablo y a derrotarlo, como ya hizo Jesús. Los diablos —según aquellos Padres— consideran al desierto terreno propio. «¡Fuera de nuestra casa!», le gritaban a San Antonio, poniendo en el camino de éste mil obstáculos con el fin de que no pudiera pasar y no viniera a estropear su último refugio llenándolo de monjes.

Son famosas las malas pasadas que los demonios le jugaron, convertidas luego en el pan cotidiano de todos los anacoretas y que los piadosos peregrinos que van a visitar a los Padres del desierto les oyen contar con estupor. San Pacomio dobla las rodillas para rezar y el diablo va y le cava un hoyo; está trabajando y el diablo se pone de repente enfrente de él en forma de gallo gritándole en la nariz; se pone a rezar, y un lobo y una zorra saltan sobre él, aullando. San Macario, yendo de viaje a un templo idólatra, fue clavando a lo largo del camino en la arena una serie de palitos para poder volver a encontrar, de regreso, el camino; pero se quedó dormido y el diablo arrancó entonces todas las señales, y Macario se las encontró a guisa de almohada bajó la cabeza.

En resumen: diablos tentadores, despechados, enredadores, envidiosos, sobre los cuales, si el monje ora y vigila, alcanzará completa victoria. Por supuesto que, más

que ante verdaderas historias, nos encontramos ante libros didácticos o moralizantes.

Sin embargo, se leyeron y creyeron como historias, impresionando a los fieles sencillos y dando origen a otros libros y otras creencias.

En la Edad Media creían todavía que el diablo venía a atormentar especialmente a los mejores bajo disfraces ora terroríficos, ora conturbadores. ¿La pobre monjita quiere una fuente de ensalada? En esa fuente está Satanás. ¿Que un fraile se complace en un pajarito que canta en su celda solitaria? En aquel canto está Satanás. Incluso puede anidar Satanás en las miniaturas del libro de oraciones, en las imágenes pintadas sobre el altar y hasta en el estrecho cordón que ciñe el sayal del fraile.

Peor aún: Satanás, *íncubo*, viola a las vírgenes y procrea en su seno hijos nefandos. ¡Ay de mí! La religiosidad medieval cae con frecuencia en esta materia en el ámbito de la superstición.

Roberto, duque de Normandía, llevó el sobrenombre de *el Diablo*, porque creían que había sido engendrado por el diablo.

A la demonología se unió y alió frecuentemente y pese a los esfuerzos de la Iglesia, la magia. La bruja, la mujer maléfica, la envenenadora, halla crédito hasta los siglos XVI y XVII. Se cree que podía utilizar fuerzas infernales contra un enemigo y se pretende que mujeres obsesas volaban de noche para ir a tomar parte en los festines sabáticos de Satanás.

¿Cómo explicar todo esto? No se trata solamente de maldad, porque frecuentemente ha habido ignorancia y buena fe. Digamos entonces: ingenuidad de escritores que han aceptado hechos sin verificarlos debidamente; credulidad facilona que mezcló imprudentemente palabra de Dios y manifestaciones supersticiosas; fenómenos psicológicos y patológicos observados con ojos superficialmente religiosos en vez de con mirada científica.

Rechazar estas exageraciones y estos errores no quiere decir rechazarlo todo.

Que existe el diablo, espíritu puro invisible, no es ya problema para la existencia de Dios y de los ángeles. Admitir su poder sobre la humanidad no tiene por qué asustarnos, si creemos en la victoria alcanzada por Cristo. En la cruz el Señor parecía vencido. Pero era él el vencedor y así se vio en la resurrección.

Nos encontramos en la misma situación: sujetos a tantas tentaciones, pruebas y dolores, parecemos vencidos, ¡pero con la gracia del Señor seremos vencedores!

Enero 1974.

PROHIBIDO PROHIBIR

Querido San Lucas:

Me has sido siempre muy grato, por ser tan dulce y conciliador.

En tu evangelio subrayas que Cristo es infinitamente bueno; que los pecadores son objeto de un amor particular por parte de Dios, y que Jesús, casi ostentosamente, se relacionó con aquellos que no gozaban en el mundo de consideración alguna.

Eres el único que nos ofrece el relato del nacimiento e infancia de Cristo, cuya lectura escuchamos siempre con renovada emoción en Navidad. Hay, sobre todo, una frase tuya que me llama la atención: «Envuelto en pañales fue reclinado en un pesebre». Esta frase ha dado origen a todos los belenes del mundo y a miles de cuadros preciosos. Y a ella añado yo esta estrofa del Breviario:

*Ha aceptado yacer sobre el heno,
no ha tenido miedo del pesebre,
se alimentó con poca leche
aquel que sacia el hambre del último pajarillo.*

Hecho esto, me pregunto: «Si Cristo se ha colocado en ese puesto tan humilde, ¿qué lugar debemos escoger nosotros?» Déjame dar la respuesta que le hallo a esta pregunta.

* * *

Delante de Dios, nuestro puesto es el de Abrahán cuando decía: «¿Osaré hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza?» O bien el del publicano, que en el umbral del templo, lejos del altar, no se atrevía siquiera a levantar los ojos del suelo, acordándose de los muchos pecados que había cometido.

Ante un Dios infinito y omnipotente debemos aceptar que somos pequeñísimos, reprimiendo en nosotros toda tendencia contraria a la justa sumisión. La realidad es que Dios quiere que le imitemos en algunas cosas, mientras en otras quiere ser único, inimitable. Dice: «Aprended de mí a ser mansos y humildes»; «sed misericordiosos,

como lo es mi Padre». Pero dice también: «Sólo a Dios el honor y la gloria»; «sólo Dios es el Absoluto y el Independiente».

Pero nosotros intentamos invertir las posiciones: queremos para nosotros autonomía, independencia, honores, y no nos apetece ser dependientes, mansos y pacientes. Nos valemos, al efecto, de las «filosofías nuevas» (que en breve serán viejas) y de la Kultura, con K mayúscula. Además se nos ha subido a la cabeza el progreso, plenamente conscientes como somos de haber llegado hasta la luna, de haber puesto en pie la civilización de todos los consumos y de todas las comodidades.

Pero cuando nos estábamos ya olvidando de Aquel de quien proviene todo don de ingenio y energía, he aquí que de labios de los jeques orientales nos llegó el duro y brusco anuncio: «¡Eh, vosotros, los del consumismo y la Opulencia —nos dijeron—, se acabó la bicoca; ya no queda petróleo más que para unos treinta años; el que lo quiera que lo pague! ¡Así que organizaos y poneos a buscar otras fuentes de energía!»

Este anuncio y los duros momentos que no aguardan pueden resultarnos útiles. Por un lado, nos estimulan a nuevas investigaciones y a abrir nuevas vías de progreso; por otro, nos recuerdan los límites de todo lo terreno y que hay que poner nuestras supremas esperanzas en lo alto.

Le he oído decir a un «cristiano crítico»: «Basta de religión pequeño-burguesa, que habla del paraíso y de la salvación de cada alma en particular. Todo esto huele a individualismo capitalista y aparta la atención de los pobres de los grandes problemas sociales. El que predica el Evangelio debe hablar de pueblo, de masa, de salvación común. Cristo, en efecto, vino a liberar al pueblo del exilio de la civilización capitalista, para conducirlo, a la patria de la nueva sociedad, que está a punto de surgir».

En todas estas palabras lo único que hay de verdad es que el cristiano debe ocuparse eficazmente de los grandes problemas sociales. Cuanto más le apasione a uno el «cielo», tanto más debe echar una mano para que la justicia se implante en la tierra. En cuanto al resto, capitalista o socialista, la civilización es para cada uno de nosotros algo meramente temporal; estamos aquí de paso.

Nuestra verdadera patria, la que alcanzamos capitaneados por Cristo —todos juntos, pero cada uno con su destino propio—, es el paraíso. El que no cree en el paraíso es un desgraciado; «carece de esperanza», diría San Pablo, y aún no ha encontrado el sentido profundo de su propia existencia.

* * *

Con respecto al prójimo, nuestro puesto es triple, ya se trate de superiores, de iguales o de inferiores.

¿Pero cabe hablar de superiores en estos tiempos? ¿Cabe decir que los hijos deben amar, respetar y obedecer a sus padres, *los alumnos* a sus profesores y los ciudadanos

a la autoridad constituida?

En el siglo XVII se celebraba aquí, en Venecia, el famoso Carnaval. La gente durante aquellos días daba la impresión de trastornarse, hacía un poco lo que le venía en gana y se desahogaba, yendo —con la complicidad de las máscaras— en contra de usos y leyes, como si se tratara de recobrar de haber vivido unos meses en obediencia y morigeración. Hoy tengo la impresión de que está ocurriendo algo parecido.

A mí no me asusta tanto oír que hay en el mundo atentados, robos, rapiñas, secuestros y homicidios, porque siempre los ha habido; lo que me da miedo es la manera nueva con que muchas gentes ven estos fenómenos. Las leyes y las normas se consideran como cosas de las que hay que burlarse, o se las enjuicia como si fueran represión o alienación. Nos chifla hablar mal de toda ley. Lo único prohibido hoy —se dice—es el prohibir, y quien trate de prohibir da la impresión de pertenecer a la vieja y desfasada «sociedad opresora». Hay magistrados que, al dictar sentencia, parecen abrir arbitrarias «brechas» en el seto de la ley y con mucha frecuencia en la prensa son ridiculizadas las fuerzas que tienen como misión hacer que se respete el orden público.

En los propios ambientes clericales, en eso de «tirar por la borda», una tras otra, las leyes eclesiásticas, se aplica con demasiada alegría y despreocupación aquello del *quantum potes tantum aude* del «Lauda Sion». Se multiplican las encuestas más o menos científicas, casi todas las cuales parecen concluir con este estribillo: «¡Queridos amigos, sois unos desgraciados en la situación actual; si queréis ser felices, tenéis que cambiarlo todo y tirar por tierra las estructuras!»

Entra aquí también la psicología, ciencia que explica los actos humanos. ¿Y qué sucede? Los adúlteros, los sádicos, los homosexuales, son casi siempre excusados por los «psicólogos de la profundidad»; la culpa es de los padres, que no han amado como es debido a sus tiernos y angelicales retoños. Toda una literatura parece obedecer a esta consigna: «¡Duro contra tu padre!», y hace al padre responsable de casi todo. Otro tipo de literatura, al propagar una liberalización completa de toda ley, pide la anticoncepción sin frenos, el aborto a gusto de la madre, el divorcio libre, las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad y el uso de los estupefacientes.

Es una marea, querido San Lucas, una especie de ciclón que avanza sobre nosotros. Frente a él, ¿qué puede hacer un pobre obispo? Puede admitir que en el pasado la ley haya sido frecuentemente algo absoluto, una especie de altar sobre el que se ha sacrificado un poco a la persona. Toma nota de que a veces los propios padres son los que aligeran las riendas de sus hijos («¡no quiero que mi hijo conozca la severidad con que me han tratado a mí!»). Admite que los propios padres se olvidan a veces del consejo de «no ser demasiado exigentes con sus hijos» (Col 3,21). Sabe muy bien que el ejercicio de toda autoridad es un servicio que se ejerce a modo

de servicio. Tiene presentes las palabras de San Pedro: Obrad «Como verdaderos hombres libres, que no emplean la libertad como velo de la malicia, sino que están al servicio de Dios» (1 Pe. 2,16). Estas palabras excluyen el llamado «poder» y exigen una autoridad promotora de libertad; no quieren una obediencia servil, sino una obediencia adulta, activa y responsable.

¿Y después? Después debe confiar en Dios, haciendo valer firmemente la palabra divina: «Quien teme a Dios, honra al padre... Hijo mío, honra a tu padre con palabras y obras» (Eclo. 3,7.8). «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; esto place al Señor» (Col. 3,20). «Que cada uno se sujete al que ejerce la autoridad, porque no hay autoridad sino de Dios..., por lo que si alguien se rebela contra la autoridad, se rebela contra el ordenamiento divino» (Rom. 13,1-2). «Recomiendo que se hagan súplicas y oraciones... por todos los hombres, por los reyes y los que están constituidos en autoridad» (1 Tim. 2,1). «Sed obedientes y sumisos a vuestros superiores, a fin de que, teniendo ellos, como responsables, que velar sobre vuestras almas, lo hagan con gozo y no gimiendo» (Hebr. 13,17).

* * *

Luego están nuestros iguales. Respecto a éstos, nuestro deber es comportarnos con sencillez, evitar el singularizarnos y la manía exagerada de distinguirnos de ellos. La tendencia espontánea sería, a veces, no hacer lo que ellos hacen, sino hacer lo que los demás no hacen; llevar la contraria a lo que afirman; desdeñar lo que ellos admiran, y admirar lo que ellos desdeñan.

Unos quieren hacerse notar por la elegancia, el lujo, los colores llamativos y la ostentación en el vestido, y otros por su modo de hablar original y rebuscado. Un anillo en el dedo, un rizo que asoma bajo el sombrero o una pluma en el gorro alpino le llenan a algunos increíblemente de orgullo. Cosas que carecen de gravedad —entendámonos—, pero que frecuentemente se convierten en trucos para llamar la atención, sorprender a los demás y enmascarar la propia mediocridad.

En cambio, el hombre sencillo y auténtico no trata de aparentar que es más rico, ni más culto, ni más piadoso, ni más noble, ni más influyente de lo que es. Ser lo que se debe ser, parecer lo que se es, vestir de acuerdo con la propia condición, no llamar voluntariamente la atención, no dejar a los demás con la boca abierta, he aquí su programa. Jesús se adelantó a aprobarlo y recomendarlo y tú, querido San Lucas, supiste recogerlo: «Escoged el último lugar»; «¡ay de vosotros, que buscáis sentaros en la primera fila en las sinagogas y que os hagan reverencias en las plazas!»

* * *

Están, por último, los inferiores, o mejor dicho, los que tienen menos suerte que nosotros, por estar enfermos o atribulados o ser pobres o pecadores. Hacia ellos

tenemos el deber del amor cristiano eficaz, que debe aplicarse a cada uno y también al grupo o la clase en que aquéllos se integran.

Advierto en este punto dos posturas equivocadas. Dicen algunos: Yo amo y ayudo al pobre en particular, y se acabó; no me interesa para nada la «clase» de los pobres. Otros, en cambio, dicen: Yo lucho sólo por la clase entera de los pobres, por todos los marginados, por el Tercer Mundo, porque eso de ocuparse de cada pobre a base de pequeñas caridades no sirve para nada, más bien retrasa la revolución definitiva.

Respondo al primero: Hay que amar eficazmente a los pobres que, unidos entre sí y organizados, luchan por mejorar su situación. Debemos obrar como Cristo, que amó a todos, pero distinguió con un amor intenso a los pobres.

A los segundos les digo: Está muy bien eso de haber escogido la causa de los pobres, de los marginados y del Tercer Mundo. Pero ¡ojo con que, con la excusa de los pobres lejanos y organizados, descuidéis a los pobres cercanos! Pobre cercana a ti es tu madre, ¿por qué no la obedeces y la tratas mal? Pobre cercano a ti es tu profesor, ¿por qué eres con él tan irrespetuoso y despiadado? ¿Por qué impides con la violencia y los piquetes que tu condiscípulo entre contigo en clase, pretextando que sus ideas políticas son opuestas a las tuyas? Apoyas la gran causa de la paz. Muy bien, pero ¡ojo que no se cumplan las palabras del profeta Jeremías!: «Van por ahí diciendo paz, paz, pero no hay ni sombra de paz» (cf. Jer. 6,14 y 11). La paz, en efecto, cuesta; no se logra con palabras, sino con sacrificios y renunciaciones amorosas por parte de todos. Tampoco es posible lograrla con el mero esfuerzo humano; hace falta la ayuda de Dios.

Es el augurio natal de los ángeles, una de las cosas más hermosas que hayas tú nunca, querido San Lucas, «registrado»: «¡Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!»

Marzo 1974.

A NUEVOS TIEMPOS, ESCUELA NUEVA

Ilustre Quintiliano:

Fue usted un gran abogado; un gran maestro de oratoria, pero, sobre todo, un gran y apasionado educador de los jóvenes.

Plinio *el Joven* fue uno de sus alumnos y el emperador Domiciano le confió la educación de sus sobrinos, hijos de su hermana, Flavia Domitila.

El primero de los doce libros de su obra principal, la *Institutio*, ha sido libro de texto desde la Edad Media hasta hace pocos años.

Lo he recorrido recientemente y he vuelto a leer algunas de las máximas de usted.

1) No pretenda el maestro de un niño lo que sólo puede dar un adolescente, ni de un adolescente lo que esperamos de un adulto. Dígale, cuando haya aprendido algo bien: ¡Ya eres alguien!, y añada: ¡Lo mejor de ti vendrá después! Así le anima, le estimula y le franquea el camino de la esperanza.

2) No está bien que haya un solo maestro para un solo alumno. Si no se compara con los demás, el estudiante corre peligro de engreírse demasiado; puesto ante un solo estudiante, el maestro no da lo mejor de sí mismo. En cambio, si hay muchos en clase, hay emulación, hay porfía, y ésta estimula frecuentemente al estudio más que las exhortaciones de los maestros y los ruegos de los padres.

3) El espíritu crítico no es adecuado para los jovencitos, no debe hacersele prevalecer en ellos sobre la imaginación y la creatividad.

4) El maestro no debe ser demasiado severo en la corrección; de lo contrario, los tímidos se desaniman, temen a todo y no intentan nada, mientras que los más despiertos se enfadan y oponen tácita resistencia. Sea como un padre, viva sin vicios y no tolere los vicios. Austero, pero no rígido; benévolo, pero no carente de energía; ni se haga odioso por su rigor, ni despreciable por falta de energía; hable a todas horas de lo que es bueno y honesto...

* * *

Repasar estas máximas me ha producido a la vez ternura y tristeza, por ver que

están muy lejos de las máximas que veo ahora en determinados tratados modernos de pedagogía y que veo aprobadas con demasiada generalidad.

1) ¿Y si le dijera a usted, ilustre Quintiliano, que hay maestros que ya en el cuarto curso de EGB se detienen, volviendo luego continuamente sobre temas como el Vietnam, Chile o los palestinos? Lo que interesa —dicen— no es transmitir a los muchachos conocimientos adquiridos de otros en el pasado, lo que importa es que aprendan a discutir los grandes problemas del presente.

2) ¿Emulación, porfía? Estas son hoy palabras prohibidas; favorecerían el individualismo, el espíritu de clase, la meritocracia, el capitalismo. Las notas no deben darse al individuo, sino solamente al grupo.

3) Respecto al espíritu crítico, se trata de una de las cosas que más nos preocupan. La sociedad es presentada a los alumnos en sus aspectos negativos, a veces consciente y deliberadamente exagerados, para después decir: «¡Muchachos, éste es vuestro blanco, disparad contra él!» Usted temía a la «resistencia *tácita*». ¡Hoy tenemos la contestación escolar y todo lo contrario de *tácita*!

4) ¿Maestro *paternal*? ¡Por Dios, que no le oigan a usted! Hoy le echan los perros al *paternalismo*, se le busca por todas partes, se le teme, es sinónimo de opresión, regresión y autoritarismo. Hoy, en cambio, las palabras de moda son: el trabajo de grupo, la escuela no teórica, de gestión social y democrática, entretenida a todas horas con asambleas y manifestaciones. Si volviera usted a enseñar después de diecinueve siglos, querido Quintiliano, ¡cómo tendría que ponerse al día!

Y no es que todo esto esté mal. Los cuatro puntos que he contrapuesto, junto con muchos otros *slogans*, a los cuatro de usted, contienen tonalidades y soluciones extremistas. Pero caben también posturas intermedias, que seguramente a usted no le disgustarían y con las cuales, adaptándose un poco, podrían casar muy bien sus máximas.

* * *

Es bueno, por ejemplo, el *trabajo de grupo* que usted no conoció.

En el grupo, suponiendo que funcione bien, no se produce sólo el fenómeno de tres, cuatro o cinco inteligencias que se suman cuantitativamente, sino que actúa y opera un estímulo nuevo en la inteligencia de cada uno. Yo, en efecto, trato de entender lo que el otro ha entendido ya, y su luz enciende en mí otra luz, que a su vez le ayuda a él, a un tercero o a un cuarto.

Por otra parte, el «trabajo de grupo» me estimula a ser «activo», además de «receptivo»; a ser yo mismo en mi aprendizaje; a manifestar mi pensamiento a los demás haciéndolo de una forma original.

No es esto sólo. Se lleva a cabo un cambio de experiencias que enriquece a los demás y me enriquece a mí; se favorece la lealtad en el intercambio y el respeto

cortés hacia los demás.

Esto, sin embargo, no excluye, sino que supone la enseñanza del maestro. De hecho:

- la dependencia es algo natural en la mente, la cual no crea la verdad, sino que sólo debe inclinarse ante ella, venga de donde venga;
- si no nos aprovechamos de las enseñanzas de otros, perderemos mucho tiempo buscando las verdades ya adquiridas;
- no es posible lograr siempre descubrimientos originales; frecuentemente basta con estar críticamente ciertos de los descubrimientos ya realizados;
- por último, la docilidad es también una virtud útil.

Me acuerdo de aquel profesor universitario, al que la criada le pidió que le dejara coger de la estufa unas ascuas para la plancha.

—Hágalo —respondió—, ¿pero dónde está el cacharro para llevar el carbón?

—¡Aquí! —respondió la criada mostrando la palma de la mano. Puso una capa de ceniza fría y sobre ésta colocó los carbones y se marchó dando las gracias.

—¡Caramba! —dijo el profesor—, ¡con todo lo que sé, esto no lo sabía!

No se crea que, porque se escuche a un profesor, hay que estar en plan puramente pasivo o receptivo. Los alumnos que sean verdaderos discípulos de la verdad, no son como escudillas esperando recibir «las alubias» que el maestro les eche, dándole bien al cazo de su erudición. Dante, Leonardo y Galileo, cuando estaban al pie de la cátedra, no se contentaron solamente con «sentarse», y Santo Tomás demuestra que quiere que los alumnos estén bien «de pie» cuando dice: el maestro se limita a «mover», a estimular al discípulo, y el discípulo sólo cuando sabe responder a este estímulo —durante o después de la exposición del maestro— alcanza un verdadero aprendizaje.

Por otra parte, ¿qué es mejor? ¿Ser confidentes de las grandes ideas o autores originales de ideas mediocres?

* * *

Hermosa y positiva es la atención prestada a los débiles de la escuela. Pero esta atención puede prestarse conservando cierto grado de competición. La escuela prepara para la vida, que también está hecha de desigualdades. El mismo deporte, que tanto gusta a los jóvenes, ¿qué sería de él si no hubiese emulación y competitividad! Una escuela sin un primero y sin un último ni es realista ni resulta agradable: se parece demasiado a un rebaño de ovejas.

Don Bosco veía de un modo muy diferente el amor a los jóvenes. «Creo —escribía— que es deber de todo profesor tener en cuenta a los más torpes de la clase; preguntarles col) más frecuencia que a los demás; detenerse con ellos más tiempo en

las explicaciones; repetir y repetir, hasta que hayan comprendido, hasta adaptar los deberes y las lecciones a su capacidad. Para tener ocupados convenientemente a los alumnos más despabilados, añádanse deberes y lecciones suplementarios, premiándoles con puntos de aprovechamiento. Más que descuidar a los más atrasados, dispénseseles de cosas accesorias, pero las materias principales adáptense enteramente a ellos».

Tal vez usted también esté de acuerdo en que en el pasado la escuela exageraba un poco con las nociones o definiciones. Me vienen a la mente algunos nombres: Zenoni (gramática latina y griega), Companini-Carboni (diccionario latino), Sanesi (diccionario griego). Vinculados a ellos veo declinaciones, paradigmas, reglas, excepciones, ejercicios y traducciones en número interminable.

La historia tal como la referían los textos, me parecía una «destiladora del ruido» (Carlyle), hecha toda a base de fechas, guerras, paces y tratados. En el estudio de las ciencias aprendí de memoria series de nombres como neurópteros, lepidópteros, coleópteros, dípteros, etc., a la vez que no logré estar nunca seguro de si la mosca y el mosquito pertenecen al mundo de los dípteros y nunca fui capaz de reconocer a los himenópteros en las hormigas rojas, que me picaban dolorosamente en las piernas cuando me sentaba en un prado.

Es mucho mejor la escuela viva. La que ofrece a los muchachos centros de interés; la que, junto a los vocabularios, usa discos y «cassettes» para los idiomas; la que en la historia hace resaltar el progreso de la cultura y las condiciones sociales; la que en la física y ciencias naturales procede a base de experimentos en el laboratorio; la que acostumbra moderadamente a los alumnos a interesarse y a tomar parte en la vida y los acontecimientos de su propio país y del mundo.

Digo «moderadamente». En efecto, estoy convencido de que los alumnos pueden discutir útilmente en clase, pero no va conmigo el que puedan falta de el respeto al profesor, ni ponerse a decir palabrotas, o a hacer gestos obscenos en su presencia. Yo sé que tanto la Constitución italiana como el concilio Vaticano II reconocen el derecho de huelga, pero no soy capaz de ver este derecho en ciertas huelgas de alumnos, que terminan a pedradas contra los cristales de la escuela o con destrozos peores.

* * *

El próximo año escolar se aplicará la ley 477 a la gestión social de la escuela preescolar, elemental, secundaria y artística del Estado italiano.

En su virtud (art. 6), los padres son parte integrante y fundamental en el mundo de la escuela. Se establecerá un Consejo de Instituto o de Círculo. Estará integrado por representantes del personal docente, de personal no docente, de los padres de los alumnos, así como por el director escolar o presidente. Lo presidirá uno de los padres

elegido de entre los miembros del propio Consejo. Los padres, además, formarán parte del Consejo de disciplina de los alumnos y de los Consejos de clase e interclase.

Es ésta una verdadera conquista, ilustre Quintiliano: los padres se hacen corresponsables en el seno de la escuela por vía oficial. Ahora bien, ¿están todos preparados para afrontar los problemas escolares? ¿Serán capaces de dejarse guiar sólo por los intereses de sus hijos, dejando fuera de la escuela toda preocupación de partido, hoy cuando la política se infiltra por todas partes, como polvo sutilísimo, hasta en los pulmones? ¿Y esos amplios poderes deliberativos reconocidos por el art. 6 a los padres no serán después anulados por la libertad de enseñanza, que ya algunos profesores están exigiendo, amparándose en el art. 4? Si profesores y maestros tienen una libertad demasiado amplia para enseñar lo que les parezca y lo que les plazca, ¡adiós libertad de los padres!

La escuela italiana se halla ante una encrucijada histórica. Si las familias no lo comprenden y no abren bien los ojos, todo puede acabar en auténtica calamidad.

* * *

¡Ilustre Quintiliano! Muchos siglos nos separan. Detrás de usted han venido muchos filósofos y muchos, muchísimos pedagogos.

La cultura humanística, que fue la de usted, está hoy oscurecida por las ciencias del mundo y del hombre, que imperan en la era del átomo y de la técnica. Sin embargo, hace un siglo Teodoro Mommsen, romanista y protestante, le definía a usted como hombre «inspirado por el buen gusto y el recto juicio, que sabe instruir sin pedantería». Hace cincuenta años, Concetto Marchesi, un comunista, reconocía la cultura de usted como «formadora del espíritu».

Hago votos para que no se venga abajo todo en la escuela de la cultura humanística y sus máximas más famosas sigan influyendo en los educadores. Bastaría la siguiente: *Non multa, sed multum*, es decir, *en la escuela, no muchas cosas, sino mucha profundidad*.

Don Bosco la recogió a su modo, cuando escribía: «Mucho hace el que hace poco, pero hace lo que debe hacer; no hace nada el que hace mucho, pero no hace lo que debe hacer». Así, pues, mucho y a fondo, sin complicadas exageraciones a lo Anatole France.

Este, para que una aceituna pudiera ser degustada a la perfección, sugería el siguiente procedimiento: meterla en una alondra, encerrar a ésta en un pichón, el pichón en un pollo, el pollo en un conejillo de Indias, éste en un ternerillo y todo ello tostarlo en un asador. Lo mejor del jugo del ternerillo escurriría, con el del conejillo, el del pollo, el del pichón y el de la alondra sobre la aceituna y la harían superlativamente exquisita. ¡Muchas gracias! ¡El precio de tanta exquisitez sería una hecatombe!

No es una hecatombe de valores lo que usted —con el *multum*— pretendía y nosotros deseamos para nuestra escuela.

Abril 1974.

¡VERÍA USTED COSAS SORPRENDENTES!

Ilustre Marconi:

Estamos celebrando el centenario de su nacimiento (1874-1974).

Dado su extraordinario ingenio, fue una gran suerte para la humanidad que usted se dedicara desde la adolescencia a los problemas, fascinantes para usted, de la física moderna.

A los veintiún años —sin tener un doctorado, ni siquiera una licenciatura— había descubierto ya la radiotelegrafía, transmitiendo señales eléctricas a distancia. Los años posteriores trajeron, en catarata, nuevos estudios y nuevos descubrimientos.

En 1924 logró usted perfeccionar la radiofonía, haciendo que la voz humana llegara desde Inglaterra hasta Australia. Con el descubrimiento de las ondas cortas y de las microondas aseguró nuevos desarrollos a la televisión.

Recuerdo perfectamente con cuánto interés le seguía el mundo entero. Yo era entonces un pobre muchacho. Sin embargo, sabía que en 1912, gracias precisamente a sus inventos, se había podido salvar la mayor parte de los pasajeros del *Titanic*, que se había hundido en pocas horas por haber chocado contra un *iceberg*. También oía hablar de su *Electra*, la nave-laboratorio, como de un barco fantasma. Causaba profunda impresión verle en una fotografía junto a Pío XI y saber que a una simple señal suya se habían encendido simultáneamente millares de bombillas en Sidney y que usted había cruzado hasta 87 veces el océano para realizar sus experimentos.

Parecía que ya no se podía avanzar más allá de lo conseguido. ¿O era al contrario?

Al contrario, se ha continuado avanzando rápidamente. Si volviera usted a este mundo, ¡encontraría muchas cosas nuevas que han surgido después de 1937, el año de su muerte!

Tenemos ya la televisión en color, los video-cassettes, los transistores, los satélites artificiales, el radar, la penicilina y las cámaras de reanimación. En las fábricas hay máquinas automáticas que elaboran los productos desde el principio hasta el fin, sin que las distintas piezas que los componen hayan sido ni siquiera

tocadas por la mano del hombre. También existen máquinas de contrarreacción que controlan los productos, y descubren y corrigen automáticamente sus eventuales defectos. Cerebros electrónicos registran multitud de datos y realizan las más diversas operaciones en un tiempo brevísimo. Los hombres han llegado ya varias veces a la luna y están proyectando viajes a otros planetas. ¡Estamos en plena era tecnológica, postindustrial e interplanetaria!

* * *

¡Entonces todo va bien! —dirá usted—, pues usted fue también empresario, además de gran descubridor.

Se impone una aclaración. Muchas cosas van muy bien, pero están originando consecuencias cargadas de problemas y peligros. Sería necesario, por tanto, introducir en ellas correcciones y encauzarlas mejor.

Pablo VI, por ejemplo, ha hablado de los «pueblos hambrientos, los cuales interpelan hoy dramáticamente a los pueblos opulentos», y de la «cólera de los pobres, de consecuencias imprevisibles». En realidad lo que ocurre es lo siguiente: Una tercera parte de la humanidad nada en la abundancia de todo y derrocha sin miramientos, mientras las otras dos terceras partes viven en la miseria, que aumenta constantemente. Para remediarla bastaría suprimir los insensatos gastos de armamento y reducir ciertos lujos; en poco tiempo, la tecnología podría proporcionar a la familia humana un nivel económico, social y cultural bastante elevado. Esto lo sabe muy bien todo el mundo, y es esto sobre todo lo que irrita a los pobres.

He hablado de la «familia humana»... Nunca como en nuestros días se ha tenido conciencia de la pequeñez de nuestro planeta. Por ello tenemos hambre y sed de unidad, pero fuerzas opuestas nos paralizan constantemente en el camino hacia ella.

Crean unidad: la red prodigiosa de comunicaciones que envuelve actualmente la tierra en todas direcciones, la aspiración universal a la paz, la existencia de la ONU y de otras organizaciones internacionales y los escritos y las obras de una *minoría escogida* de pensadores y de políticos.

Causan desunión: las llamaradas del nacionalismo exagerado, que se encienden de cuando en cuando en distintos puntos, tanto en los pueblos viejos como en los nuevos; la división del mundo en bloques opuestos, guiados por las superpotencias; las tensiones sociales, que ahora ya no existen solamente entre clase y clase, sino también entre región y región, y entre Estados ricos y Estados pobres.

* * *

Dirá usted además: Yo fui también un creyente.

¿Por qué la Iglesia no desarrolla el inmenso poder renovador que encierra el Evangelio, renovándose ella misma y caminando al compás de los nuevos tiempos?

Deseo justísimo. Ya lo hizo suyo el *Mensaje del Concilio a los pensadores y científicos*: «Vuestro camino —dijo— es el nuestro... Somos amigos de vuestra vocación de investigadores, aliados de vuestros esfuerzos, admiradores de vuestras conquistas y, si llega el caso, consoladores de vuestro desánimo y de vuestro fracaso». Palabras que, estoy seguro, le habrían complacido mucho. A ellas siguieron los hechos: está en marcha en la Iglesia una renovación interior y un diálogo con las fuerzas externas.

Pero surgen dificultades. Yo, que soy obispo, me siento a veces en la misma situación que el hijo de Juan II, rey de Francia.

Este, en la batalla de Poitiers, del año 1356, luchaba arduamente sin dar descanso a su espada. A su lado combatía también su hijo, el cual velaba además por su padre y le gritaba de cuando en cuando: «¡Cuidado, padre, a la derecha!» «¡Cuidado, padre, a la izquierda!»

Es lo mismo que yo debo hacer continuamente. La Iglesia desea, por ejemplo, llevar a la práctica la recomendación de Rosmini de «sentir altamente de Dios» con celebraciones litúrgicas dignas, despojando el concepto de Dios de ciertas formas, tal vez ingenuas y caricaturescas, con que lo había revestido una civilización agrícola y precientífica.

Pero es tarea difícil. Desde la derecha se levantan airados gritos acusando de impiedad y sacrilegio cada vez que se sustituye un rito viejo por otro nuevo. En cambio, desde la izquierda se introduce indiscriminadamente el prurito de la novedad por la novedad, se desmantela alegremente todo el edificio del pasado, se arrinconan en el desván cuadros e imágenes, se ve a la idolatría y la superstición extenderse por todas partes y se llega a decir que, para salvar la dignidad de Dios, es preciso hablar de él en términos elevadísimos o guardar absoluto silencio.

* * *

¡Ilustre Marconi! En el campo de la ciencia, usted exigía justamente la certeza física y matemática. Pero en otros campos se daba por satisfecho con la certeza del buen sentido y del sentido común, que es también una certeza. Yo sé muy bien que no puedo hablar de Dios tal como Él se merece, pero también sé que debo hablar de El de alguna manera.

Hago como aquella madre que, encarcelada en una prisión sin ventanas, dio a luz un hijo, el cual creció a su lado sin ver jamás el sol. Cuando el niño tenía seis años, la madre, para que él se formara una idea del sol, le mostró el candil encendido por el carcelero y le dijo: «Mira, hijo, el sol es como esta llama; ilumina y calienta. ¡Pero el sol es mucho, mucho mayor!» Era poco. Era una simple analogía. Pero era mejor que nada.

En el campo social y económico, la Iglesia encuentra también dificultades al

aportar su contribución. Como Iglesia, declara que no tiene mandato, ni competencia, ni medios para resolver los problemas estrictamente técnicos. Pero los fieles, que son también ciudadanos, deben actuar en el mundo sindical, político y empresarial, inspirándose en la propia fe religiosa.

La jerarquía eclesiástica propone a los católicos y a todos los hombres de buena voluntad una doctrina social extraída directamente de los principios del Evangelio, la cual ha de abrirse camino actualmente entre las ideologías opuestas del capitalismo y del marxismo.

El capitalismo tiene el mérito de haber promovido el desarrollo industrial y de defender la libertad personal. Pero se le reprocha haber causado los gravísimos sufrimientos de los pobres en el siglo pasado y los desequilibrios actuales.

El marxismo conculca la libertad personal y suprime todos los valores religiosos. Sin embargo, no se le puede negar el mérito de haber hecho que muchos abran los ojos a los sufrimientos de los obreros y al deber de la solidaridad.

Según la enseñanza de la Iglesia, el capitalismo, para ser justo, debería experimentar una profunda modificación. Es buena la riqueza producida, pero a condición de que no se pegue a ella demasiado el corazón, de que participe de ella el mayor número posible de hombres y de que deje de producir los graves desequilibrios que padece el mundo actual. El lucro es bueno sólo si se consigue por medios justos, es decir, sin sacrificar la dignidad de ninguna persona humana. También la competencia es buena, con tal que no degenera en una lucha feroz, que no pone freno alguno a sus ataques. La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, debe amar a todos los hombres, pero debe mostrar un amor especial a los pobres y a los más necesitados.

En cuanto al marxismo, anda ahora intentando penetrar en las filas de los católicos a través de una sutil distinción. «Una cosa es —se dice— el análisis que Marx hizo de la sociedad, y otra distinta, la ideología que guió a Marx. El análisis es una cosa rigurosamente científica, iluminadora y útil para resolver los problemas; por eso lo aceptamos. Pero rechazamos la ideología materialista».

La jerarquía eclesiástica está alarmada ante semejantes posiciones. «Nos negamos —escribió el episcopado francés el 14 de noviembre de 1973— a aceptar el carácter científico de un análisis que, de hecho, se apoya en cierto número de postulados filosóficos, algunos discutibles, otros inaceptables».

Pablo VI ya había advertido (*Octogesima adveniens* n. 34): «Sería ilusorio y peligroso... aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología [materialista]».

Seguramente, ilustre Marconi, me haría usted la siguiente observación: «Usted me está escribiendo una carta, la cual, por pertenecer a un género literario muy humilde, ¡resultará inadecuada para una crítica de los gigantes del capitalismo y del

marxismo!» Tiene razón, pero ¿qué quiere que haga? ¡La mosca da golpes a la medida de sus fuerzas!

* * *

La contribución de la Iglesia a la unidad del mundo, la expresó así Pablo VI: «Experta en humanidad..., sin pretender entrometerse en la política..., la Iglesia ofrece lo que posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad». Esta visión hunde sus raíces en la Biblia, la cual muestra a todos los hombres dirigidos a un mismo destino y redimidos por un solo Salvador, que es y se declara solidario de todo el género humano y se halla investido de la misión de «reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en los cielos» (Col 1,20).

Jonás, el del Antiguo Testamento, pensaba que no debía compartir con otros pueblos los privilegios del suyo. Enviado a predicar a Nínive, en Oriente, intenta escapar hacia Occidente, porque los ninivitas no son hebreos. Dios, por medio de un sistema de tempestades huracanadas y de fauces abiertas de ballenas, hace que Jonás vuelva al Oriente. Al predicar a los ninivitas, espera que éstos no se conviertan. Pero sucede lo contrario: los ninivitas se convierten. Dios les perdona. Jonás, como si fuera un muchacho caprichoso, se queja a Dios: «¡Lo sabía, Señor! Tú te dejas llevar siempre por la misericordia y perdonas incluso a esta gentuza».

Dios le da una lección de universalidad con fino humorismo, pero también con inquebrantable firmeza.

Una vez fuera de la ciudad, Jonás construye con ramas un sombrajo que le proteja contra los calurosos rayos del sol. Dios echa una mano a Jonás haciendo crecer a toda prisa una planta de ricino, que da sombra a su cabeza. Jonás se duerme contento. Pero a la mañana siguiente descubre que la planta se ha secado, y los rayos del sol caen como dardos ardientes sobre su cabeza. Jonás se lamenta de nuevo, pero Dios le responde: «¿Cómo? Tú sientes pena por un ricino, que no te costó nada, que creció en una noche y en otra noche se secó, ¿y yo no debía compadecerme de Nínive, una ciudad de ciento veinte mil habitantes, que no saben distinguir su derecha de su izquierda?»

Esta doctrina universalista —clarísima también en las profecías de Isaías, de Miqueas y en algunos salmos— fue continuada plenamente por Jesús. Al portal de Belén llegan, además de los pastores, que son judíos, los magos, que no lo son. Jesús obra milagros también en favor de la mujer cananea y del centurión romano, cuya fe elogia. Y confía a los apóstoles la misión evangelizadora en estos precisos términos: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mt. 28,19). Por eso, San Pablo pudo exponer el plan divino de la salvación con la siguiente frase: «Recapitular en Cristo todas las cosas, tanto las celestiales como las terrestres» (Col. 1,10).

En línea con la Biblia, los últimos papas han abogado calurosamente por la causa

de la unidad y de la paz. En especial, Pablo VI ha abierto incluso vías completamente nuevas, hablando ante la ONU, enviando telegramas a los mismos jefes de los Estados comunistas, ofreciendo su mediación.

Me preguntará usted: ¿Con qué resultados? Al menos, se ha obtenido el resultado de propagar y difundir una convicción, de crear un nuevo clima y de impulsar un cambio que se está produciendo. Usando un recurso clásico, yo diría que estamos pasando de la mentalidad de Juan Galeazzo Visconti a la de Petrarca.

El primero, según el estilo de los señores renacentistas, no concebía un gobierno que no mantuviera guerras, y llegó al extremo de prohibir que los sacerdotes dijeran en la misa las palabras *dona nobis pacem*.

Petrarca era de parecer diametralmente opuesto y refería el diálogo mantenido entre él y un loco. Este, al ver soldados en marcha, preguntó al poeta:

«¿Adónde van?» «A la guerra», le respondió Petrarca. Y el loco observó: «¿No es cierto que esta guerra terminará un buen día mediante la paz?» «¡Cierto!», replicó el poeta. «Entonces —añadió el loco— ¿por qué no hacen inmediatamente la paz antes de comenzar la guerra?» Petrarca concluía melancólicamente: «¡Yo pienso igual que este loco!» Con la ayuda de Dios, parece que un poco de esta bendita locura se está difundiendo también por la acción de la Iglesia en todas las mentes.

* * *

¡Ilustre Marconi! Su vida intensísima, vivida para la investigación y para las aplicaciones de ésta hasta el último día, se resume en esta frase: *Pocas palabras, muchos hechos*. También en este aspecto nos enseña usted algo a nosotros, que, según parece, estamos actualmente inclinados al extremo contrario de muchas palabras (habladas o escritas) y escasos frutos prácticos.

Junio 1974.

PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS...

Querido poeta:

En tus versos trataste mal a mi paisano el papa Gregorio XVI, natural de Belluno. Esto no me impide reconocer que en tus sonetos, más de dos mil, en dialecto romanesco, retrataste tal vez con vivacísima exactitud al pueblo romano: su lengua, carácter, costumbres, usos, creencias, prejuicios, virtudes y también defectos.

Algunas veces, es verdad, te pasaste de la raya al escribir. Pero tu vida fue la de un hombre honrado y no tuviste inconveniente en confesarlo: «*Scatagnàmo ar parlà, ma aràmo dritto*» (Nos desviamos al hablar, pero andamos derecho).

Pero, por otra parte, ¡cuántas frases ingeniosas! Como ésta, por ejemplo: «No lo digo para vanagloriarme, pero hoy es un día hermosísimo». Algunos de tus sonetos son verdaderas miniaturas que muestran, vivos y parlantes, a artesanos, mujeres del pueblo, conspiradores, comerciantes, prelados y simples sacerdotes.

Entre estos últimos se encuentra Francisco Cancellieri. Lo describiste en versos famosos, que más tarde tú mismo comentaste en prosa de este modo: Cancellieri «comenzaba a hablar de rábanos; después, de rábanos con zanahoria y de zanahorias con berenjena, ¡y terminaba con el incendio de Troya!»

* * *

Resulta lamentable que este buen sacerdote, con su informe y torturante verborrea, hiciera tan mala propaganda de la conversación, la cual, si se desarrolla por los cauces debidos, constituye una ocupación bienhechora para nuestra vida de hombres agobiados por múltiples miserias.

En efecto, la conversación nos acerca a los demás y nos da un profundo sentido de nosotros mismos; aligera nuestras fatigas, nos distrae de las preocupaciones, desarrolla nuestra personalidad y vigoriza nuestros pensamientos.

¿Estoy triste? La simpatía de quien conversa conmigo, me consuela. ¿Me siento solo? La conversación pone fin a la soledad. Si se trata de una conversación familiar, me encuentro feliz por verme admitido en la intimidad de otro. Si se trata de una

conversación importante, me considero honrado al verme tratado como «persona de talento».

¿Es la primera vez que converso con una persona? Tengo la impresión de estar viajando plazeramente por un país desconocido. ¿Es la segunda, la tercera o la cuarta vez? Me parece volver a contemplar lugares ya vistos, pero cuyas bellezas no había captado totalmente. Descubro también que mi persona se enriquece por medio de la conversación. Porque poseer sólidas convicciones es hermoso; pero más hermoso todavía es poderlas comunicar y verlas compartidas y apreciadas por otros.

La claridad de mis palabras aumenta la claridad de mis pensamientos. Si advierto que el sentimiento que llevan mis palabras hace vibrar el ánimo de otros, siento que dicho sentimiento vuelve a mí como un eco y acrecienta el que ya tenía.

También Jesús halló consuelo en la conversación. Para comprobarlo de una manera casi palpable, basta leer en el evangelio de San Juan las confidencias que hizo a los apóstoles durante la última Cena. Jesús hizo muchas veces de la conversación vehículo de su apostolado. Conversaba, andando por los caminos, o paseando bajo los pórticos de Salomón. Conversaba en las casas, con las personas que estaban a su alrededor, como María, sentada a sus pies, o como Juan, que tenía reclinada su cabeza sobre el pecho de Jesús.

Muchas veces me he preguntado: ¿Por qué el Señor expuso con frecuencia las más altas verdades mientras estaba sentado a la mesa? Tal vez porque, durante la comida, la gente abandona toda gravedad y adopta una actitud tranquila, modesta, distendida. Al sentarse a la mesa, disminuyen o desaparecen las preocupaciones y las inquietudes. Los comensales no tienen ánimo polémico y están dispuestos a la acogida y a la simpatía.

* * *

Precisamente en una conversación mantenida hace poco durante la comida, casi logré convencer de su error a uno que estaba conmigo a la mesa. Entre bocado y bocado, y entre sonrisa y sonrisa, mi compañero de mesa se declaraba decidido partidario del pluralismo en la fe. «Para mí es evidente —decía— que nadie tiene en su bolsillo toda la verdad cristiana. Cada uno posee solamente una pequeña parte de la misma y hay que dejar que cada cristiano goce en paz de lo que posee. La unidad la hace únicamente Dios desde lo alto, reuniendo las distintas partecitas y formando su síntesis». «¡Vaya, hombre! —le repliqué—. Perdona, pero tu idea de Dios y de la verdad se parece a la de los ciegos de la India». «¿Qué ciegos?», dice él. «¡Espera!»

Me levanto, salgo del comedor y vuelvo llevando en la mano *Los cuatro libros de lectura*, de Lev Tolstoi. «Permíteme que te lea una página». Leo. *Los elefantes del rey* (fábula).

Un rey de la India ordenó reunir a todos los ciegos de su país. Una vez juntos,

mandó mostrarles sus elefantes. Un ciego palpó una pata; otro, la cola; un tercero, el comienzo de la cola; un cuarto, el vientre; un quinto, el lomo; un sexto, las orejas; un séptimo, los dientes, y un octavo, la trompa.

Luego dispuso el rey que los ciegos vinieran a su presencia y les preguntó: «¿A qué se parecen mis elefantes?»

El primer ciego respondió: «Tus elefantes se asemejan a las columnas». Era el que había palpado la pata. El segundo dijo: «Son semejantes a una escoba». Era el que había tocado la cola. El tercero dijo: «Se parecen a una rama». Es el que había examinado con sus manos el comienzo de la cola. El que había palpado el vientre, dijo: «Tus elefantes se parecen a un montón de tierra». El que había estado tocando el costado, dijo: «Son semejantes a un muro». Él que había palpado el lomo, declaró: «Se asemejan a una montaña». El que había tocado los dientes, dijo: «Son semejantes a los cuernos». El que había palpado la trompa, dijo: «Se parecen a una cuerda gruesa». Y todos los ciegos comenzaron a discutir entre sí.

Dejando el libro, añadió: «Me repugna pensar que Dios haya enviado a su Hijo a decirnos *Yo soy el camino, la verdad y la vida* con el sorprendente resultado de hacer que todos los cristianos nos encontremos en la triste situación de los ciegos de la fábula, teniendo cada uno en sus manos una mísera partecita de verdad, distinta de la que tienen los otros. Que nosotros conozcamos las verdades de la fe sólo por analogía, de acuerdo; pero que estemos ciegos hasta ese punto, de ninguna manera. ¡Me parece indigno, tanto de Dios como de nuestra razón!» La inesperada teología hecha a base de colas y lomos de elefante, no convenció totalmente a mi comensal, pero le impresionó profundamente, obligándole a decir: «¡Caramba! ¡Esto no me lo había dicho nadie!» «¿Lo ves? —respondí—. A veces, hasta los más ignorantes burros dicen verdades como puños. Lo que Rahner no consigue en ocasiones aclarar con sus volúmenes de teología, ¡puede resolverlo Tolstoi con una sencilla historietita!»

* * *

Dejando a Rahner y a Tolstoi, vuelvo a ti, ilustre Belli, reconociendo que en la conversación también existe el reverso de la medalla: la locuacidad incontenible del sacerdote Cancellieri es sólo uno de los numerosos defectos que pueden darse en la conversación.

Existen otros. Lo sabemos perfectamente en Venecia, donde Goldoni describió los males causados por la conversación en *Los chismes de las mujeres*; en *El café*, con aquel don Marcia tan maldiciente y enredador; en *El mentiroso*, con aquel Lelio que ensarta mentira tras mentira, despachándolas como «ingeniosas invenciones»; en *Las riñas de las mujeres de Chioggia*, y en *El pradillo*, con aquellas mujeres que parecen pedir a sus amigas que guarden un secreto para que la noticia corra más aprisa.

También tú, ilustre poeta, sabías mucho de estas cosas, como lo demuestra tu

delicioso soneto que transcribo a continuación:

*Te cuento la cosa tal como la he sabido.
Juana se la confió a Vicenta.
Esta se la dijo a Nina y a Sapiencia.
Nina la refirió secretamente a Tuta.
Así llegó a oídos de Clemencia,
que informó al punto a la bigotuda.
A ésta, amiga mía, no le faltó premura
para decírmela a solas en confidencia.
Te la he dicho, porque estoy segura
de que eres mujer para guardar secreto
sabido como con sacramental sigilo.
Comadre, por amor de Dios te pido
que si a decirlo la tentación te lleva,
no digas nunca que por mí lo has sabido.*

Conversar, sí, pero no en detrimento de la caridad, de la verdad, del trabajo o del estudio; en suma, sin rebasar jamás los límites de la justa medida. No demos nunca motivos para que puedan esculpir también sobre nuestra tumba el siguiente epitafio:

*Aquí reposa el gran locuaz Soemo.
¡Ahora hablar nosotros ya podremos!*

* * *

Una cosa es conversar y otra muy distinta estar de cháchara inconsideradamente, ensartando una tras otra noticias insustanciales, ocultando la propia alma en vez de revelarla, impidiendo hablar a los otros interlocutores, aturdiendo a la gente y dejándola completamente agotada.

He leído que Tomás Moro, en un viaje que hizo a Holanda, marchó algún tiempo en compañía de un hombre cuya conversación resultaba muy grata por el intervalo que dejaba a su interlocutor, por las cosas que decía y por el brío con que las decía. En un momento determinado, admirado por una respuesta extraordinariamente aguda y acertada de su acompañante, Tomás Moro exclamó: «¡Vos, o sois el diablo o sois Erasmo de Rotterdam!» «Un diablo, no —contestó el otro—; pero Erasmo de Rotterdam, sí».

El episodio demuestra que la conversación nos revela tal como somos y enseña que en ella debemos tratar de decir algo útil, interesante y agradable, sin dar lecciones, ni adoptar posturas llamativas ni emplear palabras rebuscadas o altisonantes. Estas últimas, estimado Belli, tampoco te gustaban a ti, que lo

manifestaste claramente al tomar como blanco de tu ironía una inocente conjunción, la cual haría reír si la usáramos actualmente, pero que en tu época estaba muy de moda.

*Empero^[37] era una palabra-guía,
la primera que escuchaban nuestros padres
al llegar a la escuela el primer día.
Y de ella tan grande era su estima,
que, con ella su garganta llena,
la soltaban por doquier en prosa y rima.*

Si volvieras ahora a este mundo, no oirías en ninguna parte el famoso «empero». En cambio, tendrías que aguzar el oído para estar seguro de oír bien al escuchar frases como éstas: «confrontarse con la palabra de Dios», «discursos y gestos proféticos», «instancias sociales», «mediación entre la fe y la historia», «estructuralismo», «comunión», «liberación», «encuestar», «verificar», «leer en clave de esto, estar a nivel de aquello otro». Todas estas frases expresan conceptos elevados. Pero resulta bastante cómico ver a personas declaradamente anticonformistas «conformarse» alegremente con estas expresiones únicamente porque las usan algunos pedantes de turno.

Yo me maravillo ante estas expresiones de modo parecido a cómo te maravillaste tú ante otro tipo de frases:

*No sé de dónde ha nacido
que al oír los estornudos
haya que dar tantos saludos
y nada por la tos y los ronquidos.
«Prosit, salud, viva, Dios os ayude,
cuartos, felicidad, tus tinajas rebosen,
salud de nuevo y muchos hijos varones...»*

Tú no podías saber entonces el porqué de todas estas expresiones. Tampoco yo soy capaz de descubrir la razón de las actuales. ¿Que la culpa es de la moda? Esta ha sido definida como «el horror del pasado inmediato», «no madre, sino suegra y tirana del buen sentido».

¡Cuánto mejor sería que, al menos en la conversación, en lugar de las difíciles palabras de moda; usáramos palabras sencillas y fáciles, tomándolas tal vez de las fábulas de Tolstoi o de tus sonetos, previamente seleccionados y expurgados!

Julio 1974.

HAY TEXTOS, PERO ¿TENEMOS CATEQUISTAS?

Querido obispo y académico de Francia:

«Carbón encendido, sobre el cual sopla unas veces la naturaleza, y otras, la rada». Así le definieron a usted. Yo creo que sobre usted «sopló» mucho más la gracia que la naturaleza.

Cuando usted luchaba sus grandes batallas en la prensa diaria, en la Asamblea Nacional Francesa, en el Senado o en el concilio Vaticano I, le guiaba y animaba siempre un profundo sentido religioso, y también un corazón apasionado, pero recto y leal.

Dirigió usted un seminario, y el mismo Renan, que había sido alumno suyo, declaró que usted era «un educador inigualable».

Se llevó a cabo en Francia una campaña en favor de la libertad de enseñanza, y Lacordaire, Montalembert y Falloux le tuvieron a su lado en la lucha y en la victoria.

Salió el *Syllabus* de Pío IX, suscitando reacciones dolorosas en amplios sectores. Usted hizo un comentario del mismo tan moderado y juicioso, que aplacó en parte la tempestad, logrando el aplauso de más de seiscientos obispos y la aprobación del mismo Pío IX.

A Talleyrand, aquel gran pecador y gran apóstata, todos lo consideraban irre recuperable. Pero Dios lo volvió al redil de la salvación sirviéndose de usted: de su tacto, de su comprensión y de su paciencia.

En resumen: usted fue un gran obispo, un gran escritor y un luchador victorioso en todos los movimientos de ideas y opiniones de su siglo.

Pero, para mí, el aspecto más interesante de su persona y de su obra es la pasión por el catecismo.

Comenzó usted a enseñarlo a los niños siendo todavía simple clérigo en San Sulpicio. Continuó esta labor ya sacerdote, jovencísimo, en la Asunción y en la Magdalena. París entero acudía a escucharle. Ya obispo, el catecismo ocupó la cima de sus pensamientos y llenó la mayor parte de sus libros. Escribió en su diario: «Apenas me asignaron la clase de los pequeños, me sentí enardecido. Desde

entonces, lo que no es catecismo, acción pura de la gracia en las almas, no es nada a mis ojos. El escritor en ciernes que había en mí, cedió el puesto al catequista y se puso completamente a su servicio». También escribió usted: «El ministerio más bello es el pastoral. Pero el catecismo es más bello todavía. Es el hermoso ideal del corazón de Dios. Nada se le puede comparar. Es el ministerio más puro, más desinteresado y más alejado de toda ambición».

* * *

Me he acordado de usted y de sus apasionadas convicciones catequéticas, porque tengo ante mis ojos el texto del *Catecismo para niños* que se experimentará en Italia a partir del próximo octubre. Me parece un buen texto. ¿Pero de qué sirve un *texto*, si después nos faltan los catequistas de mente firme y corazón enardecido?

A mí, cuando era todavía novel sacerdote, me enseñaron: «El texto es solamente una ayuda, un estímulo, pero nunca una cómoda poltrona donde el catequista se tumba para descansar». «El texto, por perfecto que sea, es siempre cosa muerta; al catequista toca infundirle vida». «¡La eficacia de la lección depende de su preparación!» «A los pequeños se les enseña, más que lo que se sabe, lo que se es. De poco sirven las hermosas palabras salidas de la boca del catequista si su conducta las desmiente».

Me contaron en cierta ocasión que San Ignacio se trajo de España a Roma a Pedro Ribadeneira, un muchacho que era un verdadero diablillo. «¡Haz mejor la señal de la cruz!», le dijo un día San Ignacio. «Padre Ignacio, ¡yo la hago lo mismo que vuestros jesuitas!» «¡Qué dices! ¡Mis jesuitas hacen la señal de la cruz como se debe!»

El muchacho no le replicó, pero tramó una de las suyas.

Los jesuitas se levantaban muy temprano y, puesta la blanca sobrepelliz sobre la negra sotana, se dirigían a la capilla por oscuros corredores. Pedro llenó la pila del agua bendita con tinta negra. Los jesuitas, al pasar junto a ella, mojan sus dedos, se santiguan y ocupan los bancos para practicar la meditación. Terminada ésta, se quitan la sobrepelliz en la sacristía. Pedro, veloz como un rayo, coge todas aquellas sobrepellices y se las lleva a San Ignacio:

«¡Venga, Padre, y compruebe las señales de la cruz de sus queridos jesuitas!» ¡Qué sorpresa! Las manchas de tinta revelan claramente que también los jesuitas hacen la señal de la cruz «como Dios quiere», mejor dicho; ¡como Dios no quiere que se haga!

En este momento pasa ante mi imaginación la inmensa fila de los catequistas seglares.

Los primeros, los padres. Ellos son «los primeros predicadores de la palabra», ha dicho el concilio. Por las imágenes sagradas que se tienen en el hogar, por las oraciones comunes que se rezan en el mismo, por las conversaciones entre padres e

hijos y por el respeto mostrado hacia los sacerdotes y las cosas sagradas, los hijos pueden hallarse inmersos en un cálido y natural ambiente de religiosidad. Pero se debe hacer algo más.

Una señora preguntó una vez a Windhorst, político alemán, cómo debía ponerse ante la cámara para obtener una fotografía que constituyera un grato recuerdo. Windhorst le contestó: «Señora, ¡con el catecismo en la mano y en actitud de estar enseñándolo a vuestros hijos!»

En realidad, el primer libro de religión que los hijos leen son sus padres. Es bueno que un padre le diga a su hijo: «Ahora hay en la iglesia un confesor. ¿No crees que podrías aprovechar la oportunidad?» Pero es mucho mejor si se le habla de este otro modo: «Voy a la iglesia a confesarme. ¿Quieres venir conmigo?»

* * *

En este punto tropiezo hoy con ciertos objetores: padres que se dicen cristianos y que dejan de bautizar a sus hijos. «¡Nada de presiones sobre mi hijo! ¡Cuando tenga veinte años, ya escogerá él mismo!»

Usted, colega Dupanloup, respondió ya a esta objeción del siguiente modo: ¡A los veinte años! ¡La edad de todas las pasiones! ¡La edad en que un joven necesita que la fe haya penetrado hasta lo más íntimo de su ser para que le sirva de ayuda! ¿Y cómo escogerá vuestro hijo a los veinte años entre tantas religiones existentes, si antes no las ha estudiado todas? ¿Y cómo podrá estudiarlas todas, si no le dejan tiempo los estudios, los deportes, las diversiones y las amistades? Para poder heredar una cuantiosa fortuna sólo se requiere haber nacido. En efecto, heredar riquezas constituye una gran suerte y se piensa, se considera, que, aunque el recién nacido no es capaz de enterarse y dar su consentimiento, cuando alcance el uso de razón se sentirá archicontento y aceptará plenamente la fortuna heredada que sus padres aceptaron en su nombre. Si un padre es seriamente cristiano, debe pensar que el hacerse por el bautismo hijo de Dios y hermano de Cristo, constituye una inmensa fortuna. ¿Por qué, pues, empeñarse en privar de ella a su hijo?

«¡Está bien! —puede contestar el objetor—. ¡Pero esta fortuna lleva consigo graves obligaciones morales! ¡Y éstas no deben imponerse a mi hijo sin su consentimiento!»

También usted, Dupanloup, contestó a este reparo: ¡Cuántas cosas se imponen a los hijos sin su consentimiento! ¡Sin pedir su consentimiento, los habéis hecho venir a este mundo! Sin pedirles su consentimiento, los hijos reciben de los padres el nombre, la familia, el ambiente y la situación social, los vestidos, la escuela primaria, etc. ¿Es que hemos de considerar como una desgracia el que el hijo tenga que cumplir las sabias leyes cristianas? ¿Acaso Dios las ha impuesto a los hombres por un capricho triunfalista o para su propio provecho? ¿No es moralmente grande y feliz el

hombre que acepta el tener deberes y respetar los límites? ¿Que el hombre tiene libertad? Es cierto. Pero la libertad no consiste en hacer lo que a uno le viene en gana, sino en poder hacer lo que se debe hacer.

* * *

Después de los padres, son catequistas los maestros de primera enseñanza. Usted escribió cosas finísimas de sus primeros maestros.

Yo recuerdo también con ternura a los que tuve en mi infancia y hago mías las palabras de Otto Ernst: «Para mí no hay nada más grande que un maestro de primera enseñanza».

Me veo de nuevo niño, sentado en los bancos de mi escuela de Canale, con los mismos sentimientos de los escolares de que habla Goldsmith en su obra *Aldea abandonada*: Asombrados, con la boca abierta, mirando fijamente al maestro y preguntándose todos cómo podía sacar de una cabeza tan pequeña cosas tan grandes y maravillosas.

Entiéndase bien: no soy tan ingenuo como para llegar al extremo de mitificar a los niños y a los maestros. Existe también el reverso de la medalla, lo sé. Los niños son inocentes como ángeles; pero, con frecuencia, son también orgullosos como príncipes, temerarios como héroes, rebeldes como potros, testarudos como borriquillos, volubles como flores de girasol, con una garganta larga como el cuello de las grullas. Sin embargo, están en una edad maravillosa, sincera y plasmable.

En cuanto a los maestros, algunos saben adueñarse de la voluntad de sus alumnos, aprovechando la necesidad que éstos sienten de tener un jefe que se les imponga por su valor y simpatía. Otros, en cambio, están domados y dominados, en vez de ser domadores y dominadores.

«Domada» parecía estar la maestra de primera enseñanza que recuerda nuestro escritor Mosca. Al pasar por el corredor —escribe—, se oía su voz:

—¿Los caballos tienen quince patas?

—¡No! —contestaban a coro sus alumnos.

—¿Tienen tal vez doce?

—¡Tampoco!

Y reduciendo progresivamente el número de patas, llegaba al número verdadero:

—¿Tienen cuatro?

—¡No! —respondían con entusiasmo los escolares. ¡Pobre maestra!

El citado Mosca era de pasta muy distinta. ¿Cómo llegó a «conquistar» al terrible grupo que formaban la «Quinta C»? Sencillamente, ganándose la simpatía de sus cuarenta muchachos. ¿Pero cómo se ganó la simpatía? Nos lo cuenta él mismo:

«Un moscardón fue mi salvación». Había entrado en el aula un moscardón y su zumbido atraía la atención de los muchachos. «¡Atended a lo que os digo y no al

moscardón!» En ese momento, Mosca tiene la ocurrencia de preguntar a un alumno: «¿Serías capaz de abatir el moscardón con tu tirachinas?»

«¡Eso está hecho!», contesta el muchacho, saliendo rápidamente de su banco. Toma el tirachinas, apunta, dispara, pero falla. «¡Dame el tirachinas!», le dice Mosca. Apunta con cuidado, dispara y el moscardón cae muerto a sus pies. Fue un afortunado golpe de extraordinario valor, que le aseguró la inmediata admiración de los chicos, que hasta entonces se mantenían en actitud de amenaza y desconfianza.

«¡Si usted tuviera, al menos, bigote!», le había dicho el director, desconfiando de la edad demasiado joven del maestro. Pero, por lo visto, ¡más que el bigote cuentan otras cualidades! Es incalculable el bien que, con su ascendiente, pueden hacer los maestros a los niños enseñándoles religión.

Pero a condición de que expongan con fidelidad la auténtica palabra de Dios y no las propias opiniones personales. A veces sucede que se cambia la verdad por el progresismo: se desprecia lo que enseña el magisterio de la Iglesia, porque se quiere poner lo nuevo en el lugar de lo antiguo. Pero esta sustitución, que es legítima, oportuna e incluso necesaria, cuando se trata de aspectos secundarios y ya superados de la Iglesia, resulta peligrosísima en otros casos.

Los maestros refieren a sus alumnos el cuento de Aladino y de la lámpara maravillosa que había quitado al mago. En un determinado momento, éste se propone recuperarla. Marcha por las calles gritando: «¡Cambio lámparas viejas por lámparas nuevas!» Parece un magnífico negocio, y es un puro engaño. La inocentona mujer de Aladino cae en la trampa. Ausente su marido, sube al desván, toma la lámpara, cuya prodigiosa virtud desconoce, y la entrega al mago. El bribón se la lleva, dejándole todas sus lámparas de hojalata reluciente, pero sin virtud alguna.

El truco se repite. De cuando en cuando pasa un mago, místico, filósofo o político, lo que sea, y ofrece ventas como auténticas gangas. ¡Cuidado! Las ideas que ciertos «magos» ofrecen, aunque relumbren, ¡son hojalata, cosa humana, de un día! Las que ellos llaman ideas viejas y superadas son con frecuencia ideas de Dios, de las cuales está escrito que no perderá su vigor ni siquiera una coma.

¡Ay, querido Dupanloup, casi le he olvidado escribiendo de catequistas y maestros!

Pero precisamente a estos catequistas y maestros, usted tiene algo que decirles: Que unan, como hizo usted, la fidelidad a Dios con la confianza en los verdaderos valores de la civilización moderna y en la perpetua juventud de la Iglesia.

Agosto 1974.

LA CONFESIÓN SEISCIENTOS AÑOS DESPUÉS

Ilustre poeta:

En Italia, y fuera de ella, se celebra este año (1974) el sexto centenario de tu muerte (1374). Congresos, estudios, publicaciones, ponen de relieve tu figura, este o aquel aspecto de tu figura, este o aquel aspecto de tu personalidad o de tu inmensa obra literaria.

Aunque muerto hace ya seis siglos, apareces hoy más vivo que nunca, despertando la curiosidad y atrayendo la atención de los hombres de nuestro tiempo sobre el escritor, el psicólogo finísimo, el político sagaz, el turista apasionado, el cristiano sincero y, al mismo tiempo, crítico que fuiste tú, y sobre cien aspectos más.

¿Hablará alguien este año de ti como pecador arrepentido, pero reincidente, como cristiano sediento tantas veces de santidad, pero incapaz de romper de un golpe con el pecado y de renunciar a las pasiones y a las pasioncillas que dominaban tu corazón? No lo sé. Mas si se hablara, convendría hablar también de tu actitud respecto a la confesión.

¡Porque tú te confesabas, ilustre Petrarca!

Escribiendo desde Roma a tu amigo Juan Boccaccio, le contaste la desgracia que te había ocurrido: Un caballo sin herrar te dio una enorme coz en tu preciosa rodilla, lo cual te ocasionó durante quince días agudísimos dolores. Y añadías: «Pero lo acepto todo en descuento de mis pecados y en sustitución de la penitencia que el confesor, demasiado bueno conmigo, no me ha impuesto».

Tus libros revelan el intenso empeño que pusiste en examinar tu alma hasta en sus pliegues más recónditos.

Cuando escribiste que sentías demasiada complacencia en tu ingenio y elocuencia, en la cultura adquirida y hasta en la prestancia corporal. Y cuando te reprochaste que estabas sediento de honores, comodidades y riquezas, y que habías cedido con demasiada frecuencia a la lujuria. Tú gemías por las ataduras de la pasión, que no lograste romper, por la tiranía de la «mala costumbre» y por el «amarguísimo gusto» de las recaídas.

Escribiendo a tu hermano monje, deplorabas tu «afán por los vestidos elegantísimos» y el «temor de que un solo cabello se saliera de su puesto y que un ligero viento descomp11siera el laborioso peinado». El hierro usado para peinar los cabellos te despertaba varias veces durante la noche y te causaba dolores más atroces que los que inflige «un cruel pirata»; sin embargo, no te decidías a abandonarlo. Y planteabas a San Agustín —interlocutor imaginario— problemas inquietantes: «La caída es cosa mía, pero la *postración*, el no levantarme, no depende de mí». «Depende también de ti», te respondía San Agustín. Tú le replicabas: «¡Ved cómo lloro mis miserias!» Y San Agustín añadía: «¡No se trata de llorar, sino de querer!»

Por fortuna, en tu mente jamás se ofuscó el verdadero principio de que «Dios puede salvarme» a pesar de mi debilidad. La misericordia de Dios ahuyenta los temores, resuelve muchos problemas.

* * *

Seiscientos años después de tu muerte, nosotros, los penitentes de hoy, ¿somos mejores o peores que tú? Esta es una cuestión que despierta mi curiosidad.

Me parece que nosotros estamos menos dispuestos a reconocer los pecados cometidos. Repetimos con mucha frecuencia: «Santa María... ruega por nosotros pecadores», «Padre nuestro... perdónanos nuestras deudas», «Cordero de Dios... ten piedad de nosotros»; pero solemos decirlo de manera muy superficial. En la práctica, nos justificamos con los pretextos más extraños («somos libres, autónomos, personas maduras») y aducimos las «exigencias de la naturaleza, del instinto, de la cultura, de la moda».

La Biblia, en el libro de los Proverbios, presenta así el caso de una mujer adúltera: «Come y se limpia la boca, y dice: ‘¡No he hecho nada malo!’» Esta mujer, querido Petrarca, es una figura simbólica: representa fielmente a una gran parte de nuestra cristiana civilización permisiva.

Como a ti, no nos faltan las lágrimas; es el querer el que nos falta. O más exactamente: con frecuencia llegamos a odiar lo que habíamos querido con el pecado, a desaprobar lo que habíamos aprobado; pero no logramos hacer lo que es más práctico: huir de las ocasiones. Tú que, incluso al subir al monte Ventoux, llevabas el libro de las *Confesiones* de San Agustín, tenías presente el caso de Alipio.

Hombre valeroso, capaz de hacer frente a senadores poderosísimos, había venido a Roma desde África y sentía «disgusto y odio» hacia los combates de gladiadores, los cuales tenían que matarse entre sí para divertir al pueblo. Algunos amigos le propusieron asistir, al menos una sola vez, a este espectáculo. Al principio, Alipio se negó. Pero luego, ante los insistentes ruegos, dijo: «Iré, pero estaré allí como un ausente y lograré así una victoria sobre vosotros y sobre el brutal espectáculo».

Fue, pues, al anfiteatro para mantener su desafío. Tomó asiento y cerró

inmediatamente los ojos para no ver nada. Por desgracia, no cerró sus oídos. En un momento determinado, un inmenso aullido del pueblo le hizo sobresaltarse. Abrió los ojos por simple curiosidad, pero «ver la sangre y llenarse de crueldad, fue todo uno. No solamente no apartó su mirada de la sanguinaria lucha, sino que la clavó fijamente en ella para no perderse ningún detalle. Sin advertirlo siquiera, respiraba furor y experimentaba un desconocido deleite, ebrio ya de sanguinario placer. Ya no era el mismo: miraba, gritaba, se entusiasmaba». Salió del anfiteatro dominado por una fiebre secreta, que lo empujó a volver con frecuencia, arrastrando consigo a otros. Logró corregirse, pero sólo después de mucho tiempo (*Confesiones*, c. 8).

En la línea de la extraordinaria debilidad de Alipio (más tarde, obispo y santo) nos encontramos, por desgracia, todos un poco. Por esta razón, en toda confesión se nos exhorta a renovar este propósito: «propongo... huir de las ocasiones próximas de pecado», pero...

Me temo también que nosotros quedamos por debajo de ti en lo que se refiere a la confianza en Dios. Dios —lo sabemos— es el padre del hijo pródigo. Jesús es el buen pastor, que trae al redil a la oveja descarriada y perdona a la mujer adúltera, a Zaqueo y al buen ladrón. Hasta aquí llegamos todos o casi todos.

Algunos, sin embargo, concluyen: «Yo me las entenderé directamente con Dios». Y se niegan a acercarse para ver al confesor, el cual media entre Dios y el pecador en virtud de estas palabras de Jesús a los apóstoles: *A quienes perdonareis los pecados, le serán perdonados*.

Estos tales no admiten que la misión del confesor no es solamente la de *declarar el perdón* de los pecados ya producido, sino la de *conceder el perdón* mediante una sentencia.

Y esta sentencia no puede quedar a merced del simple capricho («Tú me resultas simpático, ¡te absuelvo!»), sino que debe fundarse en elementos ciertos y bien precisados, los cuales sólo el penitente puede proporcionar por medio de la propia confesión.

* * *

Tú considerabas «demasiado bueno» a tu confesor. En nuestros días, quien se confiesa bien, busca confesores buenos, pero no «demasiado buenos».

Augusto Conti, ilustre filósofo, en su libro *Los despertadores del alma*, dedica un capítulo entero, lleno de afectuoso reconocimiento, a sus confesores.

Santa Juana de Chantal y otros penitentes declararon estar contentísimos con San Francisco de Sales, quien, en la confesión, era un verdadero padre y un hábil médico, sobre todo para infundir ánimos. «La santidad —decía— consiste en combatir los defectos. Pero ¿cómo podremos combatirlos, si no los buscamos? ¿Cómo podremos vencerlos, si no los encontramos? Ser heridos alguna vez en esta batalla no significa

estar vencidos. Sólo está vencido el que pierde la vida o el valor. Resulta vencedor quien decide continuar combatiendo».

Es el tipo de confesor que desea la gente de nuestro tiempo: Firme, pero delicado; amante de Dios, pero conoedor también de los problemas de los hombres.

Es cierto que actualmente, por deseo de la Iglesia, el acento se pone, más que en la acusación de los pecados, en la sincera conversión personal, presentada bíblicamente como alejamiento del pecado o, mejor todavía, como acercamiento a Dios y abrazo amoroso con Él. *Dejaos reconciliar con Dios*, decía San Pablo. Actualmente se les repiten a los cristianos estas palabras y se desea que la reconciliación vaya precedida por la lectura y meditación de la palabra de Dios. En efecto, nosotros vamos hacia Dios, si El antes nos llama y habla. La Iglesia aspira también a que, si es posible, la palabra de Dios no llegue a cada uno individualmente, sino a varios al mismo tiempo, reunidos en comunidad.

Tú, querido Petrarca, como hombre de la Edad Media, considerabas la confesión como algo muy personal y secreto. Hoy, en cambio, se recuerdan con nostalgia los tiempos antiguos, cuando, terminada la Cuaresma, el obispo daba la mano al primero de los penitentes, y éste, a la larga fila de los demás, los cuales eran introducidos de este modo en el templo para la reconciliación solemne.

* * *

No sé con qué frecuencia acudías al sacramento de la penitencia.

Durante la Edad Media, que te tocó vivir, los cristianos solían confesarse con mucha frecuencia, pero recibían la comunión pocas veces. Actualmente ocurre lo contrario. Incluso almas piadosas se muestran alérgicas a la confesión frecuente y de mera devoción.

Estas me recuerdan al criado de Jonatán Swift. Amo y criado pernoctaron en una hostería. Al día siguiente, Jonatán pidió a su sirviente que le trajera las botas de montar. Este se las presentó llenas de polvo. «¿Por qué no las limpiaste?», le preguntó Jonatán. «Pensé que no serviría de nada: a los pocos kilómetros de camino estarán otra vez llenas de polvo», respondió el criado. «Es cierto. Ve y prepara los caballos para partir». Momentos después, los caballos pataleaban inquietos fuera de la cuadra y también Swift estaba completamente dispuesto para emprender el viaje. «¡Pero no podemos marcharnos sin desayunar!», observó el criado. Swift le contestó: «Pienso que no serviría de nada: a los pocos kilómetros de camino tendrás hambre otra vez».

* * *

Querido Petrarca, ni tú ni yo, creo, seguimos la lógica del criado de Swift. ¿Que el alma se manchará de nuevo después de la confesión? Es lo más probable. Pero esto no quita que sea útil y bueno limpiarla ahora. Además, la confesión no solamente

quita el polvo de los pecados, sino que infunde también una fuerza especial para evitarlos y consolida la amistad con Dios.

Septiembre 1974.

TERESA, UN MARAVEDI Y DIOS

Querida Santa Teresa:

En el mes de octubre se celebra tu fiesta. He pensado que me permitirás entretenerme por escrito contigo.

Quien contempla el famoso grupo marmóreo donde Bernini te presenta en el momento en que un serafín se dispone a atravesar tu pecho con su flecha, piensa en tus visiones y éxtasis. Y acierta. Porque la Teresa de los raptos místicos es también la verdadera Teresa.

Pero también es verdadera la *otra* Teresa, que a mí me gusta más: la que está cerca de nosotros, como se desprende de su *Vida* y de las *Cartas*. Es la Teresa de la vida práctica. La que experimentó las mismas dificultades que nosotros y las supo vencer hábilmente. La que sabía sonreír, reír y hacer reír. La que se movía con soltura en medio del mundo y en las circunstancias más diversas. Y todo ello gracias a sus grandes dotes naturales, pero sobre todo en virtud de su unión constante con Dios.

Estalla la Reforma protestante, la situación de la Iglesia en Alemania y Francia se hace crítica. Tú te acongojabas por ello y escribiste: «Con tal de salvar una sola alma de las muchas que se pierden allí, sacrificaría mil veces la vida. ¡Pero soy mujer!»

¡Mujer! Pero una mujer que vale por veinte hombres, que no deja sin probar medio alguno y logra realizar una magnífica reforma interna, y con su obra y sus escritos influye en toda la Iglesia. Es la primera y la única mujer que —junto con Santa Catalina— ha sido declarada Doctora de la Iglesia.

Mujer de lenguaje sencillez y de pluma elegante y aguda. Tenías un altísimo concepto de la misión de las monjas. Sin embargo, escribiste al padre Gracián: «¡Por amor de Dios, mire bien lo que hace! No crea nunca a las monjas, porque si ellas quieren una cosa, recurren a todos los medios posibles». Y al padre Ambrosio, rechazando a una postulante, le decías: «Usted me hace reír diciéndome que ha comprendido a aquella alma sólo con verla. ¡No es tan fácil conocer a las mujeres!»

Tuya es la lapidaria definición del demonio: «Ese pobre desgraciado que no puede amar».

A don Sancho Dávila: «Distracciones en el rezo del oficio divino las tengo yo también... me he confesado de ellas con el padre Domingo (*Báñez*, teólogo famoso), el cual me ha dicho que no haga caso de ellas. Lo mismo le digo a usted, porque el mal es incurable». Es éste un consejo espiritual. Consejos espirituales los esparcías a manos llenas y de todas clases. Al padre Gracián le aconsejaste incluso que en sus viajes montara en un burro más pacífico, que no tuviera la costumbre de tirar por tierra a los religiosos, o que se atara fuertemente al burro para no caer.

Insuperable, sin duda, te mostraste en el momento de la batalla. El Nuncio, nada menos, te mandó encerrar en el convento de Toledo, declarándote «fémina inquieta, vagabunda, desobediente y contumaz...». Pero desde el convento enviaste mensajes a Felipe II, a príncipes y preladados, y se desenredó la madeja.

Vuestra conclusión: «Teresa sola no vale nada. Teresa y un maravedí valen menos que nada. ¡Teresa, un maravedí y Dios lo pueden todo!»

* * *

Para mí, eres un caso notable de un fenómeno que se repite regularmente en la vida de la Iglesia católica.

Las mujeres, de por sí, no gobiernan —esto corresponde a la jerarquía—, pero, con mucha frecuencia, inspiran, promueven y a veces dirigen.

En efecto, por una parte, el Espíritu «inspira donde quiere», y, por otra, la mujer es más sensible a la religión y más capaz de darse generosamente a las grandes causas. De aquí la interminable hilera de santas, de místicas y de fundadoras que han surgido en la Iglesia católica.

Junto a éstas habría que situar también a las mujeres que han promovido movimientos ascético-teológicos, que influyeron posteriormente sobre amplísimos sectores.

La noble Marcela, que dirigió en el monte Aventino una especie de convento integrado por patricias ricas y cultas, colaboró con San Jerónimo en la traducción de la Biblia.

Madame Acarie influyó sobre ilustres personajes, como el jesuita Coton, el capuchino De Canfelt, el mismo Francisco de Sales y muchos otros, y a través de ellos, en toda la espiritualidad francesa de la primera mitad del siglo XVII.

La princesa Amalia de Gallitzin, desde su «Círculo de Münster», tenido en gran estima incluso por Goethe, difundió por toda la Alemania septentrional una corriente de vida intensamente espiritual. Sofía Swetchine, rusa convertida al catolicismo, llegó a ser en Francia, a comienzos del siglo XIX, la «directora espiritual» de los seglares y de los sacerdotes más representativos.

Podría citar otros muchos casos. Pero vuelvo a ti, que, más que hija, fuiste madre espiritual de San Juan de la Cruz y de los primeros carmelitas reformados. Hoy está

todo completamente claro a este respecto, pero en tu tiempo se produjo el choque antes aludido.

De una parte estabas tú, rica en carismas, fuerzas ardientes y luminosas para bien de la Iglesia de Dios. De la otra parte se encontraba el Nuncio, es decir, la jerarquía, a la cual correspondía juzgar la autenticidad de tus carismas. En un primer momento, abierta la oportuna información, en la cual los testimonios aducidos deformaron la verdad, el juicio del Nuncio fue negativo. Una vez dadas las necesarias explicaciones y examinadas mejor las cosas, estas se esclarecieron: la jerarquía dio su aprobación y tus dones pudieron difundirse en beneficio de la Iglesia.

* * *

También en nuestros días se habla mucho de carismas y de jerarquía. Como tú fuiste especialista en esta materia, me permito entresacar de tus obras los siguientes principios:

1) Por encima de todo está el Espíritu Santo. De El proceden tanto los carismas como los poderes de los Pastores. Al Espíritu corresponde establecer el acuerdo armónico entre la Jerarquía y los carismas y promover la unidad de la Iglesia.

2) Tanto los carismas como la Jerarquía son necesarios para la Iglesia, pero de modo diferente. Los carismas actúan como acelerador, favoreciendo el progreso y la renovación. La Jerarquía tiene que obrar más bien como freno, para favorecer la estabilidad y la prudencia.

3) A veces, los carismas y la Jerarquía se entrecruzan y sobreponen. En efecto, algunos carismas se dan principalmente a los Pastores, como los «dones de gobierno», mencionados por San Pablo en la primera carta a los Corintios. Viceversa, como, la Jerarquía tiene el deber de regular todas las etapas principales de la vida eclesial, los carismáticos no pueden sustraerse a la dirección de la Jerarquía con el pretexto de que tienen carismas.

4) Los carismas no son coto reservado de nadie. Dios los puede conceder a todos: sacerdotes y seglares, hombres y mujeres. Pero una cosa es *poder tener* carismas, y otra *tenerlos* de hecho.

En tu libro de las *Fundaciones* (c. VIII n. 7) leo lo siguiente: «Una vez vino a mí un confesor muy admirado, que confesaba una persona y decía que venía muchos días Nuestra Señora y se sentaba sobre su cama y estaba hablando más de una hora y diciendo cosas por venir y otras muchas. Entre tantos desatinos, acertaba alguno, y con esto tenía por cierto. Yo entendí luego lo que era... y así dije que se esperase aquellas profecías si eran verdad y preguntase otros efectos y se informase de la vida de aquella persona. En fin, venido a entender, era todo desatino».

* * *

Querida Santa Teresa, ¡si volvieras ahora al mundo! Hoy se habla de «carismas» a todas horas. Se reparten patentes de «profeta» a manos llenas, atribuyendo este título incluso a los estudiantes que se enfrentan con la policía en las plazas, o a los guerrilleros de la América Latina. Se pretende oponer a los carismáticos frente a los Pastores. ¿Qué dirías de esto tú, que obedecías a tus confesores, incluso cuando sus consejos eran contrarios a los que te daba Dios en la oración?

Y no creas que soy pesimista. Lo de ver carismas por todas partes espero que sea una pasajera nube de verano. Por otra parte, sé muy bien que los dones auténticos del Espíritu han ido siempre acompañados de abusos y falsos dones; esto no obstante, la Iglesia ha seguido siempre camino adelante.

En la joven Iglesia de Corinto, por ejemplo, hubo un gran florecimiento de carismas, pero San Pablo se ocupó de ellos para combatir algún abuso existente. El fenómeno se repitió luego, adoptando formas aberrantes más llamativas.

Dos mujeres, Priscila y Maximila, promotoras y financiadoras del montanismo en Asia, comenzaron a predicar «carismáticamente» una renovación moral hecha a base de una gran austeridad, de renuncia total al matrimonio, y de disposición absoluta al martirio. Acabaron contraponiendo frente a los obispos a los «nuevos profetas», hombres y mujeres que, «investidos por el Espíritu», predicaban, administraban los sacramentos y esperaban que Cristo volvería de un momento a otro a este mundo para inaugurar el reino milenarista.

En tiempos de San Agustín, hubo en Cartago una rica señora, llamada Lucila, a la cual el obispo Ceciliano reprendió porque solía, antes de recibir la comunión, estrechar contra su pecho el hueso de no se sabe qué mártir. Irritada y resentida, Lucila indujo a un grupo de obispos a oponerse a su obispo de Cartago. Perdido un proceso ante el episcopado africano, el grupo recurrió sin éxito al papa, y después al concilio de Aries, sin lograr mejor resultado. Finalmente, acudieron al mismo emperador y acabaron creando una iglesia nueva. Por esta razón, en casi todas las ciudades africanas donde existían comunidades cristianas, había dos obispos, dos catedrales y dos bandos de fieles hostiles entre sí, los cuales con frecuencia se insultaban mutuamente y llegaban incluso a las manos: los católicos de un lado y los donatistas de otro, seguidores de Donato y de Lucila.

Los donatistas se llamaban a sí mismos los «puros». No se sentaban en el lugar ocupado antes por un católico sin haberlo limpiado cuidadosamente. Evitaban a los obispos católicos como si fueran apestados. Apelaban al Evangelio contra la Iglesia, que decían estaba sostenida por la autoridad imperial. Crearon escuadras de asalto. El mansísimo San Agustín llegó en cierta ocasión a apostrofarles de este modo: «Si tan dispuestos estáis al martirio, ¿por qué no cogéis una cuerda y os colgáis?»

En el siglo XVII, las monjas de Port Royal protagonizaron un nuevo episodio. Una de sus abadesas, Madre Angélica, había comenzado bien: había reformado

«carismáticamente» a sí misma y el monasterio, cerrando la clausura incluso a los padres de las religiosas. Poseía grandes dotes, había nacido para gobernar, pero se convirtió en el alma de la resistencia jansenista, intransigente hasta el último extremo ante la autoridad eclesiástica. De ella y de sus monjas se decía: «Puras como ángeles, pero soberbias como demonios».

Querida Santa Teresa, ¡qué lejos de tu espíritu se halla todo esto! ¡Qué abismo separa de ti a estas mujeres! «Hija de la Iglesia» era el nombre que más te gustaba. Lo repetiste con voz apagada en el mismo lecho de muerte. Y durante la vida trabajaste incansablemente *para* la Iglesia y *con* la Iglesia, ¡aceptando incluso el sufrir algo *de la* Iglesia!

¡Ojalá enseñaras un poco tu método a las «profetisas» de hoy!

Octubre 1974.

LAS FEMINISTAS Y LA BARBA DE SANTA VILGEFORTIS

Querido Goldoni:

He tenido ocasión de ver a finales de agosto del presente año (1974) tu obra *Los rústicos* y, poco después *La fierecilla domada*, de Shakespeare. Sin pretenderlo ni advertirlo, se me ha impuesto espontáneamente el contraste: «antifeminista» Shakespeare, «feminista» tú.

La «fierecilla» es Catalina, hija de un ricachón de Padua. Iracunda, arisca, intolerante de todo y con todos, lanza por el aire los muebles de la habitación, ahuyenta de su casa a toda la gente e incluso tiene la gentil costumbre de morder; nadie se atreve a pretender su mano.

Pero llega de Verona Petrucho, a quien atrae la riquísima dote de Catalina. Y decide ser su pretendiente. Ella lo desprecia, pero él, astuto e imperturbable, la corteja inteligentemente: cuanto más lo maltrata, tanto más le declara que la encuentra dulce y gentil.

Se celebra el matrimonio y Petrucho se lleva a su esposa a Verona. Aquí los papeles se invierten.

Con el pretexto de que los alimentos y la cama no son dignos de ella, Petrucho, en medio de mil caricias y protestas de amor, no le permite que coma ni que duerma.

El hambre y el sueño consiguen «domar» a Catalina. Desde entonces, si su marido lo quiere, ella está dispuesta a llamar sol a la luna y viceversa, a decir que el cielo está despejado cuando llueve y viceversa. A su padre, a su hermana, a su cuñado y al público les dice que los deberes de una esposa son obedecer a su marido, servirle y mostrarse siempre de su misma opinión.

En *Los rústicos*, el procedimiento es inverso: cuatro maridos inician su vida conyugal como «domadores» y acaban «domados».

¿Sus esposas? «¡Que estén encerradas en casa, que no las vea ninguno, que no las conozca nadie!»

La hija de Leonardo, uno de los cuatro, el mismo día de su boda, no sabe todavía

que tiene un pretendiente, ni lo ha visto nunca. Los padres de los contrayentes han arreglado el matrimonio con el mayor secreto. La joven se lamenta a su madrastra:

«¡Pobre de mí, que nunca he salido de casa! ¡Mí padre no me dejaba ni siquiera asomarme un momento al balcón!»

Pero he aquí que las esposas inician la insurrección, teniendo al frente a la intrépida «señora Felicia», la cual, después de haber descubierto y divulgado el secreto del inminente matrimonio, y de haber dado a los «rústicos» una sorpresa mayúscula, vence sus últimas resistencias con una arenga digna de un abogado, que los deja aturridos.

Los cuatro, vencidos más que convencidos, tienen que confesar que sus esposas e hijas no están «domadas». Cuando desean alguna cosa, si sus maridos no les dan su autorización, se la toman ellas mismas.

* * *

Entre la tesis de Shakespeare y la tuya, estimado Goldoni, prefiero la tuya. Es más humana y más justa, y está más cerca de la realidad de tu tiempo y del nuestro, aunque tu «feminismo» resulta hoy un tanto pálido. Porque desde tu época hasta la actual, la mujer ha logrado numerosas conquistas.

En *Las mujeres puntillosas* te has reído de los salones, «donde hay mujeres acompañadas de caballeros dispuestos a servir las, ante quienes se mantienen altivas y distantes para hacerse adorar: Hay quien suspira en torno a una, quien dobla su rodilla ante otra, quien ofrece humildemente la copa, quien recoge del suelo un pañuelo, quien besa la mano, quien ofrece galantemente su brazo, quien hace de secretario y quien sirve incluso de camarero...». En nuestros días, todo esto ha desaparecido, y ha desaparecido también casi totalmente la diferencia entre las «señoras» y las «plebeyas».

El paso del tiempo y, sobre todo, dos guerras espantosas, con la formidable «mezcla de cartas» que provocaron, han cambiado la mentalidad y la posición social de las mujeres. Las jóvenes no viven ya encerradas en casa. Son muchas las que estudian incluso una carrera, y casi todas se preparan con vistas a un trabajo que les permita ganarse la vida. Reciben también ahora muestras de adoración y cariño, pero a toda prisa. Saben que, en general, deben contar solamente consigo mismas, bastarse a sí mismas como los hombres y aportar a la familia la propia contribución de trabajo y de dinero.

Como las mujeres de tu tiempo, también las de hoy poseen tesoros enormes de intuición y de sentimiento, pero actualmente deben emplearlos, en parte, para crearse una familia y, en parte, para conseguir una posición social y mantenerla.

En vuestras comedias bastan los dedos de una mano para enumerar las categorías femeninas: señoras nobles, amas burguesas, campesinas, mesoneras y camareras. Hoy

no basta un vocabulario entero: estudiantes, obreras, dependientas de comercio, maestras, gobernantas de hotel, profesoras, enfermeras, oficinistas, médicas, policías, asistentes sociales, abogadas y una lista interminable hasta llegar a las diputadas de Parlamento y las ministros del Gobierno.

«Sabe hacer de todo», hacías decir a Leonardo refiriéndose con aquello a su hija Lucita. Y entendías por «todo» lo siguiente: calcetar, remendar la ropa, bordar, cocinar y tocar algún instrumento.

Actualmente, la mujer trabaja en todos los campos, incluidos aquellos que en tu tiempo estaban reservados a los hombres. Hoy encuentras a las mujeres en las luchas políticas y en las competiciones deportivas, con un aire arrogante y serio, que desdeña, o finge desdeñar, toda manifestación externa de sentimiento. Sin embargo, su corazón sueña Y llora como el de vuestras Rosauras, Marinas, Lucitas y Colombinas. Su máscara de indiferencia sólo afecta al exterior.

* * *

Llegados a este punto, me preguntarás seguramente: «Y todo esto, ¿lo consideras un bien o un mal?».

En sí es un bien, querido Goldoni. El mal, cuando existe, se halla en el empeoramiento del ambiente en que se mueven hoy las mujeres, y que constituye una grave amenaza para sus sanas convicciones y para su vida religiosa y moral. El 26 de julio, por ejemplo, los periódicos italianos daban la siguiente noticia: Ayer, en una rueda de prensa la diputada N., defendiendo la liberalización del aborto, declaró: «El derecho a vivir la propia sexualidad está actualmente limitado por el sentido del pecado... La mujer tiene derecho a vivir la propia sexualidad no solamente en el ámbito de la familia y para la creación de una familia».

Querido Goldoni, tú no fuiste lo que suele llamarse un «beato». Hablaste poco de Dios e incluso te permitiste ironizar a ciertos sacerdotes. Abogado y dramaturgo, conocías el mundo y la vida.

¡Y qué vida! La de los comediantes, la de la Venecia del siglo XVIII y la de la corte de Luis XVI. Tuviste, sin embargo, en alta estima la familia, el amor y la fidelidad conyugal, la dignidad de la mujer, a pesar de tu innata galantería y la atracción confesada hacia el «bello sexo». Las mujeres de tus comedias: la «muchacha honrada», la «buena madre», la «hija obediente» y la misma «viuda atrevida» (atrevida, sí, pero con vistas a un honesto segundo matrimonio), se hubieran puesto completamente coloradas si hubieran escuchado a la referida diputada.

En tu tiempo hubiera resultado inaudito que alguien reclamara la libertad sexual femenina fuera de la familia como un derecho, en nombre de todas las mujeres, a la vista de todo el mundo y sin eufemismos ni reticencias. Inaudito también que el pecado fuera considerado como una pura invención del «poder» para llevar a la gente

por el camino que le interesa y quitarle la libertad.

Las mujeres de tu tiempo, aunque también pecaban, admitían casi todas que un Dios, situado por encima de nosotros, podía imponer normas a las acciones humanas, en beneficio nuestro y no suyo. ¿Qué pasa hoy? Me pregunto cuántas mujeres estarán de acuerdo con la tesis de la diputada. Deseo que no sean muchas, pero no lo sé. Si fueran numerosas, entonces, más que ante un progreso del «feminismo» nos encontraríamos ante un hundimiento de la feminidad y de la humanidad.

* * *

Habéis escuchado las palabras de la diputada: liberalización y reglamentación del aborto para impulsar la promoción de la mujer.

¿Pero es esto verdadera promoción de la mujer? Encuestas realizadas por médicos Japoneses, ingleses y húngaros sobre abortos realizados bajo la protección de la ley y en clínicas especializadas, revelan que tales abortos crean siempre un trauma que repercute en la salud de la mujer y en los partos e hijos posteriores. A su vez, psicólogos y psiquiatras señalan otras perniciosas consecuencias. Estas —afirman ellos— pueden quedar habitualmente adormecidas en el subconsciente de la mujer que ha abortado, pero surgen inmediatamente en los momentos de crisis.

No hablamos del aspecto moral: el aborto, además de violar las leyes de Dios, va contra las aspiraciones más profundas de la mujer, perturbándola profundamente.

En muchos casos, el aborto libera, más que a la mujer, al varón responsable del embarazo —marido o no—, evitando a éste molestias y gastos, y permitiéndole dar rienda suelta a sus apetitos sexuales sin tener que asumir las obligaciones consiguientes. Es un retroceder, más que un avanzar de la mujer, en relación con el varón.

* * *

En materia de aborto, querido Goldoni, la diputada y las feministas cuentan actualmente con poderosos aliados.

«El aborto reglamentado —dicen algunos— es un mal menor. Impedirá los abortos clandestinos y la muerte de numerosas mujeres, víctimas hasta ahora de tantas inexpertas manipuladoras».

Pero la experiencia de otros países demuestra que los abortos clandestinos no disminuyen realmente con su legalización, a menos que la ley permita *cualquier clase* de aborto. Por otra parte, es evidente que con frecuencia se hincha, para fines propagandísticos, el número de víctimas causadas por los abortos clandestinos. «Otros países civilizados han legalizado el aborto. ¿Por qué no ha de hacerlo también Italia?» Respondo: Si legalizar el aborto es un error, ¿por qué debemos caer también nosotros en el mismo error? Una enfermedad importada a Italia desde el extranjero,

por el hecho de haber sido importada, no se convierte en cosa saludable, sino que continúa siendo una infección o una epidemia.

* * *

En defensa del aborto comienza a difundirse un argumento aún más engañoso: «*La duodécima semana* del embarazo —dicen— es la decisiva. Sí, porque ése es el momento de las *dos vidas* del feto en el seno materno. La primera vida es *humana*, pero sólo vegetativo-animal. La segunda es *humanizada*, pero humanizada con una condición. Con la condición de que los padres, apenas conocida la presencia del nuevo ser, lo ‘llamen a nacer’, lo quieran, lo reconozcan y establezcan con él un vínculo de amor, concediéndole así el derecho a existir». Y añaden: «Comúnmente, los padres tienen la obligación de hacer esta llamada. Pero (maldito *pero*) si existe un motivo, los padres pueden, sin cometer pecado, rechazar al hijo y cortar su desarrollo. A lo sumo, para evitar abusos e impedir que la facultad de rechazar al hijo se convierta en ilimitada, se deberá consultar a médicos y magistrados antes de decidir».

¡Ay, querido Goldoni! Esas «dos vidas» existen solamente en la cabeza de algunos teólogos. Fuera de esas cabezas, en el seno de la madre, en concreto hay una sola vida, la cual lanza un implorante llamamiento a los padres y a la sociedad. Suponen que corresponde a los padres, después de la famosa *semana duodécima*, crear derechos en la criatura. La verdad es lo contrario: es la criatura la que, desde el momento del comienzo de su concepción, impone deberes en los padres.

Y, por encima de la criatura, está Dios, quien ha mandado: «No matarás». «La vida —enseña el concilio Vaticano II— debe ser protegida con el mayor cuidado desde el momento de la concepción: el aborto, como el infanticidio, son crímenes abominables» (GS. n. 51).

* * *

Querido Goldoni, habría que hablar ahora de otros «feminismos» poco delicados, pero dejémoslos. Espero que las mujeres puedan conseguir nuevas conquistas, más justas y dignificadoras, que desarrollen cuanto el Señor ha revelado sobre la verdadera grandeza de la mujer.

Una contribución importante, querido Goldoni, la podrían ofrecer tus comedias, tan llenas de buen sentido, pobladas de muchachas que se estremecen con la esperanza de la vida conyugal, de esposas que desean una vida más confortable y tienen sus defectos, pero que son honestas, cumplidoras de sus deberes y celosas de la propia virtud.

Algunas feministas encuentran, por el contrario, todo esto anticuado y superado, y tratan de presentar como «esclavitud impuesta por el macho» incluso algunas leyes de Dios. Esto significa que ellas prefieren modelos de vida no cristianos.

Si tuviéramos que proponerles el ejemplo de una santa, ésta podría ser Santa Vilgefortis, de extraño nombre y de hechos aún más extraños todavía.

Nació en Portugal de padres paganos y fue bautizada sin que ellos lo supieran. Según la leyenda, muy joven todavía, hizo voto de virginidad. Su padre acordó su matrimonio con un rey de Sicilia. Ella pidió y obtuvo del Señor un milagro que le permitiera mantener su voto: una espesa y horrible barba creció sobre su rostro virginal. Naturalmente, la boda no se celebró. La doncella conservó su virginidad consagrada a Dios. Su padre, al descubrir su condición cristiana, le infligió el martirio.

La referencia carece de malicia. Pero, en plan de broma, podría decirse que una santa barbuda y liberada de la servidumbre del marido, les vendría como anillo al dedo a muchas feministas que proponen planes feroces contra los hombres barbudos.

Después de *La viuda atrevida*, *La mujer de garbo*, *Las campesinas*, *Las caprichosas*, *La muchacha honrada*, *El caballero y la dama*, *Las mujeres puntillosas*, *Los chismes de las mujeres*, *La esposa prudente*, *La administradora*, *La novia persa*, *Mujeres de su casa* y tantas otras, *La mujer barbuda* daría el último personaje a la inmensa galería femenina de Goldoni.

Noviembre 1974.

LA LLAMADA DEL MONTE ISEL

Querido Hofer:

Hace un mes, al pasar por Innsbruck, visité la *Hofkirche*, iglesia en otro tiempo franciscana, que fue construida en el Renacimiento según planos del italiano Andrés Crivelli. Al entrar en ella, me enontré casualmente, a la izquierda de la puerta principal, con la tumba de usted. Junto al suyo se hallan los sepulcros de José Speckbacher y del capuchino Joaquín Haspinger, ambos compañeros suyos de batallas.

En realidad, usted, el posadero de San Leonardo, en el valle de Passiria; combatió dos clases de batallas. Primeramente, usted fue soldado regular en la guerra contra los franceses de 1796 y de 1805. Después, como guerrillero, fue la cabeza y el alma de la insurrección popular del pueblo tirolés contra los bávaros y los franceses en 1809. Su dirección, increíblemente hábil y valerosa, de los insurrectos, arrancó la admiración de los mismos generales napoleónicos y le hizo entrar para siempre como héroe en el corazón del pueblo tirolés.

Todo comenzó cuando el marqués de Montgelas, ministro de Baviera, sin motivo alguno y sin previo aviso, suprimió de golpe en 1809 todas las ceremonias del culto católico: nada ya de procesiones, matrimonios canónicos y funerales religiosos, mutismo absoluto de todas las campanas. Montgelas no imaginaba hasta dónde podía llegar el sentimiento religioso del catolicísimo pueblo tirolés. Este elevó al, rey de Baviera respetuosas instancias para que fuera retirado el «decreto impío y liberticida». Pero fue en vano. Entonces estalló la insurrección en masa. Mientras las campanas sonaban a rebato y su tañido se transmitía de valle en valle, los campesinos, armados con hoces, horcas y viejos fusiles, se reunían corriendo desde todas las casas de campo y todas las aldeas. Entre la multitud destacaba usted, con su gigantesca estatura, su voz poderosa y su imponente barba negra.

Dos veces fue derrotado el ejército bávaro. Decenas de millares de franceses y sajones acudieron en refuerzo de los bávaros. Entonces se vio obligado usted a dividir sus fuerzas en pequeños grupos e iniciar la guerra de guerrillas. Como en tiempos de

la «resistencia» italiana, también usted tuvo que «refugiarse en las montañas». Por desgracia, dos miserables le traicionaron por las acostumbradas «treinta monedas». Al ser detenido por los franceses en la cabaña donde se escondía, usted dijo:

«Haced de mí lo que os plazca. Solamente os pido que respetéis la inocencia de mi esposa y de mis hijos». El virrey Eugenio quería otorgarle el perdón, pero Napoleón ordenó su fusilamiento.

En Mantua, antes de la ejecución, dio usted la bendición, como un patriarca, a los compañeros arrodillados a vuestro alrededor y, negándose a que le vendaran los ojos, esperó de pie la descarga. En la explanada del monte Isel, cerca de Innsbruck, os levantaron una estatua. En su pedestal se lee: *Por Dios, por el emperador, por la Patria.*

* * *

Emperador aparte, yo querría que el heroísmo de usted, gallardo y cristiano al mismo tiempo, sirviera de inspiración a otros. Entendámonos. No pretendo impulsar ninguna nueva guerrilla. Estoy convencido de que, especialmente en la Italia democrática, no existe necesidad alguna de guerrillas. Pero su fe cristiana, de una sola pieza, y la unidad compacta del pueblo, que, junto con Haspinger, supo usted lograr en la hora del peligro, ésas sí las deseo de todo corazón.

El profeta Elías decía a la gente: «¿Hasta cuándo caminaréis cojeando a pesar de tener los dos pies? Si el Señor es Dios, ¡seguidlo! Si, por el contrario, lo es Baal, ¡seguidle!» Quería que hicieran una elección seria. Insinuaba que no es posible acercarse a Dios sin apartarse del mal, manteniendo al mismo tiempo dos posiciones contrarias o vacilando entre ellas. Es lo que dijo nuestro poeta Trilussa:

*Creo en Dios Padre todopoderoso. Pero...
¿Alguna duda? Que no salga de tu mente.
La fe es hermosa cuando no hay «quizás»,
Ni el «cómo» ni el «por qué» perturban a la gente.*

«Quizás», «cómo» y «por qué» no inquietaban al espíritu de los tirolese de su tiempo. En la modesta posada «am Sand» que usted regentaba en San Leonardo, ellos jugaban, bebían, se divertían y discutían. Pero, vueltos a sus casas, rezaban las oraciones de la tarde con su familia. Cuando los domingos asistían a misa, acostumbraban visitar las tumbas de sus familiares difuntos en el pequeño cementerio situado junto a los muros del templo. El ambiente, las tradiciones piadosas y el tiempo disponible favorecían la reflexión. Y la reflexión consolidaba sus convicciones, que el pintor Egger Lienz puso de relieve eficazmente al pintar a los guerrilleros tirolese formados y dispuestos al combate, teniendo a la cabeza a Haspinger, que eleva el crucifijo en su mano.

A nosotros, arrastrados y aturridos hoy por el ritmo frenético de la vida, nos faltan el silencio y la posibilidad de reflexionar. Esta es quizás una de las causas de la vacilación de muchos. Los predicadores de la vieja escuela, al estilo de Haspinger, que nos proponen rudamente las verdades eternas, no gustan en nuestros días; se prefieren palabras persuasivas y discretas. Tampoco soportamos ahora el sonido de las campanas que tañen a distancia; tal vez aceptamos la campanilla de casa.

Palabra suave y campanilla era, por ejemplo, el hermano Cándido, de las Escuelas Cristianas. Este vivió, querido Hofer, un siglo después que usted. Un día viajaba en un tren y tenía abierta sobre sus rodillas una guía de ferrocarriles, que estaba consultando. Un muchacho que estaba a su lado, lleno de curiosidad, miraba a hurtadillas la guía y observaba cómo la manejaba el hermano. Este le preguntó: «¿Conoces este libro? ¿No? ¿Quieres saber para qué sirve y cómo se usa?» Se lo explicó y le enseñó a encontrar los horarios y descubrir los trenes más rápidos entre dos ciudades. El muchacho pone mucha atención. Luego hace algunas pruebas. Aprende pronto el manejo de la guía y se muestra sumamente regocijado. Los viajeros del departamento siguen con divertido interés el diálogo entre ambos.

En un determinado momento, inesperadamente, el hermano Cándido le pregunta al muchacho: «¿Quieres que te enseñe también a viajar por el *Ferrocarril del Paraíso*?» La sorpresa se dibuja en el rostro del muchacho y de todos los viajeros. El hermano Cándido saca de su bolsa de viaje un folleto ilustrado y continúa: «Este es el *Ferrocarril del Paraíso*. *Estación de partida*: cualquier punto del globo terrestre. *Tiempo de partida*: cualquier momento. *Tiempo de llegada*: no puede preverse la hora para el viajero. *Billete*: estar en gracia de Dios. *Revisor*: el examen de conciencia. *Avisos*: 1) Tengan siempre dispuesto el equipaje de las buenas obras. 2) Hay una forma de recuperar el equipaje perdido: por medio de la confesión». Terminada su explicación, con gesto amable y sonriente, regaló al muchacho y a los demás viajeros presentes el curioso y precioso *itinerario*, el cual movió tal vez a alguien al arrepentimiento y al propósito de enmienda.

Me diréis: «¡Este hermano Cándido es una versión dulcificada y raquíca de aquel avasallador Haspinger!»

¡Qué queréis que haga! La época actual, religiosamente débil, requiere un nuevo método apropiado. Lo importante no es el modo, sino el resultado: ¡hacer reflexionar!

* * *

Más importante aún es mantener la unión tanto entre los católicos como entre los ciudadanos de un país. Somos cristianos, pero también para nosotros resulta provechosa la lección del cónsul pagano Publio Rutilio. Era un hombre muy gordo. Un día, para apaciguar una terrible contienda, que parecía no tener fin, se interpuso entre los dos contendientes y les dijo: «Queridos amigos, como veis, yo soy muy

grueso, y mi mujer lo es más todavía. Sin embargo, cuando estamos en paz, nos basta para los dos una estrecha cama; en cambio, cuando estaños reñidos, la casa entera nos parece pequeña y no nos basta».

Me asalta ahora una duda: el ejemplo de Rutilio resulta apropiado cuando los contendientes son dos únicamente; pero, por desgracia, los grupos que se combaten actualmente en un país o una comunidad, no son dos, sino ¡cuatro, seis, siete, veinte! ¡Ya no se puede hablar de lecho matrimonial! Si la consideración del bien común no es ya suficiente para llevarnos a la unidad, debería alejarnos de las discordias al menos el temor a los males que éstas producen. Decía Voltaire: «Estuve dos veces al borde de la ruina: la primera, cuando perdí el pleito, y la segunda, cuando lo gané».

Naciones y facciones políticas y religiosas que tenemos a la vista pueden aplicarse el epifonema volteriano. Conviene, además, que no olviden al «tercero» que permanece siempre en la sombra: el que «se aprovecha» de la contienda entre los dos adversarios.

Bulwer, el autor de *Los últimos días de Pompeya*, escribió: «El abogado es un hombre que, cuando dos litigan por una ostra, la abre, se come su contenido y luego da las valvas a los contendientes: ¡una para cada uno!» Este autor exagera. Pero es cierto siempre y en cualquier campo que la fuerza de nuestro adversario es nuestra debilidad causada por las divisiones.

Estas consideraciones son válidas, en parte, también para la Iglesia católica. Su fundador, Cristo, temió las divisiones y puso un sólido fundamento para su unidad. Dijo: Deseo que mis discípulos «sean una sola cosa» y formen «un solo redil». Para lograr el objetivo de la unidad, eligió entre la muchedumbre de seguidores a los doce apóstoles, de quienes dijo: *Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí*. Previendo divisiones entre los doce apóstoles y entre sus sucesores, quiso que uno de ellos hiciera de jefe y hermano mayor, y le dijo a Pedro: *Apacienta mis ovejas, confirma a tus hermanos*. El remedio, por consiguiente, es éste: Basta con que los fieles, los sacerdotes, los religiosos y los obispos se aprieten en torno al papa; nadie podrá dividir a la Iglesia.

Vuestro capuchino Haspinger, querido Hofer, sabía muy bien todas estas cosas; más aún, las había vivido. En la misma época en que usted y sus compañeros se sublevaban en el Tirol, numerosos obispos, por miedo o por interés, se pasaban al lado del omnipotente Napoleón. En cambio, usted oponía en el Tirol resistencia a Napoleón y sus aliados, estando de parte del papa Pío VII, el cual, precisamente aquel mismo año 1809, excomulgó a Napoleón y, apresado por los franceses, fue sacado de Roma y llevado al exilio de Savona.

Todas estas cosas merecen recordarse. Y vivirse. Para terminar de una vez con las contiendas que agotan las fuerzas y escandalizan. Para restaurar la unión de las almas y la unidad de la Iglesia y de la Patria. *Für Gott... für Vaterland. Por Dios... por la*

Patria, como está escrito al pie de vuestra estatua en la explanada del monte Isel.

Diciembre 1974.

A Jesús

ESCRIBO TEMBLANDO

Querido Jesús:

He sido objeto de algunas críticas. «Es obispo, es cardenal —dicen—, ha trabajado agotadoramente escribiendo cartas en todas direcciones: a M. Twain, a Péguy, a Casella, a Penélope, a Dickens, a Marlowe, a Goldoni y a no sé cuántos más. ¡Y ni una sola línea a Jesucristo!»

Tú lo sabes. Yo me esfuerzo por mantener contigo un coloquio continuo. Pero traducido en carta me resulta difícil: son cosas personales. ¡Y tan in significantes! Además, ¿qué voy a escribirte a Ti. de Ti, después de tantos libros como se han escrito sobre Ti?

Por otra parte, tenemos el Evangelio. Como el rayo supera cualquier fuego, y el radio todos los demás metales; como un misil supera en velocidad la flecha del pobre salvaje, así el Evangelio supera todos los libros.

No obstante, he aquí mi carta. La escribo temblando, sintiéndome como un pobre sordomudo que hace enormes esfuerzos para hacerse entender, y con el mismo estado de ánimo que Jeremías, cuando, enviado a predicar, te decía, lleno de repugnancia: «¡No soy más que un niño, Señor, y no sé hablar!»

* * *

Pilato, al presentarte al pueblo, dijo: *¡He aquí al Hombre!* Creía conocerte, pero no conocía siquiera una sola brizna de tu corazón, cuya ternura y misericordia mostraste cien veces de cien maneras diferentes.

Tu madre. Pendiente de la cruz, no quisiste marchar de este mundo sin darle un segundo hijo que se cuidase de ella, y dijiste a Juan: *He ahí a tu madre.*

Los apóstoles. Vivías día y noche con ellos, tratándolos como verdaderos amigos, soportando sus defectos. Les instruiste con paciencia inagotable. La madre de dos de ellos te pide un puesto privilegiado para sus hijos y Tú le respondes: «A mi lado no han de buscarse honores, sino sufrimientos». También los otros anhelan los primeros puestos y Tú les enseñas: «Hay que hacerse pequeños, ponerse en el último lugar,

servir».

En el cenáculo les pusiste en guardia: «¡Tendréis miedo y huiréis!» Protestan. El primero y el que más, Pedro, quien luego te negaría tres veces. Tú perdonas a Pedro y le dices tres veces: *Apacienta mis ovejas*.

En cuanto a los demás apóstoles, tu perdón resplandece sobre todo en el capítulo 21 de Juan. Pasan toda la noche en la barca. Antes de clarear el día, Tú, el Resucitado, estás a la orilla del lago. Y les haces de cocinero, de sirviente, encendiendo el fuego, cocinando y preparándoles pescado asado y pan.

Los pecadores. Tú eres el pastor que va en busca de la oveja descarriada y se alegra al encontrarla y lo celebra cuando la devuelve al redil. Tú eres aquel padre bueno que, cuando regresa el hijo pródigo, se le arroja al cuello y lo abraza durante largo tiempo. Escena repetida en todas las páginas del Evangelio: Tú te acercas a los pecadores y pecadoras, comes con ellos, te invitaste Tú mismo, si ellos no se atreven a invitarte. Das la impresión —es la que yo tengo— de preocuparte más de los sufrimientos que el pecado causa a los pecadores que de la ofensa que hace a Dios. Infundiéndoles la esperanza del perdón, parece que les dices: «¡Ni siquiera os imagináis la alegría que me produce vuestra conversión!»

* * *

Además del corazón, brilla en Ti la inteligencia práctica.

Apuntabas siempre al interior del hombre. Los fariseos tenían la cara demacrada a causa de los prolongados ayunos religiosos y Tú manifestaste: «No me gustan esos rostros. El corazón de estos hombres está lejos de Dios. Los impulsos nacen del interior y, por ello, el corazón sirve de módulo para juzgar a los hombres. De dentro del corazón humano salen los malos pensamientos: liviandades, latrocinios, asesinatos, adulterios, codicias, orgullo, vanidad».

Tenías horror a las palabras inútiles: *Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, procede del mal. Cuando oréis, no multipliquéis las palabras*.

Querías hechos reales y moderación: *Si ayunas, lávate la cara y perfúmate la cabeza. Cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha*. Al leproso curado le ordenaste: *No lo digas a nadie*. A los padres de la muchacha resucitada les mandaste enérgicamente que no fueran anunciando a bombo y platillo el milagro ocurrido. Solías decir: *Y o no busco mi gloria. Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre*.

En la cruz, antes de morir, dijiste: *Todo está cumplido*. Pero siempre te cuidaste de que las cosas no se hicieran a medias. Cuando los apóstoles te sugirieron: *La gente nos sigue hace tiempo; enviémosla a su casa para que coman*, Tú respondiste: *No, démosle nosotros de comer*. Cuando terminaron de comer los panes y los peces milagrosamente multiplicados, añadiste: *Recoged las sobras; no está bien que se*

pierdan.

Querías que, al hacer el bien, se cuidaran hasta los menores detalles. Al resucitar a la hija de Jairo, aconsejaste: *Ahora, dadle de comer*. La gente proclamaba de Ti: *¡Ha hecho bien todas las cosas!*

* * *

¡Qué resplandor de inteligencia brotaba de tu predicación! Tus adversarios enviaron desde el templo de Jerusalén guardias para detenerte y éstos volvieron con las manos vacías. «¿Por qué no lo habéis detenido?» Los guardias respondieron: *¡Jamás hombre alguno ha hablado como él!* Hechizabas a la gente, la cual afirmó de Ti desde los primeros días: *¡Este sí que habla con autoridad! ¡Lo contrario de lo que hacen los escribas!*

¡Pobres escribas! Encadenados a los 634 preceptos de la Ley, andaban diciendo que el mismo Dios dedicaba cada día un rato al estudio de la Ley y, desde el cielo, pasaba revista a las opiniones de los escribas para estar al corriente de sus progresos.

Tú, por el contrario: *Habéis oído que se dijo... Yo, en cambio, os digo...* Reivindicabas el derecho y el poder de perfeccionar la Ley como señor de la Ley. Con extraordinario coraje afirmaste: *Soy mayor que el templo de Salomón; el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

Y no te cansabas nunca de enseñar en las sinagogas, en el templo, sentado en las plazas o sobre el campo, por los caminos, en las casas e incluso durante la comida.

* * *

Hoy, todo el mundo pide diálogo, diálogo. He contado tus diálogos en el Evangelio. Son 86: 37 con los discípulos, 22 con gentes del pueblo y 27 con tus adversarios. La pedagogía actual exige la actividad común en torno a los centros de interés. Cuando el Bautista envió, desde la cárcel, a sus discípulos para que te preguntaran quién eras, no perdiste el tiempo en palabrerías. Curaste milagrosamente a todos los enfermos presentes y dijiste a los enviados: *Id y decidle a Juan lo que habéis visto y oído.*

Para los judíos de tu tiempo, Salomón, David y Jonás representaban lo que para nosotros son Dante, Garibaldi y Mazzini. Tú hablabas continuamente de David, Salomón, Jonás y otros personajes populares. Y siempre con valentía.

El día en que enseñaste: *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los perseguidos*, yo no estaba allí. Si hubiera estado junto a Ti, te hubiera susurrado al oído: «Por favor, cambia, Señor, tu discurso, si quieres que alguien te siga. ¿No ves que todos aspiran a las riquezas y a las comodidades? Catón prometió a sus soldados los higos de África, y César las riquezas de la Galia, y, bien o mal, encontraron seguidores. Tú prometes pobreza, persecuciones. ¿Quién quieres que te siga?»

Impertérrito, continúas y te oigo decir: *Y o soy el grano de trigo que debe morir antes de fructificar. Es preciso que yo sea levantado sobre una cruz; desde ella atraeré a mí el mundo entero.*

Ya se cumplió esta profecía: Te levantaron sobre la cruz. Tú la aprovechaste para extender los brazos y atraerte a la gente. ¿Quién podrá contar los hombres que han llegado hasta el pie de la cruz, para arrojarse en tus brazos?

* * *

Ante este espectáculo de las multitudes que, desde todas las partes del mundo y durante tantos siglos, acuden incesantemente al crucificado, surge la pregunta: ¿Se trata solamente de un hombre extraordinario y bienhechor o de un Dios? Tú mismo diste la respuesta, y quien no tiene los ojos cegados por los prejuicios, sino ávidos de luz, la acepta.

Cuando Pedro proclamó: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, Tú no sólo aceptaste su confesión, sino que también la premiaste. Siempre reivindicaste para Ti que los judíos consideraban exclusivo de Dios. A pesar de su escándalo, perdonaste los pecados, te manifestaste señor del Sábado, enseñabas con suprema autoridad, y declaraste ser igual al Padre.

Muchas veces trataron de apedrearte como blasfemo, porque decías ser Dios. Finalmente, cuando te prendieron y te llevaron ante el Sanedrín, el sumo sacerdote te preguntó solemnemente: *¿Eres o no eres el Hijo de Dios?* Tú respondiste: *Lo soy. Y me veréis sentado a la diestra del Padre.* Y aceptaste la muerte antes que retractar esta afirmación y negar tu esencia divina.

Estoy acabando de escribir esta carta. Nunca me he sentido tan descontento al escribir como en esta ocasión. Me parece que he omitido la mayoría de las cosas que podían decirse de Ti y que he dicho mal lo que debía haber dicho mucho mejor. Sólo me consuela esto: lo importante no es que uno escriba sobre Cristo, sino que muchos amen e imiten a Cristo.

Y, afortunadamente —a pesar de todo—, esto sigue ocurriendo también hoy.

Mayo 1974.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI



ALBINO LUCIANI (Canale d'Agordo, Italia, 1912 - Roma, 1978). Hijo de padre emigrante y madre trabajadora. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de la diócesis de Belluno, recibiendo la ordenación sacerdotal el 7 de julio de 1935. De nuevo en su país natal, trabajó como coadjutor en una parroquia y como profesor del Instituto técnico minero. En 1947, con una tesis sobre Rosmini, consiguió el doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Durante más de veinte años enseñó Teología dogmática, Escritura y Derecho Canónico, al tiempo que ejercía cargos de gran responsabilidad en la diócesis: vicario general y director del Secretariado de Catequesis.

El 15 de diciembre de 1958 fue nombrado obispo de la diócesis de Vittorio Veneto, cerca de Venecia. Juan XXIII quiso consagrarle personalmente en la Basílica de San Pedro. Once años más tarde —el 15 de diciembre de 1969—, Pablo VI nombraba a Mons. Luciani arzobispo patriarca de Venecia. En marzo de 1973 era elevado a la púrpura cardenalicia.

Elegido pastor supremo de la Iglesia de Cristo el 26 de agosto de 1978, fallecía inesperadamente el 28 de septiembre del mismo año.

Notas

[1] CHARLES DICKENS, escritor inglés (1812-1870). Una infancia amarga (el padre fue encarcelado por deudas, y él empezó a trabajar a los doce años en una fábrica) le inspiró las más famosas de sus obras (*Oliver Twist*, *David Copperfield*), penetradas, sin embargo, de una clara vena humorística (*Los papeles póstumos del Club Pickwick*). El eficaz realismo de Dickens, denso de calor humano, tuvo incluso consecuencias en el plano social (la reforma de la legislación inglesa sobre la infancia). <<

[2] MARK TWAIN (pseudónimo de Samuel Langhorne Clemens), escritor estadounidense (1853-1910). Tipógrafo, piloto mercante en el Misisipí, periodista, se hizo intérprete con sus libros del mito de la nueva frontera. Sus obras principales son: *Las Aventuras de Tom Sawyer* y *Las Aventuras de Huckleberry Finn*, ricos en ritmo y humorismo. <<

[3] GILBERT KEIT CHESTERTON, escritor inglés (1874-1936). Convertido al catolicismo en 1922, novelista fecundo y polemista brillante soñó un ideal de sociedad sin contrastes sociales anclada en el buen sentido, en la religión y en el humor. Entre sus muchas obras mencionaremos: *Ortodoxia*, *La esfera y la cruz*, *Historias del Padre Brown*, *El hombre que fue jueves*<<.

[4] MARÍA TERESA DE HABSBURGO (1717-1780), emperatriz de Austria desde 1740. Soberana «ilustrada», gobernó en forma paternalista. Fue madre y esposa ejemplar. Escribió a su hija María Antonieta, reina de Francia, con sensibilidad de mujer y de madre, algunas cartas, que todavía hoy conservamos, sobre el modo de vestir. <<

[5] CHARLES PIERRE PÉGUY, escritor francés (1873-1914). Católico ferviente: murió en la guerra de 1914 en Villeroy. Director de *Cahiers de la Quinzaine*, autor de extensos poemas elogiosos, como *El misterio del amor de Juana de Arco*. Hizo de sus obras un instrumento de testimonio y de esperanza cristiana. <<

[6] TRILUSSA (seudónimo de Carlos Alberto Salustri), poeta romano (1871-1950). Su sátira, con frecuencia despreocupada y afable, se vuelve sarcástica y mordaz contra la hipocresía, la malicia y el egoísmo del mundo contemporáneo. Sus obras más conocidas son *Las fábulas* (1922) y *Júpiter y los animales* (1932). <<

[7] BERNARDO DE CLARAVAL, santo y doctor de la Iglesia católica (1090-1153). Monje en Citeaux, en 1115 fundó el monasterio de Claraval. Tuvo grandísima influencia sobre emperadores, papas, señores feudales y vasallos de su tiempo. Asceta y místico, sus tratados de espiritualidad influyeron profundamente en las corrientes del ascetismo occidental. <<

[8] JOHANN WOLFGANG GOETHE, poeta alemán (1749-1832). Ha sido uno de los más grandes de la literatura occidental. Romántico y clásico al mismo tiempo, reprodujo en la Ilustración el gran mundo del conocimiento imaginado por el Renacimiento. Para él, el arte puede narrarlo y pintarlo todo, incluso el mal. Su obra principal es el *fausto*, en la que trabajó durante sesenta años. <<

[9] DAVID, rey de Israel desde aproximadamente el 1010 antes de Cristo. La Biblia presenta las distintas facetas de su personalidad: músico y poeta; brillante guerrero, rey prudente, implicado en historias de mujeres y, sin embargo, amigo de Dios y modelo de arrepentimiento sincero, gracias a la insigne piedad que lo mantuvo consciente de su pequeñez. <<

[10] PENÉLOPE, esposa de Ulises, madre de Telémaco. Mantuvo a raya a los pretendientes durante la ausencia de su marido prometiéndoles hacer su elección después de haber terminado una tela, que tejía de día y deshacía de noche. Símbolo de la mujer «indisolublemente fiel en la prosperidad y en la desgracia». <<

[11] FÍGARO, personaje de las famosas comedias del escritor francés Beaumarchais (1732-1799): *El barbero de Sevilla*, *Las bodas de Fígaro*. Símbolo de la juventud que lucha para que le sea reconocido el derecho a la vida, al amor, a la familia y a la libertad. <<

[12] PICKWICK, Snodgrass, Tupman y Winkle son los curiosos protagonistas del *Club Pickwick*, famosa obra del humorista inglés Charles Dickens (1812-1870). De una de sus famosas «meteduras de pata», el cardenal Luciani toma pie para argüir contra quienes, más o menos de buena fe, atacan a la Iglesia basándose sólo en prejuicios.

<<

[13] Personaje inmortal del cuento homónimo del florentino Collodi, pseudónimo de Carlo Lorenzetti (1826-1890). Una vez crecidos, los «Pinochos» de hoy (los niños) deberán vérselas con el problema del amor. Sobre este punto algunos defienden una amplia permisividad, pero los jóvenes no deben aceptarla: su amor debe ser hermoso como una flor. <<

[14] PABLO DIÁCONO, monje e historiador friulano del siglo VIII, se educó en Pavía, en la corte del rey Ratchis. Fue preceptor de la hija de Desiderio Adelpaga. Tras la caída de los longobardos, Pablo diácono fue llevado a Francia, donde conoció a Carlomagno, en cuya corte permaneció largo tiempo como profesor. Escribió, además de numerosas poesías, una *Historia de los longobardos*, que dejó el nombre de su autor ligado a la historia de la alta Edad Media. <<

[15] GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA fue gobernador español del Estado de Milán durante la guerra de Casale y la peste de 1630. Mencionado por Manzoni (1785-1873) e su *I promessi sposi* por la sedición milanesa contra su delegado, en la que estuvo implicado Renzo un «contestatario» que pronto acabó en manos de los esbirros. <<

[16] BERNARDINO DE SIENA, santo de la Iglesia católica (1380-1444), franciscano, predicador de excepcional elocuencia, dejó numerosas obras en latín y en romance. En 1427 propuso a los estudiantes de la Universidad de Siena «siete reglas» para ayudarles a hacerse hombres de provecho. Luciani vuelve a proponerlas a los jóvenes de hoy. <<

[17] FRANCISCO DE SALES, doctor y santo de la Iglesia católica (1567-1622), estudió con los jesuitas en París y, más tarde, en la Universidad de Padua, donde se doctoró en derecho civil. Empezada la carrera eclesiástica, fue nombrado obispo de Ginebra y trabajó por la conversión de los calvinistas. Consagró la mayor parte de su tiempo a los niños, a los pobres y a los enfermos. Escribió diversas obras de carácter espiritual, entre las que destacan: *Introducción a la vida devota* y *Tratado del amor de Dios*<<.

[18] EL LEGENDARIO oso que devoró el caballo de San Romedio se convirtió, amansado y embridado, en el compañero inseparable del ermitaño, que, abandonando su condado de Thaur, Innsbruck, se hizo anacoreta en Val di Non, junto a Sanzeno, hacia el siglo IV. <<

[19] PAVEL IVANOVIC CICIKOV es un grotesco personaje de *Las almas muertas*, de Gogol, que hace grandes negocios gracias a una mayúscula mentira. Nicolai Vasilevic Gogol (1809-1852) es una de las figuras más populares de la literatura rusa. Observador despiadado y dotado de una sutil y retorcida sensibilidad psicológica, da vida en sus relatos a una multitud de personajes mezquinos, tacaños y arrogantes. <<

[20] LEMUEL, rey de Masá, es mencionado en la Biblia (libro de los *Proverbios* c. 31) como autor del famoso poema en alabanza de la mujer ideal. Nada más sabemos de él. Algunos críticos, sin demasiado fundamento, piensan que se trata del mismo Salomón. <<

[21] WALTER SCOTT, escritor escocés (1771-1832), apasionado recopilador de tradiciones populares de su tierra, fue el pionero de la «novela histórica» (*Ivanhoe*, *La esposa de Lammermoor*, *Carlos el Temerario...*), concebida como un emocionado canto a las gestas nacionales, si bien basada siempre en un riguroso estudio de los hechos. Fue muy imitado y, en cuanto iniciador de un nuevo género, influyó en la literatura de toda Europa. <<

[22] HIPÓCRATES, ilustre médico griego (460-377 a. C.), contemporáneo de Sócrates. Mantuvo la autonomía de los estudios médicos frente a las interferencias filosóficas y estableció que todas las enfermedades tienen una causa natural. A él se debe la célebre clasificación de los cuatro temperamentos fundamentales del hombre en impulsivo, flemático, irascible y melancólico. <<

[23] SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897) pasó por la vida sin hechos externos notables, pero fue rica en interioridad, entrega y amor. Profesa en el Carmelo de Lisieux, murió jovencísima, consumida por la tisis, ofreciéndose como víctima al amor misericordioso de Dios. Escribió una encantadora autobiografía, *Historia de un alma*, que ha sido traducida a treinta lenguas. <<

[24] ALEJANDRO MANZONI (1785-1873), insigne escritor y sincero católico. Escribió la novela más grande de la literatura italiana: *I promessi sposi*, además de gran número de colecciones de poemas como *Inni Sacri*, las odas *Marzo 1821* y *Cinque Maggio*, y la tragedia *Adelchi*<<.

[25] La autoridad municipal, o sea, el alcalde. (*N. del T.*)<<

[26] Los «monatos» (en it. *monatti*) eran los que en épocas de peste trasladaban a los apestados y enterraban sus cadáveres. (*N. del T.*)<<

[27] CASELLA, amigo íntimo de Dante. Natural, probablemente, de Pistoia, fue un valioso compositor y ejecutante de música. Puso música a algunos sonetos y canciones de Dante, entre ellos *Amor che nella mente mi ragiona*. Poco sabemos de su vida y de su muerte. Dante se encuentra con él en el antepurgatorio, esperando su traslado al purgatorio; era la primavera de 1300 y había poco que el papa Bonifacio había convocado el jubileo. <<

[28] ALVISE CORNARO (1475-1566), figura singularísima de los ambientes venecianos del Cinquecento, murió en edad proveyda, a los noventa y un años, gracias a métodos curativos de su invención. Descritos en su tratado: *Discorsi sulla vita sobria*, convencen a los ancianos de que pueden sacar jugo a la vida serena y útilmente empleada. Cornaro fue también un buen arquitecto. <<

[29] ALDO MANUZIO tipógrafo y editor (1449-1515), nacido en Bassiano (Velletri); fundó en Venecia en 1494 una imprenta que fue luego famosa por la elegancia de los caracteres tipográficos inventados por él, llamados «itálicos» o «aldinos», y el esmero filológico de sus ediciones de los clásicos. <<

[30] SAN BUENAVENTURA de Bagnorea (1221-1274) fue maestro de teología, general de la Orden franciscana, obispo y cardenal, orador autorizadísimo en el concilio de Lyon, escritor fecundo de materias teológicas y místicas. Su pensamiento, que gira en torno a la figura de Cristo Salvador culmina en la doctrina del *Itinerario de la mente a Dios*<<.

[31] En el original italiano: *vi guarderebbero come «mandarina» o «barone»*. Este último término —*barone*—, según establece el *Dizionario Garzanti della lingua italiana*, de tanta autoridad, constituye en una de sus acepciones un neologismo que se aplica a «quien detenta un grande e incontrolado poder, especialmente económico». (*N. del T.*)<<.

[32] CRISTÓBAL MARLOWE, escritor inglés (1564-93). Aventurero sin prejuicios, miembro del grupo intelectual de los University Wits, autor de poemas y dramas sugestivos y vigorosos, poblados de personajes dotados de un titanismo prerromántico. Su obra más conocida es la *Trágica historia del doctor Fausto*, la famosa aventura del doctor de Wittemberg que vende su alma al diablo. <<

[33] SAN LUCAS es el autor del tercer evangelio canónico y de los Hechos de los Apóstoles. Vivió en el siglo 1 p. C. Médico, vinculado por amistad íntima a San Pablo, del que fue un fiel colaborador, lo siguió también en su tercer viaje misionero. No fue testigo ocular de la vida de Cristo, pero es muy amplia su contribución al Nuevo Testamento, sobre todo en la atención que presta a la infancia de Jesús. <<

[34] MARCO FABIO QUINTILIANO, escritor latino de origen español (39-96 circa), vivió en Roma bajo los emperadores Vespasiano y Domiciano. Abogado, apasionado por la educación, dirigió una prestigiosa escuela de oratoria en Roma. Fue también el primer orador pagado por el Estado. Su obra principal es la *Institutio oratoria*, importante tratado acerca de la educación juvenil. <<

[35] GUILLERMO MARCONI, científico italiano, natural de Bolonia (1874-1937). Consiguió la aplicación práctica de los fenómenos electromagnéticos estudiados por Hertz y Maxwell. Construyó el primer aparato para la radiocomunicación a distancia, basado en un circuito de ondas largas. Después de los primeros experimentos en su casa de Pontecchio, logró establecer comunicaciones intercontinentales. En 1909 le fue otorgado el premio Nobel. <<

[36] JOSÉ JOAQUÍN BELLI, poeta dialectal romano (1791-1863). Fue funcionario del Estado pontificio. Tuvo una infancia trágica y una vida difícil. En sus años más fecundos (1830-1836) compuso casi de golpe más de dos mil sonetos, en los cuales retrata con vivacísima exactitud el carácter, costumbres, virtudes y defectos de los romanos. <<

[37] *N. del T.* La conjunción italiana es «Conciossiacosaché». Ante la imposibilidad de su traducción hemos utilizado «empero», que fue muy usada en español y ha caído en desuso. <<

[38] FÉLIX DUPANLOUP fue obispo de Orleáns. Nació en San Félix (Saboya) el año 1802 y murió en Lacombe en 1878. Se distinguió por el celo inteligente e infatigable en la formación del clero, la educación de la juventud y la enseñanza del catecismo. Autor de varias obras pedagógicas, luchó por la libertad de la enseñanza y tomó parte en la vida política de Francia. <<

[39] FRANCISCO PETRARCA, eminente poeta, natural de Arezzo (1304-1374). Llevó una vida errabunda (Florencia, Provenza), buscando una tranquilidad que sólo alcanzó en Vaucluse (Francia) y en Arquà (Padua). Su fama se debe al *Cancionero*, colección de poesías (336 sonetos, baladas y canciones) inspiradas por su amor, no correspondido, a Laura, y que constituyen un modelo no superado todavía de elegancia y perfección estilística. <<

[40] SANTA TERESA DE ÁVILA, en el siglo Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582). Hija de rica y noble familia, nació en Ávila (España). A los veintiún años era religiosa carmelita. Llevó a cabo una vigorosa actividad de reforma de su Orden, que quiso hacer volver a la austeridad primitiva. A la obra reformadora unió la experiencia ascética y mística, atestiguada en sus maravillosos escritos: *Camino de perfección*, *Libro de la Vida* y numerosas *Cartas*<<.

[41] CARLOS GOLDONI, célebre comediógrafo veneciano (1707-1793). Era abogado, pero abandonó su profesión para dedicarse al teatro. Escribió más de 120 comedias (*La mesonera*, *La familia del anticuario*, *Los rústicos*, *El pradillo*, *Las riñas de las mujeres de Chioggia...*) y, en francés, sus *Memorias* autobiográficas. Renovador del teatro, logró un feliz equilibrio de moralismo y realismo, y de magia narrativa y análisis social de la naciente burguesía mercantil. <<

[42] ANDRÉS HOFER, patriota tirolés. Nació en San Leonardo de Passiria el año 1767. Murió fusilado en Mantua el 1810. Hábil caudillo, dirigió la guerra nacional del pueblo tirolés contra el dominio de los bávaros y de los franceses, a quienes derrotó, respectivamente, el 29 de mayo y el 13 de agosto de 1809 junto al monte Isel. Traicionado, cayó prisionero de los franceses, y Napoleón ordenó fusilarlo. Además de un guerrero indómito, fue un cristiano de una sola pieza. <<